SAGA NIEVE COMO CENIZAS



ESCARCHA COMO NOCHE

AUTORA BESTSELLERS SEGÚN EL *NEW YORK TIMES*

SARA RAASCH

Meira hará cualquier cosa para salvar su mundo. Con Angra tratando de romper sus defensas mentales, ella necesita desesperadamente aprender a controlar su magia; por eso, cuando el líder de una misteriosa orden de Paisly ofrece enseñarle, acepta la oportunidad. Pero la verdadera solución para detener la Decadencia se encuentra en un profundo laberinto debajo de los Reinos Estacionales. Para derrotar a Angra, Meira tendrá que entrar en el laberinto, destruir la magia que está aprendiendo a controlar y hacer el mayor de los sacrificios.

Sara Raasch

Escarcha como noche

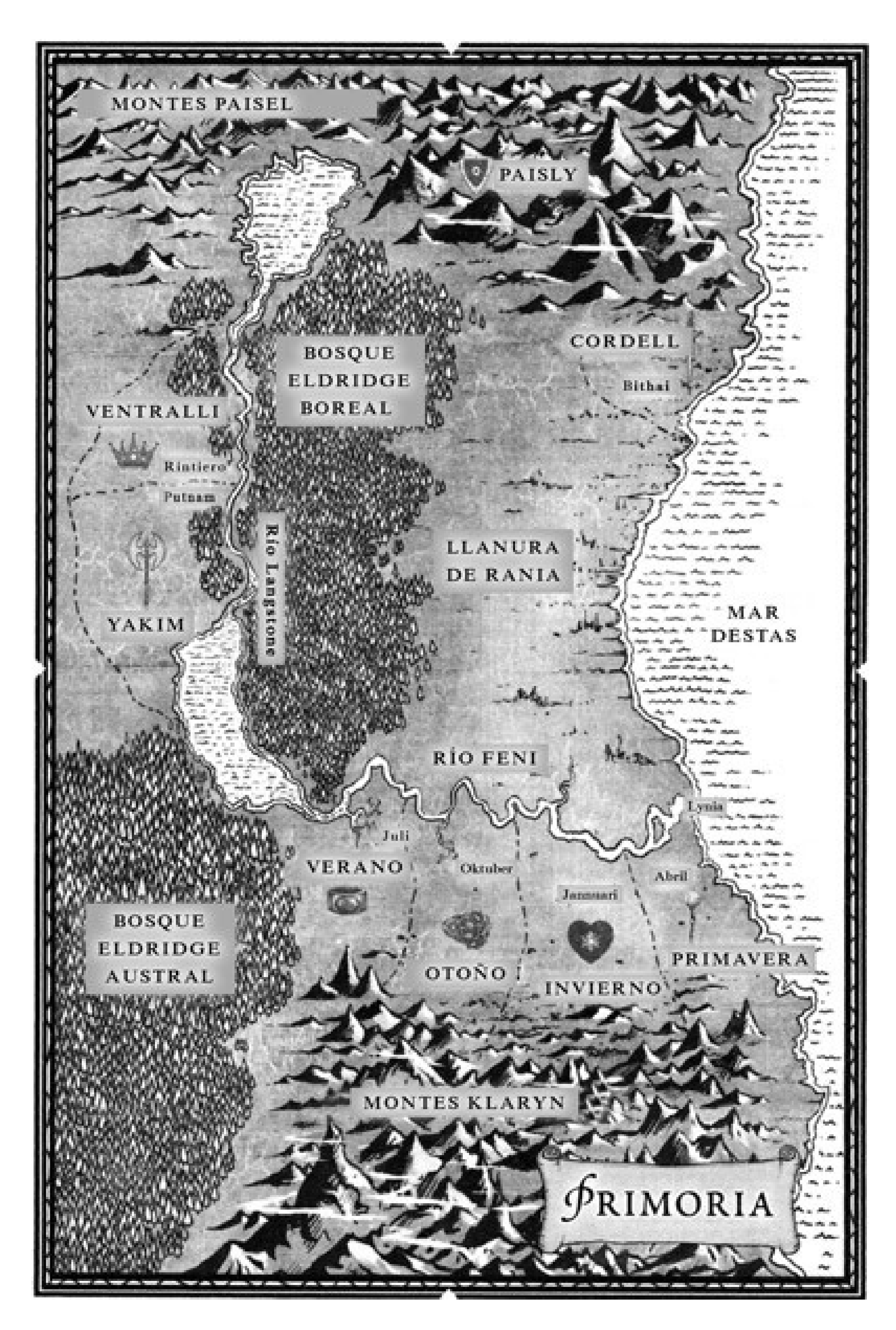
Nieve como cenizas - 3

ePub r1.0
Titivillus 03-11-2018

Original title: *Frost like night*
Sara Raasch, 2016
Translation: Nora Escoms
Diseño de cubierta: Jeff Huang

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.0

Para Doug y Mary Jo, por ser mucho menos problemáticos que Sir y Hannah.


MONTES PAISEL
PAISLY
CORDELL
Bithai
BOSQUE
ELDRIDGE
BOREAL
VENTRALLI
Rintiero
Putnam
Río Langstone
LLANURA
DE RANIA
YAKIM
MAR
DESTAS
RÍO FENI
Lynia
Juli
VERANO
Oktuber
Abril
Januari
BOSQUE
ELDRIDGE
AUSTRAL
OTOÑO
INVIERNO
PRIMAVERA
MONTES KLARYN
PRIMORIA



Meira

Esto está mal.

Aún estoy escondida en la entrada de la mazmorra del Palacio Donati y ya percibo el cambio en Ventralli, como la oscuridad de una tormenta acercándose. Pero en lugar de quedarme a pelear con mi puñado de inverneños, los abandoné y seguí al hombre que va delante de mí.

Y no tengo idea de quién es en realidad.

Los guardias que hubieran estado apostados en la entrada de la mazmorra se han ido, atraídos por el caos que produjo Raelyn al tomar el poder del reino. Hay habitaciones a nuestra izquierda y derecha, lo suficientemente alejadas para que sus ocupantes no reparen en nosotros, pero bastante cercanas como para que alcance a espiar en su interior. Soldados que acorralan a los cortesanos en grupos contra las paredes doradas, sirvientes que lloran… Pero lo más aterrador son los que se quedan mirando sin hacer nada. Los que observan cómo los soldados blanden amenazas como espadas, declaran depuesto al rey Jesse, y a su esposa, Raelyn, reina de Ventralli, porque ahora ella tiene más poder, un poder que todos pueden usar: el poder que le dio el rey Angra de Primavera.

—¿Está vivo?

—¿Su magia es más fuerte que la de los Conductos Reales?

—¿Así sobrevivió?

Esas preguntas se elevan por sobre las amenazas de los soldados y se mezclan en mis oídos con el golpeteo de mi corazón.

—Angra ayudó a la reina ventrallina a deponer al rey. Él —comento, con la respiración entrecortada— ya tiene influencia sobre Cordell. Se apoderó de Otoño e Invierno e hizo *asesinar* al rey de Verano, y sin embargo, todo esto produce asombro en la gente, no miedo.

El hombre al que vengo siguiendo (Rares, si realmente se llama así) me mira.

—Es probable que Angra haya planeado esta conquista durante los tres meses que desapareció, de modo que su represalia no es tan rápida como parecería —responde—. Y tú, más que nadie, sabes lo fácil que es que la gente elija el asombro antes que el miedo.

—¿Yo, más que nadie? —pregunto, sorprendida—. ¿Cómo puedes saber eso?

—¿Realmente quieres hablar de eso ahora? —La cicatriz que recorre el costado derecho del rostro de Rares, desde la sien hasta el mentón, se arruga cuando entorna los ojos—. Antes que eso, tenía planeado al menos apartarnos de cualquier amenaza de muerte inmediata…

Hay un entrechocar de espadas y un soldado grita desde el vestíbulo. Rares toma otro pasillo a toda velocidad sin esperar mi respuesta, con lo que debo apresurarme para seguirlo.

No debería estar siguiendo a un paisliano misterioso; debería estar ayudando a Mather a rescatar a los inverneños de la mazmorra. O pensando alguna manera de liberar a mi reino del golpe de Cordell. O salvando a Ceridwen de Raelyn. O buscando un modo de arrancar a Theron de las garras de la Decadencia de Angra.

Vacilo, agobiada por mis muchas preocupaciones. Aunque siempre sospeché que la muerte de Angra había sido un engaño, nunca, ni en mis temores más delirantes, se me ocurrió que pudiera ser tan fuerte como para darles magia a quienes no tenían conducto.

Pero el poder de Angra está manchado por la Decadencia, que se creó cuando no había reglas que vincularan la magia tan solo a los linajes reales.

Mientras Rares y yo nos escabullimos de un pasillo a otro, veo con mis propios ojos los frutos de la magia de Angra. El Ventralli de luz y color que existía cuando llegamos aquí ya no existe, y lo ha reemplazado otro que se parece a las calles oscuras de Primavera. Los soldados marchan con los rostros tensos de ira, con movimientos decididos. Los cortesanos se apiñan en grupos temblorosos, asustados, con ojos dilatados y ansiosos por complacer a sus conquistadores.

Nadie se resiste. Nadie llama a tomar represalia ni forcejea con los soldados.

Esto es obra de Angra. Aunque en apariencia les ha dado solo a sus subordinados de mayor grado la capacidad de controlar la magia, como Raelyn cuando mató al rey de Verano. Las personas que pueblan los pasillos simplemente parecen atontadas, afectadas por algo que las sobrepasa, como si todas se hubieran embriagado con el mismo vino malo.

Esto es lo que Angra está creando: un mundo de poder infinito, donde todos están poseídos por una magia que los vuelve dóciles, dominados por sus emociones más profundas y oscuras.

¿Cómo puedo detenerlo? ¿Cómo puedo salvar…?

Me carcome la pregunta que le planteé a mi magia de conducto, y me retrotrae a aquel momento, cuando estaba corriendo por las calles de Rintiero con Lekan y Conall. Lo que más me preocupaba entonces era tratar de impedir que Ceridwen asesinara a su hermano, hallar la manera de forjar una alianza con Ventralli, y encontrar a la Orden de los Lustrados y sus llaves para impedir que Cordell ingresara al barranco mágico.

Luego formulé esa pregunta: ¿cómo puedo salvar a todos?, y la respuesta se me grabó a fuego en el alma.

Sacrificando un Conducto Real y devolviéndolo a la fuente de la magia.

Pero el conducto de Invierno soy yo. Toda yo. Gracias a mi madre.

Rares tira de mí para ocultarme tras una planta momentos antes de que un grupo de hombres salga corriendo de una habitación que está un poco más adelante.

—Ahora no —susurra. Busca algo en su camisa y saca una llave que pende de una cadena, la misma que me mostró en la mazmorra: la última llave del barranco de magia en la Mina Tadil—. Ya me encontraste. Encontraste a la Orden de los Lustrados… y *sí*, te ayudaremos a derrotar a Angra y a acabar con todo esto. Pero antes, debemos salir de aquí con vida.

Sus palabras me ofrecen el consuelo que tanto necesito; tanto, de hecho, que solo cuando él vuelve a lanzarse por el pasillo me pregunto… ¿cómo supo que estaba preocupada?

No importa. Trago en seco, decidida. Voy a hacer esto. Voy a averiguar lo que pueda de la Orden y a aprovechar ese conocimiento: me enfrentaré a Angra en batalla y lo destruiré a él y a su magia… o le quitaré las llaves, entraré al barranco por la Mina Tadil y destruiré toda la magia de la única manera que sé hacerlo.

Como sea, eso es lo que tengo que hacer. Angra es demasiado fuerte; necesito ayuda, y la Orden de los Lustrados es el único recurso que conozco que podría ayudarme a dominar mi magia del mismo modo imbatible que Angra.

Rares me lleva a una cocina donde no hay nadie, llena de gruesas mesas de madera, fogones encendidos y comida abandonada por sirvientes que seguramente estarán escondiéndose del frenesí de la ocupación. Saca un odre y lo llena de agua con una bomba que hay en un rincón.

—¿Quién eres? —logro preguntar por fin.

Señala un grupo de cuchillos que hay sobre una mesada.

—Ármate.

—¿Con cuchillos de cocina?

No se detiene.

—Una hoja es una hoja. Puede herir de todos modos.

Frunzo el ceño pero me cargo algunos cuchillos en el cinturón. Aún llevo la funda vacía contra la espalda; mi chakram quedó en el salón de baile. En el pecho de Garrigan.

Me aferro al borde de la mesada.

Una mano me toma del hombro y, cuando levanto la vista, Rares está observándome.

—Me llamo Rares. En eso no te mentí —responde—. Rares Albescu de Paisly, líder de la Orden de los Lustrados.

Echa un vistazo por encima de mi hombro hacia la puerta de la cocina que conduce al interior del palacio. Se oyen pasos que se acercan, y sé que tendremos que huir antes de que pueda explicarse más.

—Te lo contaré todo —promete—. Pero primero debemos ponernos a salvo… en Paisly. Angra no puede seguirnos allá.

—¿Por qué no? —Me doy vuelta hacia Rares—. ¿Qué está planeando… por qué esto…?

Rares me interrumpe con un apretón en el hombro.

—Por favor, Majestad. Es el lugar más seguro para todo lo que debo mostrarte, y prometo que te lo contaré todo apenas pueda.

—Meira —lo corrijo. Si voy a arriesgar la vida por el futuro previsible, que se dirija a mí como *yo* quiero.

Rares sonríe.

—Meira.

Vamos hacia la otra puerta de la cocina, la que da a un jardín. Rares empieza a salir con cautela, y siento una última punzada de remordimiento por marcharme. Al irme con él, estoy ayudando, sí; la Orden de los Lustrados es mi mejor oportunidad de detener a Angra… pero aun así siento que estoy escapando.

Rares se da vuelta.

—No puedes salvar a todos si te quedas.

No es el primero que me dice eso: *No puedes salvar a todos; tu prioridad es Invierno*. En voz bien alta: Sir.

El dolor se me clava como un puñal. Mather me comunicó la muerte de Alysson, pero ¿y Sir? ¿Sobrevivió al ataque cordellano a Jannuari? ¿Y el resto de Invierno? ¿En qué condiciones se encuentra mi reino? No puedo pensar que Sir esté muerto. Tiene que estar vivo, y si lo está, estará haciendo todo lo posible por mantener unido a Invierno.

Vuelvo a oír lo que dijo Rares y me doy cuenta del significado exacto de sus palabras, y empiezo a ver todos los aspectos en los que difiere de Sir. Rares tiene los ojos más grandes, la piel más oscura, las manos con más cicatrices por años de lucha. Y más que nada, veo en Rares algo que jamás vi en Sir: algo que hizo que Rares añadiera las tres palabras que cambiaron el sentido de esa oración.

«No puedes salvar a todos *si te quedas*».

No es un fin. Es una elección.

—¿Quién eres? —vuelvo a preguntar, en un susurro.

Rares sonríe.

—Alguien que lleva mucho tiempo esperándote, querida.

Poco después de que salimos del complejo del palacio, se oye el sonido de un cuerno bajo el cielo gris brumoso.

Han descubierto mi desaparición. Lo cual significa que encontraron a Theron, encadenado a la pared, y a Mather y los demás…

No. Mather no permitiría que le ocurriera nada a nadie que estuviera a su cuidado. No porque yo le haya ordenado que los cuidara, sino porque él siempre ha sido así:

un hombre que, aun habiendo perdido el trono, encontró la manera de ser líder. El modo en que lo miran sus Hijos del Deshielo, con la lealtad sin cuestionamientos que gana alguien nacido para liderar…

Es la única persona en mi vida que es absolutamente capaz de desempeñarse solo.

¿Y Theron?

La pregunta me hace trastabillar mientras Rares y yo corremos en nuestra huida de la ciudad, nos escabullimos entre dos edificios relucientes y ladeados y nos internamos en el bosque frondoso con el que limita Rintiero al norte.

Esa pregunta. No fui yo. Sonó casi como…

Paro en seco, y Rares da algunos pasos más hasta que se da cuenta de que me he detenido. Pero la voz que oigo en mi cabeza me tiene cautiva, y me aprieto las sienes.

Un destino terrible, ¿no es así, ser parte de la misma magia? Si tan solo fueras más fuerte…

Se me nubla la vista hasta que no veo otra cosa que el rostro de Angra en mi mente.

—¡No! —grito; se me doblan las piernas y caigo de rodillas en la tierra húmeda. Angra oyó mis pensamientos cuando los dos estábamos en el salón de baile de Donati, pero ahora no está cerca de mí. ¿Cómo puede hablarme, *por dentro*? Yo debería poder impedírselo…

Pero no puedes impedírmelo, ¿verdad, Alteza? Mis soldados van por ti. El Invierno se acabó. Llegó la Primavera.

Me salen solo dos palabras en respuesta. ¿Por qué?

No es la primera vez que lo pregunto; lo hice en el salón de baile del Palacio Donati, en medio de la matanza, rodeada por la cabeza del rey de Verano y los cadáveres de Garrigan y Noam. Pero la única respuesta que obtuve fue la razón por la cual Angra buscaba destruir las minas de Invierno: porque teme que la magia pura de conducto se oponga a su Decadencia, y por eso pasaba cada momento que podía trabajando para contrarrestar esa amenaza. Por eso había atacado Invierno durante tanto tiempo; por eso atacaba a quienquiera que intentara abrir el barranco.

Pero lo que ahora pregunto ni siquiera es una pregunta consciente: es un gemido en la oscuridad mientras su rostro ocupa toda mi mente.

¿Por qué está ocurriendo esto…?

He visto cómo asesinaban a mis amigos por esta guerra. He visto a mi reino arder por esto. Ahora estoy huyendo por esto, y al cabo de todos estos años, aún no sé *por qué*. ¿Qué es lo que quiere?

Unas manos cubren las mías, que aferran mi cabeza.

Abro los ojos. La magia se extiende por mis extremidades, refrescante, profunda y pura, y convierte mi miedo en conmoción.

Rares está infundiéndome su magia.

Su rostro se tensa, y la frente se le cubre de gotas de sudor.

—¡Resístete a él!

Mi corazón sabe que no tengo por qué someterme a la magia de Rares, que no *debería* someterme a él, pero todo lo demás en mí quiere hacerlo, y el miedo y el pánico se enroscan como un látigo que me desgarra las entrañas.

¡Resiste! Me obligo a mantenerme abierta a la ayuda que Rares pueda ofrecerme.

Una sacudida me hace volar hacia atrás. Doy de lleno contra el suelo, las hojas se me adhieren a la ropa y me zumba la cabeza como si alguien hubiera tañido una campana dentro de mi cráneo.

Veo que los labios de Rares forman mi nombre.

—Tú… —creo que digo—. ¿Qué has…?

Siento un fuerte dolor detrás de los ojos y me cuesta un gran esfuerzo no vomitar sobre las malezas mojadas. Pero Rares vuelve a apoyar su mano en la mía, aun cuando lo miro con enojo en medio del dolor inmenso que me hace verlo todo en un fuerte tono escarlata.

Ahora descansa, dice una voz. No es Angra… es la voz de Rares, en mi cabeza. *Descansa, y confía en mí*.

¿Que confíe en ti? ¿Qué hiciste? ¡No me has dicho nada!

Pero aunque trato de resistirme, llega la inconciencia y me apacigua como los aromas tentadores de un banquete. Soy consciente solo a medias de que Rares me levanta, y del vaivén mientras corre por el bosque conmigo en brazos.

Te pareces más a Sir de lo que creí, son mis últimas palabras antes de que todo quede en la oscuridad.



Mather

Ella se fue.

Mather canalizó hasta la última pizca de pánico en la tarea que tenía ante sí y se lanzó con todo el peso de su cuerpo contra la cerradura. Cedió con un chirrido, y la puerta de la celda se abrió y dejó libre a Phil, que salió como una tromba, los puños preparados, un segundo por delante del resto del Deshielo. Pero Mather no dejó de darles órdenes mientras abría con fuerza el cerrojo de la siguiente puerta, de donde salieron Dendera, Nessa y Conall. En cualquier momento, los gritos de Theron, que pedía ayuda desde su celda, alertarían a sus soldados… y Meira se había ido.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Mather a nadie en particular, pero al girar hacia la escalera, vaciló. Si salían por allí, casi seguramente se toparían con soldados y acabarían por volver a la mazmorra. ¿Habría otra salida?

Phil se adelantó.

—Podemos separarnos. Algunos podemos subir la escalera, y los demás, seguir bajando para ver si hay otro modo…

Se oyó otra voz.

—O podrían seguirme.

Mather estaba tan aturdido por los acontecimientos del día que no vaciló siquiera en saltar hacia la voz. Buscó una espada, pero le habían quitado las armas antes del descenso a la mazmorra, y lo único que tenía era el Conducto Real de Cordell. Sus dedos rozaron la joya que tenía en la empuñadura y sus labios se curvaron al recordar cómo Theron lo había arrojado sin miramientos; una parte de él disfrutaría mucho al mancillar la bonita daga de Cordell.

La persona que había aparecido en medio del pasillo tenía las manos unidas sobre la falda de su vestido, que al ser plateado casi parecía una armadura. Una máscara al tono le ocultaba el rostro, y al hablar levantó el mentón con la autoridad de un comandante.

—Es decir, si desean vivir —agregó.

—Es de Ventralli —replicó Mather, y se detuvo cerca de ella—. ¿Por qué habríamos de confiar en usted?

La mujer se mofó.

—Con tantas opciones que tienen en este momento, ¿verdad?

Antes de que Mather alcanzara a responder, Dendera graznó, con suspicacia en los ojos:

—Usted. Es la Duquesa Brigitte, la madre del rey. ¡La vi con Raelyn!

Brigitte la miró con exasperación.

—Si estuviera de acuerdo con el golpe de Raelyn, ¿creen que me molestaría en venir a este lugar inmundo… —observó las paredes con asco— *sola*? Puedo darles una explicación, o pueden seguirme. Como dije, personalmente no me importa si viven o mueren, pero creo que pueden serme útiles, de modo que decídanse pronto.

Se oyó rechinar la puerta al final de la escalera. Finalmente alguien había oído los gritos de Theron.

Mather se inclinó hacia Brigitte. Ella lo interpretó como aceptación, dio media vuelta y su vestido se infló al alejarse por el pasillo a toda prisa. El resto del grupo de Mather la siguió sin cuestionamientos; ¿qué otra opción tenían? Mather debía salir de allí para asegurarse de que Meira estuviera bien, que quienquiera que fuese aquel hombre con quien se había marchado no fuera parte de una trampa de Angra. Habían salido a la luz muchos secretos: Cordell se había vuelto en contra de Invierno; Theron, en contra de Meira; y la reina de Ventralli había dado un golpe de estado. ¿Era confiable el hombre con quien se había ido Meira? Y más allá de eso, Invierno seguía bajo el control de Cordell; ¿cómo podían liberar el reino siendo prisioneros de Angra?

Brigitte se agachó para entrar a una celda que estaba a la derecha. Mather vaciló apenas el tiempo necesario para que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Si la vieja bruja los había conducido a una trampa…

Pero en el fondo de la celda se entreabrió una puerta, y la piedra que la recubría por fuera demostraba que, al cerrarse, se confundiría perfectamente con la pared.

—Cierren la puerta cuando terminen de pasar —dijo Brigitte, y desapareció por la abertura.

—Hollis —susurró Mather—. Toma la retaguardia. Mantente alerta.

Hollis se ubicó dentro de la celda para dejar pasar a todos. Mather siguió a Brigitte, con los músculos ansiosos por pelear. Las paredes de piedra apagaban casi todos los sonidos, y solo oía el golpeteo lejano de los zapatos de la duquesa, que iban subiendo… una escalera. La siguió rápidamente, con la esperanza de poner suficiente distancia entre él y los demás para, en caso de que los esperara una trampa, poder avisarles con tiempo suficiente para que retrocedieran.

En la soledad de aquel lugar estrecho y oscuro, se abrió una grieta en su decisión. Todo había ocurrido muy abruptamente: el hombre, la inesperada confianza de Meira, su pedido desesperado a Mather de que liberara a todos. Y él había accedido, solo porque hacía meses que no la veía así. Como en el ojo de una tormenta, aterradora, brillante y severa.

La escalera llegaba a un pasillo. Otro pasillo conducía a otra escalera, y al final de esa, los pasos de Brigitte se detuvieron. Hubo un tintineo metálico, leve y agudo:

llaves. Mather esperó unos pasos atrás, preparándose para ver aparecer soldados, flechas… a Angra.

Cerró y abrió los puños, mirándolos sin verlos en la negrura. Él mismo había matado a Angra. Había roto el conducto del rey demente en territorio de April, y había visto desaparecer su cuerpo.

¿Qué le había hecho en realidad?

Brigitte abrió una puerta. Mather obligó a sus ojos a adaptarse, y se demoró apenas el tiempo suficiente para que la luz amarilla le revelara un poco de la habitación que había del otro lado de la puerta: una gruesa alfombra escarlata, una mesita, paredes azules. No vio a ningún soldado.

Brigitte entró y Mather la siguió de cerca.

—¡Abuela! —se oyó exclamar a una niña.

Estaban en un dormitorio con muebles de caoba: una mesa con sillas, una cama grande, algunos armarios entre tapices que llegaban del piso al techo. Esta puerta estaba disimulada detrás de uno de esos tapices, y había otras dos puertas cerradas en otras partes de la habitación, al descubierto.

Brigitte era la madre de Jesse Donati, el rey ventrallino. El rey a quien Mather había visto débil, luego furioso y nuevamente débil mientras su esposa se apoderaba de su reino. El rey que ahora estaba sentado en una silla acolchada delante de Mather, con un niño en el regazo y otra niña aferrada a su brazo, como si fuera una barrera tras la cual podía esconderse.

Una tercera niña, la mayor aunque no por mucho, se adelantó con pasitos inestables.

—Abuela —volvió a decir la pequeña, con lágrimas en su máscara de encaje.

Brigitte acarició los rizos oscuros de la niña y miró a Mather por encima del hombro.

—Los ayudaré a salir de aquí, pero se llevarán con ustedes a mi hijo y mis nietos.

El rey de Ventralli se puso de pie. La hija que había estado escondiéndose detrás de él se aferró al instante a su pierna, y el niño que tenía en sus brazos, que no aparentaba más de un año, lo miró con ojos grandes y serenos detrás de una pequeña máscara verde.

Phil llegó junto a Mather, y sintió que el resto del Deshielo se congregaba alrededor. Todo el tiempo que habían pasado en sus entrenamientos clandestinos en Jannuari le había permitido conocer a cada uno al dedillo, y no necesitó mirar para saber que los dedos de Trace se crisparon sobre las vainas vacías de sus dagas; que Eli apretó la mandíbula en reflejo de las miradas torvas que lo rodeaban; que Kiefer vaciló detrás de ellos, observando, cauto y listo para ayudar; y Hollis y Feige se quedaron, callados, a un costado.

Sí tuvo que mirar a Dendera, Conall y Nessa. Dendera tenía los brazos en torno a Nessa, con lo que dejaba libre a Conall para estar alerta, pálido y con expresión dura. La muerte de su hermano había sido tan inesperada como la de Alysson.

Mather apartó la mirada. No dejaría que su propio dolor creciera más. Esperaba que Conall también pudiera controlarse.

—Madre —dijo Jesse, con sorpresa evidente a pesar de la máscara—. ¿Quiénes son…?

—¿Estamos de acuerdo? —le preguntó Brigitte a Mather.

Él la miró con suspicacia.

—¿Está salvándonos?

Tenía poco o nada de experiencia con niños, pero hasta él se daba cuenta de que sería casi imposible sacarlos del palacio.

Alguien del grupo se adelantó. Mather supuso que sería Dendera; de todos, ella era la más capaz con los niños, pero al darse vuelta, Mather se sorprendió.

Nessa estaba frente a Brigitte.

—Por supuesto que estamos de acuerdo.

Mather había estado a punto de responder lo mismo. Imposible o no, no dejarían a los niños allí, indefensos. Lo que lo sorprendió fue la facilidad con que Nessa se adelantó y se arrodilló delante de la niña mayor.

—Hola —le dijo—. Me llamo Nessa. Y él es mi hermano, Conall.

Él quedó boquiabierto cuando su hermana lo señaló, pero logró hacerle una pequeña reverencia a la princesa.

—Melania —le respondió la niña a Nessa, pronunciando la *l* con dificultad.

La sonrisa que Nessa le dedicó fue imposiblemente dulce para alguien en cuyos ojos aún había tanto dolor.

—Dime, Melania, ¿te gustaría emprender una aventura?

La niña miró a su abuela. La expresión severa de Brigitte se desvaneció en una sonrisa, y Melania colocó sus deditos en la mano extendida de Nessa.

Después de eso, todo se aceleró. Brigitte sacó mantas y otras provisiones escasas de sus armarios; Dendera y, más sorprendente aún, Hollis, se acercaron a convencer a los otros dos niños de emprender la misma «aventura».

La habitación se llenó de movimiento, pero el rey ventrallino permaneció inmóvil delante de su silla. Ya no tenía en brazos a su hijo, que ahora se aferraba a Hollis, pero se quedó mirando el piso con la mandíbula apretada con ferocidad.

—Tengo que ir por ella —dijo el rey de pronto, como un eco de los pensamientos de Mather.

Mather eligió una daga entre las provisiones, sin saber bien qué responder. Nadie más dijo una sola palabra.

—Su esposa tomó partido por Angra —probó—. Si la liberamos…

—Raelyn me importa un rábano —lo interrumpió el rey con aspereza, y hubo algo en sus palabras que hizo que Brigitte, del otro lado de la habitación, dejara la manta que estaba doblando.

—No. No voy a permitir que te mates por…

—¿Por quién? —El rey giró hacia su madre hecho una furia—. La has llamado de muchas maneras en todos estos años. Inútil, dañina, prostituta. Pero parece ser que quien más encarna esos atributos es *Raelyn*. Así que no me digas que no vaya por Ceridwen.

Cuando terminó de hablar, se hizo silencio. Mather sintió que aquel nombre le traía recuerdos de las palabras de despedida de Meira. Le había dicho que salvara a Ceridwen. ¿Por qué al rey de Ventralli también le importaba la princesa de Verano?

Pero la expresión del rey le indicó con exactitud por qué le importaba.

Brigitte frunció los labios y no volvió a emitir palabra. Su hijo se quitó la máscara verde oscura y la apuntó con ella.

—No me iré sin romper esta máscara y salvar a Ceridwen.

Mather frunció el ceño.

—¿Romper su máscara?

El rey no tardó un segundo en responder, como si se lo hubiera explicado a sí mismo muchas veces.

—Romper la máscara de uno en presencia de alguien a quien rechaza es un acto de separación definitiva. Decir que has terminado con esa persona para toda la vida, al punto de que no te importa que vea tu verdadero rostro. No la verás nunca más, por eso tus secretos no son nada en manos de ellos.

Mather asintió. Francamente, le importaba muy poco lo que el rey quisiera hacer; si Jesse pensaba enfrentar a su esposa y salvar a Ceridwen, Mather lo seguiría, especialmente si al hacerlo podía cumplir una de las tareas que Meira le había confiado.

—Todos los demás deben huir mientras puedan —le ordenó Mather a su grupo—. Acompañaré al rey. Yo también tengo algo que hacer.

—¿Tú también nos dejas? —le reprochó Kiefer.

Pero Phil se adelantó, con los ojos fijos en Mather.

—Va a buscar a nuestra reina.

Mather inclinó la cabeza a modo de respuesta. Había pensado que protestarían más, pero solo hubo silencio, incluso de parte de Kiefer. Comprendían la gravedad de la situación de Meira: que se había marchado con alguien a quien ninguno de ellos conocía, y que en ese momento podía estar luchando por su vida…

Se sintió agradecido cuando Dendera respondió por él.

—Tráela. Los demás —dijo, y señaló con el hombro hacia el Deshielo, Nessa y Conall— llevaremos a los niños a lugar seguro.

¿Y después qué? Mather no hizo la pregunta, porque conocía demasiado bien las respuestas. Tendrían que hacer frente a la ocupación de Invierno por parte de Cordell y a lo que fuera que Angra estaba haciéndole al mundo, y al traer de vuelta a Meira la colocaría en el centro de esos conflictos.

Pero era la reina. Era *su* reina. Cualquier cosa que ella deseara que Invierno hiciera en esa guerra incipiente, él la obedecería… pero nunca más la dejaría

enfrentarse sola a ningún conflicto.

Dendera se volvió hacia Brigitte.

—¿Cómo salimos de aquí?

A Brigitte le costó un esfuerzo visible apartar la mirada de su hijo, y cuando lo hizo, pasó una mano por su propia máscara como para cerciorarse de que aún estuviera en su lugar.

—Hay otro pasaje, por aquí —respondió, y se acercó a otro tapiz.

Pero cuando Dendera la siguió, Nessa la tomó del brazo.

—¿Adónde iremos? —susurró. Melania se aferraba a sus faldas, se hundía contra ella, y Nessa se irguió—. Invierno ya no es lugar seguro.

—Hay un campamento de refugiados de Verano —sugirió Jesse—, a un día a caballo desde donde el Bosque Eldridge Austral se encuentra con el Río Langstone. Allí estarán a salvo.

—Muy bien —dijo Dendera—. Robaremos algunos caballos. Un carruaje, quizás, o una embarcación, y nos encontraremos allá.

Clavó en Mather una mirada que le dijo que no era una sugerencia. Él *llegaría*, con Meira, a ese campamento.

Dendera cambió de brazo a la princesita para que el rey le diera el último adiós. La besó en la frente, luego a sus otros hijos, rápidamente, como si no confiara en sí mismo para las despedidas. Cuando se apartó, tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas; en su rostro había dolor, pero también decisión.

El rey miró a Brigitte, pero ella se dirigió a Mather.

—Bajen por donde vinimos —le indicó—. En el segundo descanso, tomen hacia la izquierda. Hay una puerta que los llevará al vestíbulo principal.

—Gracias —respondió Mather, mientras Dendera, Nessa y Conall se dirigían hacia el otro pasaje. Hollis llevaba en brazos al príncipe ventrallino, y su rostro reflejaba tan a las claras como el de Feige que sabían que debían seguir a Dendera. Los demás integrantes del Deshielo se demoraron y miraron a Mather con inseguridad. Él los habría llevado sin pensarlo dos veces, si no fuera porque necesitaba viajar rápido, más rápido aún que al venir desde Invierno. Además, los niños necesitaban toda la protección que pudieran darles: del grupo, la única que tenía verdadera experiencia de lucha era Dendera, aunque Conall parecía tan letal como cualquier soldado que Mather hubiera visto.

Aun así, contuvo un asomo de duda. Con su Deshielo, se sentía más fuerte. Más completo.

Hollis quebró la reticencia del grupo con un gruñido.

—No nos vencerán —afirmó en voz baja, la misma promesa de su entrenamiento.

Mather sonrió.

—No nos vencerán.

Hollis y Feige se movieron, y Eli se acercó para que su hermano también se pusiera en marcha. Kiefer se apartó hoscamente y se lanzó hacia el interior del nuevo

pasaje, con el rostro ensombrecido y los hombros gachos.

Trace vaciló y tomó aliento como quien va a preguntar algo, pero luego se encogió de hombros.

—A ver quién llega primero al campamento —bromeó, con una sonrisa.

Solo Phil se quedó, inmóvil.

—Anda —le dijo Mather—. Los demás te necesitan.

Phil arqueó una ceja.

—Lo siento, Rey Que No Fue… no te librarás de mí.

—Phil, hablo en serio.

El modo en que lo miró Phil acabó con toda protesta.

—Estamos en esto juntos. Todos. Y si alguien se separa del resto, no irá solo.

Feige levantó la cabeza antes de entrar al pasaje detrás de Hollis.

—Ni *sola*.

Phil sonrió.

—Ni sola. Lo cierto es que iré contigo.

Su sonrisa era contagiosa, y su seguridad, firme.

Mather accedió.

En verdad, se alegraba de no estar solo.

Momentos después, la puerta del nuevo pasaje se cerró con un golpe apagado, y Mather quedó a solas con Jesse, Phil y Brigitte.

Brigitte se acomodó en un sillón, con los labios fruncidos. Jesse se acercó a ella mientras Mather retrocedía hacia el primer pasaje. Le hizo una seña a Phil para que entrara y vaciló.

—Gracias —le dijo Jesse a su madre.

Brigitte se encogió de hombros.

—Vete. Pronto Raelyn se dará cuenta de que hice traer tus cosas a mis aposentos.

Los dedos del rey rodearon con afecto el hombro de su madre y lo apretaron con delicadeza. Finalmente ella lo miró, y la frialdad de sus ojos se disipó entre lágrimas.

—Vete —susurró—. Yo estaré bien.

Mather sintió un nudo en la garganta y apartó la vista, conmovido.

Jesse pasó junto a Mather y entró al pasaje.

Brigitte se acomodó el vestido y fijó la mirada en la puerta por la que, sin duda, entraría Raelyn en cualquier momento con una represalia tan dura como la que le había impuesto al rey de Verano. Mather había visto solo el final de esa pelea, el momento en que el cuello del rey veranense se quebró, pero eso le había bastado para confirmar que Raelyn no tenía piedad.

Mather se inclinó para entrar al hueco de la escalera y cerró la puerta al salir. Oyó el chasquido del cerrojo.

Ya no había vuelta atrás. Para nadie.



Ceridwen

El interior del carruaje-burdel de Simon olía a sudor e incienso de frangipani; el aire estaba cargado de humo por falta de ventilación adecuada, y el piso estaba cubierto de almohadones de seda y edredones de satén. Ceridwen nunca había subido a los carruajes de su hermano, a pesar de la insistencia incansable de él para que se portara como «una verdadera veranense» y lo acompañara en sus andanzas. Ahora, al recoger las rodillas bajo el mentón, no oía otra cosa que aquellas reprimendas jocosas que había detestado durante tanto tiempo.

Y el horrible chasquido del cuello de Simon cuando Raelyn se lo quebró.

El carruaje se sacudía al paso de los bueyes que lo tiraban por las calles de Rintiero, y Ceridwen dejó que su cuerpo se meciera con ese vaivén, demasiado exhausta para resistirse al movimiento.

—Cerie —Lekan se agachó frente a ella e hizo una mueca de dolor hasta que logró enderezar la pierna y sentarse en el piso del carruaje. Tenía un corte en la rodilla, otro que le atravesaba la mejilla, y ella sabía que tenía el resto del cuerpo igualmente cubierto de heridas—. Cerie…

Pero se le quebró la voz. ¿Qué podía decir? ¿Y qué podía decirle ella?

Ceridwen cerró los ojos. En su mente, vio el rostro de Simon poniéndose púrpura mientras la magia de Raelyn lo asfixiaba.

¡*Basta… Raelyn… déjala en paz*!

Simon había intercedido por la vida de su hermana. Aunque, minutos antes, Ceridwen misma había llegado a la plaza con toda la intención de asesinarlo.

Y antes de que ella alcanzara a emitir más que un débil graznido de protesta, la cabeza de Simon se había ladeado de pronto y había puesto fin a su vida con un chasquido.

Ceridwen abrió los ojos.

Lekan arrancó un trozo de manta y se puso a limpiarle la sangre de los brazos.

—Deja eso —le dijo ella, con los dientes apretados.

Lekan no le hizo caso.

—Era tu hermano. Lo amabas —susurró.

Los músculos de Ceridwen se convirtieron en piedra.

—Lo odiaba.

Lekan aferró con fuerza el jirón de satén y le frotó el hombro. Lo hizo en silencio, con los ojos puestos en lo que estaba haciendo, como si fuera un esclavo común y corriente y ella, una princesa común y corriente, y como si las manchas que tenía en su cuerpo no fueran de la sangre de su hermano.

Ceridwen se quedó mirando las salpicaduras. Raelyn había demostrado un regocijo demencial al ordenar que le cortaran la cabeza a Simon. Y cuando un soldado se había puesto a aserrar el cuello de su hermano, Ceridwen había sido incapaz de retroceder para esquivar la sangre que había saltado bajo la presión del cuchillo.

Simon estaba muerto. Su cadáver, decapitado delante de ella.

Ceridwen empujó a Lekan a un lado y trató de ponerse de pie. La escasa altura del techo de la carreta hizo que fuera imposible, y su espalda se topó con el techo manchado. Cayó hacia delante y sus muñecas se resintieron al soportar su peso, y el carruaje se sacudió por el golpe.

—¡Silencio ahí adentro! —gritó desde afuera un soldado ventrallino.

Ceridwen volvió a levantarse de un salto y se lanzó de lleno contra el costado del carruaje hasta que este volvió a estremecerse, pero no interrumpió la marcha por la ciudad. Gritó, retrocedió y volvió a arrojarse, porque si no se descargaba de algún modo, su cuerpo no podría resistir el dolor que sentía.

No debería sentirse tan mal por la muerte de Simon. Ella había *querido* que muriera; había querido que sintiera aunque fuera un poquito del terror que él provocaba en sus esclavos. Había querido borrarle aquella maldita sonrisa sempiterna para que suplicara perdón en lugar de alegrarse de verla.

Ceridwen sintió un nudo de sollozos en la garganta.

Simon siempre se alegraba al verla. Le sonreía como si fuera su persona preferida en todo Verano, y eso la hacía sentir como si todo su cuerpo estuviera incinerándose. Recordaba el día en que Simon había conocido a Meira en su burdel, en lo que debería haber sido un acto político; sin embargo, lo que más le preocupaba a su hermano era saber dónde estaba Ceridwen y si podía verla.

Santas llamas, él siempre la había *amado*, incluso mientras destruía el reino y empobrecía a su pueblo. Más que nada, Ceridwen había deseado que Simon la odiara, porque…

Porque así, tal vez, ella también podría odiarlo.

Lekan trabó sus brazos en torno a Ceridwen y la empujó hacia abajo justo antes de que la hoja de una espada irrumpiera por la ventanilla, la que habían tapiado poco después de encerrarlos allí. Un destello plateado lamió el aire por encima de la cabeza de Ceridwen.

Los vestigios de sus gritos le habían dejado la garganta ardida y la boca dolorida. Estaba bien que la pena le doliera, especialmente esa pena, esa… traición.

Eso había sido. Le había dado la espalda a Simon. Y aun así él la había amado.

Ceridwen se aferró a Lekan con desesperación, sin poder relajarse por temor a lo que pudiera hacer otra vez. No quedaba nada en ella; era muy poco lo que Raelyn podría quitarle. Hacía horas que Ceridwen había renunciado a Jesse, y ahora Raelyn había destruido a su hermano y también a Verano.

Pero no, no había sido Raelyn. Había sido Angra, si se podía creer en las incoherencias dementes de Raelyn. Ceridwen deseó que *todo* hubiera sido obra de Raelyn. No tenía la menor idea de cómo deshacer lo que había hecho Angra. Ni siquiera sabía todo lo que había ocurrido: Angra le había dado *magia* a Raelyn. Le había dado a Simon el poder de controlar a quienes no eran sus súbditos.

Esta guerra la superaba por mucho. Reyes corruptos, vaya y pase; pero ¿esto? ¿Magia oscura y redes de perversión que abarcaban toda Primoria?

El terror amenazaba con incapacitarla, pero Ceridwen inhaló el aire repugnantemente dulce, cargado de humo, y se basó en Lekan para orientarse.

—Meira escapó —le dijo, porque necesitaba creerlo—. Ella va a poner fin a… todo esto.

Uno de los brazos de Lekan se soltó de ella, y él cayó al piso del carruaje con un golpe sordo. Lekan flexionó los dedos y se frotó la pierna herida y uno de los movimientos lo hizo sisear de dolor.

Ceridwen arrancó jirones de otro cobertor e improvisó una compresa sin darle tiempo a protestar. La ató con firmeza sobre la rodilla de Lekan y luego se frotó los muslos, mientras intentaba recuperar la claridad de su mente.

—¿Trabaron las puertas? —preguntó, como pensando en voz alta.

Lekan se acomodó la compresa.

—Raelyn nos dejó cinco guardias y se llevó al resto.

Hizo una pausa, y Ceridwen adivinó qué otra información tenía en mente y no decía en voz alta.

También se llevó la cabeza de Simon.

Ceridwen se acercó a gatas a las puertas traseras del carruaje y las empujó. Como era de esperar, no cedieron, de modo que tanteó los bordes en busca de un punto débil en el marco, o una astilla que pudiera arrancar para suplir las armas que le habían quitado. No encontró nada.

Pero las mantas y las almohadas… podía atarlas para hacer una especie de cuerda, que se podría usar para sorprender a los soldados y estrangularlos cuando abrieran las puertas. Eso sería, sin duda, en el complejo del palacio, donde Raelyn tendría mucho más que cinco soldados esperando para reducir a los prisioneros. Ceridwen podía tomar a un soldado como rehén y apretarle el cuello con la cuerda de satén hasta que ella y Lekan lograran salir.

Pero Raelyn aún controlaba la ciudad. Estaba llena de la magia oscura de Angra.

Y pensaba asesinar a Jesse y a sus hijos.

Ceridwen tomó la manta más cercana y empezó a desgarrarla. Lekan se acomodó para apoyarse por completo contra la pared y clavó la mirada en el techo intentando

hacer caso omiso del dolor. Estaba demasiado herido para poder pelear. Ceridwen tendría que ponerlo a salvo, regresar y… ¿y luego qué? ¿Enfrentar sola a todo el ejército ventrallino? Sin duda, quedaría en Rintiero alguien que aún fuera leal a Jesse y que la ayudara a salvarlos a él y a sus hijos. Tendría que encontrar a alguien… o a Meira. Ella la ayudaría.

A menos que Raelyn ya la hubiera matado. Era posible que toda la ciudad se hubiera rendido al golpe de Raelyn, y que Jesse y sus hijos estuvieran muertos, y que hasta el último vestigio de esperanza se hubiera perdido mientras Ceridwen estaba sentada en un carruaje sin poder hacer nada.

Sus manos se detuvieron. El vacío que sentía por dentro le susurró que no debería importarle tanto lo que Raelyn le hiciera a Jesse. Durante cuatro años, había fingido que no le importaba lo que ella le hiciera… ¿por qué habría de empezar ahora?

Sin embargo, todo el resto de su ser le gritaba lo contrario. Esos cuatro años no habían sido así en absoluto. Ahora no se trataba simplemente de no hacer caso al hecho de que Raelyn estaría durmiendo con Jesse en la misma cama en la que la misma Ceridwen lo había hecho; se trataba de ignorar que Raelyn lo *mataría*. Y no solo a él, sino también a sus hijos. A Ceridwen no le importaba lo ocurrido últimamente entre ella y Jesse, pero no dejaría morir a los hijos de él. En parte, siempre se le había hecho muy difícil dejarlo porque él amaba tanto a sus hijos. Un hombre, un *rey*, que gateaba por el piso en el cuarto de su hija solo para hacerla chillar de risa…

Ceridwen liberaría a Jesse y a sus hijos. Ese sería el primer paso en esta guerra: liberar al rey de Ventralli. Buscar a la reina de Invierno. Reagruparse contra Angra y hacerle pagar por atreverse a ocupar Verano… y por permitir que Raelyn asesinara a Simon.

Eso podía hacer.

—¡Alto!

Ceridwen se tensó y sus ojos se dirigieron a la portezuela del carruaje al tiempo que toda la estructura se detenía. Se lanzó hacia la única hendija que quedaba en la ventanilla cubierta y trató de observar todo lo posible antes de echarse hacia atrás por si entraba por allí otra espada. Todavía no estaban en el palacio, sino que seguían en la ciudad, rodeados por los edificios multicolores de Rintiero, los magentas y olivas que ahora estaban ensombreciéndose.

Lekan miró a Ceridwen con el ceño fruncido. ¿Por qué se habían detenido?

Ambos guardaron silencio. Ella se agazapó y tensó el jirón de manta entre sus muñecas.

Un caballo relinchó.

—Deseamos comprar el contenido de esta carreta —dijo una voz, y Ceridwen se esforzó por reconocerla. No era nadie conocido, ni uno de los soldados que los custodiaban.

Un hombre rio.

—Olvídelo, tenemos órdenes.

—Órdenes, sí. Pero ¿tienen oro?

Se oyó un tintineo de monedas. *Muchas* monedas, advirtió Ceridwen. ¿Alguien iba a comprarlos?

Se puso furiosa. Probablemente algún señor ventrallino perverso que había visto el carruaje y había pensado lo mismo que todos al ver la llama de Verano: esclavos en venta.

Uno de los soldados silbó. Hubo un momento de silencio.

—Hasta pueden quedarse con el carruaje —insistió el comprador—. Así su reina no se entera tan pronto.

Su reina. Aquella persona no era de Ventralli.

Por fin el soldado que iba al mando bufó con desprecio. Las monedas volvieron a tintinear.

—Son todos suyos.

Llaves que se agitaban. Pasos que se acercaban a la portezuela. Ceridwen se irguió un poco y su cuerpo osciló entre Lekan y quienquiera que pudiera atacarlos. Disminuyó el ritmo de su respiración, pero su corazón no le hizo caso y siguió latiendo con fuerza contra sus costillas mientras una llave se introducía en la cerradura.

La portezuela se abrió con un chirrido.

Ceridwen se inclinó hacia delante, lista para atacar…

El comprador, un soldado, la miró sorprendido a la luz difusa de las farolas que alumbraban la calle. Su piel negra relucía entre las sombras que avanzaban, y detrás de él había una mujer de pie entre un grupo de caballos y más soldados. Llevaba el cabello oscuro recogido en un rodete justo por encima del cuello rígido de su vestido de lana gris. A su espalda, brillando a la luz crepuscular, tenía un hacha.

Ceridwen perdió todo impulso de pelear en un solo suspiro.

—¿*Giselle*?

Los había comprado la reina de Yakim.



Meira

Lo primero que me viene a la mente cuando vuelvo en mí es: *estoy harta de desmayarme por la magia*.

Una fogata pequeña crepita a mi izquierda y el aire se llena de su humo. Me obligo a abrir los ojos y me siento agradecida de toparme con la oscuridad de la noche y no con una explosión de luz del sol, y siento en la cabeza un dolor que palpita al ritmo de los segundos que pasan.

—Puedes sanarte tú misma, ¿sabes? —oigo la voz de Rares.

Me acomodo de costado y me clavo los dedos en la frente en un intento de expulsar los últimos vestigios de dolor. Un círculo de árboles rodea el claro en el que nos encontramos, y de sus ramas bajas pende un denso follaje. Sin levantar la vista, Rares sigue pasando una piedra de afilar contra uno de los cuchillos de cocina que robé.

—Si supiera controlar así mi magia, no te habría seguido —replico, irritada—. ¿Qué me hiciste? ¿*Cómo* lo hiciste?

Rares prueba la hoja con el pulgar y suspira.

—Que haya cuchillos descuidados en la cocina de un pobre, vaya y pase, pero ¿en la del rey de Ventralli? Es una vergüenza.

Mi mirada furiosa se aplaca. Rares murmura que ni los pollos merecen que se los mate con semejantes cuchillos.

Justo cuando tomo aliento para gritarle mis preguntas, Rares levanta la vista.

—Tal vez primero debería enseñarte paciencia.

Me pongo de rodillas, tratando de contener un mareo. Estoy tan cerca del fuego que saltan chispas de las ramas crepitantes y las siento en la piel como aguijonazos.

—¿Cómo es que tienes magia? —pregunto, sin emoción—. ¿Y cómo puedes usarla en mí?

Rares apoya los codos en las rodillas y juega con el cuchillo mientras me observa, pensativo.

—Te preocupa que tal vez no te dé explicaciones, y que aunque lo haga, no te lo diga todo y no dispongas de toda la información. Te preocupa la posibilidad de que te hayas equivocado al confiar en mí, pero más aun, de que no me hayas encontrado a tiempo. ¿Se me olvidó algo, querida?

—Yo…

—Y aunque podría asegurarte que no me parezco en nada a tus mentores anteriores, haré algo que ellos no hicieron: ahora que estamos a salvo, o tanto como es posible por el momento, te lo contaré todo, tal como te lo prometí. Cada detalle, cada razón, cada agitar de cortina que nos trajo hasta este momento. Bueno, no de *todas* las cortinas… algunas fueron de bastante mal gusto.

—Pero… ¿por qué?

—Por las borlas, más que nada.

—No —rezongo—. ¿Por qué habrías de contármelo todo?

Rares me mira, sorprendido.

—¿Por qué no?

Me dejo caer al suelo. ¿Así de fácil? Estoy habituada a las discusiones, a tener que rogarle a Sir una explicación, o a Hannah, que me dijera más.

Rares sigue afilando el cuchillo, y al cabo de un instante, empieza a hablar con voz desapegada, como si él mismo no se oyera.

—Sé que tu madre te contó sobre los estragos que causó la Decadencia en el mundo. Fue una consecuencia del uso que le daba la gente a la magia, para hacer el mal; y para contrarrestarla, los monarcas de Primoria recogieron los conductos de sus ciudadanos en una depuración violenta.

Tengo que morderme la lengua para no preguntarle cómo sabe lo que Hannah me contó, pues temo que, si hablo, se dé cuenta de que me está brindando esa información sin ningún reparo.

—Murieron miles de personas —prosigue—. Muchas más estaban poseídas por la Decadencia, dominadas por deseos perversos. Fue una época desesperada. Y eso llevó a los monarcas del mundo a crear los Conductos Reales, con la esperanza de que semejantes cantidades de magia erradicaran la Decadencia del mundo… Y así fue, por un tiempo. Uno por cada reino: cuatro ligados a herederas femeninas, y cuatro, a herederos masculinos. Paisly no fue la excepción, salvo que nos negamos a inclinarnos ante el poder de nuestro monarca con tanta facilidad como el resto del mundo.

»Vimos el comienzo de un ciclo de violencia. Vimos que la magia seguía usándose, grandes cantidades de magia conectada a ocho personas que podían adquirir una sed de poder muy grande. ¿Cómo podíamos confiar en que no se corrompieran y volvieran a introducir la Decadencia en el mundo? Aquí no había lugar para la magia; su precio era demasiado alto. Formamos un grupo rebelde, la Orden de los Lustrados, que se opuso a nuestra reina —Rares hace una pausa y me mira—. Y nuestra rebelión tuvo éxito.

—¿Paisly no tiene reina?

Apenas oigo la pregunta en el espacio que hay entre nosotros.

—Tenemos una regente que hace las veces de reina siempre que se necesita una figura así, pero Paisly no tiene reina… ni conducto real.

»La noche de la rebelión, la reina de Paisly rehusó negociar —prosigue—. Veía una amenaza contra su reino, no la salvación que proclamábamos. Y en la batalla, se sacrificó por su reino… momentos después de que la Orden rompiera su Conducto Real, un escudo.

—¿Qué? —jadeo, y me envuelvo con los brazos como si aferrarme a mí misma fuera la única manera de hacer que sus palabras sean reales y no un cuento que se narra junto a una fogata antes de dormir.

Los ojos oscuros de Rares siguen clavados en los míos.

—Nadie se dio cuenta de lo que habíamos hecho hasta que fue demasiado tarde. Todos en Paisly, desde los que apoyaban a la reina hasta los integrantes de la Orden, quedaron imbuidos de magia. Todos nos convertimos en conductos… tal como quería tu madre para Invierno.

La conmoción me sacude hacia delante.

—¿Cómo sabes eso?

Pero Rares sigue hablando.

—Después de la rebelión, los defensores de la reina quedaron en absoluta minoría. La Orden tomó el poder y gobierna Paisly desde entonces. Y todavía estamos convencidos de que no hay lugar para la magia en este mundo; por eso hemos mantenido nuestro reino en secreto hasta donde hemos podido. Por supuesto que es inevitable que haya alguna que otra interacción con otros reinos, pero es asombroso lo que se puede esconder cuando nadie sabe qué buscar. Especialmente cuando se trata de un reino ubicado en una cadena montañosa —me guiña un ojo—. Es muy fácil esconder cosas en las montañas.

Quedo boquiabierta. Lo que Hannah había querido que ocurriera en Invierno ya había sucedido en otro reino: la magia se había extendido a todos sus ciudadanos al romperse el conducto y sacrificarse la reina. Todo un reino de personas como yo, que eran en sí mismas conductos de una magia que nunca habían deseado. Con razón Rares decía que Paisly estaba a salvo de Angra.

Me inclino hacia delante con entusiasmo.

—En ese caso, pueden detener a Angra. Paisly puede reunir un ejército y derrotarlo en cuestión de…

La mirada de Rares me hace callar.

—Aunque cada ciudadano de Paisly es un conducto, no quedamos muchos después de la guerra. Por eso adoptamos este enfoque: nuestros miembros han estado en toda Primoria, esperando que apareciera un portador de conducto cuyas metas coincidieran con las nuestras. La Orden ha venido construyendo una defensa… pero ahora las fuerzas de Angra incluyen los ejércitos de por lo menos tres reinos, y todos los soldados están impulsados por su magia. Podríamos impedir su avance en las montañas de Paisly, pero no tenemos la capacidad para derrotarlo solos. Pero te ayudaremos; aunque la Orden cree que en Primoria no hay lugar para la magia, nuestras circunstancias nos han obligado a convertirnos en expertos en ella. Te

ayudaremos a controlarla para que puedas usarla como planeas hacerlo: para quitarle a Angra las otras llaves del barranco y destruir toda la magia.

Casi se me escapa el corazón del pecho.

—¿También sabes eso?

Rares sonríe con tristeza, y el fuego proyecta un reflejo amarillo en sus ojos oscuros.

—Ser parte de la misma magia permite una conexión mental. Al tocar otro conducto se intensifica la reacción: tú lo experimentaste al hacer contacto con la piel de otros portadores de conductos. Pero los conductos verdaderamente fuertes pueden acceder a los pensamientos y los recuerdos sin necesidad de contacto físico… hasta que llegas a confiar en tu magia lo suficiente para usarla todo el tiempo, para bloquear esas intromisiones. A propósito, no me des las gracias por quitarte a Angra de la mente. Algún día tendrás que hacerlo sola, pero por ahora, no puede acceder a tus pensamientos.

Me toco la sien.

—Un momento… ¿Angra podía oír mis pensamientos antes de que yo supiera que estaba vivo?

Rares asiente una vez.

—Sí.

Me invaden las náuseas y me inclino hacia delante, con la cabeza entre las manos. Podía haberlo oído todo: todos mis planes, mis débiles intentos de detenerlo. No necesitaba tocarme. Habría podido hablarme *cuando quisiera*. ¿A quién más podía hacerle eso?

Pero lo sé. Se lo hizo a Theron, y podría hacérselo a cualquiera que no estuviera activamente protegido de su Decadencia por la magia pura de conducto.

Miro, furiosa, las llamas que tengo ante mí.

—Así que lo expulsaste por mí. Pero ¿cómo? Yo no soy paisliana, y la magia de Paisly solo debería poder afectar a la gente de allí.

—Las reglas de la magia cambian en los conductos humanos —respondió Rares—. Yo no podría afectar a un inverneño normal, pero tú estás llena de la misma magia que recorre mi cuerpo. Estamos conectados, tal como seguramente descubriste que estás conectada con otros portadores de conductos. Aunque los Conductos Reales se crearon para obedecer solo a ciertos linajes, la magia que contienen es, en el fondo, la misma, y por lo tanto, todos los portadores de conductos están conectados. Perdón por el desmayo, pero poco a poco lo tolerarás mejor. Solo estuviste inconsciente tres horas, ni siquiera lo suficiente para alcanzar a sacarte de Ventralli.

Lo miro boquiabierta. Desperdicié tres horas *durmiendo*.

En ese tiempo podía haber pasado cualquier cosa. Mather y los inverneños podían haber salido de Rintiero a salvo… o podía haber ocurrido lo que yo más temía. Y no solo eso, sino que si vamos a ir a Paisly, tardaremos semanas en llegar; cada

momento perdido es un momento más en el que Angra cierra su puño sobre el mundo.

Y ni siquiera sé qué planes tiene. No sé qué planea hacer, a quién va a matar, qué reino quiere destruir primero…

Una angustia metálica me cierra la garganta y hace que me resulte imposible tragar, respirar, hacer otra cosa que quedarme mirando a Rares mientras vuelvo a sentir ese dolor palpitante en la cabeza.

No hay tiempo que perder.

—Dijiste que me ayudarías a quitarle las llaves —me obligo a decir—. Con todos los conocimientos que tiene la Orden, ustedes también le habrán preguntado a la magia cómo destruirla. ¿Y les respondió lo mismo que a mí: sacrificando un conducto y devolviéndolo al barranco?

Rares asiente lentamente.

—Y vas a ayudarme a quitarle las llaves a Angra —repito—. Vas a ayudarme *a mí* a destruir toda la magia. Entonces…

Mi mente se llena de recuerdos fugaces. El barranco y sus dedos de magia, eléctricos y destructivos, que solo podían habitar en objetos; cuando alguien intentaba dejar que la magia lo tocara, caía incinerado como si lo hubiera fulminado un rayo.

Mi angustia se convierte en terror cuando Rares no aparta los ojos de los míos.

—No hay otra manera de destruir la magia —adivino; las palabras salen de algún lugar en el fondo de mi ser, algún lugar que no siente—. Vas a ayudarme a morir.

Eso hace que Rares suelte el cuchillo y la piedra de afilar. Se apoya en sus manos y rodillas y cruza la distancia que nos separa, hasta llegar tan cerca que percibo la severidad que irradia con la misma seguridad con que siento el calor de la fogata.

—Desde hace casi dos años, mi pueblo vive lamentando lo que la Orden le hizo a Paisly —me dice—. Cuando pudimos usar nuestra magia para averiguar cómo destruirla, comprendimos que tendríamos que convencer a todos los paislianos de que se arrojaran al barranco por su propia voluntad. Ahora *todos* somos conductos de Paisly. Por eso hemos venido observando en secreto a los gobernantes del mundo por medio de nuestro vínculo con su magia, ocultando el conocimiento de los verdaderos límites de los conductos a cualquiera que buscara abusar de ellos, con la esperanza de que alguno llegara a las mismas conclusiones que nosotros: que la magia es demasiado peligrosa. Desde luego, teníamos la esperanza de que ese monarca no tuviera más que arrojar su conducto al barranco. Pero tú eres la primera portadora de un conducto en varios siglos que ha decidido que los aspectos negativos de la magia superan cualquier beneficio. Ni siquiera tu madre se propuso esto.

Me crispo al oírlo mencionar a Hannah; pienso que otra vez oiré su voz en mi mente… pero no. Ya no está. Y eso me resulta mucho más liberador de lo que debería.

Incluso cuando ella intentaba ayudarme, en realidad nunca me ayudaba a mí; simplemente trataba de corregir sus propios errores, y ahora, al mirar a Rares con la

esperanza de ver alguna otra emoción más allá de su extraña mezcla de remordimiento y ansiedad, lo único que veo es una puerta. La misma puerta hacia la que me guiaba Hannah: la salida de un mundo de caos y dolor, control y destrucción.

Pero a diferencia de Hannah, Rares está dispuesto a ayudarme a entender todo esto. Puede ayudarme a controlar mi magia para que esté mejor armada cuando me enfrente a Angra para quitarle las otras dos llaves del barranco. Rares y su pueblo han tenido siglos para estudiar su magia; quizá puedan ayudarme a llegar a un lugar donde mi miedo se evapore y solo quede mi decisión.

—¿Estás seguro de que es buena idea decirme todo esto? —le pregunto—. ¿No prefieres ocultármelo para que malinterprete algo y me equivoque?

Rares me apoya una mano en el hombro, una presión firme que me sobresalta.

—No eres lo que has hecho. La persona que eres ahora, en este momento, es quien tú eliges ser.

—Quien yo elijo ser —repito—. Últimamente soy incapaz de elegir bien.

Dejé a todos mis seres queridos en la mazmorra en Rintiero. Desperdicié tres horas. Yo…

Rares levanta la mano, contrae un dedo y me da un golpe en la frente.

Me doy una palmada en la frente dolorida.

—¿Qué…?

Pero Rares me señala agitando el dedo culpable.

—Tómalo como la primera lección que te doy para que aprendas a dominar tu magia: no toleraré que se hable así de la persona que nos salvará, y mucho menos si quien habla es esa misma persona.

—¿Y eso qué me enseña? —chillo.

—A pensar dos veces la próxima vez, antes de ser tan dura contigo misma. Bien, ya que hemos dado inicio a nuestras lecciones, pasemos a la segunda, ¿te parece?

Bajo la mano.

—¿Y todos los que quedaron en Rintiero? ¿Podemos averiguar antes qué fue de ellos? ¿Y si Angra…?

No alcanzo a terminar la pregunta.

Rares entorna los ojos.

—Angra no encontró a tus amigos en Rintiero. Al menos, no a todos… si tuviera a tus aliados en su poder, no estaría molestándose en tratar de seguirnos el rastro. Simplemente los haría matar y dejaría que tú lo buscaras para vengarlos.

Hay mucho en lo que dice que me pone nerviosa.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? Y… un momento, ¿sigue tratando de encontrarnos? ¿No lo habías bloqueado?

—Lo bloqueé para que no pudiera entrar a tu mente, pero su magia sigue tanteando el mundo, buscándonos. Una vez que lleguemos a Paisly, estaremos a salvo; la Orden mantiene una barrera que le impedirá entrar. Ahora veamos… —Rares chasquea la lengua como reprendiéndose por permitirme pensar en mis

preocupaciones y recoge una hoja que estaba a su lado en el suelo—. Segunda lección —coloca la hoja en la palma de su mano—. Levanta esta hoja por el aire. Tu magia te permite afectar todo lo que existe, y a todos. Como lo hiciste en Putnam, cuando arrojaste a tus guardias sin mucha elegancia.

Conall y Garrigan. Volaron por el aire por mi desesperación de que se apartaran de mí, irónicamente, para no usar mi magia contra ellos.

—Eran inverneños —le recuerdo—. Pero no debería poder afectar a personas u objetos que no tengan relación con Invierno.

Aunque sí había afectado algo que no tenía relación con Invierno: en Verano, cuando me asusté en el techo del complejo del palacio e hice nevar.

—Normalmente, los Conductos Reales solo tienen suficiente magia para cosas como hacer crecer los cultivos o hacer llover en tiempos de sequía —responde Rares—, e incluso entonces, solo en sus respectivos reinos. Pero cuando *eres* un conducto, los límites se extienden, como has visto al tomar contacto piel a piel con otros portadores de conductos: tú *eres* la magia, y por eso estás conectada en mayor medida. Eso te permite afectar también a otros reinos. No a otras personas que no estén vinculadas a tu reino, a menos que ellos mismos tengan conexiones mágicas, sino a los objetos. Te permite manipular lo que…

—No —lo interrumpo, tensa—. No pienso *manipular* nada.

—No me refiero a manipular como un acto maligno que pueda alimentar la Decadencia. Esta hoja —dice, y la agita— no sabe nada del bien ni del mal. Un acto es maligno solo cuando interfiere con la capacidad del otro de elegir por sí solo y, por consiguiente, ocasiona dolor, pesar, miedo, o cosas así. Un asesinato, por ejemplo; al matar a alguien, se le roba la capacidad de elegir vivir.

Lo miro boquiabierta.

—Entonces, cuando arrojé a Conall y Garrigan…

Santa nieve, *no*. ¿Será que hice, sin querer, algo que alimentó la Decadencia?

—Tus guardias eran absolutamente leales a ti —responde Rares—. Lo que les hiciste no interfirió con su capacidad de tomar sus propias decisiones: ellos habrían elegido hacer lo que les pidieras. Aunque sí se llevaron unos cuantos golpes y magullones, ¿verdad? Pero, insisto, fue algo que aceptaron de buen grado, aunque no lo hicieran conscientemente.

Eso sirve increíblemente poco para aliviar mi horror.

—Levanta la hoja —insiste Rares—. No dejaré que pierdas el control.

Mi magia se mantiene felizmente callada desde mi último colapso, y no tengo prisa alguna por despertarla.

—Podría dominarme de no ser porque la barrera de la Mina Tadil me hizo algo. Cada vez que me abro a mi magia, sale a raudales, y yo…

Rares me hace callar con un resoplido.

—La barrera mágica te habría hecho doler, pero no habría tenido ese efecto en tu magia. La magia es cuestión de elección, y en alguna parte de tu mente, aunque haya

sido el más leve asomo de deseo, pánico o preocupación, quisiste hacer todo lo que hiciste.

Suelto el aire como si sus palabras hubieran sido un puñetazo en el vientre.

—¿Todo eso… lo hice yo?

La mano de Rares se mantiene firme.

—Esa es otra lección. Por ahora, todo lo que tienes que hacer es mirar esta hoja y desear que se alce por el aire.

Mi mente se aturde con estas revelaciones; me crispo y me froto los brazos. Cada minuto que pasa me quema la piel como las chispas de la fogata. Tenemos que *irnos*… tenemos que llegar a Paisly para que yo pueda conseguir la ayuda que la Orden me pueda ofrecer, regresar, quitarle las llaves a Angra, llegar al barranco de magia y salvar a todos.

Para que yo pueda morir.

Aprieto la mandíbula mientras Rares me mira a los ojos.

Cuando le transmití fuerza a Sir en Gaos, cuando bloqueé a Hannah para que no pudiera hablarme, cuando hice nevar en Juli, cuando arrojé a Conall y Garrigan… no quise hacer nada de eso. Esto sí lo deseo… y lo que deseo es que este trozo ajado de vegetación se estrelle en la cara de Rares.

En mi pecho vibra un frío, y lo único que alcanzo a hacer es parpadear: la hoja vuela hacia el rostro de Rares y lo golpea en el centro de la frente.

Me cubro la boca con ambas manos.

Rares sonríe mientras la hoja cae sobre su regazo.

—Supongo que lo tenía merecido —admite—. Pero hora entenderás mejor el resto de nuestro viaje.

—¿Cómo?

Se pone de pie de un salto y patea tierra contra el fuego. Las llamas se apagan con un siseo y quedamos en sombras. Apenas distingo la mano que Rares extiende hacia mí.

—Porque será como lo que acabas de hacer, pero a mayor escala.

Me alegro tanto de que nos pongamos en marcha que tomo su mano. Rares tira de mí para ponerme de pie, pero no veo nada. No solo no veo, sino que no *puedo* ver, porque apenas me levanto, el bosque desaparece y solo queda la negrura; el ambiente templado y húmedo se convierte en un frío polar, y la brisa suave, en un viento helado. Me marea el aire súbitamente enrarecido, y lo único que sé más allá de mi conmoción es que ya no estamos en Ventralli.

Rares está *transportándonos*. Y no solo nos eleva ligeramente y vuelve a bajarnos: siento que la distancia vuela debajo de nosotros con la misma seguridad con que veo la negrura que nos rodea. Estamos ascendiendo en una espiral de magia, y el aire chisporrotea con una electricidad que me aguijonea la piel. Siento el corazón tan atrapado en la garganta que me pregunto si se me aflojará alguna vez, y las palmas de

las manos tan húmedas de sudor que temo soltarme de la mano de Rares y perderme en el olvido.

Seguramente él percibe mi terror, porque me envuelve en sus brazos. El silencio de estar suspendida donde sea que estemos, de estar envuelta en unos brazos protectores, me recuerda a la última vez que alguien me abrazó así: Sir, hace meses, en la visión cruel de Angra. Cuando me arrodillé en el piso de aquella casa en Invierno y él me tomó en sus brazos y todo estaba perfecto.

No, no estaba todo perfecto. El verdadero Sir nunca me abrazaría como en aquella visión. Como *ahora*.

Me aparto, temblorosa, nuevamente con los pies en la tierra. Ya no estamos en el bosque, sino en una cueva. A mi espalda, baila una luz anaranjada.

Mi mente capta esos detalles mientras todo lo que tengo en el estómago sube en busca de mi garganta, y caigo hacia delante con una arcada.

Rares se agacha a mi lado.

—Lo sobrellevaste mejor que yo, la primera vez. Vomité, me desmayé, desperté y volví a vomitar… todo eso incluso antes de llegar a destino.

Tengo otra arcada.

—No creo estar muy lejos de desmayarme.

Rares me toma del codo.

—Arriba, entonces. Aquí no hay tiempo para desmayos.

Mi gemido de protesta cae en oídos sordos, y apenas estoy en posición vertical, Rares se da vuelta y señala hacia el interior del túnel.

—No se ve desde aquí, pero este túnel va hasta el valle más amplio en el límite occidental de los Paisel. No muchos conocen esta ruta, pero el túnel atraviesa las montañas y entra a Paisly; si no, es un viaje de dos semanas. Este atajo era mi segunda opción por si no captabas el concepto de mover la hoja, pero gracias a nuestra buena magia lo entendiste, porque *detesto* viajar, aunque sean pocos días. Es lo único que voy a extrañar de ser un conducto: la facilidad de traslado.

—¿Usaste la magia para traernos volando a Paisly? —contengo otra oleada de náuseas—. ¿Quién más puede usar su magia así?

Pero conozco la respuesta antes de que Rares me mire.

—Como dije, Paisly mantiene una barrera para impedir intromisiones de magia externa. El único ajeno que puede usar su magia para viajar es Angra, puesto que es un conducto, como nosotros, pero solo puede usar esa habilidad con los ciudadanos de Primavera o para sí mismo. No es en sí un aspecto de la Decadencia, a menos que intentara hacer daño a alguien con ella. Básicamente, sería una tontería si Angra la usara, ya que no puede transportar a todo su ejército, y eso, además de la barrera, significa que aquí estás a salvo.

Sin embargo, una vez más, la explicación de Rares no ayuda mucho a aplacar mi terror. Pero asiento y la acepto.

Rares frunce el rostro.

—Pero, en realidad, todavía no estamos en Paisly.

Se da vuelta. Detrás de nosotros, hay un hombre de pie al resplandor de las antorchas. Mis extremidades tiemblan de agotamiento, pero engancho los pulgares en las correas de la funda vacía de mi chakram.

Rares lo saluda.

—Alin, Meira… Meira, Alin.

Alin me saluda con una inclinación de cabeza, pero se aparta y se coloca frente a una pared sólida de roca: el final del túnel.

Cuando Alin apoya las manos contra la pared, Rares se inclina hacia mí.

—Es soldado y está a mi cargo en la Orden. No te preocupes, puedo impedir que oiga tus pensamientos. Esta entrada está bajo mi custodia desde… bueno, desde siempre. Todo el reino está en un valle, por lo cual se respeta mucho el cargo de controlar quién viene y va.

Mis ojos se dilatan cuando Alin empuja la pared y la mueve. Como Conall y Garrigan cuando los arrojé; como la hoja en la mano de Rares; como nosotros al volar desde Ventralli hasta el túnel. Lo que había sido un muro sólido se va abriendo poco a poco y me deja ver… Paisly.

La noche envuelve la región, pero gracias a la luna puedo ver el castillo gris que está justo debajo de esta entrada, y más allá, un pueblo en penumbras. Hasta se puede ver la silueta de las cumbres lejanas en el horizonte, un contraste de oscuridad contra el cielo gris apenas más pálido.

Rares y Alin se adelantan y conversan en el acantilado al que da la puerta, lo cual me da un respiro muy necesario, sola en la cueva.

Meira.

Se me detiene el corazón con un respingo.

¿Acaso Rares retiró la protección que puso en mi mente? Dijo que la Orden mantenía una barrera en torno a Paisly, de modo que Angra no podría alcanzarme aquí.

Miro el piso de la cueva, luego a Rares afuera, y siento el peso de una piedra en el estómago.

Aún no estoy en Paisly.



Meira

Rares echa un vistazo hacia atrás y frunce el ceño al verme echar a correr hacia la entrada. No llego a dar dos pasos cuando una fuerza me arroja de rodillas.

¿Creíste que podías escapar de mí?, se burla Angra. *Nunca pudiste escapar de mí, Alteza, y nunca lo harás*.

Se me distorsiona la vista, y el resplandor anaranjado de la cueva se convierte en negrura absoluta. Me resisto y alcanzo a ver imágenes entrecortadas de Rares y Alin corriendo hacia mí, mezcladas con las de Angra materializándose en las tinieblas de mi mente, con el rostro contorsionado en una mueca de desdén.

En medio del terror, surge un pensamiento esclarecedor de la explicación que me había dado Rares: «Ser parte de la misma magia permite una conexión mental. Al tocar otro conducto se intensifica la reacción…».

No hago caso a nada de lo que ocurre a mi alrededor —los gritos de Rares y Alin, el cosquilleo de la magia de Rares en mi piel— y solo veo la imagen de Angra en mi mente. Está allí, todo él, observándome desde las sombras.

Sin pensar en las consecuencias, extiendo la mano y lo aferro por la muñeca.

La conmoción se refleja a las claras en el rostro de Angra. No estará aquí en persona, pero sí en mi mente, y estoy tocándolo.

Aprovecho esta pequeña oportunidad para indagar en su mente. Hay muchas cosas que quiero saber: si capturó a mis amigos, qué obligó a Cordell a hacer a Invierno, qué planes tiene…

Siento que la última pregunta hace contacto, y todas las demás sensaciones se disuelven en torno a mí.

Veo al joven Angra agazapado en los pasillos del palacio de April; hay una mujer con la cabeza apoyada en su regazo, y la sangre de ella mancha la obsidiana.

No es la primera vez que veo esto; mejor dicho, lo vi en un recuerdo de Theron, una de las cosas que Angra le reveló mientras lo tenía prisionero en Primavera.

Sobre el regazo de Angra, los labios de su madre tiemblan. «Por favor», gime ella. «Por favor, hazlo parar».

La escena cambia y veo a Angra un poco mayor, en una de las universidades de Yakim, encorvado sobre unos libros, y luego de pie en Verano, rogándole a su rey que le enseñe sobre la magia, cualquier cosa que le sirva para destronar a su padre. Dado que hace tanto tiempo de eso, solo existen los conductos pequeños, y por cada

conducto que usa Angra, su padre tiene uno para contrarrestarlo. Pero los reinos del mundo no tienen tiempo para ayudar a un príncipe de Primavera desesperado cuando sus tierras están sufriendo la violencia feroz de la Decadencia.

La solución a la Decadencia viene bajo la forma de los Conductos Reales. Angra ve que su padre recoge todos los conductos pequeños de Primavera y regresa del barranco con un báculo de poder supremo.

Angra trata de combatir al báculo. Vuelan sangre, puñetazos y magia, y cada vez Angra termina caído y ensangrentado. Ahora su padre es demasiado poderoso… pero también es orgulloso y estúpido, y una noche Angra lo engaña para que suelte el báculo. No necesita más que un momento.

Pero su padre sigue con vida, derrotado en el suelo en la sala del trono, y Angra no puede usar el báculo hasta que su padre muera. No quiere matar a su padre; no, primero quiere que sufra. Pero ¿cómo, si Angra no tiene magia?

La Decadencia. Los otros Conductos Reales la debilitaron, pero es suficiente para infectar a un hombre triste y vencido.

Al principio, Angra mantiene a su padre con vida. Pero la Decadencia pronto necesita magia de la cual alimentarse, de modo que Angra asesina a su padre en un glorioso despliegue de sangre y venganza.

El báculo se vincula a Angra, y la Decadencia adopta su forma. Angra se regocija con el poder que él y la Decadencia acumulan en el transcurso de varias décadas de dominio.

A partir de allí, se despliega otra imagen: el futuro que desea. Un futuro de control, donde todos los que se le opongan se acobarden ante él como su padre, esclavos de su emoción más oscura… que él se asegurará de que sea el miedo. Solo miedo. Así lo hizo en su reino, y así lo hará en todo el mundo.

Quiere que todo Primoria sea su Primavera.

Se me llenan los pulmones de aire frío.

Estoy acurrucada en el acantilado frente a la entrada de la cueva, aferrándome al borde. Rares y Alin están arrodillados, uno a cada lado de mí, sus manos en mis hombros, jadeando tanto como yo.

—Meira —dice Rares—. Cuánto lo siento. Quité la protección demasiado pronto…

—No —meneo la cabeza, sin poder controlar mi respiración—. Me… alegro de eso.

Rares se queda mirándome con incredulidad. Trato de encontrar una explicación, hasta que me doy cuenta de que no necesito explicar nada.

En lugar de eso, giro hacia él y aprieto mi mano contra la suya, para hacer que se abra y vea lo que yo vi.

Se queda allí sentado, y en su rostro oscuro no veo sino un horror antiguo. Da vuelta la mano y me aprieta los dedos, y su mirada se dirige a Alin.

—Mantente alerta —le dice—. Si se acerca alguien… *quien sea*… me avisas de inmediato.

Rares se levanta de un salto y empieza a bajar por un sendero tallado en la montaña. Me pongo de pie con dificultad mientras Alin regresa a la cueva, y el muro se cierra detrás de él con una ráfaga de aire.

—¡Espera! ¿Vamos a quedarnos aquí? —pregunto, mientras persigo a Rares—. Ahora sabemos lo que Angra quiere… tenemos que prevenir a todos…

—¿Con qué fin? —Él no se detiene: sigue acercándonos al fondo del valle—. Todavía piensas combatirlo, ¿no? Esto no hace más que darle más urgencia a nuestro entrenamiento. Ahora sabemos lo que Angra va a hacer en todo el mundo… y él sabe que lo sabes; por eso, cuando vuelvas a salir, buscará atacarte aun más que antes —ahora Rares sí se detiene y se da vuelta para mirarme de frente—. Por eso es todavía más imperativo que salgas de aquí lo más preparada que sea posible. ¿No crees?

Aprieto los labios. Los latidos de mi corazón me perforan el pecho, y aunque mi reacción inicial es gritarle, me obligo a procesar lo que dijo, cada palabra.

—Sí —admito. Pero detesto admitirlo, me detesto, y también a él, a todo esto, a todo lo que me impide ayudar a todos los que me importan. Pero esto sí los ayudará.

Si no, Angra me matará, y entonces desaparecerá cualquier posibilidad de librar al mundo de su magia. Extenderá su dominio a todos los reinos de Primoria, como ya empezó a hacer en Ventralli. Yo vi cuánto había empezado a cambiar ese reino después de apenas una noche bajo su gobierno… ¿Cuánto tardaría en conquistar el mundo?

Paso junto a Rares como una exhalación y me pongo en marcha a toda prisa por delante de él. Abajo está el castillo, de estilo similar al Castillo Langlais, de Yakim: piedras grises ajustadas las unas contra las otras, ventanas de gruesos cristales que reflejan la luz de la luna si les da en el ángulo indicado. En la esquina superior derecha de la muralla flamea una bandera; contra su fondo color granate se ve una montaña bajo un rayo de luz.

El símbolo de la Orden de los Lustrados.

—¿Por qué eligieron llamarse Orden de los Lustrados? —pregunto.

—*Lustrar* significa purificar por medio del sacrificio —explica Rares—. Nos creíamos nobles en ese aspecto, porque estábamos dispuestos a sacrificar la magia para conservar la pureza de nuestro reino.

Me cruzo de brazos.

—Sacrificio —repito. No he podido decir esa palabra desde que descubrí que era eso lo que exigía la magia. Al pronunciarla ahora, sintiendo cómo cada letra sale de mi boca… no siento nada. Pero tengo que hacerlo, ¿verdad? Tiene que ser un sacrificio voluntario. Tiene que ser algo que yo *desee*.

Pero no se me ocurre más que un puñado de cosas que en verdad deseo. Estar otra vez en Invierno, a salvo con Mather, Sir, Nessa y todos mis seres queridos; lanzar mi chakram contra algo una y otra vez hasta que ya no me duela el corazón.

Rares se detiene de repente. Veo sus ojos en mí a la luz de la luna, y la suavidad que veo en ellos casi parece compasión.

—El deseo no es debilidad —dice. El sólido portal de hierro que hay en la muralla empieza a abrirse con un chirrido—. El deseo es algo que nos impulsa. Es una meta. Sin deseo, ¿qué seríamos? Estaríamos vacíos, creo.

Su boca sigue abierta mientras me observa, mientras ve en mi interior.

—Sé que el viaje ha sido largo. Pero… creo que será necesario que hables con ella, antes de descansar.

Frunzo el ceño.

—¿Ella?

Apenas termino de preguntarlo, se cierra una puerta dentro del complejo. Rares me hace una seña para que siga caminando.

Las murallas se alzan en torno a un complejo iluminado por farolas. A la derecha hay establos y una pedana; a la izquierda, un jardín… y frente a nosotros, sale corriendo del castillo una mujer de la misma edad que Rares, de largo cabello negro recogido en docenas de trenzas que se entrechocan, con cuentas que cuelgan de los extremos y plumas que se agitan en los centros. Trae puesta una túnica color rubí, con motivos de remolinos dorados en el escote y los puños, y una falda que se abre a la altura de las rodillas y deja ver unas botas marrones y pantalones color tostado que se ven más aún cuando se recoge la túnica para correr más rápido.

—¡Llegaste! —exclama.

Sin darme tiempo a poner reparos, me abraza y me aprieta contra su pecho. Huele a tela gastada y secada al sol, como a canela, tomillo y otras hierbas menos conocidas para mí. Y cuando se aparta, con un brillo en los ojos oscuros, no puedo sino sonreír. Hay algo en ella que es todo eso: gastado y brillante a la vez.

Rares le rodea el cuello con un brazo.

—Qué impresión, cariño.

—¡Ah! No te asusté, ¿verdad? —me pregunta, con ojos suplicantes.

Meneo la cabeza.

—Usted es, de lejos, lo menos amenazante que encuentro desde hace tiempo.

Ríe y le da un beso a Rares. Al cabo de un momento prolongado e incómodo en el que me pregunto si debería excusarme mientras ellos se reencuentran, Rares se vuelve hacia mí.

—Disculpa, querida… Meira, te presento a mi esposa, Oana.

Oana recoge la manga acampanada de su túnica para envolverse con ella la mano antes de estrechar la mía. Me quedo mirando la mano recubierta por la tela.

Ella se sobresalta.

—Es una formalidad en Paisly, ¿sabes? Puede ser toda una intrusión, si alguno de los dos no puede bloquear su mente. Si prefieres, no es necesario que…

—No, está bien —pongo mi mano en la suya—. Perfecto, en realidad.

Sostiene el apretón mucho más de lo acostumbrado, y sus ojos recorren detenidamente mi rostro.

—Eres hermosa, querida.

Le suelto la mano.

—Este… gracias.

—Ahora sí estás asustándola —le dice Rares, riendo entre dientes.

Oana agita una mano hacia su esposo.

—Tonterías… A toda mujer le agrada que le digan lo hermosa que es. Ya deberías saberlo, después de siglos de matrimonio.

La miro boquiabierta. Seguramente la oí mal.

—No habrás pensado que Angra era el único que tenía el don de la longevidad, ¿verdad? —me dice Rares.

Observo su rostro, y luego, el de Oana.

—No pueden tener más de cincuenta años.

Rares sonríe con ironía.

—Tengo un régimen riguroso de belleza.

Al ver que no reacciono, suspira.

—La magia, en cualquiera de sus formas más potentes (como la Decadencia, o el hecho de *ser* un conducto) preserva a quien la aloja. A los más intrépidos les llega la muerte de todos modos, y sí envejecemos, pero lentamente… de manera casi imperceptible. Lo cual fue muy divertido durante los primeros siglos, pero…

—Pero yo envejezco con normalidad —lo interrumpo.

—No tuviste acceso a tu poder hasta hace poco; tu magia estuvo latente hasta que tomaste conciencia de ella.

Una vez más, me maravilla la facilidad con la que Rares me ofrece todas estas explicaciones. Sir me habría hecho renegar durante *meses* para darme esa clase de información.

Pero me quedo muda. Rares es como Angra. Y ese será también mi destino, ahora que he despertado la magia del estado latente en que estuvo durante toda mi niñez. Aunque la idea de no morir jamás puede ser un inmenso alivio, veo también las consecuencias.

Podría ver morir a todos mis seres queridos. Podría caer en manos de Angra y él podría torturarme *para siempre* con el destino horrendo que desea.

Rares asiente, sin dejar de mirarme.

—Por eso, antes de seguir con el entrenamiento, insisto en que hables con Oana. Ni siquiera el mejor maestro del mundo puede hacerte aprender una lección si no estás lista para aprenderla. Ve con ella. Te ayudará. Tómalo como la tercera lección… y, en verdad, tómala como una de las lecciones más importantes de todas.

Siento recelo en el pecho.

—¿De qué vamos a hablar? ¿De magia?

Oana menea la cabeza.

—No, querida. De *ti*.

De mí. Vamos a perder tiempo hablando de *mí* cuando…

Aprieto la mandíbula para no echar un vistazo hacia la muralla y la guerra que espera más allá. Hay tantas preguntas, tanto que aprender… Pero ¿qué esperaba? ¿Pasar unas horas charlando con Rares y salir de aquí hecha una reina fuerte y completa, capaz de liderar un ataque victorioso contra Angra? Eso sería demasiado fácil.

Y sé lo que pasa cuando las reinas inverneñas toman decisiones precipitadas.

Respiro hondo y asiento. Tengo que hacer esto. Mather mantendrá a todos a salvo, y mis aliados mantendrán a raya a Angra mientras me vuelvo más capaz, más hábil para controlar mi magia para que, cuando llegue el momento de enfrentarme a Angra, pueda quitarle las otras dos llaves con el menor derramamiento de sangre que sea posible, y poner fin a su guerra antes de que llegue a cobrarse más vidas.

Oana me ofrece su brazo, y lo acepto. Se asegura de envolverse la mano con la manga antes de apretarme los dedos con afecto, y me lleva por el sendero hacia el castillo.

—Me alegra que estés aquí, Meira —dice—. No tenemos muchas visitas.

Parece que está agradecida por algo más que mi intención de destruir la magia. El modo en que me mira me hace sentir… atesorada. Valorada.

Quiero averiguar más, pero Oana hace un gesto con la mano hacia las puertas y el castillo se abre a nosotras.

Adentro, la frialdad de las piedras afloja un poco la tensión de mis músculos. Cada pocos pasos hay candelabros de techo que proyectan una luz amarillenta sobre una decoración tan cálida y atrevida como la misma Oana, con detalles en color granate y cómodos muebles de madera. Este vestíbulo da a varias puertas. Oana se detiene delante de una, y al cesar el claqueteo de nuestros zapatos se hace un súbito silencio.

Entonces me doy cuenta de que aquí no hay otros sonidos. No hay sirvientes que caminen de aquí para allá ocupados en sus tareas, ni soldados que pasen marchando.

Oana me sonríe.

—En Paisly no tenemos mucha necesidad de sirvientes.

Señala hacia el candelabro más cercano y, ante mis ojos, utiliza la magia para apagar las velas y luego volver a encenderlas.

Mi sorpresa no es tan intensa como antes. Pero crece cuando miro a Oana a los ojos.

Nunca le pregunté por la falta de sirvientes.

Su mano vacila sobre el picaporte, levanta la vista y me mira por entre sus espesas pestañas negras.

—Rares solo puede bloquear tus pensamientos cuando está contigo, querida. Nadie puede atravesar la barrera de Paisly a la distancia, pero desde cerca…

Mis ojos se dilatan cuando comprendo a qué se refiere. ¿Acaso esto forma parte de la tercera lección? ¿Que ella se meta en mi cabeza?

Santa nieve, espero que no.

Oana abre la puerta. En la habitación, gris y fría, hay una cama mullida con un grueso cobertor violeta, un baúl contra una pared y una mesa mellada servida con platos que me debilitan de hambre.

—Supuse que preferirías una habitación sin hogar. A otros podrá molestarles el frío, pero para ti es reconfortante, ¿verdad? —Oana frunce la nariz con una sonrisa conocedora—. Come, por favor.

No necesito que me insista. Hay dos sillas junto a la mesa, y cuando me acomodo en una, temo no poder volver a levantarme. Me tiembla el brazo cuando lo extiendo hacia el plato más cercano, y me invaden a la vez el hambre, la tensión y el cansancio.

Oana aparta la otra silla pero no se sienta; se queda de pie cerca de ella, cerca de mí, mientras bebo un sorbo de guiso caldoso de un tosco tazón de madera.

Me enjugo la boca con el dorso de la mano.

—Entonces… ¿de qué se trata esta lección?

Oana sonríe ligeramente y echa los hombros hacia delante.

—Para poder dominar tu magia, primero necesitas dominarte a ti misma. Como seguramente ya has aprendido, la magia está vinculada a tus emociones: si estas son inestables, tu magia también lo será. Voy a ayudarte a llegar a un estado de aceptación, así estarás lista para el entrenamiento de Rares.

Es lo que me temía, pienso, y enseguida me arrepiento. Ella me oyó, y vuelve a mirarme de ese modo, como si yo fuera una pepita de oro extraída de los Klaryn.

—Espero que, a través de esto, llegues a comprender lo increíble que eres —susurra.

Esa mirada suya, sus palabras… De pronto todo crea un nudo corredizo en torno a mi cuello. *Sé* que estoy aquí para salvarlos de su horrible existencia de ser todopoderosos y, aparentemente, inmortales; *sé* que estoy aquí para que puedan hablarme de la magia y del barranco y ayudarme a morir.

¿No basta con eso? ¿Tiene que hacerme sentir todavía más un objeto de sacrificio, intocable y deshumanizado? ¿Es realmente necesario hurgar en *mí*?

Oana se adelanta.

—No es por eso…

Apoyo el tazón en la mesa y me inclino hacia delante, con las manos sobre la cabeza.

—*Basta*.

Oana no se mueve.

—No te contengas, querida. ¿Por qué te asusta esto?

Ahogo una exclamación contra mis manos, mitad risa, mitad ruego.

Tengo miedo de quebrarme.

He estado apelando hasta a la última pizca de fuerza para mantener cerrada la puerta de mi mente, la que retiene todas las emociones que me incapacitan. Mantener cerrada esa puerta ha sido lo único que me separaba del colapso, pero estoy cansada, y la puerta se hace más pesada, y Oana no se va.

Pero esta lección trata sobre *mí*. No podemos pasar a las otras lecciones, a las que me ayudarán a dominar mi magia, hasta que enfrentemos esta. Maldito Rares… pero sé que tiene razón.

No puedo hacerle frente a Angra si siempre empleo la mitad de mis fuerzas para contenerme.

Entonces abro la puerta y dejo que todo salga como un torbellino.

Nunca debí confiarle mi reino a Noam. Debería haberme dado cuenta de la caída de Theron, pero lo expulsé de mi vida… y aunque debería, no me arrepiento de eso. No recuerdo cómo era amarlo sin complicaciones.

Sí recuerdo cómo era amar a Mather. Mis recuerdos de él son claros y definidos: pienso en cómo, sin importar lo que hubiera ocurrido, quién hubiera muerto, qué mal nos aquejara, él siempre estuvo en mi vida.

Nessa… Se crio en una jaula en el campamento de prisioneros de Angra; estaría aterrada de encontrarse otra vez enjaulada por él. Yo no tenía derecho de abandonarlos a ella y Conall, especialmente después de… Garrigan. Garrigan le cantaba para hacerla dormir cuando despertaba gritando por sus pesadillas. Me protegía con la misma devoción que le demostraba a su hermana. No merecía morir.

Pero en este mundo nada sale como la gente lo merece. Suceden cosas horribles sin causa ni explicación, y nos dejan boquiabiertos de horror. Las personas toman decisiones sin pensar en los resultados; hacen cosas y ya, y luego huyen en la oscuridad, sin admitir nunca sus errores, sin pedir disculpas por *enviarme a la muerte*.

Hannah. *Hannah*.

Santa nieve, cuánto la odio, y más que nada odio que me haya hecho odiarla. Era mi madre, debería haberme amado. Debería haber hecho cientos de cosas que no hizo, y ahora no es más que una de las muchas partes de mi corazón que me duele tocar.

Oana cae de rodillas frente a mí.

—Meira, querida…

Pero ya estoy demasiado perdida en todo esto. Creo que ya no estoy en la silla, sino acurrucada en el suelo con las manos sobre la cabeza y el rostro bañado en lágrimas.

Y ahora sé con exactitud cómo será el mundo si fracaso. Tenía sospechas de la clase de maldad que liberaría Angra, y recuerdo bien las calles de April, lo vacías que estaban; todos vivían con miedo salvo los soldados, que hacían demostraciones de poder como perros encadenados a los pies de su amo. Tengo que poner fin a eso… pero no quiero hacer esto. *No quiero hacer esto*. Debería ser un sacrificio voluntario,

entregar mi conducto a la fuente de la magia. Pero todo será en vano, porque lo último que pensaré al morir será: *no, esto lo eligió Hannah*.

Quiero vivir. Quiero regresar a Invierno y envejecer y… *no quiero que me usen*.

Oana me toma del mentón y me levanta la cabeza para poder mirarme a los ojos. Seguramente está bloqueándome, porque está tocando mi piel y acariciándome las mejillas.

—No queremos usarte —afirma, categóricamente, a pesar de las lágrimas en sus ojos—. Te miramos así porque eres la primera niña que tenemos en nuestro hogar en más de dos mil años. Envejecemos, lentamente, pero nuestros cuerpos pueden alojar una sola fuerza; la magia hace que nos resulte imposible concebir. Por eso te miramos así, porque hace tanto tiempo que Rares y yo deseamos un hijo, y porque nos duele tener que ayudarte a hacer esto.

Mi corazón se estruja. ¿La magia también arruina eso? Otro destino que se decide por mí.

Oana se obliga a esbozar una sonrisa lastimera.

—Te miramos así porque lo *sentimos*, Meira. Lo sentimos mucho. Tú mereces una vida mejor que esta.

Hannah nunca me pidió disculpas. No estoy segura de que alguna vez me haya visto como algo más que un recipiente para llevar a cabo las cosas que ella había planeado. Incluso ahora, hace tanto tiempo que no hablo con ella. Una parte de mí *eligió* no hablarle, porque sé lo que soy para ella: no una hija, sino un conducto.

Sir nunca me pidió disculpas. Era mi deber y yo debía hacer lo que fuera necesario, porque yo siempre había querido ayudar, por eso no tenía derecho a quejarme cuando se me necesitaba.

Un recipiente no merece una disculpa; tampoco un soldado atado a su deber.

Pero Oana, alguien a quien apenas conozco, dice cosas que me hacen sentir, por primera vez en años, que tengo derecho de opinar sobre los hechos horribles que ocurren a mi alrededor. Que soy alguien que *importa*.

Me aferro a la gruesa túnica de lana de Oana, hundo la cara en el pliegue de su brazo y dejo salir todas las emociones que estuve conteniendo. Todo el tiempo, ella me abraza, y percibo que, en el fondo de mi pecho, las grietas empiezan a cerrarse… el cosquilleo leve y fresco de la sanación.



Mather

Mather, Phil y el rey de Ventralli esperaban en las sombras del pasaje estrecho. Del otro lado de la puerta, el pasillo estaba en caos: se gritaban órdenes, marchaban soldados.

Mather aguzó el oído para captar más sonidos reveladores, gritos de protesta o gemidos de víctimas, pero de no haber estado al tanto de la revuelta, habría sido aterradoramente fácil suponer que el ejército de Rintiero solo estaba haciendo ejercicios militares. ¿Habrían subyugado ya a algún disidente?

—Raelyn estará en el salón del trono —susurró el rey—. A menos que…

Su voz se apagó, pero Mather sintió las palabras que no dijo.

A menos que esté asesinando a mi madre.

—¿Dónde puede tener a Ceridwen? —le preguntó Mather.

A la luz que se filtraba por las hendijas de la puerta, el rey se tensó.

—Voy a averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó Phil—. Tu esposa da miedo. Digo… da miedo, *Alteza*.

—No tienes idea. Y puedes llamarme Jesse —hubo un brillo en sus ojos—. Ya no soy el rey, ¿cierto?

Mather se encogió de hombros.

—No es tan malo perder el trono.

—Ah, pero al menos la mujer que te destronó a ti no era una asesina poseída.

Mather rio, pero solo lo hizo sentir más vacío. Se recostó contra la pared.

—No tengo idea de adónde fue Meira —admitió. ¿Por dónde empezaría a buscarla? La ciudad sola era inmensa. Podían haberse ido a cualquier parte, en barco, a caballo o a pie…

—¿Quién era el hombre con quien se fue? —preguntó Phil.

—No lo sé. Nunca lo había visto… ni a nadie como él. ¿Tenía puesta una… túnica? —Mather frunció el ceño—. Ni siquiera…

—¿Una túnica? —lo interrumpió Jesse.

—Sí, ¿por qué?

—Hay tapices —explicó Jesse, con voz incierta— en nuestro salón histórico. Los hicieron hace siglos, y son imágenes de la gente de cada reino: los ventrallinos, con sus máscaras, los yakimíes con su cobre y sus artefactos, y…

—¿Esto tiene algo que ver? —lo interrumpió Mather.

Se oyó un entrechocar de armaduras al pasar soldados detrás de la puerta secreta. Mather sintió que Phil y Jesse se tensaban.

Cuando los pasos se alejaron, Jesse exhaló.

—Y los paislianos… con túnicas. ¿El hombre era de tez oscura, más que los yakimíes?

Mather asintió, y luego se percató de que Jesse no podía verlo.

—Sí. ¿Era paisliano?

Jesse bufó suavemente.

—No tengo idea de por qué habría un paisliano en mi palacio, pero parece que había uno.

—Caray —Phil silbó por lo bajo—. Eso no me lo esperaba.

Mather, tampoco. ¿Un paisliano se había llevado a Meira? ¿Por qué?

—No podemos quedarnos aquí escondidos para siempre —dijo Mather.

Jesse acercó el oído a la puerta.

—Se fueron. Síganme, pero quédense escondidos; creo que será mejor si Raelyn piensa que voy solo. Y… en lo posible, traten de evitar a Angra.

Mather bufó.

—Casi me había olvidado de él.

—Eso es lo que lo hace efectivo —comentó Phil—. Crea todas estas otras amenazas, para que uno no pueda ver el bosque por el maldito árbol.

Eso era muy cierto.

Jesse no dijo nada mientras abría la puerta con sigilo. El pasillo estaba vacío por un instante, y Jesse se lanzó hacia la derecha. Mather escondió las armas bajo su ropa —un cuchillo además del conducto de Cordell, que llevaba a la cintura— para que no se vieran. Él y Phil siguieron a Jesse, cerraron la puerta al salir y fueron escondiéndose detrás de las estatuas u otros obstáculos para pasar lo más inadvertidos que fuera posible.

Pero nadie reparaba en Jesse. Había vuelto a ponerse la máscara en el pasaje, y como nadie esperaba que su rey estuviera más que en una celda, era como cualquier otro ventrallino corriendo por los pasillos.

Pasaron por una cantidad de habitaciones, muchas vacías, otras llenas de miembros de la realeza. Un breve vistazo al interior le indicó a Mather que, en efecto, estaban todos subyugados, en grupos silenciosos y amedrentados, rodeados de soldados.

¿Acaso Angra les había hecho eso de alguna manera? Cualquiera fuera la razón, hacía que resultara más fácil escabullirse por el palacio, ya que eran pocos los soldados que andaban patrullando; al no haber disidentes, no había necesidad de muchos guardias.

Pronto Jesse se detuvo ante unas puertas en un salón blanco vacío con espejos dorados en las paredes. Mather se acercó a las puertas avanzando contra la pared, con Phil a su lado. Jesse lo miró a los ojos y asintió brevemente antes de empujar las

puertas. Pero no entró más que unos pasos, y Mather, confundido, espió para ver cuál era la amenaza que esperaba dentro.

En el fondo del salón verde y marrón donde estaba el trono, había un par de sillas espejadas. En una estaba Raelyn, sentada con toda tranquilidad, mirando con admiración algo que tenía en las manos.

El conducto roto de Ventralli, la corona de plata.

Jesse se paralizó.

—¿Dónde está Ceridwen?

Su grito resonó en el salón. Mather hizo una mueca, seguro de que vendrían corriendo algunos soldados. Sin duda, Raelyn tenía un contingente a la espera. Maldijo por lo bajo, lamentando ya aquella decisión. Deberían haberse ido sin más, huido del palacio…

Pero de haber sido Meira a quien Raelyn tenía cautiva, Mather estaría de pie en el lugar exacto donde se encontraba Jesse, por tonto e imprudente que resultara.

Raelyn rio.

—Ah, mi querido esposo… ¿por qué piensas que sigue con vida?

—No la habrías matado así de fácil.

Raelyn giró las piernas para enderezarse. Esbozó una sonrisa, lenta e indulgente, como si pretendiera saborear el movimiento de cada músculo.

—Me conoces bien. Juguemos, pues. ¿Qué haría yo si le arrebatara un reino al inútil de mi esposo y descubriera que la inútil de su *madre* intentó salvarlo?

Aun antes de que se abriera una puerta, Mather comprendió lo que ocurría.

Los soldados de Raelyn habían descubierto que el rey prisionero había cambiado de lugar, y habían encontrado a Brigitte en su recámara vacía. Y la habían llevado allí para que Raelyn la asesinara.

Mather se tambaleó, con las rodillas a punto de aflojársele del todo.

Jesse vería morir a su madre. Y no había manera de salvarla.

El peso de esa comprensión oprimió la angustia en el pecho de Mather. Pensó en Alysson, y en la sangre que le manchaba el vestido al caer, fláccida y sin vida, en sus brazos.

Phil extendió un brazo y lo apoyó en el pecho de Mather como para detenerlo. Este lo miró y exhaló. Phil lo sabía. Lo sabía, y allí estaba, con ojos suplicantes pero tristes.

—Espera —le susurró.

Mather volvió a espiar por la puerta. Brigitte estaba de pie cerca del estrado, con todo el aspecto de la oponente seria que era. Toda la atención de Raelyn estaba puesta en Jesse, que se volvió hacia su madre con puños temblorosos.

—¿Qué haría yo, querido esposo? Dímelo, ya que me conoces tan bien —dijo Raelyn—. ¿De qué manera recompensaría a los traidores? ¿Haría *esto*? —extendió una mano de pronto y señaló hacia algo en un rincón del salón, a la izquierda de

Jesse. Este se dio vuelta, pero Mather no alcanzó a ver nada desde donde estaba. Fuera lo que fuese, provocó un espasmo de horror en el rostro de Jesse.

—¿Qué hiciste…? —Jesse retrocedió trastabillando—. *¿Por qué,* Raelyn?

—Trofeos de nuestra victoria. Las viejas costumbres se acabaron… y llegó Primavera. ¡Y ahora tengo uno más para agregar a mi colección! Bueno, en realidad, cuatro más.

De pronto, salieron soldados al pasillo, y antes de que Mather alcanzara a hacer más que maldecir por lo bajo, los arrastraron a él y a Phil al interior del salón, detrás de Jesse.

Ahora sí Mather pudo ver los trofeos de Raelyn. Al verlos, se le encogió el estómago.

Bañados en sombras, tres hombres asomaban entre las columnas en el fondo del salón, y a primera vista parecían simplemente soldados que querían disimular su presencia.

Pero distaban mucho de ser soldados. Distaban mucho de estar *vivos*.

Sus cuerpos estaban sostenidos por estacas. La cabeza del rey de Verano estaba ladeada, con sangre coagulada que le rodeaba el cuello como un grueso collar. Le habían quitado el conducto de Verano de la muñeca y lo habían colocado en la base de la estaca, como un trofeo más destacado aún. A su lado, en el cuello de Noam se veía un corte más pequeño: la marca del chakram que le había arrojado Theron. Y junto a él…

Mather se endureció. Al final de la fila estaba Garrigan, con el chakram de Meira aún clavado en el pecho.

—¿No son una maravilla? —suspiró Raelyn—. Un poco morbosos, sí, pero ¡qué satisfacción!

—Raelyn…

La voz de Jesse se apagó cuando se dio cuenta por fin de que habían descubierto a Mather y Phil. Phil tenía los ojos fijos en el suelo y los hombros apartados de los trofeos, y aunque Mather deseó tener la sensatez de hacer lo mismo, no pudo.

No conocía al rey veranense y poco le importaba su muerte. A Noam lo había odiado, y no podía negar la gratificación que le producía saber que estaba muerto. Pero nadie merecía ser expuesto así… nadie salvo, tal vez, Raelyn o Angra.

Pero en especial, no lo merecía Garrigan.

—Bien, ¿quién será el primero? —Los zapatos de Raelyn claquetearon sobre el estrado al acercarse a Brigitte—. Usted será una maravillosa adición a mi colección, Duquesa.

Jesse dio un paso amenazante hacia ella, pero uno de los guardias lo detuvo antes de que pudiera avanzar mucho. Un puñetazo en el vientre, y Jesse se desplomó.

Phil susurró una advertencia, pero Mather ya estaba en movimiento, dirigiéndose paso a paso hacia los cadáveres, como hipnotizado por ellos.

—Alto —gruñó un soldado, y lanzó un puñetazo hacia el estómago de Mather. Este lo esquivó dando un paso al costado, haciendo el papel de prisionero aturdido mientras seguía acercándose a los cuerpos.

Ahora la atención de Raelyn se enfocó en ellos. Tenía los brazos extendidos, los dedos estirados. Mather prácticamente alcanzó a percibir el sabor de la maldad de Angra que ella irradiaba.

El soldado avanzó hacia él con grandes pasos. Mather cubrió de un salto la distancia que le faltaba para llegar a Garrigan, se lanzó hacia las sombras que había entre las columnas y arrancó el chakram de su funda ensangrentada. Trató de no pensar en el sonido áspero y la resistencia de la carne que le dificultó extraer la hoja. Aprovechando el mismo impulso que lo había lanzado hacia Garrigan, Mather dio la vuelta y le hizo un tajo en la mejilla al soldado, que le separó la mitad de la mandíbula del resto de la cara.

—No…

El grito de Raelyn se cortó cuando la anciana reina se lanzó de lleno contra ella y la hizo caer del estrado.

Brigitte giró.

—¡CORRAN!

Mather dejó volar el chakram de Meira, que cortó el brazo y el pecho de los dos soldados que retenían a Jesse. Phil se agachó para levantar al rey ventrallino, ya libre, y lo arrojó hacia las puertas mientras el chakram regresaba a Mather. Lo atrapó y esta vez lo usó de cerca, para apartar a los enemigos mientras Phil lograba quitarle una daga a un soldado y lanzar cortes y estocadas frenéticas hacia atrás. Jesse seguía mirando a su madre, consternado.

—¡Vamos! —gritó Mather, y le dio una fuerte sacudida. Raelyn podía recobrar la compostura en cualquier momento…

En un abrir y cerrar de ojos, Jesse se quitó la máscara, la partió en dos y arrojó las mitades al piso de mármol del salón.

—Aquí tienes otro *trofeo* —dijo con odio; luego dio media vuelta y salió corriendo.

Mather tiró de Phil, y entre los dos doblegaron a los pocos guardias que quedaban, para luego lanzarse al pasillo detrás de Jesse.

Pocos segundos después de que salieron, un alarido partió el aire. Jesse vaciló y aminoró la velocidad, hasta que Mather lo alcanzó, lo tomó por el brazo y lo hizo continuar.

—Que su sacrificio no sea en vano —le dijo.

Jesse palideció.

—Doblemos aquí… —logró articular—. Hay una entrada de servicio…

Mather lo llevó hacia la izquierda, seguido de cerca por Phil, y los tres salieron al aire frío de la noche. Un sendero angosto rodeaba un muro de piedra que conducía al frente del palacio. Allí eran más intensos los sonidos del golpe que arrasaba la

ciudad: los gritos de personas inocentes que aún no habían sido subyugadas resonaban junto a los de los soldados, los pasos pesados de botas y el entrechocar de armas.

Mather tiró de Jesse para rodear el muro, pero enseguida retrocedió y se aplastaron contra la pared, escondidos en una parte que estaba en sombras. Desde allí se abría el patio del palacio, en penumbras, y había cinco guardias custodiando un carruaje que estaba detenido cerca de un grupo de antorchas. Mentalmente, Mather repasó las posibilidades de escapar. No podían replegarse al palacio; no podían cruzar el patio sin ser vistos… ¿Era una puerta eso que se veía en la pared contraria? ¿Adónde llevaría? No importaba: tenía que ser mejor que…

Jesse se tensó.

—Ese carruaje… No. Ella no habría…

Empezó a caminar y casi llegó hasta el haz de luz de las antorchas, pero Mather lo tomó del brazo.

—¿Eres estúpido…?

Pero sus palabras quedaron ahogadas por la súbita explosión que resonó en esa zona. Del techo del palacio surgió una sirena de advertencia, que emitía órdenes sin palabras a los cinco soldados que custodiaban el carruaje. Estos se enderezaron en sus puestos, y al hacerlo quedó a la vista la silueta gris de la corona de Ventralli en sus uniformes de color púrpura, y sus máscaras plateadas brillaron a la luz de las antorchas.

Uno les hizo una seña a otros dos.

—Ustedes dos, sigan vigilando. Iremos a averiguar qué pasa.

Mather retrocedió más en las sombras mientras tres de los guardias se separaban del grupo. Por suerte, se dirigieron hacia la entrada principal del palacio, camino a buscar órdenes.

Apenas se retiraron, Jesse se lanzó hacia delante.

—¡Ustedes!

Los dos soldados que quedaban se pusieron en posición de firmes. Al ver a Jesse, su mirada alerta reflejó comicidad.

Mather rezongó y salió de la oscuridad, seguido por Phil.

Se acabó el sigilo.

Jesse señaló el carruaje.

—¿Quién está ahí adentro?

Uno de los soldados rio con desdén.

—La Reina Raelyn nos informó que tal vez usted…

—No tenemos tiempo para esto —dijo Mather, y lanzó el chakram, que cortó al hombre en el muslo y lo hizo caer de rodillas, para luego regresar. El otro soldado sacó una espada con la mano derecha, y Mather lanzó el chakram para cortarle el hombro. El soldado chilló y soltó la espada, al tiempo que Mather se acercaba, amenazante, con el chakram ensangrentado.

—Quién. Está. En el carruaje.

Los soldados se acobardaron, ya fuera por el aspecto implacable de Mather o por la mirada igualmente feroz que les dirigió Jesse.

—La veranense…

Fue todo lo que Jesse necesitó oír. Se lanzó hacia delante y empezó a tirar de las puertas trabadas.

—¡Ceridwen! ¡Cerie! ¿Estás bien? ¡Respóndeme!

Fue necesario otro corte con el chakram para que los soldados entregaran las llaves, y con la sirena aún sonando, Jesse se puso a abrir el cerrojo. Las puertas se abrieron enseguida.

Pero cuando la luz de las antorchas iluminó el interior, solo vieron paredes teñidas del mismo color vino que tenía el exterior, y algunos almohadones y mantas en el piso.

Jesse dio media vuelta, aferró al soldado más cercano y lo aplastó contra el piso del carruaje vacío.

—¿*Dónde está*? —bramó.

—¡Yakim! —exclamó el soldado—. Un yakimí nos pagó por ella. Nos pagó para que trajéramos el carruaje de vuelta, así la Reina Raelyn no se daría cuenta…

Jesse quedó boquiabierto.

—¿Yakim?

Miró hacia la muralla de árboles que formaban el límite sur del complejo del palacio, como si desde allí pudiera ver aquel reino.

—¿Qué? —Mather se adelantó—. ¿Por qué se la llevaría Yakim?

El soldado volvió a agitar las manos.

—¡Lo juro! ¡Se la llevaron!

Cuando Jesse se dio vuelta, Mather esperaba verlo furioso. O aquellos hombres estaban mintiendo o habían vendido a Ceridwen a Yakim por motivos que él no imaginaba… Pero el rostro de Jesse estaba animado, casi sonriente; soltó al soldado y aferró el brazo de Mather.

—Creo que sé adónde pueden haberla llevado.

El soldado, aún en el piso del carruaje, se incorporó de inmediato.

—No puedo permitir que…

Pero Jesse giró como un rayo y estampó el puño contra la mandíbula del soldado. La cabeza del hombre cayó hacia atrás, y el golpe seco de su cráneo contra el piso de madera lo dejó inconsciente.

Jesse se volvió hacia el otro soldado y lo echó al interior del carruaje. Le quitó el arma (un arco y un carcaj con flechas), y luego cerró las puertas y volvió a echarles el cerrojo. El carruaje se sacudió, y los gritos del soldado que estaba consciente se oyeron apagados por la madera.

Jesse miró a Mather al tiempo que se colocaba el carcaj a la espalda.

—Yakim es aliado de Verano. En lo comercial, al menos. Tal vez se enteraron de la ocupación y decidieron intervenir.

—Pero ¿intervenir para cuál de los bandos?

Jesse sostuvo el arco con mano relajada. En sus ojos llenos de esperanza empezó a asomarse la duda.

—El río. Yakim está a poco tiempo de viaje por barco, y hay uno en el muelle, reservado específicamente para uso de la reina. Está allá —hizo una pausa—. Tienen que estar allá.

—De acuerdo —Mather no necesitaba más explicaciones. Esa era la misión de Jesse, y cuanto antes la cumplieran, más pronto podría Mather hacer caso a la tensión de sus músculos que lo impulsaba a ir a Paisly.

Pero Jesse exhaló con seguridad.

—No. Ya han hecho suficiente. Su reina los necesita.

Aunque sintió una oleada de alivio al dejarlos Jesse en libertad, Mather no se movió.

—¿Estás seguro?

Jesse asintió.

—Sí. Los veré en el campamento —sonrió—. Gracias.

Echó a correr hacia la muralla de árboles al sur y se perdió en la oscuridad. Mather lo observó alejarse, esperando oír gritos de alarma de algún soldado que pudiera estar esperando, pero no se oyó nada.

Se volvió hacia Phil.

—Ahora vamos a…

Todos los músculos del cuerpo de Mather se prepararon, y recogió el chakram de Meira.

Phil, con el cuerpo rígido, estaba con un cuchillo que amenazaba cortarle el cuello. La mano que sostenía el cuchillo era de Theron.

Mather perdió toda sensación mientras los rodeaban soldados que salían por la puerta de servicio. Pero en realidad no los vio, demasiado absorto en la malicia que irradiaba el nuevo rey de Cordell.

Por una vez, Mather se alegró de que Meira estuviera lejos de todo eso.

Los soldados formaron un círculo que fue cerrándose al costado del carruaje, mientras otros hombres trataban de liberar a sus compañeros que estaban encerrados en él. Y cuando algo se movió a la derecha de Mather, lo comprendió todo, y se dio cuenta de todas las tonterías que había cometido.

Los habían atrapado. Estaban rodeados. Y esta vez no los enviarían a la mazmorra; lo supo al ver la locura en los ojos de Theron… y especialmente la sonrisa empalagosa que le dirigió Angra.

Angra se detuvo, observó primero a Mather y luego a Phil. Theron mantenía el cuchillo contra su garganta como si hubiera alguna posibilidad de que Mather se resistiera, pero todos sabían ya quién había ganado.

—¿Solo ustedes dos? —observó Angra, con una ceja levantada.

Mather apretó la mandíbula y bajó el chakram de Meira.

—¿Esperaba más gente?

La otra ceja de Angra se alzó junto a la primera. Meneó la cabeza y una chispa iluminó el aire. Cuando los soldados empezaron a avanzar, Mather comprendió de qué se trataba.

La magia de Angra. Les había enviado una orden a sus hombres del mismo modo en que los Conductos Reales normales enviaban órdenes a los soldados en batalla… pero esto también lo sintió Mather. Imaginó la magia serpenteando en torno a cada una de las personas que allí estaban, entrando a aquellos que ya se habían entregado a Angra… y enroscándose sobre la piel de Mather al reconocer a alguien a quien aún no poseía.

Subió por su cuerpo con movimientos de serpiente, enviándole imágenes de poder, de fuerza y de decisión inconmovible. La magia le susurraba, una caricia suave que él se esforzaba por quitarse… pero más luchaba contra el impulso de absorberla. Si era así cómo Angra ponía a la gente de su lado, Mather casi no podía culparla por rendirse.

Dos de los soldados de Angra aferraron a Mather y, de un puntapié, lo pusieron de rodillas mientras los otros dos le quitaban las armas. El chakram de Meira —*maldición*, *maldición*—, el cuchillo ventrallino y…

—Vaya, qué sorpresa —Angra tomó el conducto de Cordell que le entregó el soldado que lo había encontrado. Le echó un vistazo a Theron—. Esto es tuyo, creo.

Theron soltó a Phil y lo empujó al suelo. Recibió el conducto de manos de Angra, y la joya púrpura de la empuñadura emitió un resplandor apagado en la palma de su mano. Mather, a quien todavía sostenían como a un hombre que se inclina ante su rey, se crispó con actitud desafiante cuando Theron se inclinó hacia él.

—Creo que esto será mucho más útil en tus manos. Yo ya no lo necesito.

Theron presionó la punta de la hoja contra la mejilla de Mather, aunque no con suficiente fuerza para atravesar la piel.

Volvió a forcejear, pero los soldados lo sostuvieron con fuerza. La amenaza de Theron no tenía sentido: ¿dejaba que Mather conservara el conducto, la *daga*?

Theron retorció la hoja. Una gota de sangre tibia empezó a rodar por su rostro, e imaginó que al rodar iba drenando el odio que sentía y depositándolo en un charco a los pies de Theron.

Con una sonrisa, él apartó el cuchillo y se aproximó más aún, y acercó la boca al oído de Mather.

—Y cada vez que lo veas, quiero que pienses en ella conmigo. Quiero que sepas que, cuando yo gane esta guerra, lo haré *sin* esta magia débil. Y cuando todo termine, y Meira sea mía, no habrás podido hacer nada en absoluto para impedírmelo.

Mather golpeó la cabeza contra la sien de Theron. El rey de Cordell bramó, pero cuando recobró la compostura, amenazó con volver a atacar, blandiendo la hoja de su

conducto.

Angra intercedió tocándole el brazo.

—Suficiente. Puede servirnos.

Mather gruñó. Theron parecía igualmente indignado, pero se apartó, observando a Angra.

—Ese fue mi error la última vez —le dijo Angra a Theron, pero el tono de su voz dejó en claro que sus palabras iban dirigidas a herir a Mather tanto como la daga de Theron—. Dejé vivir a los gobernantes débiles a pesar de que yo tenía la llave de un poder mayor que cualquiera que pudieran imaginar. Esta vez, atacaré hasta que solo queden aquellos que van a crear un mundo nuevo, despierto. Y estos muchachos van a ayudarme a obligar a la reina de Invierno a elegir un bando… especialmente él.

Mather jadeó.

—No hay nada que pueda hacer para obligarme a ayudarlo.

Angra, aún de frente a Theron, sonrió. Luego miró a Mather.

—¿Y qué te hace pensar que me refería a ti?

La comprensión hizo añicos el poco control que le quedaba a Mather.

Miró a Phil.

—No —jadeó Mather, y luego gritó—: ¡No lo toque!

El rostro de Phil se desencajó. Retrocedió, tratando de ponerse de pie, pero los hombres de Angra cayeron primero sobre él.

Mather forcejeó contra los soldados y logró apoyarse en un pie, de modo que se impulsó hacia delante. Pero los hombres lo hicieron caer y lo único que alcanzaba a ver eran las ruedas del carruaje, con los brazos sujetos a la espalda.

No pudo hacer nada cuando Phil empezó a gritar.



Ceridwen

Los hombres de Raelyn los habían vendido a la reina de Yakim.

Los soldados ventrallinos los dejaron a toda prisa, y aunque Giselle les había dado a ella y a Lekan una manera de escapar de las garras de Raelyn, la reina yakimí nunca hacía nada sin un motivo bien calculado. Al plantarse en la calle de la zona sur de Rintiero al caer la noche, Ceridwen se cruzó de brazos y miró con enojo a Giselle, quien montó su caballo en silencio y se acomodó la gruesa falda de lana en la montura.

En la calle se oyó un ulular lejano pero conmovedor. Los músculos de Ceridwen se llenaron de pánico. ¿Una sirena de advertencia? ¿Un llamado a las armas?

Conocía muy bien los sonidos cotidianos de Rintiero: música, risas y conversaciones felices, tan distintas de las risotadas de Juli. La sirena le hizo notar que de pronto los sonidos de la ciudad parecían… diferentes. Anochecía, sí, pero incluso a las más altas horas de la noche se oían las canciones del gremio de los músicos. Ahora lo único que se oía eran gritos lejanos, el entrechocar de metales… Sonidos de guerra.

Una oleada fría la recorrió de la cabeza a los pies.

El golpe de Raelyn se había extendido. ¿Sería posible siquiera encontrar a Meira y detener a Angra? Necesitaba llegar al palacio. Ahora mismo.

Lekan, montado con uno de los soldados de Giselle, apretó los labios como una línea fina y asintió. Entendía. Lo que fuera que se trajera Giselle entre manos, él podía manejarlo, y estaba mucho más a salvo con la incertidumbre de Yakim que con la tortura garantizada de Raelyn. Ceridwen podía dejarlo allí y…

Una mano fría la aferró del hombro: Giselle, que se inclinó desde su montura.

—No hagas ninguna tontería, princesa. Probablemente ya están muertos.

Ceridwen gruñó.

—En ese caso, voy a borrar a Raelyn del mapa.

Giselle puso cara de exasperación y luego espoleó a su caballo.

—¿No te agota tanta pasión?

Antes de que Ceridwen alcanzara a responderle, se le acercaron unos soldados yakimíes. Bastaron unos pocos movimientos para sujetarle los brazos por delante y amarrarle las muñecas con una cuerda que aseguraron a la montura de un soldado.

Lekan amagó lanzarse hacia ella, pero el soldado con quien iba a caballo le golpeó la rodilla herida con la empuñadura de una espada, y Lekan gritó.

—¡GISELLE! —el rugido de Ceridwen resonó contra los edificios—. ¡Apenas me desates, te mataré!

Algunos caballos más adelante, la reina meneó la cabeza.

—Eres una pésima negociadora.

—Y tú, una pésima aliada. Hace décadas que le vendes a Verano, ¿y *así* termina todo… tomándome prisionera? Sabía que Yakim era egoísta, pero no te creía desalmada.

Eso hizo que Giselle sofrenara su caballo. Al cabo de un momento, el grupo reanudó la marcha, pero la reina fue quedándose atrás hasta que su caballo quedó a la par del paso entre caminado y arrastrado de Ceridwen.

—No somos desalmados, somos prácticos —la espalda de Giselle iba rígida bajo el hacha bruñida de doble filo que llevaba contra ella: el conducto de Yakim—. Y, podría agregar, somos uno de los pocos reinos que no están involucrados en esta guerra. Están Invierno, Verano, Ventralli, Cordell… Primavera. Otoño ha sido invadido, o eso me han dicho, y los paislianos nunca se han molestado en ser otra cosa que ratas de montaña. La practicidad es lo que mantiene a mi pueblo con vida. No finjas que tú no harías lo mismo por tu reino, de haber tenido la previsión de protegerlo.

—¡Yo protejo a mi gente!

—No tenías idea de que se produciría este golpe hasta que ocurrió delante de tus narices.

—Al menos sigo resistiéndome. ¿Y tú, qué haces? ¿Huir para atrincherarte en Putnam? —Ceridwen se crispó—. Pero ¿cómo sabías que esto iba a pasar?

Giselle ladeó la cabeza.

—Tardaste demasiado en preguntar eso.

—Porque sabía que no me lo dirías.

—¿No? —Giselle dirigió su atención a la calle. Había en el aire un dejo de moho; estaban acercándose al Río Langstone—. Vino a Yakim. Hace unos días, después de tu visita —al ver que Ceridwen no preguntaba quién, Giselle prosiguió—. Angra. Vino con una propuesta para unir a Primoria… pero a diferencia del resto del mundo, yo me di cuenta de lo que en realidad ofrecía. Y no era la libertad, como él afirmaba.

Ceridwen se arriesgó a levantar la vista un momento. Ya era noche cerrada, pero aun así alcanzó a ver a Giselle observándola con esa irritante mirada inquisitiva que tan bien les salía a los yakimíes.

—Se marchó cuando le dije que lo pensaría, como es la naturaleza de mi pueblo. Pensar, reflexionar y vivir en un mundo de ideas… y por eso mismo no puedo permitir que difunda su magia.

Ceridwen quedó boquiabierta.

—He visto el resultado de su modo de gobernar. El mundo entero lo ha visto —Giselle aferró las riendas con más fuerza—. Primavera pasó siglos pudriéndose… estancado incluso para lo que es Primavera. ¿Y quiere hacer lo mismo con mi reino? Sinceramente esperaba que yo aceptara algo que haría que mis ciudadanos dejaran de ser miembros cultos de este mundo y se convirtieran en cáscaras sin mente, poseídas. No voy a permitir que él arruine la mente de mi pueblo.

Giselle sonrió como si fuera un adulto hablándole a una criatura.

—Y aquí entras tú en juego.

Ceridwen se desconcertó.

—¿Qué? ¿Cómo?

La sonrisa de Giselle se suavizó.

—Cuando le pregunté quién más estaba incluido en sus planes, me dio una lista impresionante, con planes aún más impresionantes para subyugar al resto del mundo… salvo Invierno. «Ese reino va a arder», dijo. La única razón para destruir algo de esa manera es que lo considere una amenaza. Llevan tanto tiempo en guerra que Invierno debe saber cosas sobre Angra a las que él teme. Y la reina de Invierno te considera una aliada.

—Sí. Pero…

—Y tienes un ejército a tu disposición —Giselle levantó la mano antes de que Ceridwen pudiera decir que no, que a Simon lo habían matado y que sin duda Raelyn o Angra se apropiarían de las fuerzas de Verano—. No, hija… *tu* ejército. Del que crees que nadie sabe.

El rostro de Ceridwen se contrajo y ella tropezó, dio de lleno contra el caballo de Giselle y retrocedió para apartarse lo más posible de ella.

Sus refugiados. Sus guerreros de la libertad. ¿Giselle sabía de ellos?

—Si los tocaste… —escupió Ceridwen.

Giselle la detuvo con otro movimiento de la mano. Ceridwen moría de deseos de cortarle esa mano.

—No me importan tus sobrevivientes, pero por supuesto que sé de su existencia. ¿Acaso creías que, todos estos años, yo le vendía personas a tu reino por *dinero*? No, princesa, yo buscaba una recompensa mucho mayor: Verano mismo.

Ceridwen se sorprendió.

—¿De qué hablas?

—De las personas que Verano le compraba a Yakim. Algunos eran campesinos, no muy útiles… pero la mayoría no eran en absoluto inútiles —Giselle levantó una ceja—. Soldados, princesa. Espías, si así quieres llamarlos, que yo enviaba para formar un ejército en tu territorio. No creía que esta invasión fuera a darse hasta dentro de algunos años, pero los acontecimientos recientes me han obligado a reevaluar las prioridades de Yakim.

A Ceridwen le corría el sudor por la espalda.

—¿Estabas…? —No lograba pensar con claridad—. ¡Enviabas a tu gente a la tortura! ¿Por qué pensabas que seguirían siendo leales a ti después de eso? Niños, Giselle. ¿Le vendías *niños* a mi hermano para poder conquistar Verano?

Giselle chasqueó la lengua.

—No te conté esto para que me cuestionaras. Te lo conté porque tienes a trescientos de mis soldados en tu campamento, y quiero que los uses.

—¿*Trescientos*?

Ceridwen ya no alcanzaba a ver el rostro de Giselle. No podía ver la calle, ni la oscuridad de la noche, ni siquiera Rintiero; lo único que podía ver era su campamento de refugiados. Los cientos de esclavos libertos que vivían en el límite del Bosque Eldridge Austral, a salvo y en total anonimidad… o al menos eso había creído.

A Ceridwen le hervía la sangre.

Giselle buscó algo en uno de los bolsillos de su vestido y se volvió hacia ella, con la mano extendida.

—Mi sello real, para que puedas convencerlos de que yo di la orden de luchar por ti.

El sello cayó de la mano de Giselle y Ceridwen lo atajó. Un anillo pequeño con una muesca en la parte superior: metal que se curvaba en forma de hacha.

Ceridwen lo miró, enojada. Casi le respondió a la reina yakimí con toda su furia, casi le gritó lo que haría en realidad con esa información. Aprovecharía la ayuda para detener a Angra, sí… pero una vez que él cayera, no dejaría pasar un instante para convencer a todos los esclavos yakimíes de pasarse a su bando. Les contaría a aquellos inocentes lo que su reina les había hecho y los pondría en contra de la maldita canalla que los había usado. Malditos sean los conductos y la magia; parecía que, por donde mirara, había personas corruptas que abusaban del poder por el cual ella habría dado cualquier cosa.

—Estás enferma —murmuró Ceridwen con desprecio. Tiró de la cuerda para llamar la atención de Giselle—. Si hiciste esto para ayudar, ¿por qué me tienes prisionera?

Doblaron una esquina y se encontraron frente a los muelles, largos dedos de madera que se internaban en las aguas azul-grisáceas del Río Langstone. Había embarcaciones flotando a lo largo de los muelles: algunas pequeñas junto a otras grandes e imponentes con velas recogidas por el viento nocturno y banderas que flameaban en los mástiles. Uno de estos barcos estaba al final de un muelle corto, con las velas desplegadas. Los soldados subieron a ese muelle con paso rápido y los ojos de Ceridwen se dirigieron de inmediato a la bandera que flameaba en el mástil. Un hacha sobre fondo oscuro.

—Si te libero ahora, vas a volver a intentar en vano salvar a Ventralli, y a mí no me importa Ventralli —explicó Giselle—. Te acompañarán a tu campamento para que se preparen para la batalla. Supongo que la gente de la reina de Invierno también está ayudándola a escapar… pero aunque ella no sobreviva esta noche, espero tenerte

como aliada. Te acompañaría yo misma, pero presiento que Angra intentará colarse en mi reino, de modo que debo irme.

—Tendrás que matarme si quieres sacarme de Ventralli —gruñó Ceridwen—. No pienso dejar a nadie aquí para que lo maten.

Giselle la miró desde lo alto de su caballo.

—Eres demasiado útil con vida. Aunque *consciente…*

Ceridwen se agachó por instinto. Al dejarse caer ella, el soldado que se le había acercado por atrás lanzó un golpe con la empuñadura de su espada justo donde antes estaba su cabeza.

Lekan gritó, pero esta vez su soldado no se limitó a golpearlo: hundió los dedos en su herida, lo que lo hizo gritar de un modo que llegó a oídos de Ceridwen.

—¡Basta! —gritó ella.

El soldado que sostenía a Lekan iba dos caballos delante de ella, fuera de su alcance. Pero si el soldado atacante erraba el golpe, Ceridwen podría aprovechar la distracción para quitarle la espada y armarse.

Se colocó en ángulo, los puños al pecho, las piernas extendidas, en postura firme. El soldado volvió a atacar, arqueó la empuñadura de su espada hacia ella y la hoja hacia atrás, y contó los segundos hasta el último instante posible…

Zaccc.

El soldado resopló y su cuerpo se contrajo en el momento en que se le clavó una flecha en el hombro. Soltó la espada, que cayó a la calle con estrépito, y aún no acababa de aquietarse contra los adoquines cuando Ceridwen la recogió, la empuñó con ambas manos y giró hacia Giselle.

—Suéltalo —le exigió, y sus ojos se desviaron por un segundo hacia Lekan. Este ahora estaba apenas consciente, pero el soldado había dejado de torturarlo.

Cualquiera se habría asustado al ver que su prisionera estaba armada y que alguien le había disparado una flecha a uno de sus hombres, pero Giselle solo miró con curiosidad hacia la calle detrás de Ceridwen.

—Yo le haría caso, Giselle —dijo una voz—. Hoy creí que la había perdido dos veces. Ese tipo de tensión afecta a un hombre.

Ceridwen sollozó y se mordió los labios para contener más sollozos.

Jesse.

No podía darse vuelta para verlo. Temía estar alucinando; temía perder su única ventaja si apartaba la vista de Giselle. Por eso se quedó allí hasta que Jesse entró a su visión periférica, con un arco cargado tensado frente a él y un dedo sosteniendo la cuerda junto a la comisura de su boca.

¿Él le había disparado al soldado? ¿Y le había acertado?

El hecho de haber pensado justamente eso le resultó gracioso. Pero luego observó cómo temblaba, las vibraciones que se transmitían al asta de su flecha. Santas llamas, ¿habría apuntado siquiera al soldado? Jesse era absolutamente inútil en lo que respectaba a las armas.

Por suerte, Giselle no lo sabía.

—Escapaste —observó la reina de Yakim.

Jesse tensó más el arco, esta vez apuntando al soldado que retenía a Lekan.

—Lamento decepcionarte.

Giselle rio.

—¿Decepcionarme? En absoluto. Esto facilita mucho las cosas.

Le hizo una seña al soldado y el hombre arrojó a Lekan del caballo.

Ceridwen se adelantó y se cargó el brazo de Lekan al hombro para ayudarlo a levantarse. Él se tambaleó contra ella, frío de sudor, y Ceridwen lo acercó lo más posible con la esperanza de transmitirle un poco de su calor. Lekan había caído en medio de los hombres de Giselle, y ella se esforzó por sostenerlo con un brazo sin dejar de sostener la espada con el otro. Jesse esperaba justo fuera del círculo de soldados.

—Aun así usarán mi barco. Llegarán al campamento mucho más rápido —dijo Giselle.

Ceridwen gruñó.

—Puedes tomar tu barco y metértelo en…

—¿Campamento? —Jesse bajó ligeramente el arco—. ¿Estaban llevándola al campamento de refugiados?

Giselle asintió.

—Ahora que estás aquí, no estará tentada de correr en pos de objetivos menos productivos —volvió a levantar la ceja—. ¿A menos que quede en el palacio alguien más a quien sientas la necesidad de salvar? Porque el mundo está disgregándose, rey Jesse, y no tendré escrúpulos para usar la misma fuerza contigo.

Giselle señaló con la cabeza en dirección a Lekan y Ceridwen.

Jesse meneó la cabeza.

—No. No tenemos motivos para regresar —hizo una pausa—. Por ahora.

Giselle asintió.

—Excelente. ¿Nos vamos?

Subió al muelle y dejó algunos hombres para que nadie que fuera de utilidad para ella intentara huir hacia Rintiero. Ceridwen le habría dirigido más miradas torvas de no haber estado Jesse justo allí, en esa calle.

Por la oscuridad de la noche y la aparición de nubes de tormenta, le resultaba difícil distinguir su imagen, y casi podía pensar que era un sueño. Él tenía el cabello suelto y la camisa negra arremangada hasta los codos, y se veía la fuerza con que sus antebrazos sostenían el arco.

Jesse se aclaró la garganta y volvió a guardar la flecha en el carcaj.

Los soldados que los rodeaban tenían aquel aire de desapego típico de los yakimíes y guardaban silencio, lo que de pronto le dio a Ceridwen la sensación de que ella y Jesse estaban solos. Sentía que el corazón le palpitaba en la cabeza, vertiginoso e innombrable. ¿Ira? ¿Alivio? No sabía lo que sentía.

Solo sabía que Jesse estaba… diferente.

Él volvió a aclararse la garganta.

—Encontré el carruaje. No pensé que Giselle se atrevería a atracar donde lo hace siempre que viene de visita, pero tenía que hacer el intento. Tenía que… salvarte.

Ceridwen se acomodó el peso de Lekan.

—No necesito que me salves.

Jesse se adelantó y se echó al cuello el otro brazo de Lekan, para aliviarla un poco del peso.

—No, no es necesario que me ayude —protestó Lekan, apoyándose más en Ceridwen.

—Por favor —lo interrumpió Jesse—. Permítame.

Pero miraba a Ceridwen.

Ella no podía respirar.

—¿Y tus… tus hijos? —se atrevió a preguntar. Su voz cobró un poco más de fuerza—. ¿Y los inverneños? ¿Supiste algo de ellos? ¿Cómo pudiste escapar?

Ella y Jesse se pusieron en marcha con Lekan hacia el muelle, a un paso lento que carcomía la resolución de Ceridwen. Cuanto antes subieran al barco de Giselle, más pronto podría encontrar un lugar donde estar sola, sin Jesse.

Ella había puesto fin a su relación. Y solo había decidido regresar por él para reparar las injusticias de Raelyn. Ceridwen había estado preparada para verlo en esas circunstancias, en las que ella habría sido la salvadora y él, quien la necesitaba.

No estaba preparada para… esto.

Jesse hizo una mueca de dolor al oír mencionar a sus hijos, pero contuvo visiblemente la preocupación por ellos.

—Están bien. De hecho, los inverneños, también. Ellos me ayudaron a escapar. Nos separamos, pero quedamos en reunirnos en tu campamento de refugiados.

La tensión que le rodeaba la boca se trasladó a sus ojos.

A Ceridwen se le hizo un nudo en la garganta.

Por eso estaba diferente. No llevaba puesta una máscara.

Cuando la vio observándolo, sus ojos sonrieron.

—La rompí —susurró—. Mi máscara. Todo terminó con Raelyn.

Ceridwen no recordaba la última vez que había respirado hondo. Antes de la aparición de Jesse, seguramente. Soltó el aliento, viendo destellos de luz en su campo visual.

Jesse había roto su máscara. Había terminado su relación con Raelyn.

Lo había hecho. Al fin había hecho lo que ella había deseado durante tanto tiempo que aquel deseo se había convertido en un nudo permanente en su corazón.

Pero no lo había hecho hasta *ahora*. Hasta después de que Ceridwen lo había abandonado. Una vez que Raelyn reveló su peligrosidad.

Llegaron al barco y subieron por un tablón a la cubierta. En un rincón había una pila de bolsas vacías, y depositaron a Lekan sobre ellas. Jesse se agachó a su lado, y

sus ojos horadaron los de Ceridwen.

Ella no podía mirarlo, ahora que Lekan la necesitaba, que la guerra de Angra seguía ardiendo… ahora que deseaba odiar a Jesse. Santas llamas, cuánto deseaba odiarlo… y apenas reconoció esa necesidad, esta recorrió su cuerpo como una oleada dolorosa.

Lo había esperado cuatro años. Y había sido necesario un golpe de estado y el regreso de la magia oscura para que Jesse se decidiera a luchar por ella.

—Cerie —dijo él—. Por favor, háblame. Permíteme…

—No.

Ceridwen se puso a revisar la pierna de Lekan. Necesitaba un buen vendaje, y casi le agradeció por salir herido, así ella tenía algo que hacer.

Jesse insistió.

—Por favor, sé que…

—¡No! —replicó Ceridwen—. No, no lo sabes. Vete, Jesse. Déjame en paz.

Sus palabras finales perdieron la fuerza, y cayeron como una llovizna desganada.

Jesse la miró enseguida. Había algunas farolas en la cubierta, no las suficientes como para atraer una atención indebida o hacer más que realzar el brillo cobrizo de su piel.

—Está bien —accedió, dolido.

Vaciló, quizá con la esperanza de que ella cambiara de idea. Pero finalmente se puso de pie y cruzó la cubierta con pasos inseguros hacia donde estaba Giselle hablando con sus hombres.

Los dedos fríos de Lekan tocaron el brazo de Ceridwen.

—Vino por ti.

Ceridwen se puso tensa.

—Hay que atender esa herida.

Empezó a hacerle señas a un soldado que pasaba para pedirle provisiones, pero Lekan le detuvo la mano.

—La tuya, también —susurró. Una inhalación profunda, una mueca de dolor, y la soltó—. Buscó una alianza con la reina de Invierno. Antes del golpe, justo después de que terminaste con él. Tenía intenciones de destronar a Raelyn antes de que ocurriera todo esto.

Ceridwen abrió la boca y volvió a cerrarla al instante. Lekan la conocía demasiado bien, y ese conocimiento la obligaría a enfrentar cosas para las que todavía no tenía fuerzas.

Tenía una guerra que planear. Los soldados de Giselle en su campamento. La amenaza de Angra, que se extendía por el mundo. Docenas de problemas, todos más inmediatos y horribles que… *Jesse*.

Entonces buscó vendas y agua y le limpió la herida a Lekan, ignorando todo el tiempo el modo en el que Jesse observaba todos sus movimientos.



Meira

Despierto en la habitación a la que me trajo Oana, sin poder recordar la última vez que dormí tan bien. Todo en mí se estremece como una bolsa vacía al viento, y me doy cuenta de que así exactamente estoy ahora: vacía. Aún recuerdo todas las emociones, la preocupación, los rostros de todas las personas a las que necesito proteger… pero ya no me consumen. Solo siguen en mi mente.

Los tanteo, insegura. Sir… aún está en Invierno, y ¿quién sabe si está vivo o muerto? Theron podría estar saqueando mi reino, ahora a instancias de Angra. Mather… quizá consiguió sacar a todos de la mazmorra. Quizá no logró escapar.

Y aunque soy consciente de la inquietud que me provoca cada pensamiento, no me incapacita. La emoción que prevalece en mi mente es… nada. Lo cual me permite concentrarme en las cosas pequeñas e insignificantes que casi había olvidado.

Como los callos en mis manos, que ahora se están ablandando por el tiempo transcurrido desde que usaba mi chakram con regularidad. O la asombrosa delgadez de mis piernas y mi vientre… ¿Cuánto hace que no como? Sinceramente no lo recuerdo.

Entonces, como. Hay platos en la mesa, frescos y humeantes, y ¡santa nieve!, nunca probé nada tan delicioso. Ni siquiera sé qué son: unas cosas sabrosas que parecen papas, y algo dulce que tiene la textura de la miel y de un pastel, todo en uno. Como hasta que se me abulta el estómago, y me dirijo al lavatorio que hay en un rincón.

Después de lavarme, abro el baúl que está contra la pared y encuentro ropa. Túnicas; pantalones de tela fina y aireada; botas de cuero blando que me llegan más arriba de las rodillas; chalinas largas anudadas en forma de cinturón en un arcoíris de colores. Hurgo entre la ropa hasta que encuentro una túnica celeste con dibujos en azul marino en las mangas y el escote, pues esos tonos hacen juego con el único accesorio que tengo: el relicario. Completo el atuendo con un cinturón plateado, y de pie en el centro de la habitación, con los ojos cerrados, me permito unos momentos de respiración serena y silenciosa.

Por primera vez en meses, años tal vez, puedo respirar. Puedo sentir cosas más allá de la duda que me incapacitaba, más allá del esfuerzo agotador de mantener a raya mis emociones.

En el límite de mi conciencia, oigo un llamado a la puerta.

—Estás lista para la siguiente lección —me llega la voz de Rares, y sé que se refiere a algo más que al hecho de que estoy despierta y vestida.

—Sí —respondo, sorprendida, y sonrío—. Así es.

Resulta ser que dormí varios días. Tres días, para ser precisa. Aunque mi cuerpo se siente tan bien, mi mente palpita de culpa al pensar en todo el tiempo que perdí.

Recuerdo la visión de Angra, su plan para el mundo. ¿Estará todavía en Rintiero? ¿O habrá seguido adelante y estará extendiendo su miedo y su oscuridad a Yakim, Verano, Otoño…?

Me apresuro para seguir a Rares, pensando que me llevará al patio de entrenamiento que vi en el frente para entrar de lleno a la clase de entrenamiento que sé que necesitaré para enfrentarme a Angra. Cuando me lleva a una habitación cercana a la mía, me quedo en la puerta, confundida.

Es pequeña, de la mitad de tamaño que la mía, y hay un escritorio cubierto de papeles y libros que se extienden al suelo. Las paredes están cubiertas de mapas: mapas de Verano, Ventralli y Yakim; mapas de Invierno y Primavera. Tienen líneas que representan los caminos desde April a Jannuari, de allí a Juli y a…

—Estabas siguiéndome el rastro —digo, sin aliento.

Rares se adelanta.

—Una vez que la Orden supo que Hannah estaba en la senda correcta, tuvimos la esperanza de que alguien de tu linaje llegara a la decisión de destruir la magia. Solo te vigilé esperando que descubrieras tu poder. Lo cual hiciste, aquí —su dedo señala April en el mapa—. Y aquí encontraste la puerta en la Mina Tadil —desliza el dedo hasta Gaos—, y aquí fue donde…

—Ya, ya, entiendo —le quito la mano del mapa—. Eres un mago de varios siglos de edad que ha estado usando su tiempo libre para espiar a una adolescente.

Rares ríe, satisfecho.

—¡Alguien recuperó el ánimo! Pero no, no estuve espiándote… sino siguiéndote. Los únicos pensamientos que captaba de ti tenían que ver con la magia, y de vez en cuando, con la preocupación por la guerra. Creo que no necesito recordarte que ciertos miembros de la Orden llevan *miles de años* siguiendo a los monarcas de Primoria, esperando que alguno tomara la decisión que tú tomaste.

Me siento en una silla acolchada; todas las otras sirven más bien como espacios donde poner más libros y papeles.

—Bueno, aun así es extraño.

Rares se encoge de hombros.

—Más tarde te dejaré descargarte conmigo. Mientras tanto…

Me inclino hacia delante; el entusiasmo me aclara la mente. Sí, el entrenamiento… *no hay tiempo que perder*.

Rares se sienta en el borde de su escritorio, luego de hacer a un lado una pila de libros. Uno de ellos me llama la atención: *La magia de Primoria*.

—¡Ese libro!

Rares le echa un vistazo y luego me sonríe.

—¿Lo viste antes?

Asiento, y mis ojos recorren las letras doradas que ya conozco. Esta copia está tan gastada como la que leí en Bithai hace meses. Lo escribió la Orden; es lógico que Rares tenga un ejemplar.

Me acomodo en la silla, lista, esperando, *desesperada*.

Dormí tres días. Hace cuatro días que Angra se apoderó de Ventralli.

Tranquila. Aquí estoy. Estoy haciendo lo que necesito hacer.

Enderezo los hombros y lo miro.

—¿Cuál es la siguiente lección?

A Rares se le iluminan los ojos.

Mis labios esbozan la más leve sonrisa.

—¿Te sorprendí?

Ríe.

—¿Te sorprendiste a ti misma?

Su pregunta me toma desprevenida, y me encojo de hombros.

—Estoy… cansada, más que nada —admito—. Estoy cansada de luchar contra todo en mi vida. Soy el conducto de Invierno; soy la reina de Invierno; soy la única que puede detener a Angra y la Decadencia. No es que haya aceptado mi destino, es solo que dejé de negarlo. Pasé años analizando todas las opciones y resistiéndome a todos los cambios. No me gusta cómo me afectó eso. No quiero ser esa persona.

—¿Quién quieres ser? —pregunta; justamente la pregunta que llevo semanas evitando.

No pensé que tuviera importancia. Me *dije* que no tenía importancia para no derrumbarme al ver lo lejos que estaba de la persona que realmente quería ser. Pero ya pasé por tantas cosas, ya me desprendí de tanto, que tal vez pueda también desprenderme de las barreras que yo misma me impuse.

Entonces miro a Rares a los ojos.

—Quiero ser suficiente.

Su sonrisa es leve.

—Ya lo eres, querida. *Sentir* que eres suficiente no tiene nada que ver con el hecho de *serlo*: tú eliges si lo eres o no.

Otra elección. Eso me trae nuevamente al asunto que nos ocupa. Me aclaro la garganta y descarto su tema por otro igualmente apremiante.

—¿La siguiente lección? —Vuelvo a intentar, y Rares accede con un gesto de la mano.

—Sí, la cuarta lección… ¿Sabes qué fue del barranco de magia?

Lo miro entornando los ojos.

—¿No era que estábamos listos para pasar al uso de la magia? Al fin y al cabo, así se podrá derrotar a Angra. Es demasiado poderoso para vencerlo con una simple

espada; tendré que contrarrestar su Decadencia con magia, bloquear a mi pueblo con magia, y salvar al mundo, *con magia*.

Rares me mira y levanta una ceja.

—Paciencia, querida. ¿Sabes qué fue del barranco de magia?

La ansiedad me revolotea en el estómago. *Tres días aquí, cuatro desde la ocupación…*

Pero obligo a mis ojos a mirar a Rares.

—Se perdió hace siglos. Nadie sabe cómo —hago una pausa—. Pero imagino que tú, sí.

Sonríe.

—Si alguien excavara en los Klaryn a suficiente profundidad, en cualquier reino estacional, no solo en Invierno, encontraría la misma puerta que ustedes. La única razón por la que la encontraron ustedes es la habilidad minera de Invierno. Originalmente, la Orden construyó la puerta atravesando las montañas de Verano, de manera que apareciera donde fuera que alguien excavara más allá de cierto punto, en cualquier parte de los Klaryn. Pero ese es solo el primero de muchos obstáculos para impedir el acceso fácil al barranco. Tú te topaste con otro de esos obstáculos en tu búsqueda de las llaves.

Rares busca algo en el cuello de su túnica y saca la llave, colgada de una larga cadena. Se la descuelga del cuello y me la extiende, y yo la acepto y la sostengo delicadamente por la cadena mientras él sigue hablando.

—Las llaves se dejaron en Verano, Yakim y Ventralli a medida que los creadores del barranco viajaron por esos reinos desde Paisly… y para separar las llaves a fin de asegurarse, además, de que no fuera fácil encontrar el barranco, y que si alguien intentaba abrirlo, la búsqueda de las llaves le diera tiempo a la Orden para asegurarse de que fuera alguien que *quisiéramos* que llegara al barranco. Pero la siguiente dificultad con la que vas a toparte, una vez que recuperes las otras dos llaves, es el laberinto que hay detrás de la puerta.

Un dato encaja en su lugar.

—La Orden escondió el barranco mágico. Lo escondió *Paisly*.

Rares suspira.

—Solo lo hicimos para impedir que algún indeseable llegara a la magia hasta que pudiéramos destruirla. No fue nuestra intención hacer que los estacionales asumieran la culpa por la desaparición del barranco. Pero ocurrieron muchas cosas que no eran nuestra intención, querida.

Un reino *rítmico* era responsable por el acto que hizo que el mundo entero despreciara a los estacionales.

Y aunque podría fácilmente alimentar esa chispa de ira, no lo hago. La dejo desvanecerse, porque es parte de muchas cosas más que ya han sucedido. Lo único que me cabe, lo único que puedo ver, es lo que me espera. La única meta en torno a la cual todas las demás se esfuman: destruir toda la magia.

—Ese laberinto —digo, aferrando la cadena que sostiene la llave—, ¿allí también tendré que usar mi magia? Pero ¿no puedes ir conmigo? Vendrás, ¿no?

Rares gira hacia una pila de libros que hay en el rincón. Cuando vuelve a darse vuelta, tiene en la mano un papel viejo y amarillento que da la impresión de que una exhalación profunda lo haría deshacerse en mil pedazos polvorientos.

—El laberinto fue creado por un grupo pequeño de los conductos más poderosos de la Orden con el fin de impedir el acceso fácil a la magia… y para que, si alguien lograra acceder a ella, fuera solo alguien que la mereciera. Mantuvieron todos los detalles en secreto. Incluso cuando lo crearon, ellos… —deja la frase inconclusa y frunce los labios—. Digamos que se llevaron los secretos a la tumba.

Aprieto la mandíbula. No soy la única en sacrificarlo todo para proteger a Primoria. La Orden de los Lustrados no espera que yo haga nada que ellos mismos no hayan hecho antes.

—Pero —Rares levanta una ceja— nos dejaron una pista.

Me extiende el papel y me pongo de pie para tomarlo.

Tres personas exige el laberinto
que entren con intención genuina
para enfrentar una prueba de liderazgo,
un laberinto de humildad
y purificación del corazón.
Que solo completarán los fieles.

Lo leo dos veces. Tres veces. Y antes de poder pararlo, me viene a la mente un pensamiento doloroso:

Theron sabría lo que significa esto.

Dejo el papel sobre el escritorio.

—Un acertijo —retrocedo hasta que mis piernas chocan con la silla, trastabillo y me sostengo de los apoyabrazos. La cadena de la llave se me clava en la palma de la mano, y la llave misma me golpea el muslo—. ¿Eso es todo? Porque yo… necesito…

Esta habitación es demasiado pequeña. A pesar de todos mis avances, no logro respirar; caigo en la silla jadeando por la familiaridad de leer pasajes antiguos sobre la magia. Acuden a mi mente mis recuerdos de Theron: sentados en su biblioteca, escuchándolo hablar a través de ese libro, *La magia de Primoria*. Me permito jugar con la idea de amarlo porque era dulce y amable, y porque ambos queríamos más en nuestra vida. Aunque era un matrimonio concertado, aunque era algo político, aunque sabía que yo nunca podría ser la persona que necesitaba ser para amarlo.

Él siempre sería el heredero de Cordell; yo siempre estaría ligada a Invierno.

Me llevo la mano libre a la frente y trago en seco para contener los chispazos helados de magia que me suben por la garganta. No quiero seguir resistiéndome a este sentimiento de culpa, pero no sé cómo resolverlo… porque no puedo salvar a

Theron. Todo lo que le ocurrió estará con él para siempre, así como todos los inverneños aún tiemblan por sus años de esclavitud.

Entonces, ¿qué puedo hacer?

Podría hacer lo que hice últimamente con todo lo demás. Reconocerlo, *sentirlo*, y dejar que se pierda en el abismo: una presencia constante, pero no incapacitante.

Rares no se ha movido de su posición junto al escritorio; está dándome espacio, dejándome respirar. Y cuando lo miro, asiente pero guarda silencio. Me deja sanar por mí misma.

—¿Qué significa esto? —pregunto, con voz quebrada, señalando el papel.

—Primero, significa que solo pueden acompañarte dos personas. El laberinto únicamente acepta tres personas a la vez, para limitar la cantidad de gente que accede a la magia.

—¿O sea que puedes ir conmigo?

—La puerta y el laberinto se hicieron para que solo puedan acceder al barranco mágico aquellos que son dignos. ¿Notaste la barrera que repele a cualquiera que intente acercarse a la puerta? La única manera de pasar es que crucen tres personas juntas, y que las tres estén convencidas de ser dignas de llegar a la magia: es la segunda parte del acertijo, *que entren con intención genuina*. Un esfuerzo mancomunado. Sencillo, ¿verdad? Pero no del todo. Porque una vez que atraviesen la puerta, el laberinto pondrá a prueba esa creencia. Probará a los tres para averiguar si en verdad son dignos: en liderazgo, humildad y en corazón. No sé con exactitud en qué consisten esas pruebas, más allá de las pistas que da el acertijo, pero cuando lleguen, debes estar lo más preparada que sea posible. De todas las personas del mundo, ¿a quiénes querrías a tu lado para enfrentar esas pruebas?

Aparecen rostros en mi mente. *Mather y Sir*.

Frunzo el ceño. Mather, sí. En cambio, Sir… algo nos separa. Pero sí sé que, llegado el caso, Sir me defendería con su vida.

—Una vez que salgas del laberinto y llegues al barranco, solo tendrás unos segundos para destruirlo —prosigue Rares—. Cuando los creadores construyeron el laberinto, empezaron por formar una salida que se abre solamente cuando alguien accede al barranco. Una salida para cualquier persona digna que llegue a la magia. Pero la cantidad de magia que se necesitó para sellar esa salida fue colosal, y apenas se abra, todos los conductos de Primoria lo percibirán. Sabrán dónde está, y ellos también podrán acceder a la magia. No puedes vacilar en tu misión, querida.

Mi misión. *Morir*.

Trago en seco. No puedo siquiera pensar en eso; no puedo darme tiempo para flaquear.

—Pero para completar con éxito las pruebas del laberinto, necesitarás lo que viniste a buscar aquí: el dominio de tu magia.

Rares hace un gesto con la mano y se abre un armario del otro lado de la habitación. Sale volando una daga, y su empuñadura da de lleno contra la palma de la

mano de Rares. Cierra los dedos en torno a ella, con una sonrisa radiante.

El sonido que emito es absolutamente patético, algo entre un chillido y un gemido.

Quiero entender las maneras en las que puede controlar su magia… no solo para poder hacerle frente a Angra y proteger a mis seres queridos, sino porque no tenía idea de que se podía usar esa energía irritante con tanta gracia. La magia ha hecho mucho más mal que bien, pero como señaló Nessa en Putnam, necesitamos todas las armas que podamos conseguir. Cualquier herramienta que pueda utilizar es valiosa.

—Ah, querida —dice Rares, con entusiasmo contagioso—. Aún no has aprendido el significado de la palabra *valioso*.



Meira

Por fin, Rares me lleva al patio de entrenamiento. El sol de la mañana brilla alto sobre los establos y las pedanas donde la tierra está gastada. El pasto se mueve con el aire fresco, que me trae aromas de heno y madera vieja y seca, aromas que llenaron gran parte de mi niñez. Lo único que falta es el perfume terroso de la pradera y Sir gritándome para corregir mi postura.

Se me hace un nudo en el corazón, y observo a Rares, que se detiene en el medio de la pedana más amplia. Unos meses atrás, no habría cuestionado mi instinto de desear que Sir estuviera conmigo en el laberinto. Pero la incertidumbre me deja un hueco en el vientre. Tantas cosas han cambiado… Mi relación con Sir no es la misma de antes, ni lo que quiero que sea. Pero ¿cómo es ahora?

Rares me mira, ignorando mis pensamientos, y une las manos a su espalda.

—En ese baúl hay armas —señala con la cabeza hacia una caja de madera—. Trae una.

Me cuelgo la cadena con la llave al cuello y la guardo bajo mi túnica, entre esta y mi camisola interior para evitar el contacto con la piel. Cuando toqué las otras llaves, tuve visiones intensas de lo que necesitaba saber para acceder al barranco de magia. Lo que sea que esta llave pueda mostrarme, no lo quiero en este momento; quiero aprender a controlar mi magia, acercarme un paso más al momento de marcharme y ayudar a mis amigos.

Basta de distracciones, de otras lecciones, de crisis emocionales. Solo acciones.

Empiezo a caminar hacia el baúl y Rares chasquea la lengua.

—No —me reprende—. Sin moverte de allí. Tratas tu magia con confusión, con incertidumbre y miedo, y por eso te responde con caos. Para usar la magia de conducto, tienes que *saber* lo que quieres. Tienes que creer, sin la menor duda, que quieres una espada de esa caja, así como, cuando estés ante la puerta del barranco de magia, debes saber sin un asomo de duda que eres digna. La seguridad es esencial para dominar la magia, y tú ya usaste tu magia de esa manera cuando miraste la mente de Angra. Usaste tu magia para tocarlo, canalizaste tu voluntad. Eres capaz, querida. Confía en ti misma.

Pongo cara de exasperación.

—Que confíe en mí misma. Me conoces, ¿no?

Rares ríe entre dientes.

—Puedes hacerlo. Y si pierdes el control, no te preocupes; yo soy más que capaz de frenarte —señala todo el complejo que nos rodea—. Este es el único lugar de Primoria donde no necesitas tener miedo de usar tu magia.

Me paro en una postura más sólida y miro el baúl, con su tapa combada entreabierta. Puedo hacer esto. Aunque se me vaya de las manos, Rares tiene razón: este es el único lugar donde soy libre de cometer errores. No hay inverneños a quienes pueda hacer daño por aquí.

¿O será que podría afectar sin querer a Rares y Oana, de alguna manera, ya que ellos también son conductos?

—No pienses demasiado —me llega la reprimenda de Rares—. Solo *deséalo*.

Exhalo, larga y lentamente, y extiendo la mano.

Quiero poder enfrentarme a Angra y conseguir esas llaves. Quiero poder proteger a Invierno. Quiero poder poner fin a esto, a todo esto…

Quiero sobrevivir.

Al hacer esto, protegeré a todos mis seres queridos. Recuperaré las llaves, atravesaré el laberinto y salvaré al mundo de convertirse en una horrenda prisión gobernada por Angra. Pero Mather entrará conmigo a ese laberinto. No dudará si se lo pido, y estará conmigo hasta el fin. Aunque ese no es el fin que quiero para nosotros.

No quiero un fin con él.

Me cubro la cara con las manos.

Quiero que Sir también esté conmigo. Pero ¿vendrá? Sinceramente, ya no lo sé. La última vez que hablé con él, estaba muy dolida… ¿a quién será leal ahora? Quiero…

Quiero, quiero, quiero…

Con un gruñido, extiendo la mano con firmeza. La tapa del baúl se levanta con un chirrido. Y se me dilatan los ojos al ver que una espada sale volando. La empuñadura se detiene en mi mano, pero mi asombro es tan grande que se me olvida asirla, y la espada cae al suelo con ruido metálico.

Rares aplaude.

—Tardaste un poco en llegar, y necesitas mejorar la última parte, pero es un comienzo.

Me quedo mirando la espada, y luego mi mano. Siento un cosquilleo en los dedos, frescos y tiesos, por la magia que bajó por mi brazo ante mi orden mental.

Es un comienzo.

Aquí estoy, arrojando espadas en un patio de entrenamiento, cuando allá afuera, más allá de Paisly, el mundo podría estar en llamas.

—No es suficiente —respondo, de mal modo, y enderezo la mano sobre la espada. ¿Cómo lo hice? Ni siquiera lo pensé, sino que vino a lomos de la emoción, como todas las otras veces que usé mi magia. ¿Qué emoción?

Mather, Sir, el laberinto, mi destino…

No aparto los ojos de la espada.

—¿Has tenido noticias de Angra? La Orden sigue vigilándolo, ¿no es así? ¿Te han informado qué está haciendo?

Rares se da cuenta de lo que quiero y se aclara la garganta.

—La barrera de la Orden le ha impedido entrar a Paisly, y parece ser que ya no intenta hacerlo; su magia ha dejado de probar nuestras defensas. Lo cual es bueno, pero a la vez nos preocupa. Sabe que a la larga volverás a salir, de modo que por el momento ha vuelto a enfocar su atención en el resto del mundo. En los cuatro días transcurridos desde el golpe, sus fuerzas han asegurado Ventralli, y Raelyn supervisa el reino en su lugar. Ella está preparando su ejército, presumiblemente para unirse a él. Angra está camino a los estacionales con Theron, es probable que para fortalecer su dominio de Verano o… —Rares vacila—. O Invierno.

Me duele el corazón. Angra tomó a Theron como aliado, no como prisionero. ¿Qué más le habrá hecho hacer?

—Con suerte, sus ocupaciones no serán sangrientas —prosigue Rares, siempre con tono duro y desapegado, como si supiera que al no demostrar emociones me dará lugar a alimentar las mías—. Su método consiste en acercarse a una ciudad, como lo hizo con Rintiero, y esparcir su magia entre los habitantes. La mayoría se somete por voluntad propia y se inclina ante él, ya sea ingresando a su ejército o cediendo al miedo que les provoca su magia; no saben cómo resistirse a ella. ¿Por qué habrían de hacerlo? Todo ocurre con mucha rapidez y no tienen tiempo de darse cuenta de quién es él. Ahora bien, aquellos que sí se resisten…

Aquellos que sí se resisten. Mather. Ceridwen, Nessa y Conall…

Quiero acabar con esto. VOY a acabar con esto. Voy a hacerme aún más poderosa que él, y le voy a hacer pagar con creces cada instante de preocupación que me causó.

La espada se estremece y sube en línea recta, la empuñadura hacia arriba, y la tomo.

Rares lanza una exclamación de aprobación, y a través del sudor que ahora me cubre el rostro, lo miro; la frustración, la ira y la decisión se combinan en una emoción tóxica que casi me ciega. Tengo que mantener el control sobre mis emociones para poder usar mejor la magia, y en este momento, estas emociones son las más fáciles de controlar.

Es verdad que quiero sobrevivir a esto. Pero también quiero ponerle fin.

Necesito ponerle fin.

Lamentablemente, debo mantener ese deseo en mi mente todo el tiempo.

Rares no pasa directamente a la práctica de lucha. Durante dos días, me hace sacar todas las espadas del baúl y volver a guardarlas, para asegurarse de que «entiendo los fundamentos de la magia».

Dos días.

Tres que pasé durmiendo.

Seis, en total, desde que Angra tomó Rintiero.

Cada minuto que pasa me recuerda todo lo que estoy dejando suceder en mi ausencia, y todo se intensifica cuando le pido a Rares que me cuente las novedades de Angra durante nuestro entrenamiento.

Rares solo puede darme noticias basadas en las observaciones de la Orden, es decir que no puede contarme nada sobre mi reino ni mis amigos. Aunque esto también significa que la maldad de Angra aún no los ha alcanzado, lo cual es infinitamente preferible a tener noticias más concretas de ellos. Escaparon de Rintiero. Angra aún no llega a Invierno. Tengo que creer que están bien.

Por lo demás, las novedades son las mismas: Angra se acerca a Verano; Ventralli está bajo su control y las tropas de Raelyn se preparan para marchar; Cordell ha enviado más soldados para sumarse al ejército de Angra; otra fuerza se reúne en Primavera, presumiblemente también para sumarse a él. Yakim permanece intacto; Otoño es un misterio. Rares puede hablarme sobre el estado de los ciudadanos de cada reino que Angra ha ocupado y a quienes infunde su magia. Es muy leve: corrientes ínfimas de conexión que le informan a Rares que han sucumbido a Angra, pero basta con saber que aprendí a traer espadas muy, pero muy bien.

Cuando la última espada cae sobre las otras bajo el cielo anaranjado del crepúsculo del segundo día, tengo el rostro bañado en sudor a pesar de la frescura del aire de la primavera propiamente dicha. Cierro la tapa con apenas un pensamiento y miro a Rares con enojo.

—¿Cuántas veces más…?

Pero no está mirándome. Cada vez que levanté una espada con torpeza me observó, con los brazos cruzados, los ojos brillantes, pero ahora tiene la mirada fija en el muro principal de su complejo. Por primera vez desde que lo conocí lo veo preocupado, y se enciende el pánico en mi corazón.

Estoy apuntando al baúl para recuperar una espada cuando Rares se da vuelta de pronto.

—No —dice—. Alin encontró…

Dice una palabra que no cuaja, aquí no, y meneo la cabeza.

—¿Qué dij…?

—Inverneños —repite Rares.

Mis músculos se aflojan.

—¿Qué? —es todo lo que puedo decir.

—Dos —me informa—. Alin dice que uno está herido… inconsciente.

Toda la conmoción que me incapacitaba se disuelve al oír eso, y dejo que me invada la agitación.

Inverneños.

Inconsciente.

¿Mather?

Me encamino hacia el portal, cuyos barrotes de hierro ya empiezan a rechinar abriéndose ante mi orden. Antes de que alcance a dar más de dos pasos, Rares me alcanza y sus manos se clavan en mis hombros.

—Alin los traerá aquí —me asegura—. Viene en camino.

Lo miro, enojada.

—Pero ¿cómo llegaron aquí?

La pregunta sorprende a Rares, y hace un gesto de dolor.

—¿Qué? —lo sacudo—. ¿Qué?

—Cuando llegamos a Paisly —dice Rares—, Angra te encontró de inmediato. ¿Cómo supo dónde buscarte? Simplemente supuse que se había dado cuenta por sí solo de dónde estaríamos. Pero ¿y si… alguien se lo dijo?

Me paralizo. Como un río congelado.

Aún no conozco toda la historia; podría ser que Mather y alguno de sus Hijos del Deshielo me hubieran seguido.

No es… no *puede ser* que Angra los haya capturado, les haya arrancado mi ubicación y los haya puesto aquí para mí.

Pero mi corazón susurra la verdad, y miro por encima del muro.

Rares vuelve a apretarme los hombros.

—Alin los traerá —me promete una vez más.

Me aparto de las manos de Rares y el portal se cierra.

—Solo tráiganlos —digo, y me paro delante del portal, de brazos cruzados, con el pecho lleno de una emoción que conozco demasiado bien: terror.

Y esta vez no se trata de algo de lo que pueda desprenderme, porque el solo hecho de pensar en Mather, inconsciente, se me hace más insoportable con cada latido de mi corazón.



Mather

Cuando Mather era niño, podía entrenarse con armas todos los días; podía enfocar toda su atención a las lecciones de William sobre estrategia de guerra, economía e historia; podía ser bueno y justo. Pero ni una sola de esas cosas lo convertía en la heredera que Invierno necesitaba, y durante todas sus lecciones, siempre percibía esa sensación insistente en el fondo de su mente, que le susurraba su verdadero valor, que por entonces no era otro que continuar el linaje femenino de su reino.

Y en las noches oscuras y calladas, cuando todo el campamento dormía en sus tiendas dispersas en la ubicación que William hubiera escogido en esa oportunidad, Mather albergaba un deseo imposible. Un deseo que no se atrevía a pronunciar en voz alta, pues de ello dependía la salvación de su reino:

Deseaba que la magia desapareciera. Deseaba un mundo libre de magia, donde el valor de un líder se basara en su verdadero ser, no en su género.

Mather había albergado este deseo hasta que Angra fue derrocado y Meira fue revelada como la auténtica heredera. Después, parecía que la magia quizá tuviera su lado bueno; al fin y al cabo, había salvado a su reino. Entonces había dejado de lado ese deseo e intentado aceptar el mundo tal como era.

Pero cuando los gritos de Phil se convirtieron en aullidos que podía sentir más que oír, Mather deseó más que nunca que la magia no existiera.

Mientras duraron todos aquellos aullidos torturados, a Mather lo sostenían contra el suelo, sin poder ver siquiera lo que estaban haciéndole a su amigo. Y cuando al fin se hizo silencio, le pusieron una bolsa en la cabeza, le encadenaron las manos, le ataron las piernas, todo muy apretado, de modo que lo sofocaba y le *dolía*.

Lo arrojaron solo al interior de algo de madera; en el aire había un dejo de moho, que le indicó que estaban en el Río Langstone o en una especie de caja que había estado en un barco. El vaivén de la caja era demasiado aleatorio para adivinar si estaban llevándolo en carreta o por barco. Pero viajaron, y viajaron, y viajaron más, y justo cuando Mather estaba a punto de desmayarse por la escasa ventilación de la caja, se detuvieron.

El impulso de la caja lo envió contra una de las paredes de esta. Pero su hombro solo hizo contacto con la madera por un segundo, porque la pared desapareció, se abrió una portezuela y cayó fuera. Aunque Theron había vuelto a colocar el conducto

de Cordell en el cinturón de Mather, este no había podido doblarse lo suficiente para quitarse las esposas durante el viaje. Cayó al suelo sin nada que amortiguara su caída.

Rocas. Gravilla, más que nada. No había pasto.

¿Dónde estaban?

Unas manos lo levantaron por los brazos, y al cabo de tanto tiempo de estar atado, ahogó una exclamación de dolor por la contorsión. Pasarían semanas hasta que sus músculos lo perdonaran.

Durante el viaje, no se había permitido pensar en nada más. Cualquier otra cosa…

Mather apretó la mandíbula.

Sus captores le retiraron la bolsa de la cabeza, le cortaron las ataduras de las piernas y hasta le quitaron las manillas. La sensación de libertad se esfumó incluso antes de llegar a florecer: si se sentían cómodos quitándole las ataduras, significaba que lo superaban ampliamente en número.

—*Santo hielo* —exclamó; bajó la cabeza contra el pecho y se le llenaron los ojos de lágrimas por la luz repentina. Pero parpadeó, se le aclaró la vista y volvió a alzar la cabeza para observar los alrededores.

Había estado en una carreta, al menos durante esta etapa del viaje. Alrededor había acantilados, y un cielo azul brillante contrastaba con las sombrías piedras grises. De no haber sabido que era imposible, habría dicho que estaban en los Klaryn, pero no habían viajado tanto tiempo.

Un golpe sordo llamó la atención de Mather nuevamente a la carreta. Algunos de los soldados —eran diez en total, y ni Angra ni Theron estaban entre ellos, lo cual era un alivio y a la vez, horriblemente inquietante— habían abierto otro compartimiento cerca de la parte trasera, del cual sacaron a Phil.

Mather se asombró cuando, sin que nadie lo detuviera, se puso de pie y volvió a caer, pues se le doblaron las rodillas por la falta de uso. Pero la decisión pudo más: le permitieron llegar, medio arrastrándose y medio lanzándose, hasta Phil, que estaba acurrucado en el piso de piedra sin emitir siquiera un quejido.

Mather ayudó a Phil a incorporarse, sosteniéndolo por los hombros. Tenía uno de los ojos cerrados por la hinchazón; el otro parpadeaba para apartar la sangre que le caía de un corte encima de la ceja.

Pero eso era todo. No tenía otras heridas que Mather pudiera ver, y Phil no usaba más una extremidad que otra ni sostenía las manos sobre ningún tajo.

—¿Qué te hicieron? —le preguntó Mather, en tono apremiante.

Phil lo miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—Les… les dije… adónde fue ella…

El rostro de Phil se llenó de pavor cuando los soldados aferraron a Mather, lo tiraron hacia atrás y lo arrojaron contra una de las muchas rocas que rodeaban el claro. Tenía las manos recubiertas por el polvo blancuzco de las piedras, y al girar, apretó los puños y acomodó las piernas en la mejor postura defensiva que su cuerpo aún inestable pudo formar.

Phil solo tenía tres soldados de pie junto a él; los otros siete se habían congregado en torno a Mather.

Uno de los soldados arrojó algo a los pies de Phil. Mather se sorprendió al verlo. ¿Era…?

Phil miró el objeto con el ceño fruncido, luego a los soldados, luego a Mather.

Era el chakram de Meira.

El soldado que estaba más cerca de Mather lanzó una risa burlona.

—Angra lo envía para ella; considérenlo un obsequio, una señal de indulgencia. También los envía a ustedes, para que puedan darle un mensaje de su parte.

Por el agotamiento, el hambre y una miríada de preocupaciones, el cerebro de Mather procesaba los detalles con la lentitud de un caballo que avanza con dificultad por un campo lleno de lodo. Un soldado le lanzó un puñetazo, y Mather lo esquivó, pero otro soldado se le adelantó con un golpe en el vientre. El aire escapó de sus pulmones y quedó doblado en dos, intentando respirar.

El soldado se inclinó sobre Mather mientras este caía de rodillas.

—Si sobrevives, dile que esto es lo que les ocurrirá a todos los que se opongan a Angra. Y aunque no sobrevivas… bueno, supongo que de todos modos le servirá de advertencia.

Dicho eso, le propinó un codazo en la espalda que lo hizo caer boca abajo, con un quejido áspero.

Phil sollozó, impotente en manos de los soldados.

Los demás descendieron. Siete contra él. Mather trató de pelear, pero al hacerlo, sintió la desesperanza con cada puño que se estrellaba contra su cuerpo.

Angra sabía dónde estaba Meira. Y Mather perdería esta pelea.

No podría ayudarla.

Mather se levantó de un salto y se lanzó contra el hombre más cercano. Un destello brillante atravesó su campo visual, un relámpago blanco que dejó hasta el último de sus nervios en un silencio mortal.

Se desplomó cuando otro soldado le lanzó otra roca, pero no sintió nada más… solo dolor.



Ceridwen

Después de que Giselle desembarcó en Putnam, los yakimíes dejaron a Ceridwen, Jesse y Lekan donde el Bosque Eldridge Austral se encontraba con el Río Langstone. Les dejaron caballos, provisiones para un día y recordatorios de los deseos de su reina: que detuvieran a Angra antes de que llegara a destruir Yakim. Ninguna sugerencia acerca de *cómo* podrían hacer semejante cosa. Lo cual era casi preferible, ya que Ceridwen no pensaba cumplir más órdenes de Giselle, pero no tenía idea de cómo detener a Angra. ¿Esperar hasta que apareciera Meira y que, con suerte, ella tuviera un plan? ¿Averiguar el paradero de Angra y montar un intento de asesinato?

Ceridwen llevaba en el bolsillo el sello de Giselle, y simulaba que el peso de la guerra inminente bastaba para distraerla de la presencia de Jesse.

Sabía que no podría ignorarlo por mucho tiempo. Pero, santas llamas, lo haría hasta el último momento.

El campamento de refugiados estaba a solo un día a caballo del Langstone, y Ceridwen se alegró de no tener que pasar una noche acampando en el bosque. Justo cuando el sol y la noche libraban su batalla en el cielo del horizonte, salieron de entre los árboles a la Llanura de Rania.

El esposo de Lekan había ayudado a escoger esa ubicación. Antes habían tenido un campamento dentro del Eldridge, pero con tantos refugiados veranenses, el clima fresco y húmedo no era el ideal. Ahora el campamento estaba ubicado en el límite del bosque, lo suficientemente cerca de los árboles como para poder aprovisionarse allí, pero también cerca de la llanura para que los veranenses pudieran tener calor y aire seco. Ceridwen inhaló aquel viento árido, y le dolió el pecho por los recuerdos que evocaron esos aromas. Recuerdos de Verano, de su tierra agrietada, recalentada por el sol.

Apretó en la mano el sello de Giselle. La reina yakimí no era la única que tenía que proteger a su reino contra Angra. Y ahora que Simon estaba muerto, y que Ceridwen era la única heredera viva de Verano…

Cerró los ojos y contuvo el sollozo que ascendía por su garganta. Su hermano había *muerto*, y Angra iba esclavizando al mundo en forma lenta pero persistente. Sin embargo, muy en el fondo, una parte oscura de ella se alegraba de saber que al fin se había cumplido una de sus metas más deseadas. Durante años, había ansiado ser la única gobernante de Verano.

Era veranense hasta la médula: en cualquier situación podía encontrar alegría.

Ceridwen se obligó a abrir los ojos. Entre el azul tenue de la noche y el castaño pálido del pasto, unas siluetas avanzaban hacia ellos.

—¡Lekan!

Kaleo corrió saltando entre los pastos altos. Algunos soldados lo seguían… y Ceridwen suspiró con alivio al ver que eran veranenses, no yakimíes que se hacían pasar por refugiados, *maldita Giselle*, pero regresaron al campamento cuando oyeron a Kaleo confirmar quiénes eran los que se acercaban.

Lekan espoleó a su caballo, pero no llegó muy lejos pues enseguida tiró de las riendas. Su pierna herida ya no sangraba, pero aun así debió dolerle al desmontar. No vaciló en correr al encuentro de Kaleo entre el pasto, y ambos chocaron; el impulso de Kaleo hizo trastabillar a Lekan hacia atrás, y sus cuerpos se perdieron entre el pasto que llegaba hasta la cintura con un coro de risas… que pronto se transformó en un silencio que hizo que Ceridwen mirara a Jesse.

Estaba muy distinto sin máscara, y una de las cosas de las que ella aún no había hablado con él era si quería o no una nueva. No podía negar la parte a la que le encantaba poder ver las emociones de Jesse mientras observaba a Lekan y Kaleo, con una sonrisa en los labios que le llenaba la cara de luz.

Luego Jesse se tensó sobre el caballo, y los músculos de su cuello se convulsionaron al tragar en seco y mirarla. Inclinó la cabeza como si ella le hubiera dado una orden, acicateó al caballo y se alejó hacia el campamento. Al irse Jesse, Ceridwen pensó que respiraría mejor. Pero nada cambió: ni una chispa de alivio.

Ceridwen se acercó a Lekan y Kaleo. Al oír los cascos de su caballo justo a su lado, Kaleo se incorporó al instante, a horcajadas sobre la cintura de Lekan.

—¡Princesa! Lo trajo herido. Otra vez.

Ceridwen se encogió de hombros.

—Solo porque sé cuánto le gusta que lo cuides.

Lekan se dejó caer, con los brazos extendidos.

—Debo guardar cama. Reposo absoluto, por mi propio bien, ya que en otra parte no puedo garantizar que vaya a seguir sano e ileso.

Kaleo aferró con el puño cerrado la camisa de Lekan y se inclinó más hacia él con una mirada que hizo reír a Ceridwen.

—He dormido en tiendas de campaña con ustedes dos —les dijo—. No estoy segura de que *guardar cama* sea lo más inocuo.

Kaleo lanzó una carcajada, y Lekan aprovechó la distracción para girar y ponerse encima de él, pero el movimiento lo hizo apoyar mal la pierna herida y lanzó una exclamación de dolor. Cuando Kaleo se acomodó para revisarle la herida, las palabras de ambos se suavizaron y dieron lugar a más bromas provocativas que, si Ceridwen hubiera estado menos habituada a ellas, la habrían hecho sonrojarse.

Siguió camino y los dejó solos en su reencuentro. El campamento se extendía en un círculo errático; se añadían tiendas cada vez que se sumaban nuevos refugiados al

grupo, lo cual creaba senderos desparejos. Un campo desordenado y caótico para un grupo desordenado y caótico.

Ceridwen desmontó y llevó el caballo a un corral en el límite del campamento. Todos se habían retirado a dormir y solo quedaban soldados en patrulla, que al reconocerla la saludaban con un movimiento de la cabeza. Ella examinaba cada tienda por la que pasaba. Todo estaba en su sitio.

Apretó los puños involuntariamente.

Bueno, casi en su sitio. Trescientos de los refugiados que la rodeaban eran soldados yakimíes. En total, no había allí más de ochocientas personas.

Ceridwen rezongó. Eso significaba que en el campamento había trescientos lugares que habrían podido ocuparse con esclavos que realmente necesitaran que los rescataran.

Maldita Giselle.

¿Cuántos de los espías yakimíes se habían hecho pasar por soldados aquí? ¿Cuántos se habían escondido entre familias y trabajadores? En el peor de los casos, si todos los soldados yakimíes se habían sumado como soldados de Ceridwen, tendría apenas unos ciento cincuenta soldados no yakimíes. *Ciento cincuenta*. Para pensar en cualquier tipo de ataque a Angra… esa cifra era irrisoria. No tenía otra opción más que usar a los soldados yakimíes. Pero ¿para qué?

Desde hacía años, los soldados refugiados habían provocado disturbios a pesar de ser tan pocos; podían continuar con los ataques de tipo guerrilla que a menudo habían debilitado a las fuerzas de Verano. Ataques por sorpresa desde los árboles, trampas armadas en los caminos escabrosos.

Ceridwen se frotó la frente.

¿Acaso algo de eso marcaría alguna diferencia contra Angra? ¿Podría ella quitarle el control que tenía sobre Verano con un puñado de guerrilleros? Porque iría primero por Verano, a pesar del pedido de Giselle. Que Yakim sudara un poco bajo la amenaza de Angra.

—¡Wennie!

Ceridwen sonrió. Había una sola persona que la llamaba así, y la primera vez que había oído ese apodo, había fruncido la nariz. Pero eso no había hecho más que alentar a Amelie, que ahora tenía ocho años. La niña yakimí tenía apenas dos años cuando la vendieron a Verano, y al poco tiempo Kaleo y Lekan se enamoraron de ella y la hicieron parte de su familia.

Lekan no había dicho una sola palabra sobre la revelación de Giselle. Ni una vez había dicho: «La moneda que usó esa perra para financiar su ataque planeado contra Verano fue la vida de mi hija».

Aunque Ceridwen conocía a Lekan lo suficiente para saber que jamás se le ocurriría siquiera algo así. Ella tendría que ponerse absolutamente furiosa también por él.

Abrió los brazos a Amelie, que se lanzó a abrazarla.

—Volvió Lekan —le informó, y los grandes ojos pardos de Amelie se dilataron aun más. La cicatriz que tenía bajo el ojo izquierdo, la *V* marcada a fuego, se le arrugaba al sonreír; la marca tenía suficiente antigüedad para verse más lisa y menos llamativa que la de aquellos que habían sido marcados de adultos. Pero allí estaba: una prueba irrefutable de que, si Amelie hubiera regresado a Yakim, la habría obligado a volver rápidamente a Verano. Ahora era propiedad de Verano; por eso ella, como todos los demás a los que Ceridwen y su grupo habían liberado, tenían que quedarse en este campamento escondido, a salvo de quienes quisieran imponerle una vida de inexistencia.

Una máscara ocultaría esa marca. Ceridwen tragó en seco. Alguna vez había pensado en la posibilidad de enviar a sus refugiados a Ventralli… pero no lo había pensado mucho tiempo.

Amelie aplaudió y su cabello negro despeinado rebotó sobre sus hombros, y se alejó corriendo.

—¡Papá! —chilló, y desde la llanura le respondió la voz de Lekan.

—¡Amy!

Ceridwen sonrió. Era reconfortante ver a una niña que aún podía ser una *niña*, feliz e inocente en todos los mejores sentidos.

A su izquierda se movió una figura, y al darse vuelta, vio llegar a Jesse al área iluminada por una farola cercana. El cabello oscuro le rozaba los hombros, la clavícula, la piel que quedaba al descubierto con la camisa desabotonada. La luz le dio en el ángulo de la mandíbula, cubierta por la barba que le había crecido después de días sin rasurarse. Nunca lo había visto tan desaliñado, pero él lucía su desaliño como un atuendo elegido a propósito, y los labios de Ceridwen amenazaron con esbozar una sonrisa al pensar en lo ventrallino que era eso: hacer que algo resultara hermoso a pesar de todo.

—¿Ya llegaron tus hijos? —le preguntó, y se le quebró la voz en medio de la pregunta al darse cuenta de que… estaba hablándole.

Jesse también pareció sorprenderse. Su cuerpo ya tenso dio un respingo por la sorpresa, las manos en los bolsillos, los hombros caídos en estado de mansa entrega.

—No… les pregunté a algunos soldados —sus rasgos reflejaban tristeza, pero se encogió de hombros como obligándose a ser optimista—. Quizá no viajaron en barco. Podrían tardar unos días.

—Podemos enviar a alguien a buscarlos.

—Sí. Sí, por favor —Jesse se contuvo, contuvo la ansiedad, temeroso de insistir demasiado, de demostrar demasiada emoción.

Cuatro años, arguyó la mente de Ceridwen. *Cuatro años esperé a que se decidiera*.

Cuatro años, replicó su corazón. *Lo esperé cuatro años*.

—¿Ya te…? —Ceridwen se aclaró la garganta—. ¿Ya te dieron una tienda?

Jesse meneó la cabeza.

—Debería haber pedido una cuando fui a buscar a mis hijos —se rascó el cuello —. No tengo la mente muy clara por el momento.

—¿Quién la tiene? —rezongó Ceridwen, y se encaminó hacia el interior del campamento.

Jesse la siguió.

—¿Has pensado en cómo vas a usar a los soldados de Giselle?

Ceridwen cerró los puños y disparó su respuesta por encima del hombro.

—¿En serio? ¿*Tú* quieres hablar de guerra?

—El hecho de que Ventralli no haya visto guerra en muchos años no me hace incapaz de prestar servicio. Pasé muchas noches observándote…

Ceridwen se volvió hacia él como una tromba. Estaban frente a una tienda cercana al círculo exterior, una de las muchas que se reservaban para alojar a los refugiados en sus primeras noches hasta tanto se les pudiera dar una vivienda permanente. La tela bajaba hasta el suelo desde el techo en punta, y se iba superponiendo para dejar entrar la brisa y a la vez dar privacidad a sus ocupantes.

—No —replicó—. No esperarías que alguien supiera trabajar el vidrio solo por haber observado a un soplador durante algunas horas, ¿verdad? Lo que pase ahora no tiene que ver contigo —Ceridwen levantó la tela que formaba la entrada de la tienda —. Debería haber un catre y un cubo con agua fresca…

—No me refería a eso —explicó Jesse con voz crispada—. Pasé años observándote pelear por Verano, de modo que sé lo que necesitas. Y si necesitas a alguien con quién hablar, puedo escucharte.

—Lekan, también.

—Cierto —Jesse inclinó la cabeza—. Pero estoy… aquí, Cerie.

Ceridwen clavó los ojos en el camino, con una mano en la entrada de la tienda. Ese camino era más oscuro que la mayoría; apenas había una farola cerca. Eso hacía que todo fuera difícil de distinguir: el pasto pisoteado, las tiendas ladeadas y el cielo estrellado.

—Los soldados pasan cada quince minutos —dijo—. Cualquiera de ellos podrá ayudarte si precisas más…

—*Cerie*.

Ella soltó la tela de la tienda, pero no pudo obligar a sus pies a moverse. Había una decena de cosas que tenía que hacer: planear cómo encarar a los soldados yakimíes; enviar a alguien a buscar noticias sobre los hijos de Jesse, y desde luego, sobre Meira; decidir cuál sería su próximo paso. Si Meira no había logrado salir de Ventralli, aquella guerra dependería de… ella.

Jesse tenía razón. Necesitaba alguien con quién hablar… pero más que eso, simplemente necesitaba a alguien.

Y eso, sobre todo, la mantuvo clavada al suelo.

—Cerie —Jesse repitió su nombre, como si al hacerlo fuera a sanar todas las heridas que había causado—. Lo siento. Por Raelyn, por Verano, por… ti. Lamento

haberte lastimado, una y otra vez —logró emitir una risita débil y mortecina—. Todavía no entiendo por qué me toleraste tanto tiempo.

Ella contuvo el aliento. *Yo tampoco*.

Pero tenía todos los motivos tan marcados en el corazón como todo el dolor que él le había causado. Cada cicatriz tenía una excusa contradictoria, y muchas noches se había dormido contándolas.

Te amo porque fuiste el único que me escuchó cuando fui a Ventralli como embajadora de Verano, y aunque tu Consejo le negó ayuda a mi reino, hiciste un gran esfuerzo por mi gente. Te amo porque demostraste la clase de devoción que ojalá mostrara mi rey. Te amo porque amas a tus hijos. Te amo porque amas la tradición de usar máscaras y todas las cosas que crea tu pueblo.

Te amo por la misma razón por la que amaba a mi hermano: porque yo también soy débil.

—Basta —graznó Ceridwen.

—No te merezco —insistió Jesse—. Por eso accedí cuando mi madre me pidió que me casara con Raelyn; sabía que no te merecía, y creí que sería mejor para los dos si yo estaba casado con otra. Pero aun después de eso me amaste, y yo quería ser digno de ti. Por eso no te dejé: porque esperaba llegar a ser *siempre* el hombre que era cuando estaba contigo.

—Basta —repitió ella, más alto, y supo que esta vez la oyó.

—Y lo siento, Ceridwen —dijo Jesse, con voz quebrada—. Cuando Raelyn rompió mi conducto, ni siquiera me importó la magia… solo te quería a ti. Durante todos estos años, debí dejarme guiar por ese deseo de tenerte, pero no lo hice. Pero no voy a limitarme a pedir disculpas… Con los años, he dicho muchas cosas huecas. Lo único que realmente importaba de todo lo que dije fue que te amo. Por eso voy a decirlo cada momento de cada día mientras *hago* cosas, en lugar de solo decirlas, para demostrarte cuánto lamento no haberte tratado como tú merecías. Te amo, Ceridwen. *Te amo*.

Ella sintió deseos de correr a su tienda y dejarlo solo con sus disculpas. Quería gritarle que dejara de enrostrarle emociones. Ceridwen quería demasiado; estaba tambaleándose al borde de un abismo sin fondo, negro y pútrido por los acontecimientos de los últimos días, y cada palabra de Jesse la empujaba más y más hacia el borde.

Su hermano había muerto antes de que ella llegara a decirle nada de verdad. Había querido gritarle por todas las cosas horribles que había hecho, porque era él quien la había obligado a llevar una vida de soledad. Él tenía la culpa; él había elegido ser su enemigo.

Miró a Jesse, furiosa.

—Ahora lo dices. Tuviste que encontrarte ante el fin del mundo para darte cuenta de que vale la pena luchar por mí.

—Siempre supe que valía la pena luchar por ti —gimió Jesse—. Solo que nunca fui digno de hacerlo.

—Yo siempre supe que no eras digno de mí. Siempre supe que eras débil, Jesse, y no quiero tener que recogerte cuando te desmorones —la acusación le recuerda sus propias inseguridades—. Eres débil, estás quebrado, y *estás solo*. ¿Por qué pensaste que alguien te ayudaría? No eres nada, y por eso estás solo; por eso has fracasado *tantas veces*: porque nunca tuviste lo necesario.

Ceridwen cayó de rodillas.

Estaba sola, en un sentido que no lograba comprender del todo. Era probable que su madre viviera aún, pero ¿de qué le había servido? Simon estaba muerto, y francamente… ¿qué había esperado que hiciera? ¿Que un buen día despertara y se diera cuenta de lo peligroso que era? No, su hermano nunca habría tenido un final feliz. Ni tampoco Verano, ni ella misma.

Unos brazos se extendieron contra su espalda. Brazos inseguros, temblorosos, que la atrajeron y la acunaron contra el pecho de Jesse. Ella conocía muy bien aquel pecho, cada músculo tenso, cada fragmento de piel. Y él también conocía el cuerpo de ella. Sabía dónde cerrar los dedos al tomarla del brazo, más allá del punto en el hombro izquierdo donde una antigua herida aún le dolía si se la tocaba. Sabía acariciarle con el pulgar la base de la mandíbula, justo debajo de la oreja, con caricias lentas y rítmicas que le estremecían todo el cuerpo.

Ella lo conocía, y él a ella, y él estaba *allí*.

El cuerpo de Ceridwen se aflojó.

—No confío en ti —susurró.

—No lo hagas —respondió Jesse—. Déjame ganar tu confianza. Te debo toda una vida de penitencia, Cerie.

Una vida de penitencia podría haber significado una cantidad de cosas. Pero lo que vio Ceridwen fue la cabeza de su hermano torcerse al quebrarse el cuello. Para él, la vida había terminado muy pronto, antes de que ella pudiera decirle que lo amaba, a pesar de todo lo que había hecho, porque era *de ella*, parte de su reino, parte de su familia, y no podía evitarlo.

De saber que tendría una vida larga y segura, Ceridwen podría razonar y convencerse de que necesitaba a alguien mejor que Jesse. Pero ahora, en esta vida que tenía… Sabía lo frágil que era su vida, y que seguramente moriría en batalla, demasiado joven. En esa clase de vida, solo había tiempo para los deseos, no para las necesidades. Y ella deseaba a Jesse.

Lo deseaba porque no quería despertar sola por las mañanas. No quería saber que él estaba allí y no era suyo, cuando podría tenerlo ahora mismo. Era una actitud codiciosa, sí… y también peligrosa, descuidada y tonta.

Pero eso hacía la guerra. Obligaba a la gente a tomar conciencia de la importancia de las cosas tontas.

Un catre rechinó debajo de ella. Los labios de Jesse le rozaron la frente, sus manos le apartaron el cabello de la cara y, antes de poder articular palabra alguna, perdió la conciencia.



Meira

La tensión que predomina en el complejo hace que sea imposible respirar. Lo único que puedo hacer es quedarme de pie con la mirada fija en la pared, mientras Oana sale a toda prisa y me rodea los hombros con un brazo. Rares está a mi lado, con la cabeza ladeada como escuchando.

Rares puede comunicarse con Alin… entonces ¿yo debería poder comunicarme con Mather y con quien sea que haya venido con él? No son conductos, pero los gobernantes pueden usar su magia para canalizar voluntad y fortaleza a su gente, o sea que tal vez podría… ¿qué? ¿Enviarles un golpe de fuerza? O podría trasladarme hasta allí y usar mi magia para traerlos al complejo al instante… aunque de nada servirá sumar mareos y vómitos a sus heridas.

Me acerco a Rares, nerviosa.

—¿Dónde están? ¿Ocurrió algo?

Rares abre la boca y al mismo tiempo levanta un dedo. Al cabo de un segundo, señala el portal.

—Ahora.

Hago que se abra con una fuerza que lo hace estrellarse contra el muro, al tiempo que echo a correr, con los ojos fijos en Alin, que viene conduciendo una carreta. Cuando Rares y Oana guían la carreta hasta el interior del complejo y bajan el portal, ya estoy rodeándola.

Unos ojos azules me miran, uno sepultado bajo un montículo hinchado de tonos violáceos y rojos, y el otro bajo un corte que le atraviesa la ceja. Es uno de los miembros del Deshielo de Mather, y el cabello blanco le cuelga en torno al rostro en mechones apelmazados.

—¿Phil? —adivino.

Asiente, temblando como un perro asustado de su amo.

—Mi… mi reina… —murmura, y al decir eso se quiebra. Baja inmediatamente de la carreta, con las manos por encima de la cabeza y las rodillas temblorosas, hasta que cae al suelo y se acurruca.

—Lo siento… no quería… lo intenté mucho…

Lo observo, sin poder respirar.

¿Qué *pasó*?

En el límite de mi mente, oigo la voz tranquilizadora de Oana, el rebuzno del asno, el silbido del viento en mis oídos. Todo se reduce a un zumbido apagado cuando mis ojos llegan a Mather.

Está tendido en la carreta, acurrucado de costado como si hubieran cargado su cuerpo y se hubieran puesto en marcha lo antes posible. Tiene todo el lado derecho de la cabeza cubierto de sangre empastada, más oscura cerca de una herida en la sien. Tiene una venda empapada en la frente, y su pecho se eleva con una respiración entrecortada.

No es la primera vez que lo veo herido; lo vi así al volver de las misiones en nuestro campamento de refugiados, y después de alguna sesión de práctica particularmente brutal. Pero en todos esos casos, hacía muecas y lanzaba exclamaciones de dolor; nunca estaba inconsciente. Siempre podía mirarme, y nunca, hasta ahora, me había dado cuenta de cuánto necesitaba que mi corazón se serenara.

Oana me toca el hombro.

—Tenemos que llevarlo adentro, querida —me dice, y tomo conciencia de que estoy impidiendo que Rares y Alin bajen a Mather de la carreta.

Vuelvo de un salto cerca de Phil, que está sollozando, y cuando me doy vuelta, se pone de pie. Se envuelve el torso con los brazos con tanta fuerza que temo que pueda partirse en dos.

—¿Qué pasó?

Mi pregunta golpea a Phil de lleno y lo hace trastabillar.

—No…

Se cubre los ojos, presionándolos con los pulpejos de las manos. Cada instante que Phil no habla, las posibilidades se agolpan en mi mente. Imágenes de Mather escalando las montañas en mi búsqueda y despeñándose; imágenes de él tratando de escapar de Rintiero y atacado por los hombres de Angra…

Phil masculla algo contra sus muñecas.

—¿Qué?

Baja las manos. Me mira. Luego mira a Mather, que ahora cuelga fláccido entre Alin y Rares, que lo llevan hacia el castillo.

—Tenía que hacer que las voces pararan —susurra Phil.

Mi cuerpo empieza a arder.

—¿Angra? —adivino.

Phil gime por lo bajo y asiente.

—Les dije… adónde nos dirigíamos —explica, con arcadas entre las palabras—. Les dije… dónde estaba usted… y nos llevaron a las montañas… y Angra no vino. Dijo… dijo que bastaríamos para hacerla regresar. Hizo que sus hombres golpearan a Mather como muestra de lo que Angra les hará a todos los que se le opongan —Phil se dobla en dos y apoya las manos en las rodillas—. Les dije dónde estaba para que las voces pararan, pero lo golpearon frente a mí, y yo… prefiero las voces…

Se abre la puerta del castillo y Rares entra retrocediendo, con la cabeza de Mather apoyada contra su abdomen.

Trago las palabras de Phil, mi propia angustia, cualquier cosa que me haga vacilar al borde de perder la compostura.

Con todo lo que tengo que cumplir, el sacrificio que tengo que hacer, mi vida es la única que se perderá. Me niego a perder más gente por esto.

Lanzo toda esa necesidad a la magia y dejo que se esparza en el vacío.

Mather vivirá. ¿Me oyes?

Vivirá.

Rares y Alin lo acomodan en un catre en una habitación angosta con mesas, un lavatorio, mantas y velas. Alin murmura una disculpa al salir y regresa a su puesto, y Rares y yo nos quedamos en la puerta, en un silencio que nos deja oír las palabras apagadas de Oana, que está atendiendo a Phil varias habitaciones más allá.

Rares se cruza de brazos, y por primera vez desde que lo conocí, no encuentro ni un asomo de ligereza en su actitud.

Hablo antes de que él alcance a hacerlo.

—Angra no vino a Paisly.

Rares aparta la mirada de Mather. De la sangre que le cubre la cabeza, fresca y brillante.

—No sanará sin tu ayuda —dice Rares.

—No —meneo la cabeza—. No puedo… no *voy* a arriesgar su vida lastimándolo más de lo que…

Rares me aferra los brazos, y la tristeza que veo en sus ojos me desarma.

—Lo más que puedo hacer es mantenerlo cómodo mientras agoniza. Ha perdido demasiada sangre, la herida es demasiado profunda… la única manera de que sobreviva a esto es con magia inverneña.

Una inhalación, no lleva más tiempo que eso; menos, en realidad. Un vistazo a Mather, quebrado, sangrando, de reojo.

—Impediré que pierdas el control —me asegura Rares, pero ya estoy asintiendo —. Es lo mismo que atraer objetos hacia ti. Relaja la mente y deja salir tu voluntad.

Entro a la habitación y me detengo de repente junto al catre. La piel de Mather tiene un tono grisáceo en lugar del brillo vibrante y saludable que debería tener. Su pecho se mueve casi imperceptiblemente, y el mío duele con el ritmo de sus inhalaciones trémulas.

El catre rechina cuando me siento y tomo la mano de Mather. Tiene la palma de la mano cubierta de sudor, pero entrelazo los dedos decididos con los suyos, fláccidos.

Pero Rares se equivocaba. Este uso de la magia es muy distinto del hecho de atraer espadas en el patio de entrenamiento. En aquel caso, solo se trataba de entender cómo funciona la magia.

Ahora, es la guerra.

Angra me envió la guerra. Me arrastró a ella, estuviera lista o no.

Pero no va a vencer.

Y la próxima vez, la lucha será en mis propios términos.

Mantengo la mirada en los párpados cerrados de Mather, en busca de algún asomo de conciencia, y le aprieto la mano más y más con cada latido agitado de mi corazón.

Mather siempre estuvo en mi vida, y nunca pedí más que eso. Porque había que salvar a nuestro pueblo; porque creía que era el rey de Invierno; por cientos de razones que siempre me permitían tenerlo en el límite de mi vida, constante e invariable.

Y con el peso del barranco de magia cada vez más cerca, tomo conciencia de lo que quiero ahora.

Lo quiero *a él*.

No quiero que se mantenga en las afueras de mi vida… lo quiero en el centro, con esa sonrisa radiante que siempre fue más fuerte que yo. Quiero que volvamos a ser *nosotros*, Meira y Mather.

Quiero que me mire.

La magia empieza a surgir y me abro a ella, ordenándole a cada gota de magia que salga de mí. Como dedos helados, se extiende serpenteando sobre el cuerpo de Mather. Me asombra lo bien que conozco cada parte de él, lo fácil que me resulta canalizar la magia no hacia las lesiones menores (ese corte que sanará solo, ese dolor en la rodilla por aquella pelea de espadas hace años, nada que amenace su vida) sino toda hacia la herida de la cabeza. La mantengo allí, con la mirada fija en el golpe sangrante, y le aprieto la mano más, y más, y más…

Mather se incorpora de pronto e inhala con avidez, como si hubiera estado demasiado tiempo debajo del agua.

Y me mira, por fin me mira, y sus ojos color zafiro recorren mi rostro de un modo que me hace sentir en casa.

—Meira —susurra, y el alivio reemplaza la tensión de su rostro. Sus ojos miran por un instante detrás de mí, a Rares, y se incorpora un poquito más, con una mueca de dolor—. ¿Dónde… qué pasó? ¿Y Phil?

—Está bien —responde Rares, acercándose—. Pronto estará repuesto. Angra no podrá sumar la vida de ustedes a su cantidad de víctimas de hoy.

Me muerdo los labios, resistiendo el impulso de ahondar en ese tema. Rares no me da la oportunidad.

—Les daré un poco de privacidad a ustedes dos. Seguramente tienen…

Se interrumpe, y su mirada baja hacia mi mano, que aún sostiene la de Mather. Me tenso, sin poder decidir si retirarla o no.

—Tenemos tiempo —concluye Rares. Esas palabras me pesan en el corazón mientras él sale y cierra la puerta, y cuando giro nuevamente hacia Mather, lo encuentro inclinado hacia mí.

Hacía meses que no me miraba tan abiertamente.

Trago en seco y le palpo la herida con cuidado; no termino de confiar en habérsela sanado. Soporta mi análisis sin apartar los ojos de los míos, y sus labios esbozan un ligero asomo de sonrisa. Irradia el olor almizclado del sudor, pero eso no contribuye a reducir la repentina velocidad de mi corazón, que parece que me subiera por la garganta.

—Apestas —digo, tosiendo.

Su sonrisa se hace más ancha.

—Yo también me alegro de verte —dice.

—Necesitas… agua.

Me pongo de pie, incómoda, y me dirijo al lavatorio. Tomo un paño y lo sumerjo en el agua para mantenerme ocupada.

El catre rechina cuando Mather baja los pies al suelo.

—Santo hielo, ¿qué me hiciste?

Le arrojo la toalla.

—Te salvé la vida. No hay de qué.

Se retira la venda y se limpia la sangre empastada con la toalla, y sus ojos se alzan hacia mí. Sigue mirándome, y el silencio pesa como si a cada segundo me cayeran piedras sobre los hombros.

—Phil me contó lo que pasó —logro decir—. ¿A quién más Angra…?

El catre rechina cuando Mather se levanta.

—Solo a nosotros —responde en voz baja, y logro respirar, aunque no mucho—. Dendera está llevando a los demás a lugar seguro. Phil y yo nos separamos del grupo para… —hace una pausa—. Para buscarte. Pero no te atrevas a culparte, Meira… Dos veces no fui a buscarte. Ninguna fuerza de este mundo me habría impedido ir a buscarte una tercera vez.

Lo miro boquiabierta. No sé qué respuesta esperaba yo, pero no era esa: verlo cubierto de sangre, a instantes de haber estado al borde de la muerte, mirándome como si todo el tiempo hubiera estado a mi lado, esperando una palabra mía.

Mather traga en seco y los músculos de su cuello se convulsionan. Da algunos pasos tentativos y se inclina a mi lado, contra la mesa del lavatorio.

—Angra… no vino con nosotros, cuando sus hombres nos trajeron hasta aquí. No lanzó un ataque directo. ¿Por qué? ¿Por qué estás aquí?

Paso los dedos por el borde del lavamanos. Hablar de la magia, de Paisly y de mis planes para Angra… de pronto me parece el tema de conversación más fácil, en lugar de hablar de todo lo que deseo cuando miro a Mather.

Entonces le explico todo… pero omito algunos detalles. Le explico lo que soy ahora, lo que ocurrió cuando Angra rompió el conducto de Invierno. Le cuento lo que es también Angra, lo que es la Decadencia y cómo está expandiéndose. Le hablo de Rares y de por qué lo seguí: porque es parte de la Orden y yo no podía dominar mi magia, y necesitaba saber más para poder derrotar a Angra. Le hablo del laberinto, de

las tres tareas y del barranco mágico, y de las llaves que necesito recuperar de Angra para abrirlo.

Pero no le digo con exactitud lo que necesito hacer para destruir la magia. Ni siquiera que la magia me mantendría con vida por tiempo indefinido, de no morir en el barranco.

Aun así, cuando termino, se queda mirándome con horror. Luego sacude la cabeza, se da vuelta y se cruza de brazos mientras se recuesta contra la mesa.

—Tenemos que llegar a Invierno. Al… laberinto —dice, aturdido—. Antes de que Angra pueda aprovechar todo el caos que inició Cordell.

—Llegado el momento. Pero no puedo hacer esto sin preparación. Angra no me dará muchas oportunidades —ahogo un suspiro—. Y tampoco me dará mucho tiempo.

—Entonces lo obligaremos a darnos tiempo. Conseguiremos un ejército… alguien tiene que apoyarnos —cambia de posición contra la mesa y sus ojos se cierran un instante con una inhalación entrecortada—. Lo atacaremos, llamaremos su atención, conseguiremos todo el tiempo que necesites.

Sonrío y lo tomo del brazo.

—Más tarde haremos planes… ahora descansa.

Sonríe.

—¿Es una orden, mi reina?

Lo empujo suavemente hacia la cama, pero su brazo se endurece bajo mi mano y resiste el movimiento.

—Sí, es una orden —respondo, y lo empujo en vano—. Además, te ordeno que nunca más vuelvas a estar tan cerca de la muerte.

El tono jocoso con que lo digo pierde efecto ante su mirada. Al principio, pienso que es por la mención de lo que le hizo Angra, pero alza la otra mano y me aferra los dedos.

—Lo siento —dice, con ojos serios—. Lamento que esta haya sido la única vez que vine por ti.

Casi le pregunto a qué se refiere, pero la explicación se me aclara con tanta nitidez que casi se me cierra la garganta.

«Dos veces no fui a buscarte», había dicho.

—Siempre hiciste lo que era mejor para Invierno —replico, sin aliento por el arrepentimiento que le nubla el rostro. ¿Lleva meses con ese sentimiento de culpa?—. No habrías podido hacer nada para salvarme cuando Herodes me llevó a April. Angra aún creía que tú eras el hijo de Hannah. Si te hubiera capturado… habría sido mucho peor que lo que te hizo esta vez. Me ayudaste al mantenerte lejos; me habría destrozado verte en su poder. Y cuando me fui de Jannuari, fue por razones políticas. ¿Cómo podías saber que todo acabaría así? Además, me ayudaste mucho más al quedarte en Invierno y entrenar a tu Deshielo.

Un costado de la boca de Mather se eleva, y sus ojos recorren mi rostro.

—Sabía que intentarías convencerme de que no debo sentirme mal. Pero, al margen del deber, tendría que haber hecho más. Haber sido más. Por ti. Lo siento, Meira.

Trago en seco, pero el nudo que tengo en la garganta se niega a disolverse. Acomoda los dedos sobre mi mano, y los músculos de sus brazos se tensan más aún bajo mi mano, y me hacen sentir toda la tensión de su cuerpo, y lo cerca que estoy de él. La dulzura de su expresión me hace sentir vértigo; sus ojos bajan hasta mis labios, y allí se demoran hasta que me siento casi mareada.

—Debes descansar —le digo, pero apenas me oigo.

—Descansar —repite, como si me hubiera oído solo a medias, como si a él también le costara respirar.

Santa nieve, ¿alguna vez lo tuve tan cerca?

Mis labios se separan.

¿Debería estar tan cerca?

Retrocedo, y eso basta para romper el hechizo.

Mather se pasa una mano por la cara.

—Descansar. Sí, supongo que debería.

Por fin me deja ayudarlo a llegar al catre, donde se desploma con un quejido exhausto. No me permito demorarme, y retrocedo enseguida para no tentarme.

—Si necesitas algo…

Dejo la frase inconclusa, porque estoy bastante segura de que *los dos* necesitamos algo.

Mather acomoda la cabeza en la almohada y me dirige una sonrisa juguetona.

—Iré a buscarte.

Salgo con dificultad, cierro la puerta y me desplomo contra ella.

Algo me ocurre todavía. No esperaba resolver instantáneamente todos mis problemas, pero sí creía haber avanzado lo suficiente para permitirme amar a quien quiero amar. Pero cuando libremos esta guerra, cuando llegue al barranco mágico…

No quiero hacerle daño.

—Tal vez él no lo vería así.

Doy un respingo; la sorpresa me llega hasta las extremidades.

—¿En serio? —le rezongo a Rares, sintiendo ya el calor que me sube a las mejillas—. ¿Estabas escuchando?

Se aparta de la pared contraria, donde estaba apoyado.

—Tus pensamientos son prácticamente gritos, querida.

—A veces es difícil tenerte afecto.

—Ya podrán tú y Oana intercambiar anécdotas horribles sobre mí —me mira con ojos penetrantes—. Tú mereces la felicidad, Meira. Por breve que sea.

Me cruzo de brazos.

—No se trata solo de mí.

—Ah, veo que allí hay una novedad interesante. Creo recordar una emoción tuya particularmente intensa. Detestabas a Sir y Hannah por haber decidido por ti… pero parece que estás haciéndole lo mismo a Mather. Estás decidiendo su futuro antes de que él sepa siquiera que hay algo que decidir.

—Yo no…

Pero no puedo negarlo.

Rares me palmea el hombro.

—Estoy dispuesto a apostar que ese muchacho tuyo piensa que vale la pena enfrentar cualquier sufrimiento por ti. Porque tú lo vales.

Siento un dolor tan profundo que no sé si incluso las palabras de Rares pueden aplacarlo.

—¿Cómo puedo amarlo —pregunto— si ni siquiera estoy segura de amarme yo misma?

Rares frunce los labios, y antes de que alcance a apartarme, me golpea en la frente con un nudillo. Me sobresalto y me froto la piel, con el ceño fruncido.

—Basta —me reprende—. Te dije que no toleraría que se hablara así de la persona que va a salvarnos. Te comportas como si el amor fuera una meta que solo se alcanza después de mucho tiempo y esfuerzo. Y sí, hace falta esfuerzo, pero al final de todo, el amor es una elección: una elección como la que tienes con un cónyuge, con tu pueblo, *contigo misma*. Si actuaras en consecuencia de esas cosas solo cuando las sintieras, serías como la mayoría de las personas, que se pasan la vida esperando un sentimiento que puede llegar o no. Pero si cada día eliges amarte pase lo que pase, entonces, querida, nada podrá detenerte.

Lanzo una mezcla de risa y suspiro. En verdad, todo se reduce a una elección, incluso más allá de las reglas de la magia. Y ya he intentado elegirme, con todos mis defectos.

Apoyo una mano en el brazo de Rares.

—Serás un padre fantástico.

Se sorprende, y un leve brillo de lágrimas empaña sus ojos por un instante.

—Estoy luchando por esa oportunidad —dice—. Y tú, ¿por qué estás luchando?

La respuesta no llega enseguida. Sé lo que estoy luchando por *evitar*: la destrucción del mundo. Esa fue la razón que llevó a Rares a contarme sobre los movimientos de Angra durante el entrenamiento, a apelar a esa amenaza para incitarme a seguir. Pero todo eso se basaba en la ira, en el miedo, en la preocupación: cosas oscuras e incontrolables.

Cuando sané a Mather, fue algo instantáneo y fácil. Fue… *pacífico*.

En eso debería concentrarme al usar mi magia. En cosas gozosas y maravillosas, como el hecho de estar aquí conversando con Rares, y en Oana, que emerge al pasillo desde una habitación y se lleva un dedo a los labios, formando en silencio las palabras *Phil se durmió*.

Hace mucho tiempo, entendí que nunca podría tener esa clase de familiaridad. Pero hay otra clase, algo extraño pero completo con Mather… eso sí podría tenerlo. Y el resto del mundo también merece tenerlo.

Por eso estoy luchando. Por la posibilidad.

Rares sonríe.

—Ahora sí estás lista.

Lo miro, extrañada.

—¿Lista?

Pero lo percibo. Algo que se desenreda en el fondo de mi ser; la magia, como una suave cascada de copos helados que caen en mí, blandos y fuertes.

—Lista para la última lección —dice Rares.

Hasta ahora, estuve entrenándome bajo un manto de ira, y la mitad de mi mente siempre estuvo enfocada en mi preocupación por mis amigos y por el resto de Primoria. Pero cuando miro la puerta de la habitación de Mather, siento más claridad que nunca desde mi llegada aquí.

Angra quería quebrarme.

Pero solo logró hacerme inquebrantable.



Meira

Estoy de pie en el borde de la pedana, las manos en los bolsillos de mi túnica. El cielo cubierto arroja una luz tenue sobre Oana, Rares y sobre mí, y cuando las nubes rezongan, mi corazón las acompaña.

Había dado por sentado que la lección final sería la lucha con magia, pero las nubes grises de tormenta terminan en el límite del complejo, agrupándose a la perfección sobre nosotros y nadie más. Otro trueno se extiende por el cielo como un susurro, a instantes de soltar un diluvio sobre el patio.

Rares creó esta tormenta.

Del otro lado del círculo, asume una postura relajada, pero yo me tenso, más alerta aún.

—Tu magia… la sientes fría, ¿sí? —me pregunta.

—¿No debería ser así?

Rares empieza a caminar en torno a la circunferencia de la pedana, pero yo me quedo justo fuera del círculo. Oana nos observa desde un banco, al final del patio. La sonrisa divertida que forman sus labios solo me confunde más; por eso, cuando Rares se detiene justo frente a mí, estoy llena de preguntas.

—Para mí, la magia es… tibia —explica—. No caliente, no fría, sino una sensación neutra, como un cosquilleo. Para un veranense, será lo contrario de lo que sientes tú: un calor abrasador. Para un otoñés, un ligero frío que avanza; para un primavereño, una calidez que surge. Siempre me pregunté a qué se deberá eso; por qué, al observar a los monarcas del mundo, he sentido diferencias tan drásticas en el modo en que perciben la magia. Todos los rítmicos sienten la magia como yo: como un cosquilleo neutro. ¿Por qué los estacionales son más extremos? ¿Por qué te sientes *tú* inundada de hielo?

Me encojo de hombros.

—Nunca lo pensé.

Rares sonríe.

—Yo tengo una teoría, querida. Los estacionales son los reinos que están ubicados directamente encima de la magia. Sus monarcas son los únicos cuya sangre está saturada de poder, al punto en que afecta su afinidad física por determinados climas. ¿Y si los estacionales tienen más conexión con la magia que cualquier otro reino? ¿Y si tienen la posibilidad de ser los más fuertes portadores de Conductos

Reales? Para mí, no hay magia natural: me exige igual esfuerzo hacer llover que hacer nevar. Pero para ti, supongo que sería increíblemente fácil crear una nevisca, ¿sí?

Jugueteo con el relicario que llevo contra la garganta, y el frío metal es solo un punto más de frío en mi cuerpo. El remolino helado que siento en el pecho es ahora tan constante que casi no lo noto. Es lógico que el monarca de Invierno sea más experto en dominar el clima invernal. Todo nuestro reino tiene una fuerte afinidad con él, de modo que ese talento se me debe haber contagiado.

—Pero los estacionales siempre hemos sido débiles. Estamos estancados, mientras los rítmicos evolucionan —observo, citando el estereotipo perpetuado por la mayoría de los rítmicos.

Rares aprieta los labios.

—Eso está en nuestra naturaleza, creo. Reconocer una amenaza y aplastarla, seamos o no conscientes de por qué es una amenaza. Creo que los rítmicos les temen. O lo harían, si de pronto todos los estacionales hallaran realmente sus poderes. Uno ya lo hizo, y controla la Decadencia de un modo aterrador… y tú, querida, serás la siguiente estacional en cambiar el mundo.

Dicho eso, Rares alza las manos en el aire y empieza a llover a cántaros sobre nosotros. En pocos segundos, estoy empapada, y me encorvo como para protegerme de las gotas.

Rares se agazapa en una postura que le he visto bastante para conocerla ya por instinto, y mis músculos reaccionan poniéndome también en postura de pelea: manos arriba, piernas tensas, hombros relajados.

—Esta lección será la culminación de todo lo que empecé a enseñarte. Pero primero empezaremos con una sesión sencilla de lucha —dice—. Puedes usar la magia solo como defensa. Si la usas como ataque, con intención de dañar, alimentas la Decadencia. Entonces, atácame… sin magia.

Espera. Frunzo los labios mirando el baúl y llamo una espada. Una vez armada, lo ataco con ella.

Rares se mueve, lanza su cuerpo hacia mí. La confusión me hace vacilar… ¿No va a usar un arma?

Pero sí tiene un arma. Y al verla, escapa de mis pulmones un chillido de sorpresa.

Una cuerda de agua chasquea contra mi espada y casi me corta la mejilla. A la orden de Rares, las gotas de lluvia forman un látigo que me arranca la espada y la arroja del otro lado del patio.

Tener magia dentro de un objeto les permite a los portadores de Conductos Reales dominar el clima y otros elementos necesarios para conducir sus reinos; la magia ilimitada en una persona-conducto les permite manipular estas cosas con mayor precisión. Pero el hecho de entender esto no me quita el pánico, y cuando el látigo de Rares vuelve a chasquear hacia mí, retrocedo con terror.

Alzo las manos. Un frío sale de mí, y las gotas de agua que forman el látigo se cristalizan en astillas de hielo que caen a nuestros pies.

A Rares le brillan los ojos.

—¡Muy bien!

Mi cuerpo vibra con una mezcla de orgullo y poder. ¿Puedo volver a hacerlo? ¿Qué más puedo hacer?

Se oye un trueno como un estallido resonante, y me lanzo hacia delante. Rares tiene razón: la nieve, el frío y el hielo son mi estado natural, y me permito sentir todo eso. Cada nudo de frío que siempre guardé con tanto celo en mi pecho, temerosa de usarlo, de perder el control. Pero por primera vez desde que descubrí lo que soy, sucumbo a ello y lo acepto como una parte de mí. Porque *es* parte de mí… soy inverneña. Soy hielo, en cada parte de mi cuerpo.

Rares levanta mi espada y se abalanza contra mí. De cada mechón de cabello, cada prenda que lleva puesta, chorrea lluvia. Su túnica gris cuelga con pesadez, lana empapada de lluvia, y con un breve movimiento de dedos convierto el dobladillo mojado en un bloque sólido de hielo, añadiendo capas de agua que lo tiran hacia abajo. Trastabilla, pierde el equilibrio, y cuando giro para asestarle una fuerte patada para quitarle la espada…

Aparece Oana entre nosotros, con una sonrisa delicada, como si ni siquiera se diera cuenta de que estamos peleando. Detrás de ella, Rares sonríe con aire burlón y se pasa una mano por la túnica para quitarse el hielo; luego me mira fijamente y arroja la espada otra vez al baúl.

—Las dificultades que te esperan también te pondrán a prueba de otras maneras —me dice Rares, levantando la voz por encima del rugido y el caos de la tormenta, que crece en intensidad a cada respiración—. Angra te atacará con todo lo que tiene mientras intentes recuperar las llaves del barranco. El laberinto, también. Las pruebas físicas serán la menor de tus preocupaciones. Atácala, querida —agrega, señalando a su esposa.

Vacilo, pero cierro el puño para lanzar un golpe. Antes de que logre acercarme mucho, Oana se mueve.

En lugar de llamar una espada o crear un látigo de agua, Oana gira, con los brazos pegados al cuerpo, hasta que cae de rodillas y apoya las manos en el suelo. Con eso viene…

Un rayo.

Trastabillo hacia atrás, y el destello cegador se hunde en el suelo con un chasquido a pocos pasos de mí. Oana me mira; ahora su sonrisa delicada es tan salvaje como la de su esposo, y antes de que logre ponerme de pie, salta y vuelve a bajar los brazos, y cae otro rayo entre nosotras. El aire se calienta en un estallido de estática y llamas, y siento un cosquilleo en la piel por esa energía. Me levanto y echo a correr, tratando de poner distancia entre mí y la paisliana loca que ataca con rayos.

Oana prefiere los rayos. No le resulta tan fácil crearlos como a ti el hielo, pero ¿qué puedo decirte? Le gusta el fuego.

Corro con dificultad por el pasto mojado y caigo en un charco que hay detrás del establo; el agua lodosa me salpica. Oana no me siguió hasta aquí atrás —todavía— pero cuando miro alrededor, tampoco veo a Rares. Tardo un segundo en comprender que está en mi cabeza, y me levanto de un salto.

¡Basta!, le grito. ¿Qué haces? No puedes…

¿Que no puedo?, responde. *No tienes defensas para tu mente, querida. Hay solo dos defensas contra la Decadencia: la protección de la magia pura y la fuerza de voluntad… y la fuerza de voluntad se puede quebrar a menos que la desarrolles. Tienes magia pura para impedir que la Decadencia te infecte, pero Angra sigue siendo un conducto; tendrás que aprender a bloquearlo. El laberinto está hecho de magia pura, y por eso también te exigirá mayor fuerza de voluntad. Ah, aquí viene Oana*.

Un caballo relincha. Hundo los dedos en la tierra a cada lado de mí hasta que toco algo: una piedra.

Oana aparece con paso tranquilo y le arrojo la piedra. Aprovecho su distracción y uso la pared del establo como sostén mientras camino por el barro, y mis botas resbalan hasta que piso el pasto, que está apenas un poco menos resbaladizo. Un rayo chisporrotea y se hunde con un chasquido en el suelo detrás de mí, y me lanzo hacia la estructura más cercana: los baúles donde se guardan las armas. Desde allí, son apenas unos pasos hasta el castillo, y puedo avanzar a cubierto por el costado para ganar un poco de ventaja.

Pero no puedes esconderte de mí, querida. Primero tendrás que bloquearme.

¡No sé cómo! ¿Cómo bloqueo esto?

Del mismo modo en que hiciste todo lo demás. Bloqueaste a tu madre, ¿no? ¿Cómo hiciste eso? Ah, este recuerdo parece interesante…

Otoño. El pequeño campamento que tuvimos por un tiempo en el sur, justo antes de que otros dos de nuestros refugiados, Crystalla y Gregg, emprendieran la desastrosa misión a Primavera que los esclavizaría y, a la larga, los mataría. Estoy sentada frente a una fogata con Crystalla, que está trenzándome el cabello, mientras oigo hablar a Sir en el fondo: alguna lección sobre la economía de Invierno. Es muy difícil prestar atención porque los dedos de Crystalla me tocan la cabeza con suavidad, y el aroma a humo de la fogata, mezclado con la comodidad de estar allí, me hace bajar los párpados más, y más, y más…

—Pequeño sacrificio —tararea a mi oído—. Mi pequeño sacrificio.

Ya no es Crystalla.

Me doy vuelta rápidamente y veo a Hannah, bañada en sangre, con heridas abiertas en el pecho y en el rostro, gruesos parches de sangre negruzca. Se retuerce y retrocede, llevándose las manos a la cabeza, mientras Herodes la tiene aferrada por el

cabello blanco ensangrentado y la aleja de mí a la rastra, y lo único que puedo hacer es gritar y gritar.

¡BASTA! Caigo hacia delante y mis rodillas se hunden en el barro mientras las imágenes desaparecen. ¡Eso no es lo que pasó! ¡SAL DE MI CABEZA!

Oblígame, querida, responde Rares con voz melosa. *A ver, ¿qué te parece esto?*

Antes de que pueda usar más recuerdos en mi contra, salgo desde detrás de los baúles y mis ojos recorren el patio buscándolo. No voy a permitirle que use así mis recuerdos. Hannah nunca fue amable, ni cariñosa, ni maternal.

Mis emociones por Hannah surgen con mucha facilidad. No es ira precisamente, sino algo innombrable y decidido, una mezcla fría y oscura de verdad y comprensión. Por eso la bloqueé, aun sin ser consciente de ello. Era mi madre, pero nunca intentó ser otra cosa que mi reina.

Veamos si podemos hablar con ella, ¿sí?

Gruño y vuelvo a recorrer el patio con la mirada; aún no encuentro a Rares, pero estoy muy lista para pelear con él. *A ella no tengo nada que decirle*.

Y no porque todavía esté enojada con ella, no porque aún albergue esperanzas de que cambie. Porque terminé con ella, no la necesito, y si Rares vuelve a traerla a este desastre que provocó, solo acabaremos con más problemas.

La intención se acomoda en mi pecho como resortes mortales, y el aire que me rodea se congela con cada exhalación. Comprendo mi error demasiado tarde: estoy a la ofensiva, planeando un ataque contra Rares, lo cual me deja abierta a la defensa de Oana.

Un chisporroteo, un chasquido, y me lanzo a un lado justo cuando un rayo incinera el suelo a mis espaldas. Oana sale corriendo por detrás del establo, con las trenzas agitándose.

Giro y alzo los brazos por encima de la cabeza, y transformo todas las gotas de lluvia que me rodean en una capa tras otra de hielo grueso y duro. Se curva sobre mí, como una barrera convexa que se eleva medio segundo antes de que el rayo de Oana caiga del cielo y chisporrotee contra ella. La barrera estalla y el rayo se hunde en el suelo a mis pies. El impacto me lanza hacia atrás y caigo sobre los codos, mientras las astillas de hielo me cortan la cara.

¡Bloquéame, querida!

La Llanura de Rania. Sir de pie a mi lado en la tienda de reuniones, con una decepción que resulta palpable en el aire. Tiene en las manos el estuche del relicario.

—Nunca debí confiarte esa misión. Por ti, Angra encontró nuestro campamento. Por ti, tuvimos que recurrir a una alianza con Cordell, y esa alianza los llevó a apoderarse de nuestro reino —suspira—. Siempre supe que eras un fracaso.

¡NO!, le grito a Sir antes de que la imagen se desvanezca, y ese grito se transforma en un ruego frenético a Rares. ¡No, basta!

No puedo respirar. La imagen de Sir permanece, muy real, en mi cabeza, y me descoloca mientras ruedo para ponerme de pie. Oana se acerca, pero no logro respirar

para seguir luchando; tengo la garganta cerrada por las palabras que temí durante tanto tiempo.

¡Bloquéame!, grita Rares.

Me lanzo contra Oana. A esta altura, la pedana parece un pantano y el área sigue inundándose, de modo que cuando llego hasta ella, me detengo deslizándome y cayendo de espaldas. La tomo por las piernas y ella también cae, salpicando barro.

«Siempre supe que eras un fracaso».

Pero solo soy yo. No es Sir quien lo dice… *Sir jamás dijo eso*. Soy yo quien lo dice, quien mantiene esa frase presionando mi corazón mientras me desarma por completo.

Yo misma estoy limitándome. Siempre fui yo. Y lo sé… hace meses que sé que la culpa es mía. Pero ahora, algo en el hecho de reconocerlo me llena de claridad.

Si la culpa es solo mía, no hay nada más que tenga poder sobre mí. Ni los recuerdos de Sir, ni los recuerdos de Hannah, ni los recuerdos de nadie. Todo es parte de mí: los errores, el horror y el arrepentimiento, pero también la belleza, la paz y el amor. Como el recuerdo de estar sentada junto al fuego con Crystalla y Sir, un recuerdo sereno y glorioso. No puedo elegir cuáles conservar y cuáles ignorar: son todos o ninguno, y *no voy* a renunciar a mi felicidad.

Me pongo de pie, insegura; me tiemblan las piernas, me duelen los brazos, me arde el rostro por la lluvia y las lastimaduras de las astillas de hielo. Oana me mira, y su sonrisa no mengua a pesar de que se encuentra expuesta, indefensa. Pero esto no es realmente una pelea… ella *quiere* que gane yo.

Una última oportunidad, vuelve la voz de Rares. *Este próximo recuerdo no será tan agradable*.

No, no lo será. Probablemente será angustiante y evocará hasta la última de mis inseguridades.

Pero no me importa. Todo es parte de mí, hasta la última sombra horrenda que se retuerce; todo eso *soy yo*, y ya no voy a seguir escondiéndome de ello. *No merezco que todo eso me incapacite*. No merezco albergar este sentimiento de culpa, porque sí, me equivoqué, pero aprendí de cada uno de mis errores.

Así bloqueé a Hannah. Me hice mayor que ella, porque soy todo esto. Soy los errores y las victorias, la muerte y la vida. Soy competente, poderosa y *fuerte*, y lo que sea que esta guerra me presente, incluso la muerte, voy a enfrentarlo como la reina que soy.

Le grito a Rares: *NO ME IMPORTA*.

Mi magia palpita con cada inhalación, pero no temo perder el control. Yo *soy* mi magia, y ella es yo, y me obedecerá tanto como la nieve y el hielo.

Giro la muñeca y una espada vuela hasta mi mano desde el baúl, lanzando destellos a medida que las gotas de lluvia rebotan en la hoja. La serenidad de Oana se convierte en una mirada amenazadora pero divertida, y se pone de pie.

Cuando me lanzo hacia ella, blandiendo la espada, dejo que mi cuerpo se mueva. Años de entrenamiento con Sir acuden a mi memoria; dejo fluir la magia, tras años de contenerla.

Oana crea rayos pequeños que danzan entre nosotras mientras le lanzo estocadas que la obligan a retroceder. Estoy demasiado cerca de ella para que cree otro rayo grande, a menos que quiera freírse ella también. Mientras esquivo cada rayo, su sonrisa se hace más amplia, y demuestra verdadero esfuerzo en su mirada tensa y su respiración agitada.

Retrocede hasta toparse con los baúles y trastabilla por un segundo, dos. Luego alza las manos… pero no para crear otro rayo.

Se rinde.

Porque la hoja de mi espada está contra su garganta.

Oana sonríe, y en esa sonrisa percibo lo que hice.

No perdí el control de mi magia. No necesité alimentarla con ira o negatividad. Permití que todo sucediera, confiando en mí misma… y gané.

Mis brazos bajan fláccidos y la espada cae al suelo. En ese momento, el cielo reacciona. La lluvia cesa, los truenos callan, y toda amenaza de rayos desaparece mientras las nubes se repliegan en un cielo de un azul enceguecedor.

Oigo unos aplausos lentos pero intensos a mi izquierda, y giro hacia allí. Me duelen todos los músculos, y tengo el cuerpo tieso con un dolor que me va a durar varios días. Pero valió la pena. Cada golpe y cada corte… Los soportaría cien veces más con tal de sentirme como me siento ahora. Y no es por haber buscado gratificación en Sir, ni en Hannah, ni siquiera en Rares.

Yo misma me completé. Yo misma soy suficiente para mí.

Miro de frente a Rares, que está en la escalinata frente a la puerta principal del castillo, y mi sonrisa no cede. A su lado están Mather y Phil, este último lleno de horror y asombro, y Mather…

Maravillado, atónito, perplejo… no hay palabras para describir el modo en que me mira. Sus ojos me recorren, desde el cabello empapado hasta la túnica embarrada, y me absorben con movimientos erráticos, como si no pudiera verme toda de una sola vez. Cuando me mira a los ojos, su conmoción desaparece y en su lugar queda una mirada que nunca le vi. Una mirada que siempre soñé ver en él.

Una mirada que dice que me ama, y que no le importa quién lo vea.

Mather baja la escalinata con pasos torpes, con movimientos todavía un poco demorados. Cuando empieza a caminar hacia mí por el patio, diviso algo que trae en las manos.

Corro para encontrarme con él a mitad de camino, invadida por una nueva incredulidad.

—Esto se lo dieron a Phil —dice, y levanta mi chakram—. Creo que se lo dieron a modo de amenaza. Pero ya no estoy seguro de que necesites armas… eso fue increíble.

Extiendo la mano y mis dedos vacilan sobre la empuñadura de madera gastada que se curva sobre la hoja circular. Con tanto poder, no necesito nada… y podría dejar que esa idea me consumiera.

Pero quiero necesitar cosas, y a las personas, y por alguna razón esa elección me resulta mucho más intensa. Elegir algo independientemente de lo que pueda hacer por mí, de lo que pueda hacer de mí.

Elegir algo porque *yo* lo quiero.

Tomo el chakram, con los ojos puestos en Mather.

—Sin él, no soy yo, ¿verdad?

Una sonrisa se extiende en su cara, y menea la cabeza.

—Eres perfecta tal como eres.

Y el hecho de que estoy totalmente de acuerdo me pone feliz de aquí a los Klaryn.



Ceridwen

A pesar de su interacción la noche de la llegada al campamento de refugiados veranenses, Ceridwen había encontrado decenas de cosas para no pensar en Jesse. La mayor de ellas era la que más había esperado y temido: la noticia de que Angra se había apoderado de Verano.

Ceridwen había tenido que apelar a su ya escasa paciencia para no gritarle al mensajero que se había presentado para explicarle que Angra estaba estableciendo una fuerte presencia en Verano… principalmente porque ella sabía lo receptivo que sería su reino a la magia de Angra. Todos los veranenses de clase alta estaban tan acostumbrados a un influjo constante de magia que no habría mucha diferencia con Angra… hasta que la alegría sempiterna de su gente se trocara en el terror y la obediencia ciega que Angra había desatado en Rintiero.

Pero esto le daba una ventaja. Ella era capaz de encontrar cualquier edificio en Juli hasta con los ojos vendados. Y si Angra estaba allí, sería fácil… no: sería *un placer*, introducirse a hurtadillas con un pequeño contingente de soldados y poner fin a su reino de terror.

Y eso era exactamente lo que harían: entrarían a Juli y asesinarían a Angra.

Todos sabían, y algunos incluso lo habían comprobado en persona, cómo se difundía la magia de Angra. No importaba de qué reino fuera uno; podía afectar a la gente sin límite alguno. Pero Ceridwen había estado en Rintiero y había salido de allí indemne, igual que Jesse y Lekan. De modo que era posible resistirse a la magia de Angra. Y los refugiados veranenses de Ceridwen tenían más experiencia que nadie en el mundo en resistirse a la magia. Ellos mismos se habían entrenado para liberarse de la alegría sofocante de Simon.

Era una locura, con toda seguridad, pero era posible… siempre que pudieran echar mano a todas las herramientas que tuvieran a su disposición.

—¿Qué vas a decirles? —le preguntó Lekan. Los pies de ambos levantaban polvareda mientras caminaban hacia el sector yakimí del campamento.

Los dedos de Ceridwen se cerraron con fuerza en torno al sello que llevaba en la mano. No se había resignado a revelarlo a los yakimíes cuando había hablado con ellos; no era la lacaya de Giselle, y si resultaba algo bueno de esto sería gracias a ella misma. Pero ahora no se le ocurría otra opción para convencerlos de que pelearan junto a ella.

—Son yakimíes. Seguramente su lado racional entenderá la ventaja de oponernos a Angra, tanto como lo entendió Giselle.

Lekan gruñó.

—Pero ¿estarán de acuerdo con que su primer movimiento contra él sea ayudarte a recuperar Verano?

—No… claro que no. Son rítmicos. Van a reírse en mi cara, y probablemente acabaré por darle un puñetazo a alguno.

Los trescientos soldados yakimíes solo se habían revelado después de que Ceridwen subió a una plataforma y le gritó a todo el campamento el plan de Giselle. Tal como lo había supuesto, no todos los yakimíes estaban al tanto de las intenciones de su reina, de modo que antes de que pudiera haber un levantamiento, los soldados se habían identificado y habían pasado los últimos dos días tratando de convencer a sus compatriotas. Aquello era un tema de los yakimíes, y por eso Ceridwen les había concedido ese tiempo.

Se detuvo en seco. El sol de la llanura brillaba con intensidad, pero el calor no provocaba en ella el efecto reconfortante que era habitual. Santas llamas, ¿qué les diría ahora?

—Entonces no deberías planteárselos así —sugirió una voz que la reconfortó menos aún.

Ceridwen se dio vuelta y encontró a Jesse en el camino, detrás de ellos.

—¿No deberías estar con tus hijos? —le preguntó, entornando los ojos para disimular la sorpresa.

Quizás había algo de dolor en la sonrisa de Jesse, pero llevaba la mayor parte del rostro cubierta por una máscara hecha de arpillera: lo mejor que pudo hacer para mantener allí la tradición ventrallina.

—Están durmiendo, y bien cuidados por los inverneños que los trajeron —respondió—. Por eso se me ocurrió acompañarte. ¿Dices que vas a hablar con los soldados yakimíes? Podría resultar útil la presencia de un monarca rítmico para…

—Puedo encargarme sola de un puñado de rítmicos enojados —replicó Ceridwen.

—Encargarte, sí. Pero ¿convencerlos de que peleen por ti? —Jesse frunció los labios—. Simplemente te ofrezco mi presencia a modo de apoyo. Nada más. No diré una sola palabra.

Lekan se aclaró la garganta y dijo, no precisamente en un susurro:

—No es mala idea que venga.

Jesse ladeó la cabeza.

—Gracias, Lekan.

Y aparentemente, ese fue todo el permiso que necesitaba. Jesse los rodeó y se puso al frente de la marcha hacia la reunión con los yakimíes.

Cuando Jesse no podía oírlos, Ceridwen se volvió hacia Lekan, furiosa.

—¿*No es mala idea*?

Pero Lekan no pidió la más mínima disculpa.

—No tenemos tiempo para tu terquedad. ¿Quién sabe cuánto tiempo estará Angra en Juli? Este plan debe implementarse *ahora*, y los necesitamos de nuestro lado, Cerie. Lo sabes.

—Estoy segura de que entenderán nuestro razonamiento —repuso Ceridwen mientras seguían caminando, con Jesse a varios pasos por delante—. Si asesinamos a Angra, pondremos fin a todo esto.

Lekan la miró con exasperación.

—¿Esperas que un *yakimí* entienda la lógica veranense? Eres más terca de lo que creía.

—¿Y eso qué quiere decir?

Lekan lanzó una mirada hacia la espalda de Jesse y levantó las cejas. Al ver que ella se encogía de hombros, confundida, Lekan bufó.

—Estabas dispuesta a arriesgar la posibilidad de conseguir el apoyo que necesitamos, solo porque todavía no quieres hablar con Jesse.

Los labios de Ceridwen se abrieron en un chistido instintivo. Pero Jesse ni siquiera se dio vuelta para mirarlos, y solo la cantidad de gente que había por allí impidió que le gritara a Lekan. Había refugiados cumpliendo sus tareas diarias, dirigiéndose a una de las tiendas de mercaderías o cargando baldes para sus tareas hogareñas.

Ceridwen habló en voz baja.

—¿Quieres hablar de eso *ahora*?

Lekan se le acercó.

—¿Preferirías que lo habláramos cerca de sus hijos? ¿O de Kaleo? Sé que él también tiene su opinión sobre la relación de ustedes, pero dado que esta es la primera vez que tú y yo estamos solos desde que regresamos, pensé que deberíamos hablarlo ahora. Porque te guste o no, Cerie, te amo, y hace demasiado tiempo que te observo sufrir como para dejar pasar esto. ¿Qué tienes pensado hacer, exactamente, con respecto a Jesse?

—El solo hecho de que quisiera manejar esta reunión sin él no significa que esté evitándolo —escupió Ceridwen—. Nunca habías tenido problemas con mi terquedad. Yo dirijo este campamento…

—Kaleo dirige este campamento —la corrigió Lekan—. No te librarás tan fácilmente de hablar de Jesse.

Ceridwen apretó el paso antes de que Lekan pudiera volver al tema. Esta vez Jesse sí echó un vistazo por encima del hombro. Ceridwen tragó en seco y sintió el sudor en la espalda.

Al cabo de un momento, Lekan la alcanzó y su mirada recorrió las tiendas que los rodeaban. Eran drásticamente diferentes de las del sector veranense del campamento: más robustas, con ángulos perfectamente definidos y armazones cuadrados. El sector yakimí.

—Solo quiero que seas feliz —susurró Lekan.

Ceridwen aferraba el sello con tanta fuerza que casi no sentía el brazo.

—Lo sé.

Lekan calló, esperando, quizás, que se abriera a él, pero ¿qué podía decirle?

Casi no he hablado con Jesse desde la noche que llegamos.

Quiero una vida con él. Pero no hice nada por conseguirla, porque tengo miedo de que su fuerza no sea permanente. De que vuelvan a quitarme todo esto.

No es la primera vez que confío en un hombre débil.

Esa no era una comparación justa. Simon nunca había sido consciente de cómo la había «traicionado»; simplemente había vivido su vida, arruinando el reino, mientras ella esperaba en las sombras que tomara conciencia de su locura.

Pero Jesse sí había tomado conciencia de la suya.

Volvió a mirarla, como si los pensamientos de ella perfumaran el aire que los rodeaba. Una pequeña sonrisa, y Jesse dobló una esquina, siempre encabezando la marcha.

No… Ceridwen no tenía lugar para semejantes debilidades. Esa era, en parte, la razón por la que se había alegrado tanto cuando los hijos de Jesse llegaron con sus acompañantes inverneños; era una distracción que había ocupado todo el tiempo de Jesse. Ella tenía sus propias distracciones: planificar el ataque a Angra, esperar noticias de Meira; y había hecho correr la voz para que los soldados yakimíes se reunieran con ella en las afueras del campamento.

Ella, Lekan y Jesse salieron del sector yakimí y se internaron entre el pasto dorado de la pradera, que les llegaba a los muslos. Casi esperaba encontrarlo tan vacío como siempre; ¿por qué habrían de hacerle caso los soldados yakimíes?

Por eso, cuando se detuvo en el comienzo de la pradera y el puñado de yakimíes que esperaban allí se volvieron hacia ella con expresión de odio, casi soltó una carcajada. Habían acudido… pero a asesinarla, aparentemente. Si les sorprendió ver al rey rítmico depuesto, no lo demostraron.

Uno de los soldados se adelantó.

—Pasamos los últimos dos días arreglando un entuerto que tú provocaste. Nos debes una explicación.

Ah, sí, habían ido a asesinarla. Algunos tenían armas en los cinturones, las manos preparadas cerca de las empuñaduras de sus espadas. Pero bajo el ojo izquierdo de cada uno había una marca, la piel quemada en forma de una *V* grotesca que proclamaba que eran propiedad de Verano.

Ceridwen frunció el ceño.

—¿Un entuerto que yo provoqué? ¿Acaso no fue su reina quien los vendió como esclavos?

La expresión del cabecilla se ensombreció.

—No pretendas comprender por qué una reina *rítmica* habría de…

Ceridwen levantó el sello para acallarlo.

—Conozco la razón por la que Giselle hizo lo que hizo. Fue ella quien me informó la existencia de ustedes. Me entregó su sello como confirmación de su nueva orden: que peleen contra Angra bajo mis órdenes.

El soldado entornó los ojos con suspicacia, pero no respondió.

—No tenemos suficientes soldados para montar una batalla —prosiguió Ceridwen, y señaló a Lekan—. Pero mis líderes y yo hemos empezado a alterar las tácticas que usábamos para rescatar a las caravanas de esclavos. Estamos planeando un ataque pequeño y directo mientras Angra está en Juli…

El soldado rio.

—¿En Juli? ¿Esperas que nos juguemos la vida para recuperar Verano… para quién, exactamente? Tu hermano está muerto. Nuestra reina te reveló su plan, de modo que estarás al tanto de sus intenciones, y si esperas que reconquistemos Verano para *ti*, una integrante de la realeza estacional (y del sexo incorrecto, para el caso), estás muy equivocada.

Jesse se mantenía en silencio a su lado, fiel a su palabra, pero Ceridwen lo sintió tensarse, y no pudo evitar mirarlo brevemente. No estaba acostumbrada a él en estas situaciones; siempre había sido Raelyn, o la madre de Jesse, quien supervisaba las reuniones de esta clase. Pero ahora, allí estaba él, de brazos cruzados, con ojos que lanzaban chispas en su defensa.

¿Acaso Ceridwen estaba soñando?

Los soldados yakimíes gruñeron en apoyo de su líder, y algunos alzaron los puños en el aire.

—Tranquila, Cerie —murmuró Lekan, que estaba junto al otro costado de ella.

Ceridwen se mordió la lengua. Lekan tenía razón: no ganaría nada con gritarles a aquellos hombres. Eran yakimíes; responderían a la razón y la lógica. A la razón y la lógica con *tranquilidad*.

Santas llamas, eso iba en contra de todo lo que su sangre veranense le rogaba que hiciera.

—El rey de Primavera se ha alzado como una amenaza, esta vez no solo contra Invierno: ahora amenaza al mundo entero —dijo, en un tono sorprendentemente sereno—. Ya se apoderó de Ventralli y Cordell, por no mencionar a Invierno y Verano. Verano es la más cercana y reciente de sus adquisiciones, y la que nos da la mejor oportunidad de vencerlo. Mis guerreros conocen ese reino mejor que Angra. Con la ayuda de ustedes, podemos derrotarlo mientras esté allí y, en última instancia, impedir que añada a Yakim a la lista de reinos que ha conquistado.

El soldado dio dos pasos hacia delante y arrebató el sello de la mano de Ceridwen. Lo examinó un momento y luego se volvió hacia sus hombres.

—El sello es el de Yakim —anunció, como si Ceridwen pudiera haberlo falsificado. Giró nuevamente hacia ella—. Y derrotaremos a Angra… pero no por ti. Esta guerra solo se puede ganar si los líderes son diestros en las artes de la guerra.

Dejarás que mis hombres y yo nos hagamos cargo, y cuando Angra muera, será a manos de Yakim.

Toda la calma de Ceridwen desapareció, como una embarcación llevada por una correntada furiosa.

—De ninguna manera. Mis guerreros y yo conocemos Juli como nadie, y yo tengo mucha más experiencia de guerra que tú.

—¿Y en qué se parece a la guerra algo de lo que hayas hecho? —replicó el soldado—. No hiciste otra cosa que las barbaridades de todos los estacionales. No sabes nada de estrategia, o habrías adivinado los planes de mi reina hace mucho tiempo. La amenaza que enfrentamos ahora proviene de *otro estacional*, ¿y esperas que te permita dirigir la lucha? Eso no tiene ningún sentido.

Ni siquiera el susurro imperioso y severo de Lekan pudo detenerla. Se abalanzó hacia el hombre hasta quedar al ancho de una mano de distancia de su rostro, tan indignada que pensó que debería estar echando humo por la boca.

—Ustedes no van a conquistar Verano. Les prometo que el plan de Giselle va a fracasar. Nunca me rendiré a esa perra rítmica.

El soldado retrocedió, con el puño en alto, y le habría dejado el ojo amoratado…

De no ser por la mano que se lo impidió aferrándolo por la muñeca.

—Ni se le ocurra levantarle la mano.

El enfrentamiento con los yakimíes había llamado la atención. De las tiendas asomaban cabezas, y la gente se demoraba en las calles que salían de ese perímetro. Pero Jesse no les hizo caso, y su actitud decidida dejó boquiabierta a Ceridwen.

De la postura de Jesse no emanaba una sola pizca de duda. Ni siquiera la máscara le quitaba intensidad a su mirada.

Jesse soltó al hombre.

—He visto el mal que dio inicio a esta guerra —le dijo al soldado—. Vi cómo Angra destruía Ventralli. Sé lo que hace falta para derrotarlo: hacen falta líderes como Ceridwen, que han demostrado su capacidad de reponerse a la opresión. Ella no se detendrá ante nada para hacer del mundo un lugar seguro para *todos*, y alguien exactamente así es lo que necesitamos. A esta guerra no le importa si somos rítmicos o estacionales. Nos afecta a todos, y por eso debemos enfrentarla con la intención de salvar y proteger a todos por igual.

Jesse giró un poco hacia Ceridwen y le sonrió.

—El mundo está cambiando —él seguía dirigiéndose al soldado, pero mantuvo los ojos en ella—. No podemos encarar los problemas como lo hicimos en el pasado, o siempre volveremos al punto de partida.

El soldado meneó la cabeza.

—Jamás pensé ver el día en que un rey rítmico defendiera a alguien de la realeza estacional.

Yo tampoco, pensó Ceridwen.

Jesse asintió.

—Esa es solo la primera de las maravillas que vendrán.

—Solo después de que derrotemos a Angra —intervino Ceridwen, que al fin pudo volver a hablar—. Y para eso necesitamos su ayuda. Necesitamos soldados para infiltrarnos en Juli, pero además necesitaremos que otros se queden a custodiar el campamento.

Su tono sereno hizo que el soldado la mirara, sorprendido. Por fin, alzó el sello de su reina y la apuntó con él.

—Yo estoy al mando de mis soldados, pero… —inhaló profundamente y exhaló con un rápido meneo de la cabeza—. Te acepto como líder.

—Yo… —balbuceó Ceridwen, sorprendida—. Gracias. Mis líderes y yo nos reuniremos pronto, para debatir nuestra estrategia. En el sector veranense del campamento —vaciló, sin poder creer que en verdad estaba diciendo eso—. Acompáñanos.

El soldado se tocó la frente con el puño en señal de reconocimiento y luego se volvió hacia sus hombres, que se congregaron a su alrededor susurrando preguntas.

No era así en absoluto como Ceridwen había imaginado que resultaría la reunión; había pensado que le llevaría días convencerlos. No *minutos*.

Pero tenían el apoyo de los yakimíes. Ultimarían los detalles del ataque y luego irían a Juli.

A casa, susurró un lugar pequeñito en su interior.

Se acercó un poco más a Jesse.

Él se puso tenso instantáneamente.

—Sé que te prometí que no hablaría…

—Gracias —le dijo Ceridwen.

Jesse sonrió, y se le formaron hoyuelos en las mejillas.

—Te lo dije —apoyó una mano en el brazo de ella—, te lo debo. Mereces a alguien que pelee por ti —se quedó allí, acariciándole el hombro desnudo con movimientos circulares del pulgar—. Yo… —empezó nuevamente, pero pareció pensarlo mejor y se enderezó—. Debo ir a ver a mis hijos.

Inclinó la cabeza pero mantuvo los ojos muy fijos en ella.

Ceridwen logró asentir apenas en respuesta antes de que Jesse se alejara por uno de los muchos caminos que serpenteaban por el campamento.

—Caray —Lekan le dio un topetazo con el hombro—. ¿Siempre fue así de *sexy*?

Ceridwen sonrió, pero sabía que a él no se le escaparía el rubor que le subía por las mejillas.

—Vamos. Tenemos que reunir a los soldados.

Lekan esbozó una sonrisa burlona.

—Hay tiempo. Ya sabes. Si necesitas tiempo.

—Lekan.

—Solo digo que *yo* sí querría tiempo si Kaleo acabara de intervenir y de evitar una rebelión por mí.

—*Lekan*.

—Está bien —la sonrisa burlona se desdibujó cuando Ceridwen se puso en marcha hacia el interior del campamento, y él la siguió a la par—. Pero ahora sí tenemos tiempo, Cerie. Y quizá no siempre lo tengamos.

Ella también lo había pensado, pero el miedo le había impedido actuar. El miedo siempre le impedía actuar. Aunque, en cierto modo, la intervención de Jesse había disuelto ese miedo, de una manera que la hacía sentir como una niñita. ¿Un solo acto de valentía, y ya estaba dispuesta a arrojarse en sus brazos?

Pero solo podía vivir en un mundo de deseos, no de necesidades.

Por primera vez en no recordaba cuánto tiempo, entrelazó el brazo con el de Lekan mientras caminaban por el campamento y sonrió. Sonrió de verdad.

Hasta que llegó Kaleo corriendo por el camino, con el rostro enrojecido por el esfuerzo.

El pecho de Ceridwen se agitó con pánico, lista para lo que hubiera que hacer. ¿Un ataque? ¿Angra?

Lekan lo interceptó.

—¿Qué pasó?

—Hay algo que tienen que ver —les informó Kaleo jadeando, las manos apoyadas en las rodillas. Miró a Ceridwen con la boca entreabierta—. Mejor dicho, hay gente.

El pánico de Ceridwen se convirtió en esperanza.

—¿Meira?

—Casi —Kaleo se incorporó—. Inverneños. *Muchos* inverneños.



Meira

El día siguiente trae más prácticas, en las que Oana y Rares se ponen de acuerdo en quién ataca físicamente y quién lo hace con la mente. Las primeras rondas comienzan igual que la primera: solo después de algunos ataques me abro completamente a mi magia. Pero al final del día, apenas empiezan las sesiones de práctica ya bloqueo mentalmente a Rares y repelo a Oana con la espada, de modo que cada pelea dura muy pocos minutos.

Ya puedo dominar mi magia. Al menos, empiezo a poder.

Apenas pienso eso, me doy cuenta de lo que significa. Podría quedarme en Paisly, a salvo de Angra, y seguir entrenándome hasta alcanzar la perfección, o aferrarme a ese comienzo y marcharme.

Siento que la decisión estuvo en mi corazón todo el tiempo. Apenas llegué aquí, ya sabía lo que haría.

Una guerra me espera.

Me arrodillo sobre el baúl que está en mi habitación, las manos apoyadas en los bordes, y me quedo mirando las prendas que contiene. Sé que necesitamos provisiones —mantas, mudas de ropa, comida— pero no logro ponerme en movimiento.

—La cena está casi… —La voz de Rares se interrumpe al entrar a mi cuarto, pero sé que ya no puede leerme la mente. Tal vez simplemente percibe el cambio en mí, advierte el modo en que me muerdo el interior de la mejilla.

—Ya sé lo que vas a decirme —susurro al baúl—. Que algunas victorias en una pedana no significan que esté lista. Pero… esto no es un entrenamiento común y corriente —lo miro—. Sé que apenas empiezo a entender todo esto, pero ya conseguí lo que vine a buscar, y no tengo tiempo para perfeccionarlo. No estoy preparándome para una guerra; la guerra ya empezó. Yo…

—No voy a impedírtelo, querida —Rares se recuesta contra el marco de la puerta —. ¿Por dónde piensas empezar?

Me pongo de pie.

—Voy a necesitar apoyo. Mather dijo que todos los que estaban en Ventralli planeaban reunirse en un campamento veranense, al este del Bosque Eldridge

Austral. Están bastante apartados del mundo y puede que la Decadencia aún no los haya afectado.

—¿Y luego?

—Aprovecharé ese apoyo para acercarme a Angra. Le quitaré las llaves. Y…

Rares me estudia, y yo también lo observo, y una vez más me sorprende lo distinto que es de Sir. En el rostro de Sir no se podía percibir una sola emoción: únicamente el semblante estoico de un general, impertérrito y sólido.

Una parte de mí desearía la falta de emoción de Sir, aunque sea para evitar la punzada de dolor que me produce ver a Rares contener un sollozo y frotarse los ojos.

—Oana y yo haremos lo que podamos aquí. La Orden ya ha estado preparando nuestro ejército; te acompañaremos apenas podamos —se adelanta, con la boca abierta para decir algo más, pero lo que fuera que iba a decir queda en el olvido cuando repara en mis manos vacías—. ¡Vas a necesitar provisiones! Comida, cuando menos, y… bueno, Oana es mejor que yo para esto. Llévate lo que necesites de la cocina. Yo iré a buscar las provisiones que ella considere necesarias.

Sale a toda prisa, y no respiro hasta que se va.

Siempre es mucho más fácil obrar que hablar.

En la cocina, reúno una buena variedad de comida, pero al no encontrar una bolsa del tamaño suficiente para transportarla, me asomo por la puerta en busca de un armario.

Justo al lado de la cocina, hay una puerta cerrada. El picaporte se resiste a mi mano, pero basta un golpe firme con el hombro para que la puerta se abra con un chirrido. Hay una ventana que deja entrar la luz brumosa del anochecer, y esa luz, sumada a la que entra a mis espaldas, me permite ver lo suficiente para quedarme paralizada con la mano en el picaporte.

No cabe duda de que eso no es un armario.

Hay una mecedora en el centro de la habitación, y sus patas curvas rechinan al oscilar por el aire que entra por la puerta abierta. A su lado, hay una cuna de madera bajo una gruesa capa de telarañas y polvo. Sobre la mecedora hay un cobertor apolillado, de colores desvaídos por años de estar al sol que entra por la ventana.

El corazón me da un vuelco mientras entro con pasos cautelosos. La última vez que vi una cuna —de tela y recubierta de seda, no de madera con tallas delicadas— fue en el sueño que Hannah me mostró. Su recuerdo de la noche en que cayó Invierno.

Mi cuna.

—¿Tienen un hijo?

Giro de inmediato hacia la puerta, donde está Mather, con un hombro apoyado contra el marco. La luz brumosa que entra por la ventana proyecta sobre él un tono gris.

—No —respondo—. Pero quieren uno.

Mather asiente. Inclina la cabeza sobre el pecho.

—Últimamente estoy pensando en eso más que nunca.

—¿En qué?

Levanta la cabeza.

—En la familia —señala la habitación—. En los padres. En todo lo que no tuvimos.

Se me había olvidado lo reciente que es la muerte de Alysson, lo nueva que es aún su ausencia. Tantas muertes se agolpan en mi corazón, y se superponen entre sí con dolor. Pero ahora, mientras observo a Mather, se da vuelta y apoya la espalda contra el marco de la puerta, y la luz del pasillo le ilumina el rostro. Siempre se pareció más a Sir, pero puedo ver la suavidad de Alysson en la curva de su nariz, en el modo en que frunce los labios.

—Nunca lo entendí —dice Mather—. Me refiero a ese amor. Siempre fue algo muy alejado de lo que teníamos. Yo veía familias cuando salíamos en misión, pero nunca… —contiene el aliento—. No me di cuenta de cuánto necesitaba eso hasta que fue demasiado tarde.

Cuando Mather vuelve a mirar más allá de mí, hacia el interior de la habitación, es imposible no ver las lágrimas en sus ojos. Trata de contenerlas, con la mandíbula apretada y los brazos hundiéndosele sin piedad en el pecho.

—¿Cómo crees que sea? —susurra—. ¿Amar así a alguien? ¿O siquiera la *esperanza* de tener a alguien? ¿Mantener una habitación bajo llave, deseando que algún día llegue? No logro imaginarlo.

—Alysson sabía que la amabas —susurro, sin poder levantar más la voz.

Sonríe con tristeza.

—Lo sé.

Recordar las palabras de Oana, acerca de que el hecho de ser conductos nos hace estériles, me llena de un remordimiento que ni siquiera sabía que tenía. Nunca pensé en esto: en tener hijos, en un cuarto para niños; pero Mather y yo nos vimos obligados a llevar una vida sin padres, tanto como Oana y Rares estaban obligados a llevar una vida sin hijos. No es que pueda entender su dolor, pero imagino que el dolor debe ser semejante. Otro aspecto más que debemos aceptar por obligación, sin poder elegir.

Si Mather pudiera hablar con su madre como yo solía hacerlo con la mía, no dudaría en hacerlo. Si Rares y Oana pudieran hablar con su hijo como Hannah me hablaba a mí, harían lo posible por lograrlo.

Al tomar conciencia de esas dos cosas, recuerdo lo fracturada que era mi relación con Hannah. Porque yo debería querer hablar con ella, y ella debería estar desesperada por hablar conmigo. Pero no he percibido nada de ella desde que la bloqueé; no siento que intente bajar mis defensas cuando me debilito, ni intentos constantes de vencer la magia.

—Yo creo que entiendo ese amor —respondo—. Al menos, empiezo a entenderlo. La familia no siempre es la que nos toca por nacimiento. Son las personas con

quienes estamos, a quienes amamos. Esas familias pueden ser aún más fuertes.

Mather exhala riendo.

—¿Una especie de familia por elección?

Allí está de nuevo. *Elección*. La palabra que persigue todos mis actos.

—Sí.

—De todos modos, yo habría elegido a Alysson —susurra Mather.

Cierro los ojos; sus palabras parecen envueltas en más emoción y más *anhelo* de lo que jamás le había oído. Siento un cosquilleo en el pecho, que ya responde a mi voluntad inconsciente, y cuando abro los ojos, me doy vuelta hacia el interior de la habitación.

El aire levanta el polvo de los muebles. Las telarañas se desprenden de las paredes. A mi orden, la ventana se abre y toda la suciedad sale, ondulante, y todas las superficies quedan brillantes, como nuevas. El cobertor que está extendido sobre la mecedora sigue raído, pero la suciedad se quita fácilmente, y las almohadas y las mantas de la cuna están mullidas, limpias y listas para usar.

Porque las *van* a usar. Algún día no muy lejano, Oana y Rares podrán tener la familia que merecen. La familia que Mather debería haber tenido; la familia que *yo* debería haber tenido.

Es todo lo que puedo hacer. Ayudar a crear un mundo donde exista la vida que siempre quise, aunque yo no viva en él.

Algo en el fondo de mí me duele cada vez que pienso así, tan cerca de aceptar plenamente mi destino.

—¿Meira?

Me enjugo las lágrimas con la manga antes de darme vuelta. Solo quiero hacer lo que sugirió Rares: darle una elección. Hacerle saber lo que me espera al final de este viaje, la razón de mis lágrimas.

Pero apenas mis labios se abren, aparece Phil.

—Me dijo Rares que nos vamos, ¿es cierto?

Respiro, enviando oxígeno a cada músculo.

—Sí —recuerdo otro dato que no he compartido con ellos, algo que hace que mi propio cuerpo se estremezca al recordar—. Y nuestra ruta será un poco… fuera de lo común.

Mather se aparta de la puerta, intrigado.

—¿Cómo es eso?

Pero evito cualquier explicación.

—Primero, a empacar —hago una mueca de dolor—. Más tarde, a sufrir.

Esa noche, Oana nos carga a tope con provisiones: bolsos, mantas, comida, vendas, además de una plétora de cosas que probablemente ni siquiera necesitemos. Cuando estamos todos de pie en el patio delantero del complejo, la tomo por los brazos para impedir que me cargue otra manzana en el bolso.

Rares la toma por la cintura y me observa. Decenas de palabras se me agolpan en la boca.

Volveré a verlos.

Ustedes dos significan más para mí de lo que puedo expresar.

La cuna que está en esa habitación se va a usar. Se los prometo.

Oana se envuelve la mano con la manga y me acaricia la mejilla.

—Lo sé, querida —dice, y por alguna razón, eso me desarma más que si se hubiera despedido con un sollozo.

La abrazo, y también a Rares.

—Gracias —es lo único que me sale, y es una palabra débil y patética y no dice ni la mitad de lo que quiero que sepan. Pero la aceptan y se apartan, con los ojos húmedos.

Me vuelvo hacia Mather y Phil, que están tan cargados de provisiones como yo. Apenas han sanado, y ya estoy empujándolos a seguir. Pero no me cuestionan ni se quejan.

Aunque quizá lo hagan después de lo que estoy a punto de hacerles.

—Esto les va a doler —los prevengo—. Y les parecerá… aterrador.

Phil levanta las cejas.

—¿Qué cosa?

Pero no les doy tiempo para preocuparse. Los tomo de las manos y suelto la magia desde mi vientre para trasladarnos al campamento de refugiados de Ceridwen. Siento una pesadez instantánea en el pecho: el esfuerzo de usar la magia, pero intensificado; nunca hice esto antes, transportarme, y mucho menos a otros, y el peso pone a prueba mi resistencia, como si estuviera levantando una espada más pesada de lo que acostumbro. Me cuesta, pero resisto.

El único problema es que nunca estuve en el campamento de refugiados de Ceridwen. El único dato que tengo es lo que me dijo Mather: que está a un día a caballo de donde el Langstone se encuentra con el Bosque Eldridge Austral. ¿Alcanzará con eso? ¿O será que necesito tener en mente un lugar específico? Me doy cuenta de que no es el mejor momento para preocuparme por eso, mientras el torbellino de magia nos lanza al vacío; pero me niego a dejarme inquietar por demasiados pensamientos, cuando las vidas de Mather y Phil dependen de mí. Entonces, con toda la concentración que puedo, me enfoco en el límite del bosque con la Llanura de Rania.

Medio segundo después, un fuerte *fuuummm* rebota en mi cuerpo cuando mis pies se apoyan en la tierra. El cielo negro resplandece sobre mí, salpicado de estrellas, y alrededor se mece el pasto de la pradera. El olor terroso y seco de la llanura choca con los recuerdos del aire húmedo del complejo de Rares. Me detengo pero, por suerte, el único mareo que siento es menor, y esta vez no tengo aquellas náuseas incapacitantes.

No puedo decir lo mismo de Mather y Phil.

Estoy bastante segura de que Phil empezó a hacer arcadas incluso antes de que llegáramos. Vomita en el pasto mientras Mather, sentado en el suelo, hunde la cara entre las rodillas y se lleva las manos a la cabeza, emitiendo un gemido bajo.

—¿Qué… nos… —Mather me mira con ojos entornados—… hiciste?

Pone atención al paisaje. Sus ojos se dilatan. Se vuelca hacia un costado y hace lo mismo que Phil.

Casi me apresuro a ayudarlos, pero sus náuseas son el resultado del viaje inducido por la magia; quizá la magia pueda deshacer el efecto.

Les lanzo apenas una hebra gélida, y tanto Mather como Phil se vuelven hacia mí absolutamente confundidos. Aún me sorprende la facilidad con la que uso la magia, lo sencilla que me resulta ahora… lo cual me hace tomar conciencia de otra cosa que necesito hacer.

Estamos tan lejos de cualquier lugar donde Angra podría pensar en buscarme que su magia aún no me ha encontrado, como lo hizo en Paisly. Pero aun así relajo mi mente y creo la misma clase de barrera protectora que mantuvo a Rares fuera de mi cabeza. Angra no me encontrará hasta que yo quiera que lo haga.

Phil se pone de pie con debilidad, y extiende las manos como si no confiara en su cuerpo.

—Santa nieve, ¿qué fue eso?

Empiezo a responder, pero Mather lanza una mezcla de jadeo y carcajada.

—Eso es lo que nos hará ganar esta guerra —dice—. Cuanto más veo de lo que eres capaz, más empiezo a temer por Angra.

Phil parece absolutamente horrorizado, y retrae los labios hasta que se da cuenta de que Mather está observándolo y opta por una mirada fija con los labios apretados.

—¿Eres más fuerte que Angra? —me pregunta.

Contengo el impulso de hacer una mueca.

—¿Mágicamente? No. Pero en otros aspectos… espero que sí.

El límite del Eldridge está a pocos pasos a mi izquierda, envuelto en penumbras, mientras en todas las otras direcciones se extiende la llanura, pastos ondulantes hasta donde alcanza la vista. De la tierra sube calor, resabios de lo que seguramente fue un día cálido, y mientras me acomodo el chakram junto con el bolso que llevo cruzado al hombro, rezongo.

—No es tan útil como parecería en un principio —aclaro—. No tengo idea de dónde queda el campamento de Ceridwen desde aquí. Ni si habrán llegado todos los demás…

¿Habrá liberado Jesse a Ceridwen? ¿Habrán logrado los inverneños sacar a los herederos de Ventralli del reino?

Mather se planta frente a mí como si tuviera la capacidad de oír el caos de mi mente con la misma claridad que Rares.

—Ya lo averiguaremos —dice.

—Pero…

—*Lo averiguaremos* —repite, y me apoya las dos manos en los hombros—. Todos están allá. Estoy seguro. Ahora… ¿izquierda o derecha?

Giro la cabeza en ambas direcciones. Praderas por aquí, praderas por allá. No se me ocurre un modo de usar mi magia para ayudarme a decidir. Para esto, soy solo Meira.

Esa idea no me aterra tanto como antes.

—Izquierda —respondo—. Hay que empezar por alguna parte.

Mather asiente y extiende la mano hacia el horizonte.

—Tú primero, mi reina.

Lo miro, irritada.

—No te atrevas.

—¿Que no me atreva a qué?

—A seguir llamándome así.

—¿Cómo más debería llamarte, mi reina? —pegunta Mather, en tono más ligero.

Phil se pone de pie y acomoda su bolso de viaje. Ya no parece horrorizado, al menos al mirar a Mather.

—Se me ocurren varias maneras de las que querrías llamarla —murmura.

Incluso en penumbras, el rubor que asciende por el rostro de Mather es lo más adorable que haya visto. Y es la primera demostración de frivolidad por parte de Phil desde su llegada a Paisly.

Mather le choca el hombro al pasar y echa a andar por el pasto.

—Vamos —dice—. Debemos avanzar lo más posible esta noche.

Sonrío, casi fuera de mí por lo bien que eso me hace sentir.

—Como guste, Lord Mather.

Eso hace que ponga cara de exasperación, pero sonríe, una sonrisa lenta y leve, y sigue caminando hacia la izquierda. Phil se pone en marcha tras él, y yo los sigo.

Pasamos dos días caminando, buscando recursos y durmiendo. Nos turnamos para montar guardia; siempre uno de los tres está alerta a la llegada de enemigos o a la aparición de luces en el horizonte, señal de que hay un campamento.

En Paisly, por breve que haya sido mi estadía allí, no tenía la sensación de que el mundo estaba destruyéndose. Rares me contó lo que Angra estaba haciendo, pero aun así podía tomar distancia de ello. Aquí, en cambio, cada paso que doy me acerca más a la guerra. ¿Quién sabe lo que sufrió Ceridwen con Raelyn? Todavía desconozco en qué estado se encuentra Invierno. Y Theron… Angra lo tiene dominado.

Pero ¿por qué Angra habría de aliarse con él? Es verdad que Cordell cuenta con uno de los ejércitos más poderosos de Primoria. Pero Angra no necesitaría a Theron para eso; la influencia de la Decadencia podría dar vuelta a cualquiera. Para Angra, mantener a Theron con vida es una amenaza mucho mayor, porque queda otra persona que está conectada con la magia pura de conducto: la única manera de derrotarlo.

No le pregunté a Mather qué fue del conducto de Theron. Lo último que supe fue que Mather lo tomó cuando él lo arrojó en la mazmorra de Rintiero, pero dudo mucho que Angra le haya permitido conservarlo cuando volvieron a capturarlos.

Pero eso me vuelve a plantear la pregunta: ¿por qué Angra quiere tener a Theron? Le encanta tener marionetas que cumplan sus órdenes; Herodes era prueba de eso, y también Raelyn. ¿Acaso piensa usar a Theron de la misma manera?

Se me va el alma al suelo. Se me ocurre una sola razón por la que Angra puede necesitar a Theron: por mí.

Theron conoce cosas que podrían debilitarme. Theron mismo podría debilitarme, con tan solo ser él: alguien que me importa, poseído por aquello que odio más que a nada.

Y Angra lo sabe.

Me enjugo una gota de sudor de la frente. El pasto se enreda en torno a mis botas, el sol me da de lleno, pero de todas las emociones que podría sentir en este momento —incomodidad; fatiga; una culpa tremenda, como un fuego que me consume— solo me permito demorarme en una: aceptación.

Esta guerra me obligará a enfrentarme a Theron. Tendré que enfrentarme a lo que sea que Angra haya hecho de él: alguien tan cruel como Herodes, tan oscuro como el mismo Angra. Y tendré que estar preparada.

Phil suelta un *uf* cuando tropiezo con él. Pero sigue mirando hacia adelante, los ojos fijos en el horizonte.

Adelante, junto a una curva en la línea de los árboles, hay cientos de tiendas amarillas, marrones y de un verde terroso para camuflarse entre la llanura y el bosque. Zarcillos de humo ascienden de las fogatas, se ve movimiento, y se oye el leve rumor de voces en el aire.

Mather se vuelve hacia nosotros.

—Eso parece un campamento, ¿no?

Pero ya está caminando en retroceso hacia allá; el alivio borra la incomodidad que le produce el calor abrasador de la llanura.

Phil levanta el puño en el aire.

—¡Civilización! Bueno, algo así.

Echa a correr por el pasto.

Mather sigue caminando en retroceso. Mis ojos miran más allá, hacia el campamento, pero no puedo ponerme en marcha.

—Llegamos —digo, con la garganta seca. Aferro las correas de la funda de mi chakram.

De pronto, *llegamos* me suena más a amenaza que al alivio que debería transmitir.

Mather se me acerca con la mano extendida.

La guerra estará cerca, pero no estoy sola.

Pongo la mano en la de él y me dejo guiar.

Apenas entramos al campamento, todos los sonidos se interrumpen. Las conversaciones y las risas se apagan como la llama de una vela en una tormenta; las ollas quedan quietas sobre las fogatas mientras sus usuarios nos miran atónitos.

Enderezo los hombros mientras camino entre Phil y Mather por una de las muchas calles improvisadas; en algunos tramos el pasto está gastado por el tránsito. La gente nos mira al pasar, en su mayoría veranenses con su cabello rojo fuego y su piel tostada, pero también yakimíes, e incluso algunos ciudadanos de Primavera. Una mescolanza de cabello rubio, castaño, tez morena, tez clara… pero todos unidos por un rasgo en común: la marca de piel quemada en forma de *V* que llevan bajo el ojo izquierdo.

Después de pasar frente a las primeras tiendas, las voces vuelven a alzarse.

—¿Es…?

—Tiene puesto el relicario… ¡mira!

—¡Es la reina de Invierno!

Me muerdo la cara interna de la mejilla, tratando con todas las fuerzas que me quedan de no irritarme por sus observaciones. No tengo idea de lo que esas personas piensan de mí. ¿Qué rumores les habrán llegado? ¿Que soy la chica que liberó a su reino, solo para que el mismo atacante avasallara al mundo? ¿La chica que traicionó a su único aliado buscando otras alianzas a sus espaldas? ¿La chica que permitió que la salvadora de esa misma gente, Ceridwen, fuera tomada prisionera?

Mi mano aferra la de Mather, y saco fuerzas del modo en que él y Phil se mantienen a mi lado.

Hay más reacciones a medida que avanzamos entre la gente. Me pongo tensa, esperando lo peor, pero las personas que nos rodean alzan las manos en el aire y gritan alabanzas.

—¡Abajo Angra! —exclaman, y con más fuerza aún—: ¡Somos Invierno!

Esa frase me conquista el corazón. Estas personas no tienen razones para alegrarse de mi presencia; sus problemas nunca han tenido relación con los míos. Pero esa frase, *Somos Invierno*… hay solo dos personas que podrían habérsela enseñado.

Me separo de Phil y Mather y echo a correr, adentrándome en el campamento. Mi corazón me golpea los pulmones al latir, y más personas se unen a la algarabía —¡*Llegó la reina de Invierno! ¡Abajo Angra! ¡Somos Invierno!*— hasta que no oigo otra cosa que esos gritos.

Doblo una curva en torno a una tienda más, con la espalda empapada en sudor.

En medio del camino, corriendo hacia mí, viene Nessa. Atrás, la sigue Conall a paso más lento.

Una sonrisa radiante se instala en mi cara.

Nessa me ve y aprieta el paso igual que yo, y corremos hasta que chocamos en una maraña de brazos, risas y preguntas.

—¿Cómo llegaste aquí?

—¿Cuánto hace que están en el campamento?

—¿Dónde estuviste?

—¿Están bien?

Me aparto y la examino en busca de heridas. Se encuentra bien: ni siquiera una magulladura ni un corte en proceso de curación. Conall se ve igual, y vuelvo a abrazar a Nessa.

—Lo siento mucho —les digo a ella y a Conall—. Cuánto lamento haberlos abandonado.

—Y lo bien que haces —me reprende Nessa, pero cuando vuelvo a apartarme, está riendo—. Será mejor que tengas una buena excusa.

Sonrío. Hasta en sus amenazas parece feliz de verme.

—La tengo, te lo juro.

—¡Meira! —Dendera me envuelve en un abrazo, y solo se aparta para darles una firme sacudida a mis hombros—. No vuelvas a hacer eso nunca más. ¿Me oyes? *Nunca más*.

Su orden me trae a la realidad. Ojalá pudiera prometerle que nunca más me iré sin previo aviso, pero la mentira me queda atorada en la garganta seca por el polvo.

—Yo también te extrañé —es lo único que atino a decirle.

Pero ella ya está pasando a otra cosa: sus ojos vuelan hacia Mather y Phil, que llegan a toda prisa. Se le ilumina la cara y me toma de la mano.

—Síganme —nos dice.

Nessa sujeta mi otra mano y camina junto a mí mientras tomamos otro camino de pasto aplastado por el tránsito. Alrededor, la algarabía se disipó, pero se sigue corriendo la voz; ojos que me miran con interés, personas que señalan y avisan a sus amigos que ha llegado la reina de Invierno. Estoy tan distraída por cómo se transmite la novedad que no reparo inmediatamente en quiénes me rodean.

Inverneños. Decenas de inverneños, con tazones de comida o baldes en las manos, pero todos se vuelven hacia mí y me observan tan maravillados como yo a ellos.

—Están aquí —tiro de la mano de Dendera—. ¿Cómo?

—Henn se enteró del campamento cuando estábamos en Verano —me explica Dendera—. Le pareció que sería un buen refugio para los que escaparan de la ocupación.

—¿Cuántos escaparon? —me atrevo a preguntar—. ¿Dónde está Henn? Y… ¿Acaso Sir no logró escapar? ¿Y Finn, Greer y Deborah?

Dendera me aprieta el hombro con afecto.

—William pudo salir. Finn y Greer… —cierra los ojos y suspira suavemente—. Pronto estarán libres. William y Henn se fueron ayer por la mañana.

—¿Se fueron? ¿Adónde? ¿De vuelta a Jannuari?

Mather se acerca por un costado, con expresión tan sombría como la que presiento que tengo yo. Empiezo a sentir un palpitar en el vientre mientras Dendera

comprende nuestra preocupación y menea la cabeza.

—A Jannuari, no. ¡Estarán bien! Parece que ustedes nunca hubieran salido en una misión como esta. Se fueron con Ceridwen y un grupo pequeño de veranenses y yakimíes a Juli; Ceridwen piensa asesinar a Angra mientras está…

El sonido que me sale es una mezcla de grito y sollozo.

—No —exclamo—. Dime que no van a enfrentarse a Angra, Dendera, no…

Dendera me mira confundida; su orgullo por la misión se va apagando cuanto más meneo la cabeza.

Ceridwen, Sir, Henn y un grupo de soldados se fueron a Juli a enfrentar a Angra. Sin protección mágica.

Es como si ya estuvieran muertos.



Mather

Mather captó el plan de Meira antes de que ella llegara a hablar. Lo único que hizo fue mirarlo, y él lo supo: irían a Juli.

Tenían que hacer lo posible por ayudar a William y a los demás, que estarían entrando a un reino dominado por la Decadencia de Angra; a esta altura, posiblemente más que Ventralli. El grupo de Ceridwen les llevaba más de un día de ventaja y podía llegar a Juli a la noche siguiente. Podían hacer el intento de enfrentar a Angra y acabar poseídos por su Decadencia incluso antes de alcanzar a empuñar las espadas.

Meira se apartó de Dendera y sus ojos fueron hacia la espada que Conall tenía sujeta a la cintura. La señaló.

—Necesito armas —le dijo—. Suficientes para…

—Ocho personas —la interrumpió Mather—. El Deshielo y yo iremos contigo —señaló a Phil—. Ve a buscarlos. Tienen que estar aquí, en alguna parte.

—¡Te mostraré dónde! —se ofreció Nessa, y salió corriendo tan rápido que Phil tuvo que darse prisa para alcanzarla. Conall también se alejó y entró a una tienda para empezar a preparar las armas.

Meira prosiguió.

—También necesitaremos provisiones médicas… No puedo curar a los que no sean inverneños.

—¿Caballos?

—No, viajaremos como lo hicimos desde Paisly.

Mather hizo una mueca.

—Genial.

—¡Basta!

Los inverneños que los rodeaban observaron a Dendera, que estaba con las manos abiertas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró, bajando la voz al ver que había otros escuchando—. Si quieres acompañarlos…

El rostro de Meira se endureció.

—Acompañarlos, no. Salvarlos.

Dendera soltó una exhalación.

—¿Qué es lo que no saben?

Pero Meira meneó la cabeza.

—No hay tiempo para explicártelo. ¿Quién queda a cargo del campamento en ausencia de Ceridwen? Que alguien vaya a buscarlo, ahora.

Dendera se paralizó durante el tiempo que tardó Meira en apartarse de ella. Entonces se movió; sus años de entrenamiento militar la obligaban a cumplir órdenes a pesar de la pátina gris de terror que Mather vio en su rostro. Él sabía lo que estaba pensando, una preocupación que palpitaba como una marca a fuego en su mente: *Henn. Está en peligro*.

Mather apretó la mandíbula. *William. Él también va a morir*.

Gruñó para sí y siguió a Meira.

Minutos después, Hollis, Feige, Trace, Kiefer, Eli y hasta Jesse se habían congregado en medio de lo que había llegado a ser el sector inverneño del campamento. Había poco tiempo para una reunión, y alguien había depositado una pila de provisiones frente a una tienda. Mather y el Deshielo la revisaron y eligieron lo mejor que pudieron para la batalla. Meira se ató a la cintura la vaina de una espada, y enseguida llegó Dendera con un hombre a quien Mather no conocía: un veranense que tenía la consabida *V* bajo el ojo izquierdo.

—Él es Kaleo Pikari, líder del campamento —lo presentó Dendera. Su preocupación había dado paso a la decisión, algo a lo que se aferraba con tanta fuerza como Meira sostenía la espada que guardó en la vaina.

Meira asintió a modo de saludo. De pie, con la cabeza en alto y los hombros erguidos, era la viva imagen de la obstinación rabiosa de su niñez. Era aquella niña que nunca había dado el brazo a torcer en sus discusiones con William. Era la ferocidad que había aterrado y a la vez cautivado a Mather cuando era niño. Era todo eso a la vez, feroz, audaz y atrevida.

Era una reina.

Mather sabía que estaba boquiabierto. Pero, santo hielo, mirarla era como contemplar un banco de nieve bajo el sol del mediodía: cegador y cautivante.

—No es mi intención venir a cuestionar su autoridad —le dijo Meira a Kaleo, con mirada más apacible—. Pero Ceridwen y su grupo no están al tanto de la gravedad de la amenaza de Angra. Ninguno de ustedes lo está… y por eso deben confiar en mí, aunque soy consciente de que lo que voy a pedirles es mucho: tienen que trasladar este campamento.

Mather no debería haberse sorprendido. Si alguien que conocía la ubicación del campamento era poseído por la Decadencia, no vacilaría en entregar esa información a Angra.

Más sorprendente aún fue que Kaleo asintiera.

—Ya empezamos a desarmar el campamento. Íbamos a trasladarnos por la misma razón que sospecho que tiene usted: si alguien que sabe de este campamento cae en

manos de Angra… —dejó la frase inconclusa y se aclaró la garganta—. Supusimos que lo más seguro era mudarnos.

—¿Adónde? —Meira volvió a acomodarse la funda del chakram por encima del chaleco de cuero que había elegido de la pila de provisiones.

—A Verano —Kaleo sonrió con tristeza—. Allí hay lugares áridos adonde ni siquiera Angra se atrevería a ir. Será incómodo vivir en el desierto, pero no imposible… y, con suerte, a Angra no se le ocurrirá buscar en un reino que ya conquistó.

Meira lo pensó, con la mejilla entre los dientes.

Kaleo prosiguió.

—Pensamos en mudarnos a Yakim, por ejemplo, pero no quisimos correr el riesgo de acabar prisioneros de Giselle cuando Angra caiga.

—Angra no caerá tan fácilmente —susurró Meira. El rostro moreno de Kaleo palideció al punto de que Mather reconoció en él el mismo temor que había demostrado Dendera: en el grupo de Ceridwen iba alguien a quien amaba.

—Mis soldados y yo ayudaremos a Ceridwen en Juli. Está bien que trasladen el campamento, pero me preocupa que cualquier lugar de Verano esté demasiado cerca del alcance de Angra. En Juli habrá *alguien* que conozca el lugar donde se escondan, sea cual sea, ¿no?

—¿Dónde sugiere que vayamos? —preguntó Kaleo con voz entrecortada.

Meira se volvió hacia Dendera.

—¿Henn y Sir pasaron por Otoño al venir hacia aquí?

Dendera asintió.

—Evitaron los caminos principales, de modo que no trajeron muchas novedades.

—¿Alguien sabe algo de ellos? ¿Caspar se alió con Angra?

Mather oyó las palabras que Meira no dijo: ¿Angra asesinó ya a Caspar?

Fue Kaleo quien respondió.

—Enviamos exploradores, que nos informaron que Cordell se volvió contra Otoño… pero no pudieron averiguar nada sobre la familia real. Entonces, aunque la capital está bajo el control de Angra, sobre el resto del reino no tenemos tanta certeza. ¿Quiere que vayamos a Otoño?

Meira ladeó la cabeza, como si al hablar fuera armando un plan.

—Un reino sin certeza es mejor que uno que estamos seguros de que se encuentra bajo el dominio de Angra, y nadie fuera de este campamento conocerá ningún escondite allá.

Mather supuso que Kaleo opondría resistencia, pero era evidente que tenía experiencia en recibir órdenes de miembros jóvenes y apasionados de la realeza. No obstante, Kaleo reflexionó sobre las palabras de Meira, con los labios separados.

—Podemos dividir el campamento en grupos pequeños, que puedan viajar a mayor velocidad, y tomar distintas rutas a través de Verano, para no trasladarnos

todos juntos —se rascó el mentón, pensativo—. Iremos hacia la precordillera… nos internaremos en los Klaryn hasta donde podamos.

—¿Cuántos soldados tienen aquí?

Kaleo suspiró, y luego puso cara de exasperación.

—Aparentemente, Ceridwen tuvo una conversación con la reina de Yakim. Giselle ha estado escondiendo soldados entre las personas que vendía a Verano. Parece que estaba planeando apoderarse de nuestro reino… hasta que Angra se le adelantó. Le disgusta la idea de una magia que infecte las mentes de su pueblo, por eso Yakim no es aliado de Angra —Kaleo señaló el campamento—. Hay trescientos soldados yakimíes a nuestra disposición, ofrecidos por ella. Para que los usemos para derrotar a Angra.

Meira levantó las cejas.

—Es una broma.

—Lamentablemente, no —Kaleo gruñó—. Pero los tenemos, además de los aproximadamente cien soldados veranenses que se quedaron aquí. Ceridwen solo llevó consigo a una docena. Dado que vamos a dividir el campamento en grupos más pequeños, deberían ser más fáciles de patrullar.

—De acuerdo. ¿Dendera, Nessa, Conall? —Meira se volvió hacia ellos—. ¿Supervisarán a los inverneños?

Los tres asintieron y al instante se apartaron para ayudar a los inverneños que los rodeaban.

—Volveremos a reunirnos con ustedes una vez que salgamos de Juli —le informó Meira a Kaleo.

Este puso cara de querer protestar, quizá pedirle más detalles, pero sus ojos se alzaron hacia el sol y reparó en la hora. Apretó los labios.

—Tráigalos, reina Meira —fue todo lo que dijo, y se perdió hacia el interior de su campamento. Jesse lo siguió, ofreciéndole ayuda, con lo cual quedaron Mather, su Deshielo y Meira de pie junto a las provisiones que no usarían.

Meira miró la pila de objetos y sus ojos la recorrieron de un lado al otro. Mather se le acercó lo suficiente como para tomarla de la mano y darle un apretón protector para tranquilizarla.

—Llegaremos y nos marcharemos tan rápido que Angra ni siquiera se dará cuenta de que alguien estuvo allí —les prometió Mather a todos, pero más que nada a la chica cuyos ojos azul hielo se clavaron en los suyos—. En realidad, esto podría venirnos bien. Angra estará allá. Tendrá las llaves.

Meira se crispó como si se le hubiera olvidado el plan mayor: conseguir las llaves, llegar al barranco, destruir toda la magia, y con ella, a Angra.

—Sí. Pero… asegurémonos de que todos estén vivos. Eso es lo único que importa.

¿Había lágrimas asomándose a sus pestañas?

Meira retiró la mano. Mather la miró, confundido, mientras ella se volvía hacia Nessa, que estaba cerca de allí ayudando a una familia inverneña a empacar sus cosas. Meira echó un vistazo por encima del hombro y sus ojos volvieron a conectarse con los de Mather. La mirada que predominaba ahora en su expresión… Mather la reconoció y fue como un puñetazo en el vientre.

Arrepentimiento.

Había algo que ella no estaba contándoles. Algo que hizo que su cuerpo perdiera su postura erguida al darse vuelta para hablar con Nessa.

Phil se acercó a Mather y le acomodó el bolso, el que hacía que se le agarrotara más el vientre. Dentro de ese bolso estaba el conducto de Cordell; Mather aún no lograba decidir qué hacer con él. ¿Conservarlo? ¿Deshacerse de él? No iba a servirles de mucho. En realidad, quería destruir esa porquería, y junto con ella, la petulancia de Theron.

Cada vez que lo veas, quiero que pienses en ella conmigo. Quiero que sepas que, cuando yo gane esta guerra, lo haré sin *esta magia débil. Y cuando todo termine y Meira sea mía, no habrás podido hacer nada en absoluto para impedírmelo.*

Mather dio un respingo. ¿Estaría Theron también en Juli? Casi esperaba que sí.

—¿Estás bien? —le preguntó Phil.

Él inhaló para despejar su expresión de piedra.

—Sí —miró nuevamente a Phil y observó las ojeras que tenía—. ¿Y tú?

Phil se encogió de hombros.

—No muy ansioso por ver a Angra, eso es todo.

Mather sintió como si tuviera una piedra a punto de perforarle el estómago.

—No volverá a capturarnos —le prometió—. Te lo juro. Además, esta vez no estaremos tú y yo solos… ahora tenemos a todos.

Los demás integrantes del Deshielo, que habían estado conversando entre sí en voz baja, se volvieron hacia ellos. Trace parecía a punto de preguntar qué había pasado, mientras que Hollis y Feige esperaban con paciencia y en silencio, Kiefer estaba cruzado de brazos con su expresión torva de siempre, y Eli parecía casi entusiasmado de ponerse en marcha.

—Bien —Kiefer fue el primero en hablar, y lo hizo con voz clara—. ¿Otra vez somos un grupo? ¿No vas a abandonarnos?

Mather frunció el ceño.

—Siempre fuimos un grupo. Siempre fuimos el grupo *de ella*.

Eso sorprendió a Kiefer, como si nunca se le hubiera ocurrido que el fin del grupo fuera servir a Meira tanto como servir a Invierno.

—Pero todavía somos nosotros —añadió Phil—. Seguimos siendo nosotros, antes que nada. El Deshielo.

—Y no nos vencerán —acotó Feige.

Mather sonrió al oír lo que había llegado a ser el grito de batalla de su grupo. Miró a Phil, que raspaba el suelo con la punta del pie, pero cuando sintió que Mather

lo observaba esbozó una sonrisa que parecía un poquito demasiado forzada.

—No nos vencerán —repitió Phil—. Ya sé, ya sé.

Meira se acercó a Mather y se unió al círculo. La mayoría de los integrantes del grupo cambiaron de posición ante su presencia; la extrañeza de estar cerca de su reina todavía los ponía un poco nerviosos. Pero detrás de ese nerviosismo había decisión, y hasta Kiefer se puso alerta.

Phil fue el único que no prestó atención, sino que se quedó mirando el pasto como distraído. Mather le dio un codazo y frunció el ceño, preocupado.

Phil meneó la cabeza. Asintió. Volvió a forzar una sonrisa.

La tortura de Angra aún era demasiado reciente. Mather casi le dijo que se quedara, pero Phil no amagó salir del grupo sino que, de hecho, estaba más erguido en su compañía. Necesitaba estar con ellos… aunque eso implicara volver a enfrentarse a Angra.

—Voy a trasladarnos lo más cerca posible de Juli —anunció Meira—. No quiero correr el riesgo de acercarme demasiado a Angra y que perciba mi magia.

Hollis frunció el ceño, confundido.

—¿Mi reina?

Mather intervino.

—Con respecto a nuestro viaje… en realidad no será un *viaje* sino más bien un…

Phil rezongó y echó la cabeza hacia atrás.

—Mátenme. Que alguien me mate ahora mismo.

—Muy tranquilizador, Phil, gracias —dijo Mather.

Pero Phil solo prolongó su queja.

—Hagámoslo de una vez.

Algo en su reticencia hizo que Meira abriera más los ojos, y miró a Mather antes de recorrer a todo el Deshielo con la misma mirada cauta.

—Ojalá tuviera tiempo para explicarles lo que voy a hacer —dijo—. Sé que la única magia que han conocido es la de Angra, en Primavera, en los campos de trabajo, y yo… Esto no es lo mismo. Les va a doler, pero les prometo que no estoy tratando de cambiarlos, ni de imponerles nada, y…

—Está bien, mi reina —respondió Hollis, y le ofreció una sonrisa—. Confiamos en usted.

Meira asintió, pero aún parecía reacia a usar su magia. Aun así, extendió las manos e instó a todos a formar un círculo unido. Phil fue el último en sumarse, y le temblaba la mano al tomar la de Mather.

Tal vez Meira pueda darle fuerzas, pensó Mather, pero antes de que llegara a preguntárselo, ella le sujetó los dedos con más fuerza. Mather trastabilló, sin poder sostenerse, cuando la magia de Meira los envolvió como una ola de escarcha, nieve y unas dagas afiladas de hielo.



Meira

Divido mi concentración entre llenar al Deshielo con suficiente magia para combatir las náuseas del viaje, acercarnos al Palacio Preben pero no tanto como para llamar la atención de Angra, y mantener un escudo en torno a mi mente para que Angra no perciba mi llegada. Pero es posible que él haya rodeado toda la ciudad con algún tipo de barrera y esté esperando que yo la atraviese… especialmente si ya capturó a Ceridwen y Sir. Sabe que yo vendría por ellos, y estará esperándome.

Aunque, si sabe que vengo, no habrá preparativo que valga.

La cantidad de magia que tengo que usar para todo lo que necesito agota mi energía aun antes de que lleguemos a Juli. Los afluentes que salen del Feni resplandecen bajo el sol poniente, y añaden luz a los infinitos tonos anaranjados y dorados de los edificios de piedra arenisca de Juli, y cuando deposito a todos en un callejón en las afueras de Juli, lanzo otra oleada gélida sobre mí misma, para darme fuerzas, energía, mantenerme alerta a pesar de la tensión que me tiene a punto de desmoronarme.

El Deshielo trastabilla cuando aterrizamos, y cada uno está boquiabierto de admiración y terror. Salvo Mather y Phil, que se aferran el estómago y suspiran aliviados por la ausencia de vómitos.

—¿Ahora qué? —pregunta Mather, e impide que el Deshielo se concentre en otra cosa que no sea la tarea que nos trajo aquí: salvar a nuestros amigos. Y quitarle las llaves a Angra.

Meneo la cabeza ante mis pensamientos. Mi prioridad es salvar a todos; si además podemos conseguir las llaves, pues lo haremos, pero no antes de que todos estén a salvo.

Me adelanto para espiar fuera del callejón. La última vez que estuve en Juli, había fiestas en todas las calles, vino, música, y de los edificios salían cuerpos que giraban.

Ahora cae la noche, pero las calles que nos rodean ya están vacías. Los postigos golpean contra las ventanas; en los fogones que hay a lo largo de las calles, hay fogatas encendidas sin nadie que las atienda. Frente a nuestro callejón, un caminante solitario entra de prisa a una posada y cierra la puerta como si el mal pudiera seguirlo; en el edificio contiguo solo se ven rostros de mujeres y hombres contra las ventanas, observando la calle con ojos llenos de miedo. Se parecen mucho a las

personas que vi en April, hace mucho tiempo: se esconden del mundo, con la esperanza de que la tarea de arreglarlo recaiga sobre los hombros de otro.

Si antes hubiera tenido dudas acerca de lo que quiere Angra, la imagen que tengo ante mí me lo confirmaría. Ha tomado la algarabía gozosa, caótica y bella de Verano y la ha aplastado hasta asemejarla a su April dominada y temerosa.

Me vuelvo hacia el Deshielo, con los puños apretados a los costados.

—Tenemos que llegar al palacio; allá estará Angra, de modo que lo más probable es que allí encontremos a Ceridwen o a quien esté con ella. Y tal vez, si nos acercamos lo suficiente, pueda usar mi magia para percibir dónde está Sir.

—¿Vamos a caminar por Juli y ya? —las cejas de Trace se juntan sobre su nariz, y se tira del cabello blanco desgreñado—. Nadie va a tomarnos por lugareños.

Bajo los ojos al suelo mientras pienso… y encuentro la respuesta.

La arena anaranjada de Verano se adhiere a todo: a las paredes de los edificios, a la ropa de los viajeros. Lo cubrió todo en nuestra primera visita a Juli, cuando pasamos por una tormenta de arena; tal vez ahora pueda servir de camuflaje.

Me inclino y empiezo a frotarme arena en los brazos, las mejillas, el cabello, y el Deshielo sigue mi ejemplo. Pronto nuestros rasgos inverneños quedan cubiertos, y con solo reacomodarnos un poco la ropa y las bufandas, es posible que pasemos inadvertidos. Las calles vacías nos favorecen todavía más; si nos encorvamos y caminamos con sigilo de sombra en sombra, podríamos lograrlo.

Respiro hondo y encabezo la marcha hacia las calles casi desiertas.

Mather se me pone a la par, y todos los demás nos siguen en fila.

—¿Qué vamos a hacer si ya los capturaron? —susurra, por el silencio escalofriante que hay alrededor. El viento silba entre los edificios, y Phil se apresura para ir más cerca de nosotros.

—Los sacaremos —respondo, como si eso bastara.

—Una vez que derrotemos a Angra, quedarían en libertad —replica Mather—. Sabes que William nos diría que termináramos la guerra antes de salvarlo a él.

Echo un vistazo por encima del hombro para ver cómo viene el Deshielo.

—No creo que… ¡Ah, no puede ser!

Mather se da vuelta para ver qué me llamó la atención. Phil, Hollis, Feige, Kiefer y Eli vienen juntos detrás de nosotros, pero Trace está unos pasos más atrás, cerca del edificio donde vimos las caras contra la ventana. La puerta principal está abierta y hay una chica asomada, y la tela anaranjada fláccida de su blusa me recuerda algo. Ese lugar es uno de los burdeles de Verano.

Y Trace está apoyado en el marco de la puerta, conversando con ella como si no estuviéramos tratando de infiltrarnos en una ciudad enemiga.

Asustada, le lanzo un golpe de magia para protegerlo aún más de la Decadencia de Angra. Aunque estuve protegiendo a todo el Deshielo, ¿no? Vuelvo a concentrarme en mantenerlos a salvo, por si acaso, y una fría corriente de magia con forma de embudo sale de mi pecho y entra en ellos.

Trace no reacciona a la magia, y solo se da vuelta cuando Mather gruñe:

—¡Trace!

Se sobresalta y nos mira, y sus ojos van de Mather a mí. Se turba al darse cuenta de lo que pensamos, pide disculpas a la muchacha con un ademán y corre para alcanzarnos.

—Yo no… Digo, era bonita, pero… pensé que podría ayudarnos —explica—. Decirnos dónde está Angra, o algo así.

Mather frunce el ceño.

—¿Y te lo dijo?

—Parece que esta noche hay una reunión en el palacio —Trace sonríe—. Un anuncio o algo por el estilo; supongo que Angra viene anunciando cosas cada varias noches. La primera noche, presentó su magia al pueblo de Verano, por eso todo el… —Trace señala la ciudad desolada—. La segunda noche, los consejeros, o quienquiera que haya estado a cargo de Verano desde la muerte del rey, le cedieron el control del reino. Hoy habrá otra reunión.

—¿Angra hizo tres reuniones distintas desde que está aquí? —observo con extrañeza—. Me parece un poco… excesivo.

—Puede ser —Mather ladea la cabeza—. ¿O será que le llevó ese tiempo afianzar su poder?

—Entonces ¿no es una trampa? —insisto—. ¿No habrá estado convocando a esas reuniones para atraernos?

Mather sonríe con una expresión que es más bien una mueca.

—Eso es seguro. Probablemente todo lo que hace tiene por objetivo aplastar a sus enemigos.

Gruño, pero no sigo preocupándome: sabemos que es una trampa. Desde el comienzo supimos que esta misión sería peligrosa. Nada ha cambiado.

Pero se me hace que cada vez que averiguo algo que en apariencia no cambia nada, hace todo lo contrario.

En el entorno del palacio se replica el temor y la aprensión que sofocan la ciudad. Los sirvientes entran y salen por las puertas, preparándose para la reunión de esta noche, sea lo que sea, lo que hace que su pánico resulte contagioso, de modo que nos escondemos bajo un alero oscuro junto a los establos. El grupo se mantiene unido, el Deshielo me rodea de cerca. Yo apelo a mi magia, y su frío constante me recuerda que estoy sosteniendo un escudo en torno a mis inverneños y a mí; Angra no podrá percibirnos, y su Decadencia no podrá infectarnos.

Pero ya hemos llegado, y ahora tendré que arriesgarme a usar más magia.

El Deshielo guarda silencio mientras cierro los ojos y cruzo los brazos sobre el pecho. Dejo que unos zarcillos de magia serpenteen por el terreno y lleguen al palacio, donde se separan y se dispersan como la escarcha en una ventana. Yo debería poder percibir a Sir; su sangre inverneña está conectada a la magia que vive en mi

interior, y él debería estar lo bastante cerca como para sentirla, del mismo modo en que infundí magia en los mineros que estaban en el fondo de la Mina Tadil mientras yo estaba arriba.

—¿Qué está haciendo? —susurra Phil.

—Buscando al padre de Mather, supongo —responde Trace por lo bajo.

—No sé ustedes —dice Feige—, pero yo prefiero un enemigo al que pueda *ver*. Basta de esto…

Tengo los ojos cerrados, pero imagino que Feige señala lo que estoy haciendo. Algunos de los miembros del Deshielo cambian de posición; me doy cuenta por el roce de su ropa, y es suficiente respuesta. La magia los pone incómodos, tal como sabía que sucedería; casi toda la experiencia que han tenido con la magia fue en Primavera bajo el dominio de Angra. Los pocos meses que pasamos en Invierno, en los que usé la magia esporádicamente para ayudar con los cultivos, no lograron alterar su visión temerosa de ella.

Casi les digo que no se preocupen, que todo pasará pronto.

Mather los hace callar con un chistido seco, e inclino la cabeza contra el pecho.

Encuéntralo, le ordeno a mi magia. No me doy cuenta, hasta que pienso esas palabras, de lo desesperadamente que necesito esto. Porque si no puedo percibir a Sir aquí… es posible que Angra ya lo haya matado.

Una súbita conexión me sacude, y me enderezo.

—¿Qué? —Mather me toma por los brazos.

Abro los ojos.

—Sir —jadeo, mientras el alivio me refresca las extremidades. Miro a Mather—. Ya sé dónde está.

Me pongo en marcha, guiada exclusivamente por la necesidad de mi corazón. Mi magia no percibe nada de Decadencia en Sir; debe tener suficiente fuerza de voluntad para resistirse, al menos por ahora.

Claro que sí. Por supuesto que Sir se resistiría a Angra.

Entramos al palacio por la puerta de servicio, con la cabeza gacha y el rostro cubierto lo más posible por las bufandas. Por suerte, todos los sirvientes con quienes nos cruzamos van encorvados y mirando el suelo en su ajetreo por cumplir sus tareas. Guío al Deshielo por pasillos otrora cargados de flores rosadas y sedas de colores vibrantes. Ahora las paredes están desnudas, y la oscuridad es casi la única decoración. Y, más que eso, hay en las paredes cierta pesadez que me recuerda tanto al palacio de Angra en April que mi corazón no para de galopar. *Dolor*… eso es lo que más recuerda mi cuerpo del hogar de Angra. Un dolor lacerante, atroz.

Me detengo antes de cada esquina y espío para asegurarme de que no esté Angra esperándome. No lo siento cerca, lo cual significa que no está aquí —improbable— o que está protegiéndose tanto como yo de él. Podríamos estar separados por una pared, y no me daría cuenta.

Por fin, subo una última escalera y llego a un balcón que da al salón de fiestas. El salón está rodeado por cuatro pisos de balcones de arenisca, y el techo no es otra cosa que una amplia extensión del cielo nocturno. Hay fogones contra las paredes, todos encendidos apenas lo suficiente para iluminar a las personas que están abajo.

La reunión es un contraste absoluto con respecto a la última celebración que vi aquí. No hay música, ni color; la gente está en grupos apretados, conversando en voz baja, y cada tanto echan vistazos recelosos a un balcón ubicado directamente frente a mí.

Estamos en uno de los balcones del primer piso, y no hay nadie más aquí. Aun así, nos adherimos a la pared y nos movemos por las sombras. Mi magia vibra, instándome a seguir… Sir debería estar aquí.

Contengo la respiración. *Trampa*, pienso. *Es una trampa. Angra sabía que vendríamos*.

Pero entonces me doy vuelta.

Sir está agazapado tras la balaustrada, contra una columna. Tiene la atención fija en el balcón de enfrente. No cabe duda de que Angra aparecerá allá, y que Ceridwen llevará a cabo su plan de asesinarlo.

Al ver a Sir, las imágenes se desgranan en mi mente: creerlo muerto por la mano de Angra, su cuerpo destrozado y ensangrentado en un campo de batalla. Pero está bien… está vivo.

Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo aterrada que estaba.

El Deshielo se detiene, escondido detrás de una de las columnas más grandes. Doy un paso adelante.

—Sir —susurro.

Da un respingo y se pone de pie al instante; su rostro habitualmente estoico refleja absoluta sorpresa, y luego retrocede para esconderse detrás de la columna que tiene al lado.

Su atención se desvía hacia un movimiento a mi izquierda.

Mather sale de las sombras, y todo el semblante de Sir se suaviza. Mientras que a mí me había mirado con conmoción, mira a Mather como si estuviera observando lo más valioso del mundo.

Sir relaja los brazos.

—Estás bien —articula, sin sonido.

Mather vacila, se encoge de hombros. Pero Sir no le da tiempo para responder: se lanza detrás de nuestra columna, y compruebo que todo lo que alguna vez creí saber sobre él era erróneo.

Rodea el cuello de Mather con los brazos y lo atrae hacia él, e inclina la cabeza para abrazar a su hijo.

Mather se paraliza.

Sir está abrazándolo, con desesperación, como un ruego.

Mather cierra los ojos y se derrite, y sus dedos se hunden en la espalda de Sir. Un sollozo le sacude el cuerpo, por el dolor debido a la muerte reciente de su madre, por su relación tortuosa con sus padres, por el modo en que sé que siempre quiso esto tanto como yo. Y aunque me alegro inmensamente por él, un latido intenso me corta la respiración.

Me he resignado a mi relación con Sir. Soy su reina; nunca seré otra cosa para él.

Me aclaro la garganta.

—¿Y Ceridwen? —susurro.

Sir se aparta de Mather. Cuando vuelve a mirarme, toda la ternura desaparece.

Señala con la cabeza el piso inferior.

Me adhiero a la columna pero me inclino hacia delante para poder ver el piso. Me duele el vientre cuando mis ojos dan con Ceridwen, escondida en un recoveco junto a un fogón, mirando cada tanto al mismo balcón del primer piso que está frente a nosotros.

—Tenemos arqueros —susurra Sir, señalando con la cabeza hacia los balcones superiores—. Y espadachines.

Señala su propia arma, luego otros dos cuerpos escondidos en este mismo piso, en balcones más cercanos al que atrae toda la atención. Uno de los espadachines es Henn.

Hago una pausa. Aún no los han atrapado. No los ha consumido la Decadencia.

Esto… realmente podría dar resultado.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto, en un susurro, contra la música que llega de abajo.

Pero Sir no puede responder: apenas se lo pregunto, se abre una puerta en el balcón principal. Todos nos echamos al suelo y nos agazapamos detrás de la balaustrada y las columnas de gruesa piedra arenisca.

La gente gira hacia la puerta abierta. Sus susurros quedos se interrumpen, y se hace un silencio mortal contra el que el lento crepitar de las fogatas parece un rugido.

De las sombras de la puerta abierta, emerge Angra.

Mather me apoya una mano en la rodilla. Aferro sus dedos y los estrujo una vez, pero el resto de mi cuerpo está paralizado. Evito mirar a Ceridwen, sabiendo el dolor que seguramente está destrozándola. Allí está Angra, enseñoreándose en su reino.

Verano es de él.

El resplandor del fuego dispersa las sombras que lo rodean, y danza contra su túnica negra y su cabello pálido cuando se acerca a la balaustrada.

—¡Verano! —brama Angra. La multitud se acerca a él, atraída como las flores por el sol—. El mundo se ha transformado. Traigo a cada reino la oportunidad de lograr la unidad, una oportunidad que Verano ha recibido con mucho beneplácito…

Sigue hablando en tono monocorde, un discurso acerca de la unidad y la paz y cosas que me hacen arder las entrañas, de modo que dejo de escucharlo y me pongo a observarlo. ¿Tendrá las llaves? Para él, son una amenaza mayor de lo que fue jamás

el relicario, y lo llevaba al cuello. De ninguna manera dejaría que se apartaran de su persona. Entonces, ¿cómo nos acercamos lo suficiente sin hacernos matar? Tal vez, si los arqueros de Ceridwen logran apuntarle bien, eso lo atontará lo suficiente para que podamos hacer algo. O… ¿realmente podría matarlo una flecha? Sin duda, su magia no lo dejaría morir tan fácilmente. Pero sí serviría para distraerlo.

—… llevará a nuestro mundo a un estado de igualdad, donde morirán los prejuicios y crecerá una nueva vida. Lo que es más —Angra se inclina hacia delante—, estacionales y rítmicos ya no se aferrarán a opiniones tendenciosas, infantiles. Todos somos iguales, y por ello, yo, un rey estacional, ofrezco a Theron Haskar, un rey rítmico, una muestra de mi confianza y del vínculo que nos une.

Hasta la última gota de sangre de mi cuerpo fluye a mi cabeza, y me envuelve una niebla que me marea.

Sabía que él estaría aquí, pero no me había permitido pensar en ello, del mismo modo que evito mirar a Ceridwen; no puedo pensar en él en este momento.

Unos movimientos que se originan en dos lugares distintos del salón distraen mi atención.

Uno viene de abajo, donde dos hombres empiezan a cruzar el fondo del salón. Son yakimíes, y casi los confundo con esclavos… pero están armados, y caminan con una decisión repentina que los distingue entre la multitud silenciosa. Lentamente al principio, sus pasos van cobrando velocidad, y solo cuando están por la mitad del salón oigo que Sir, que está del otro lado de Mather, emite un gruñido por lo bajo.

Esto no es parte del plan.

Otro movimiento llega desde la puerta que está detrás de Angra, y la oscuridad se despliega en torno a la figura de un hombre. No está herido, no tiene magulladuras ni rasguños, ni nada que indique maltrato… lo cual es casi más horrible. Está entero y limpio, vestido con el uniforme militar de Cordell, con un aspecto tan normal que tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para que el dolor me recuerde que esto es real, no una pesadilla.

Mather inhala agitado; la mano que tiene apoyada en mi rodilla me aferra con más fuerza, y me impide moverme.

Theron se acerca a la balaustrada. Angra mete una mano en un bolsillo de su túnica negra y saca una cadena de la que penden dos gruesas llaves negras.

Caigo hacia delante y me sostengo de la piedra.

—Estas llaves representan nuestros errores pasados y nuestra libertad futura —prosigue Angra, y las muestra.

Abajo, los dos yakimíes llegan hasta el escondite de Ceridwen. Ella los mira, confundida.

Siento todo lo que pasa a continuación antes de que suceda, como quien observa una nube de tormenta que se extiende sobre la llanura.

Theron acepta las llaves y abre la boca para decir algo, sin duda algo grandilocuente y ensayado en respuesta a la actuación de Angra.

Pero los yakimíes empiezan a gritar.

—¡No eres capaz de liderarnos! —grita uno—. ¡Nunca debimos confiar en ti!

—¡Mereces la muerte! —agrega el otro, y ambos desenvainan sus espadas y se lanzan contra Ceridwen.

La gente se dispersa, presa del pánico, y su silencio se llena de gritos horrorizados. Corren hacia las puertas mientras avanzan soldados desde los pasillos laterales, hombres de Angra, con uniformes que son una mezcla de Cordell y Primavera, y en sus rostros… diversión.

Envío otro golpe de protección a mis inverneños para que no los afecte la Decadencia de Angra y me pongo de pie. No vacilo; el hecho de que el salón esté al aire libre significa que todo el piso se encuentra cubierto de polvo, por lo que resulta fácil elevar las partículas y crear una versión caótica de una tormenta de arena. El aire se llena de polvo cegador mientras entre la multitud desordenada se alzan gritos de terror y el entrechocar de armas.

Sir y Mather reaccionan sin necesidad de instrucciones, y corren detrás de mí por el balcón. El Deshielo nos sigue, armas en mano. La arena empieza a aplacarse, de modo que vuelvo a levantarla, pero otra fuerza me la arrebata. La inesperada pérdida del control me hace tropezar con la balaustrada.

La arena se despeja, controlada por la mano extendida de Angra.

Estoy inclinada sobre el salón, ahora tan cerca de su balcón que podría estirar la mano y tocarlo. Henn está a mi lado, pues se nos sumó cuando pasamos corriendo por su escondite.

Angra sonríe. A su lado, Theron sonríe, tan complacido como Angra, aunque con más alivio que satisfacción.

Empujo la balaustrada para apartarme de ella y desenfundo mi chakram, pero por las columnas resulta imposible arrojarlo. Aparecen soldados a nuestras espaldas en el balcón; sus botas hacen temblar el piso, y el Deshielo se da vuelta para hacerles frente en medio de un coro de gritos y armas que chocan. Les envío golpes de fuerza y al doblar la esquina me encuentro cara a cara con Angra. Tiene las llaves en la mano.

Angra no se molesta en tomar un arma: una sombra le envuelve el puño, y su sonrisa se hace repugnante. Abajo sigue el caos, pero la mayor parte de la multitud ya se retiró; los únicos gritos provienen de un solo lugar, una voz que me obliga a tomar conciencia.

Ceridwen.

Grita, y giro al instante buscándola.

Distraída, *distraída…*

Esa palabra me consume mientras parpadeo; Angra lanza un puñetazo al aire, y su sombra me da contra el pecho. Caigo hacia atrás, contra Sir y Henn, que llegan corriendo detrás de mí.

Theron se adelanta y detiene el brazo de Angra.

—¡Tal vez vino a rendirse!

Angra se demora un instante, y me pongo de pie, aún con el chakram en la mano.

—¿Has venido a rendirte, reina de Invierno? —pregunta Angra, pero su voz me dice que sabe que no es así. Otra sombra empieza a juntarse en torno a su puño…

Antes de que pueda lanzarla, Mather se trepa a la balaustrada, salta hasta su balcón y se lanza contra Angra, que va a dar de espaldas contra Theron. Los tres caen al suelo en una confusión de golpes y gritos.

Vacilo, y mis ojos escudriñan la maraña de cuerpos en busca de las llaves… ¿se habrán soltado en el tumulto? ¿Aún las tendrá Theron? ¿Por qué se las dio Angra?

Pero yo sé por qué.

Porque yo no tendría problema alguno en matar a Angra para conseguir las llaves, pero si tengo que quitárselas a Theron…

Ahora Angra está de pie, y Mather, entre él y yo, con una daga en la mano. Esta vez, Angra no juega conmigo: lleva la mano rápidamente hacia su pecho, y al hacerlo le quita la daga a Mather. Este se adelanta con un grito de alarma, pero Angra ya está lanzando la mano para arrojarme la daga.

Theron se incorpora de rodillas y trata de aferrar a Angra.

—¡No… es *mía*! —ruge, y empuja el brazo de Angra; la daga se desvía a la derecha, roza el hombro de Mather y cae con estrépito en el piso inferior.

Mather gira por la fuerza de la hoja. Detrás de mí, Phil aúlla, y la poca concentración que me quedaba se deshace al ver sangrar el brazo de Mather.

Vete, me ruego a mí misma. *Sal de aquí, sal de aquí…*

Me impulsa el pánico, tanto que ni siquiera necesito tocar a los inverneños. Mather, Sir, Henn, el Deshielo… aferro sus cuerpos con los mismos zarcillos serpenteantes que me permitieron hallar a Sir, y con una fuerza que me desgarra el vientre, uso la magia para sacarnos del balcón.



Ceridwen

Esa noche asesinarían al rey de Primavera y pondrían fin a su reinado de terror sostenido por la magia.

Ceridwen había sentido la Decadencia de Angra escarbando en su mente apenas habían puesto un pie en Juli, pero ahora que él estaba arriba, en el balcón, su magia la golpeaba como gotas de lluvia sobre el suelo sediento.

Pero ella llevaba años sedienta; había aprendido a vivir sin lluvia.

Se mantuvo en su lugar en el piso principal, escondida en un rincón apartado de la multitud que esperaba en silencio. Era imposible negar la influencia de Angra en Verano al observar a la clase alta, normalmente tan vivaz, en grupos solemnes que hablaban en susurros. El viaje por Juli había sido igual: las calles silenciosas, ni siquiera en los burdeles se advertía movimiento alguno. Todo estaba mal en su reino; era como un fuego al que Angra hubiera echado agua: no había más luz, ni pasión, ni *vida*.

Ceridwen meneó la cabeza y le dirigió una mirada torva a Angra. Los arqueros que estaban en el piso superior al de él estaban tan bien escondidos que ni siquiera ella podía divisarlos… pero sabía que estaban allí, esperando su señal.

Angra seguía hablando en tono monocorde, pero Ceridwen no lograba levantar la mano. Era una oportunidad tan buena como cualquiera.

Ceridwen apretó el puño.

La señal, se ordenó. *Da la señal…*

Tenía la garganta casi cerrada y los ojos vidriosos, con un mareo repentino. Se tambaleó y tropezó con un sirviente que sostenía una bandeja con copas para la multitud, que no había bebido una sola gota de vino en toda la noche. En otro tiempo, le habría dado mucho gusto que su corte pudiera estar sobria en una reunión, pero ahora deseaba que bebieran como antes.

El sirviente se alejó a toda prisa, con el uniforme empapado en el vino derramado. El aroma llenó la mente de Ceridwen de imágenes de aquel salón, recuerdos de fiestas en las que corría el vino y los cortesanos reían, bebían y sucumbían a la magia de Simon.

Ceridwen se enderezó, aturdida. Tenía que dar una señal… para algo. Para que empezara el banquete, tal vez… pero no, de eso siempre se había encargado Simon. A él le encantaba anunciar nuevas festividades a la gente.

Se acomodó y giró hacia la tienda que él siempre levantaba en medio del salón…

No estaba.

En el balcón, Angra le hizo una seña a alguien que estaba detrás de él, y Theron se adelantó.

Angra… matarlo. ¡Concéntrate, Ceridwen!

Avanzó un poco, con la mente obnubilada, tan cerca de la gente que sentía los latidos de sus corazones que la instaban a seguir, unidos en una meta esclarecedora: matar a Simon.

En su pecho, un grito pugnaba por salir. ¿Ella pensaba matar a su hermano? ¿Por qué haría semejante cosa?

Su mente ardía, y la magia le provocaba un cosquilleo en el cuero cabelludo con decenas de dedos diminutos pero muy decididos. La magia de Simon nunca había sido tan persistente; una vez que ella la apartaba de su mente, parecía alejarse como si la magia misma estuviera demasiado ebria para insistir.

Pero la magia de Angra era decidida, y densa, y cálida. Envolvía su cuerpo como un capullo, esperando alguna ventanita de debilidad por la que pudiera entrar. Le susurraba al oído palabras cargadas de miel: ¿Qué quieres tú, Cerie?

Nunca le habían preguntado eso.

¿Quieres estar con los cortesanos? Siempre quisiste ser como ellos, que pueden olvidar sus penas con tanta facilidad y entregarse a poderes superiores, poderes que saben más…

Ceridwen se dio vuelta y se topó con otra persona: uno de los yakimíes que habían ido con ella, el líder al que Jesse había tenido que doblegar. Lo acompañaba uno de sus soldados, y la miraban con el ceño fruncido.

—No diste la señal —gruñó el líder.

Ceridwen se acercó a él.

—¿La señal? —preguntó, en voz baja por el silencio que reinaba en el salón. Solo una voz se oía, pronunciando una especie de discurso—. ¿Dónde está Simon?

—Yo tenía razón —el Yakimí meneó la cabeza; sus labios se corrieron y dejaron sus dientes al descubierto—. Eres débil, y debería haberte matado hace mucho tiempo… esta misión debería haber sido mía. ¡Esta victoria será para Yakim! ¡No eres apta para liderarnos! ¡Nunca debimos confiar en ti!

Su compañero desenvainó la espada.

—¡Mereces la muerte!

Se lanzaron hacia ella, con armas cortantes y puños duros como piedras. Ceridwen esquivó sus golpes solo gracias al desinterés que le provocaba el aturdimiento.

Los yakimíes me atacan. ¿Quién les dio armas a los esclavos? ¿Dónde está Simon?

La gente se abrió, aterrorizada, empujándose unos a otros hacia aquí y allá en busca de las salidas, y los soldados intervinieron. En el caos repentino, la magia de

Angra pareció disiparse en la mente de Ceridwen.

Angra… Ella no había dado la señal para el ataque. Angra seguía vivo, esperando que alguien lo matara, igual que cuando ella había intentado matar a Simon en Rintiero.

Pero esta vez no vendría nadie más a corregir los errores de Ceridwen.

Había fallado. Otra vez.

Ceridwen gritó, pero no por la amenaza de los yakimíes que la atacaban.

No tendría perdón. Simon estaba *muerto*.

Entonces se le ocurrió algo. Un recuerdo desdibujado de un tiempo sin dolor, uno de sus únicos recuerdos felices: Jesse, en el campamento de refugiados, hablando de volver a empezar.

El propio odio de los yakimíes los llevaba a atacarla, y la magia de Angra los cegaba a cualquier amenaza que no proviniera de la princesa de Verano; por eso no se inmutaron cuando el salón se llenó de soldados cordellanos, que les clavaron sus espadas en la espalda. Ceridwen se lanzó hacia el primer cordellano, pero este la derribó. Se deslizó por el suelo y fue a dar contra una mesa que se había volcado en el tumulto de la gente, y su cuerpo rebotó, fláccido.

Había regresado a Juli para detener a Angra… y no había hecho otra cosa que abrir más heridas.

Una ráfaga helada enfrió el aire abrasador del salón. Ceridwen no alcanzó a hacer más que notarlo (¿Frío en Verano? ¿Meira?) hasta que unas manos la levantaron.

—Ceridwen… —dijo Meira, pero se interrumpió al ver que Ceridwen no podía hacer otra cosa que mirar el suelo. Uno de los inverneños que habían ido con ella desde el campamento la sostuvo—. Sácala de aquí —le ordenó Meira, y empezaron a avanzar con dificultad hacia la puerta mientras más ráfagas de hielo se oponían al calor del salón.

—¿Crees que la haya afectado la magia de Angra?

—De ser así, estaría… haciendo algo, ¿no?

—¿Está herida? ¿La golpearon en la cabeza?

Meira se arrodilló frente a ella. Tenía el rostro manchado de tierra, y el sudor formaba una pasta con la arena y la suciedad de aquel pasaje secreto. A Ceridwen no le había sorprendido en absoluto que su grupo hubiera encontrado ese túnel, que anteriormente había sido un desagüe, aún tapiado; había sido una manera fácil de entrar al palacio sin ser vistos, por la bodega subterránea.

Echó un vistazo alrededor, para ver quién estaba allí y quién no. Meira, un nuevo grupo de inverneños, el general William y Henn; ninguno de los yakimíes; dos de sus veranenses. Uno de ellos era Lekan, y Ceridwen cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas ardientes de alivio de que él hubiera logrado salir.

Santas llamas, ¿qué habría hecho ella si Lekan hubiera muerto por su culpa?

—Ceridwen —dijo Meira—. ¿Qué pasó?

No parecía enojada.

Debería estarlo.

Cinco muertes era el saldo de aquel plan fallido. Algunos de los inverneños de Meira también estaban heridos: uno tenía un corte profundo en el brazo; otro, en la frente; Henn había recibido una estocada en las costillas mientras ayudaba a Ceridwen a salir del salón. Una sola farola dibujaba sombras en sus rostros sucios, y todos aguzaban el oído por si alguien se acercaba.

Y todo porque Ceridwen se había dejado cegar por la culpa.

Apoyó con fuerza la cabeza contra la pared, y la piedra áspera casi le perfora el cráneo.

—Lo siento —murmuró.

Meira cayó de rodillas.

—No te preocupes.

—¿*No*? —exclamó uno de los inverneños, un muchacho que estaba vendándole el brazo al que tenía un corte.

—Phil —lo reprendió el herido, y el muchacho bajó la cabeza, aún enojado.

Meira seguía mirando a Ceridwen, como si la misión no hubiera sido un desastre, como si no estuvieran rodeadas por heridos.

—¿Qué pasó?

Con tan solo oír esa pregunta, las lágrimas de Ceridwen se derramaron; se pellizcó el puente de la nariz y su rostro se contorsionó para contener un grito.

—La magia de Angra —respondió—. Me afectó…

—¿Cómo? —insistió Meira.

Debería haberlo esperado. Les debía toda la verdad: por qué ella, que debería haber sido la más capaz de resistirse a la magia, había caído. ¿Había sido por su propia debilidad, o por la fuerza de Angra?

—Debería haber estado Simon —gimoteó— aquí esta noche. Y detesto pensar eso, pero preferiría que estuviera vivo para poder seguir peleando con él, a…

No pudo completar la frase por el sollozo que le apretó la garganta. Cuando pasó, bajó la mano, con la vista empañada.

—No sé cómo seguir —dijo—. No sé cómo perdonarlo si no está aquí. *Lo odio…*

Meira se quedó escuchándola, mientras todos esperaban. El silencio de los demás hizo reír a Ceridwen, nada menos, y entre lágrimas rio con desgano.

—Y lo arruiné todo —concluyó, con las palmas de las manos hacia arriba, porque ¿qué más podía decir?

—No lo arruinaste todo —le aseguró Meira, pero fue una frase tan vacía como su sonrisa—. Angra le dio a Theron algo que estoy buscando… esas llaves. Si las consigo, puedo derrotar a Angra, y ahora sabemos quién las tiene.

—Angra le entregó las llaves a Theron antes de que reveláramos nuestra presencia —William se inclinó hacia delante—. Era parte de su plan. Asegurarse de que se corriera la voz de que las tiene Theron.

Todos oyeron las palabras que no pronunció. *Es otra trampa*.

La expresión de Meira no se alteró.

Ceridwen la miró a los ojos.

—Estaremos más preparados. La próxima vez… no fallaré.

Meira meneó la cabeza.

—Debemos hacer lo posible para asegurarnos de que nadie falle la próxima vez.

Era mucho más de medianoche cuando salieron del pasaje secreto, que terminaba justo fuera de los muros del palacio, en un callejón que parecía más bien un basural. Esto les pareció muy apropiado, ya que salieron a la noche cubiertos de suciedad, sangre y fracaso.

Juli había cambiado. La tensión que predominaba en la ciudad y la mantenía en silencio y casi vacía cuando habían llegado parecía haberse acentuado. Había trifulcas en las tabernas, riñas de grupos adversarios en las calles; se oían gritos por todas partes, que pedían ayuda y reverberaban de un modo que hacía imposible identificar de dónde provenían. Calle abajo, había soldados patrullando, que irrumpían en las casas y exigían a los residentes que entregaran a la reina de Invierno.

Ceridwen iba con la cabeza gacha, los músculos tensos, encabezando al grupo maltrecho en su salida de Juli. Podían quedarse y tratar de ayudar donde pudieran, pero sin duda la Decadencia de Angra causaría dos problemas más por cada uno que resolvieran.

Ceridwen se mordió los labios e inhaló por última vez los olores de la ciudad. Madera empapada en calor, sudor amargo, vino intenso, la aspereza de la arena en cada inhalación.

Estaba marchándose. Pero volvería, y compondría Verano… y quizás, al hacerlo, hallaría también una manera de componer su relación con Simon.



Meira

Solo cuando salimos de Juli se asienta en mí todo el peso de lo ocurrido.

El grupo de Ceridwen dejó sus caballos en un establo abandonado al sur de la ciudad. Ahora hay cinco caballos sin jinetes, que sirven para transportarnos a mí y al Deshielo, que montan de a dos, ya que no tenemos caballos propios. Mather monta detrás de mí y se acomoda, con los brazos relajados rodeándome la cintura. Nadie menciona cómo los jinetes originales de esos caballos quedaron atrás, cadáveres ya a disposición de Angra. Pero veo que Ceridwen observa los caballos mientras nos ponemos en marcha, con ojos empañados en la penumbra.

En una caravana sombría como una procesión fúnebre, ponemos rumbo al este, hacia el único estacional en el que Angra aún no ha podido infiltrarse: Otoño.

Angra contaba con que estuviéramos en Juli. Si nos tendió una trampa allá, ¿sabría también que intentaríamos ir a Otoño?

No planteo la pregunta. No importa. Haré lo que hay que hacer.

Buscaré el modo de conseguir esas llaves sin tener que matar a Theron.

Al caer la tarde, el sol ilumina una larga franja de algo en el horizonte: árboles. Y no los árboles muertos, flacuchos de Verano, sino otros más robustos, cargados de hojas rojas y amarillas. Debajo de ellos hay pastos verdes y malezas pardas enredadas. Es una gama de colores que me alegra tanto ver que llego a emitir un gemido.

Cuando nuestros caballos entran al bosque de Otoño, el aire me envuelve en una frescura que, en comparación con Verano, me hace sentir como si me hubieran sumergido en una tina con hielo.

Ceridwen detiene su caballo en un pequeño claro.

Señalo con la cabeza hacia el interior del bosque.

—Deberíamos buscar agua —sugiero—. Reponer nuestras provisiones antes de que…

Pero Ceridwen no está mirándome. Entorna los ojos hasta que parecen ranuras, mirando por encima de mi hombro con el ceño fruncido, y luego saca una daga del cinturón.

Es toda la explicación que necesitamos. Mather desenvaina una espada; el Deshielo saca sus armas; Sir, Henn y los veranenses que quedan del grupo de Ceridwen se dan vuelta en sus monturas, buscando el origen del ataque.

Pero no es un ataque; al menos, no inmediatamente.

Ubico mi caballo de frente hacia lo que está viendo Ceridwen. Mather presiona su cuerpo contra mi espalda, blandiendo la espada por delante en mi defensa. Yo había pensado que el calor de Verano me había agotado la adrenalina, pero surgen nuevas energías y mis músculos se preparan para pelear.

Un hombre sale de entre los árboles. Es otoñés; sus ojos oscuros resaltan contra su tez cobriza uniforme, y lleva el cabello negro como la noche recogido en un nudo crespo. Tiene una armadura de placas gruesas de cuero, y sus armas tienen la simple mezcla de madera y metal tan característica de Otoño: la naturaleza en sus formas más puras y letales. Lo siguen más guerreros, que van apareciendo entre los árboles que nos rodean, algunos a caballo y otros, como el primero, a pie.

El hombre me mira y flexiona la mano contra la empuñadura de una lanza.

—¿Reina Meira?

No abro la boca. Mi caballo raspa el pasto con las patas al percibir la tensión.

Si los otoñeses están del lado de Angra, cualquier cosa que yo diga podría llegar a sus oídos.

Sir interviene en mi lugar.

—¿Qué buscan?

—Ha caído la oscuridad sobre Primoria —responde el hombre—. Mi rey desea saber si ha afectado a la reina de Invierno.

La expresión de Sir no cambia, pero siento que mi rostro se llena de confusión.

—¿Su rey? —insiste Sir, tal como lo habría hecho yo.

Me quedo mirando el costado de su cabeza. Sir, actuando como mi general. Así debe ser, y me resulta familiar… pero a la vez, incómodo.

El guerrero asiente.

—Caspar Abu Shazi Akbari.

El alivio permite que mis músculos se distiendan, y me relajo en la montura. Mather se crispa contra mí, y cuando me vuelvo hacia él, me mira como si hubiera perdido lo que me quedaba de cabeza. Pero Sir también se tranquiliza, me mira a los ojos y asiente.

—No lo ha dominado la Decadencia de Angra —les explico a todos—. De no ser así, no habría reconocido a Caspar como su rey. Habría mencionado a Angra.

—Entonces, ¿por qué estamos rodeados de soldados armados? —pregunta Mather.

Me vuelvo nuevamente hacia el otoñés.

—Nosotros también estamos libres de la Decadencia. Angra tampoco es nuestro rey.

El guerrero retrocede, deja que su lanza descanse sobre su hombro y levanta las manos en señal de rendición. Los demás enfundan sus armas.

—Teníamos que asegurarnos de que podíamos confiar en usted. El rey Caspar nos ha encomendado vigilar la frontera. Recibimos órdenes de estar alertas a su llegada,

pero nos dijeron que había ido a Juli… un viaje así, tan cerca de Angra, podría haberla envenenado con su magia.

Eso me sorprende.

—¿Sabían que vendríamos? ¿Cómo?

El guerrero sonríe.

—Caspar recibió noticias suyas de varios cientos de refugiados.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Se encuentran bien? ¿Dónde están?

El hombre vuelve a sonreír.

—Mi rey podrá responder esas preguntas. Desea hablar con usted cuanto antes —inclina la cabeza—. Si le parece, reina Meira, la llevaré a la corte de Otoño.

Mientras entramos a Otoño, el guerrero me explica que los cordellanos apostados en Oktuber se volvieron contra los Akbari poco después de enterarse de la traición de Theron. La corte logró escapar y reagruparse con la mitad de sus fuerzas militares en la parte sur del reino, en las estribaciones de los Klaryn, con lo cual nuestro viaje se prolongaría un día y medio más.

Cuando al fin mi caballo rodea un último álamo y percibo en el aire un aroma a humo de fogata, suspiro aliviada. A pocos pasos de allí, hay un grupo de guerreros otoñeses en un sendero angosto, lanzas en mano, espadas a la cintura, los pechos cubiertos por armaduras de cuero que les llegan como faldas plisadas hasta las rodillas. Se dan vuelta, alertas.

—¿Más refugiados? —pregunta uno de los soldados que está de guardia. Señala a su derecha—. Armaron campamento cerca de…

Se interrumpe y vuelve a mirarme. Mi chakram, mi relicario.

Se pone tenso.

—Reina Meira.

Sonrío, y los últimos vestigios de mi preocupación desaparecen.

Han abierto su reino a nuestros refugiados, que sin duda siguen llegando como nosotros, conformando un grupo unido de oposición a Angra, en lo profundo del bosque de Otoño. Hasta el rostro estoico de Sir se relaja ligeramente, y lo descubro observándome con un esbozo de sonrisa. En ese momento, casi alcanzo a ver nuestro pasado en su rostro: la última vez que estuvimos en Otoño fue hace años, cuando subsistíamos como nómades para escondernos de Angra. Ahora aquí estamos, entrando a Otoño como aliados.

Han cambiado muchas vidas en lo que parecen haber sido segundos.

Lo miro con la cabeza ladeada y él se endereza, y sigue camino sin decir una sola palabra.

El grueso del campamento de Otoño comienza con algunas tiendas anaranjadas y marrones que se camuflan con los tonos terrosos del bosque. Cuanto más cabalgamos, más frecuentes se hacen las tiendas hasta que aparecen cuadras, calles dispuestas meticulosamente, tiendas apiñadas en zonas de mercado, barracas y casas

angostas. Vemos también más personas, principalmente guerreros, hombres y mujeres que afilan armas, montan guardia o comen sentados a mesas cortas a lo largo del camino.

Nos detenemos justo frente a una tienda grande de color rubí. Desmonto, observando los motivos complejos bordados en la tela, las hojas que caen de los árboles y las fogatas encendidas.

Cuando el guerrero que nos trajo se acerca a la tienda, se oyen ruidos adentro.

—Shazi, espera…

El sonido de algo que se cae, el chillido de una criatura.

Río. Al menos esta guerra no ha apagado el espíritu de la princesa de Otoño.

La entrada de la tienda se abre, empujada por unos puños diminutos.

—¡MEI-DA! —grita Shazi, y no distingo si está contenta o dolorida. Se lanza hacia mí y me rodea la cintura con sus bracitos. No puedo sino abrazarla y volver a reír.

Nikoletta sale volando de la tienda, dispuesta a correr detrás de su hija probablemente por décima vez en el día. Apenas me ve, sus ojos pardos se iluminan, y luego mira a Mather, Ceridwen, Sir, y al grupo maltrecho que nos rodea.

Shazi se aparta.

—¡Mami! ¡Mei-da!

Nikoletta se acerca a toda prisa. Al principio no dice nada; simplemente me abraza y me hunde contra el terciopelo púrpura de su ropa, y siento el aroma a leña que se desprende de ella.

—Nos enteramos de cosas terribles —murmura—. Mi hermano… y Theron… y nos dijeron que habías ido a Juli…

Su voz se apaga, y no puedo evitar pensar que está abrazándome porque lo necesita, no solo porque se alegra de verme con vida. Yo también la abrazo.

—Lo siento mucho —susurro, y detesto tener que decir eso tantas veces.

Nikoletta se aparta. Tiene lágrimas en los ojos, y mientras sale más gente de la tienda que está a su espalda, sus rasgos se destacan. Su cabello dorado y su tez pálida, en contraste con los colores oscuros de Otoño, la revelan más aún como cordellana, como la hermana de Noam, la tía del último juguete de Angra.

Alza en brazos a Shazi, que aferra el anillo que lleva colgado al cuello con una cadena.

—¡Fuete, Mei-da! —exclama Shazi alegremente—. ¡Fuete!

Sonrío.

—Sí, fuerte, Shazi.

Hace unos gorjeos y hunde la carita en el hombro de Nikoletta.

Caspar emerge entre los cortesanos y se detiene junto a su esposa, con ojos llenos de una severidad que me hace estremecer.

—Tu guerrero me informa que no te has aliado con Angra —digo, y siento que mi grupo se me acerca mientras formulo la pregunta que viene dando vueltas en mi

mente desde que entramos a Otoño—. Pero ¿qué planes tienes?

Caspar inclina la cabeza.

—Ahora que estás aquí —responde—, nuestro plan es derrotarlo.

Ya se me ha vuelto instintivo verificar si se acerca algún enemigo e interponer una barrera, y tras recorrer con la mirada el perímetro del campamento, puedo concentrarme en la reunión que me espera.

El recinto principal de la tienda es un rectángulo grande, rodeado por montones de tela, pilas de almohadones y alfombras polvorientas desenrolladas en el suelo. El incienso suelta volutas de humo que ascienden y giran en el techo. El aire está fresco, por lo que puedo respirar con facilidad.

Contengo esa inhalación, disfrutándola. Tenemos aliados; estamos escondidos en uno de los pocos reinos que Angra todavía no domina por completo. Hasta sabemos dónde están las llaves, para el siguiente paso en esta guerra.

Todo podría salir bien.

Mather y Hollis están de pie en el rincón; el resto del grupo fue enviado a colaborar con nuestros refugiados. Aparentemente, el Deshielo se autodesignó mi guardia personal y se turnan para custodiarme… y cuando Mather me sonríe desde su puesto, donde está conversando con Hollis, descubro que no me molesta.

Tanto Mather como Hollis cambian de posición cuando se levanta una de las cubiertas de la entrada de la tienda y entra Sir. Al instante, Mather gira hacia él, y hasta que noto su ansiedad no reparo en que yo misma estoy reaccionando del mismo modo.

—No tuvieron problemas para llegar aquí —dice Sir—. Los refugiados se dividieron en tres grupos. El último todavía no llegó, tardará unos días más.

Trago en seco. El recuerdo de Ceridwen es intenso: cómo nunca tuvo la oportunidad de componer su relación con Simon.

Debemos hacer lo posible para asegurarnos de que nadie falle, dije antes.

Me froto el pecho, distraída, con los labios apretados.

—Podemos ir por ellos —propone Mather—. Acompañarlos para que lleguen a salvo.

Sir asiente.

—Iba a sugerir lo mismo —su atención se vuelca hacia mí, con una clara expresión de duda—. Si mi reina lo desea.

Casi lanzo una carcajada. ¿Así hemos estado actuando? ¿Siempre resultó tan absurdo?

Le sonrío a Sir. Una sonrisa genuina, normal, como las de antes.

—Por supuesto. ¿Quién iría?

El rostro de Sir no deja entrever nada de lo que pueda estar pensando.

—A ti y a mí nos necesitarán aquí para cualquier decisión que haya que tomar. Estaba pensando en enviar a Henn, junto con…

—Podríamos ir nosotros —ofrece Hollis—. Algunos de los del Deshielo, al menos… Si es importante para nuestra reina, nos corresponde.

Sir lo piensa y luego asiente. Las mejillas de Mather se tiñen de rosa, con un orgullo que lo hace enderezar los hombros.

—Los enviaré apenas terminemos aquí —dice Mather.

Como si hubieran estado esperando el momento preciso, vuelve a abrirse la entrada de la tienda e ingresan Caspar y Nikoletta. Momentos después, se nos unen Ceridwen y Jesse, Dendera, Henn: representantes de cuatro reinos, líderes de los ejércitos de dos. Y medio. Si se puede contar siquiera como ejército a nuestros pocos cientos de soldados inverneños, yakimíes y veranenses.

Caspar recorre el recinto con la mirada. Sus ojos pasan de Mather a Sir, de Dendera a Henn, como si pudiera ver los puntos fuertes y débiles de cada uno escritos claramente en sus frentes. Cuando llega a mí, tenso la espalda para no acobardarme.

—¿Cuál fue la última noticia que tuvieron de las conquistas de Angra? —pregunta, sin rodeos.

—Además de Primavera, ahora tiene a Ventralli, Verano, Invierno y Cordell —respondo.

Separo mis emociones de mis palabras y hablo en voz baja y dura. Porque no me detengo allí; ya pasé demasiado tiempo sin contarle a nadie la verdad de nuestra guerra.

Explico lo que es Angra ahora, un portador de la magia de su Conducto Real además de la Decadencia, y de qué modo esa magia va a expandirse desde Angra y a infectar a cada ser vivo de Primoria hasta que todos sean esclavos del miedo y de sus deseos más oscuros. Les cuento que yo también soy portadora de la magia de Invierno, y que Invierno y Cordell descubrieron la entrada del barranco mágico. Nikoletta se sorprende mucho al enterarse de que encontramos la entrada, pero a Caspar no se le mueve un músculo, ya sea porque no le importa o porque ya lo sospechaba. Les hablo de las llaves que necesitamos para abrirla y del laberinto de las tres tareas que construyeron los paislianos.

Y luego respiro hondo.

—Una vez que logre atravesar el laberinto y llegar al barranco de magia, puedo derrotar a Angra —digo—. Pero al hacerlo, no solo despojaré a Angra de la Decadencia… también el mundo quedará despojado de magia.

Caspar es el primero en entender, y me mira sorprendido.

—¿Tenemos que destruir toda la magia? —pregunta—. ¿Por qué? ¿No podemos matar a Angra y ya?

Me encojo de hombros con desgano.

—Yo soy la única persona que podría acercarse siquiera a hacer eso… pero no se podría garantizar que su muerte fuera a poner fin a la Decadencia, y ¿cuántas vidas se perderían en el intento? De esta manera, es definitivo. Con esto sí se acabará su reinado.

—¿Cómo es que esto es definitivo? —pregunta Caspar. No está a la defensiva; simplemente tiene curiosidad, aunque la expresión de Nikoletta es más bien de horror.

—Yo… —empiezo a responder, pero luego me doy cuenta de que les parecerá una locura—. Mi magia… me lo mostró, en cierto modo. El propósito de la magia de conducto es proteger su tierra… y yo busqué ayuda en la mía. Le pregunté cómo salvar a todos. Ni siquiera los paislianos sabían de otra manera, y ellos llevan mucho más tiempo que nosotros buscando formas de deshacer la magia.

—Entonces, ¿esas son nuestras dos opciones? —pregunta ahora Nikoletta—. ¿O peleamos contra Angra tal como está, con la esperanza de poder derrotarlo con las armas… o, según te dijo tu conducto, debemos destruir toda la magia?

Hago una mueca y asiento. En la tienda reina la aprensión. La idea de un mundo sin magia no es algo en lo que muchos hayan pensado, y mucho menos la idea de pedir ayuda a un conducto. Aquí hay solo otros tres monarcas además de mí: Ceridwen, el rey de Otoño y Jesse. Ceridwen no es del sexo indicado para usar el conducto de Verano; a Jesse, su conducto ya no le sirve, desde que Raelyn lo rompió en Rintiero y Jesse, esencialmente, se lo permitió; y en Otoño, llevan generaciones sin poder usar su conducto. Para ellos no sería una diferencia tan grande si no hubiera más magia en el mundo. Y todos han experimentado ya cómo se expande la amenaza de Angra; quizá no les parezca tan descabellado pedirle ayuda a un conducto.

De hecho, Caspar parece casi a punto de concordar conmigo. Pero no es él quien habla.

—Todos hemos visto a la magia hacer cosas mucho más misteriosas que prestar ayuda en caso de necesidad —dice Sir. Se cruza de brazos, y su postura indica a los presentes que espera que le presten atención—. No me parece que la decisión sea muy difícil. Todos hemos sido víctimas de la destrucción de Angra: los otoñeses fueron expulsados de su propia ciudad; los refugiados que tenemos aquí fueron desplazados de sus hogares; hemos perdido a familiares y amigos. Hay que detener a Angra. Cueste lo que cueste.

Hay un momento de silencio, y luego la tienda se va llenando de murmullos de asentimiento, primero de Caspar, Ceridwen y Jesse.

Miro brevemente a Sir, que me devuelve la mirada, fija. Inclina la cabeza.

Se me estruja el corazón, aplastado por la devoción de Sir y sus últimas palabras.

Cueste lo que cueste.

No les expliqué con exactitud lo que tengo que hacer para destruir la magia. Y no lo haré, mientras pueda evitarlo.

—Ahora sabemos quién tiene las llaves —prosigo, sin demorarme en el tema—. Angra se las entregó a Theron cuando estábamos en Juli. Esto nos plantea una serie de problemas: él *quiere* que sepamos que Theron tiene las llaves, porque espera que intentemos quitárselas. Lo cual tenemos que hacer. Tenemos que encontrar el modo de acercarnos a Theron.

Cuando termino, Caspar tiene la mano en el mentón y los labios fruncidos con aire pensativo.

—De acuerdo. Podemos trabajar con eso.

—¿Qué tienes en mente? —le pregunto.

Quien responde es Nikoletta.

—Según nuestros espías, Angra dividió los ejércitos que tiene apostados en Invierno; envió la mitad a fortificar Jannuari, y la otra mitad, a aumentar la custodia de la Mina Tadil. Lo cual ahora resulta lógico: está asegurándose de que no puedas acceder fácilmente a la entrada. En este momento, el ejército de Primavera está marchando hacia Invierno; los ventrallinos están embarcándose, y todas las misivas que interceptamos en Verano mencionaban que sus propios ejércitos estaban aprontándose para partir. Por eso sospechamos que está enviándolos a todos a Invierno, para concentrar allí su poder.

Quedo boquiabierta. La última vez que Angra tomó Invierno, al menos dejó nuestro reino vacío. Ahora, en cambio, tiene recursos infinitos, y sabe que la única manera de detenerlo está debajo de mi reino.

Era obvio que la batalla final contra Angra se libraría en Invierno.

—O sea que nosotros también debemos concentrarnos en Invierno —digo—. Pero no querrás atacarlo directamente, ¿verdad?

Caspar me mira a los ojos.

—Tal vez no.

Nikoletta se vuelve hacia él.

—¿Y qué propones? ¿Que le permitamos reunir a todas sus fuerzas?

Con una ceja arqueada, Caspar sonríe.

—Sí.

—¿Qué? —pregunto, con el ceño fruncido.

—Tenemos que dar por sentado que Angra va a prever todo lo que planeemos; pero si contamos con que nos lleve ventaja, quizá podamos manipular el resultado. Una vez que los ejércitos de Angra se hayan reunido, si revelamos nuestra posición, él sabrá que estamos tratando de hacerlo salir con nuestras propias condiciones. Es un riesgo, pero creo que Angra vendrá en persona y dejará que Theron se ocupe de ti, pensando que usarás la batalla como distracción para acceder a las llaves del laberinto. Será una trampa, pero aun así podemos controlar en qué momento y de qué manera suceda.

Cavilo sobre el plan de Caspar hasta que el silencio me indica que todos están haciendo lo mismo. Por eso, cuando hablo, sé que estoy sumándoles una preocupación más.

—Y si me presento como líder del ejército, es seguro que el mismo Angra vendrá por nosotros.

Nikoletta frunce el ceño.

—¿Y a quién enviaríamos a buscar las llaves?

—Si Angra está ocupado con la batalla, puedo usar mi magia para trasladarme a mí y a algunos inverneños adonde sea que esté Theron y volver a la mina en cuestión de minutos —veo a Mather contra la pared de la tienda—. Mather y el general William me acompañarán; le quitaremos las llaves a Theron, e iremos al instante a la Mina Tadil. Siendo un grupo pequeño, tal vez hasta podamos conseguir las llaves y salir antes de que lleguen a tendernos alguna trampa.

—¿Dónde crees que vaya a estar Theron? —me pregunta Mather, inexpresivo.

Caspar le responde.

—Enviaremos exploradores para que lo localicen. Aunque sospecho…

—En Jannuari —digo, como desde lejos, en voz baja—. Angra lo pondrá en Jannuari.

Si en verdad Angra planea usar a Theron en mi contra, lo pondrá en el lugar que más me va a afectar: en el corazón de mi reino.

No aparto los ojos de Mather. Esta no es una misión sencilla. Es todo por lo que vengo trabajando desde el primer momento en que supe de la guerra entre nuestros reinos: la derrota de Angra.

Por un momento, me vienen a la mente Rares y Oana, y casi le pido a Caspar que envíe un explorador a Paisly. Pero en el tiempo que tardaría en llegar allá y regresar, la guerra pasaría y terminaría, con el resultado que fuera.

Me estremezco. Todo está sucediendo demasiado rápido, y a la vez demasiado lentamente.

Me doy vuelta hacia Caspar y Nikoletta y luego le echo un vistazo a Ceridwen. Es su gente la que más va a sufrir con todo esto, y aunque no sé cuántos guerreros tiene Otoño en este campamento, sí sé que no alcanzan para ganarle a Angra.

—Apenas se destruya la magia, Angra dejará de tener poder —les aseguro, sin poder disimular el ruego en mi voz—. Encontraré las llaves e iré al barranco lo más rápido que pueda. Les prometo que no tendrán que repelerlo demasiado tiempo; haré que esta batalla sea lo más breve posible.

Y que haya la menor cantidad posible de muertes.

Esa idea me golpea. Va a morir gente por esto. Por *mí*.

Caspar me apoya una mano en el hombro.

—Esta guerra nos pertenece a todos. Todos sabemos bien lo que pasará si no nos oponemos a Angra. Estás cargando demasiado peso tú sola.

Casi me derrito ante su consuelo. Pero asiento, doy un paso atrás y tanteo el dobladillo de mi camisa. A esta altura, las hebras están pegoteadas por la suciedad, y la distracción me da algo fácil en qué pensar.

—Esperaremos hasta que las fuerzas de Angra se reúnan en Invierno —confirmo —. Mientras tanto, ¿podemos pedirles algunas provisiones?

—¡Ah! Por supuesto.

Nikoletta les hace señas a algunos sirvientes que están cerca de la entrada, y cuando salen, los sigo. Creo que nadie esperaba que saliera de la tienda, pero se han

dado las órdenes, se tomaron las decisiones, y no soporto quedarme a comentar noticias viejas o desmenuzar nuestras estrategias.

—Iré contigo a Invierno, tonta. No solo tengo que redimirme, sino que no dejaré que ustedes tres vayan solos.

Ceridwen se me pone a la par mientras los sirvientes se dirigen a una tienda que está del otro lado del claro. Mientras buscan las provisiones adentro, la miro.

—Te llevaría si pudiera, créeme, pero para esta misión, necesito poder usar mi magia con todos. Además, necesitaremos líderes como tú en la batalla.

—No me quedaré aquí sentada mientras tú te vas a derrotar a Angra. Él también ocupó mi reino.

A Ceridwen se le quiebra la voz. Su angustia es una oleada caliente y palpitante que emana su cuerpo.

—Lo sé —respondo. No se trata de contener mis sentimientos de debilidad; se trata de elegir lo que va a fortalecerme y no lo que va a quebrarme, y ahora, en este momento, necesito desesperadamente ser fuerte—. Por favor, no discutas esto —se me cierra la garganta—. Anda… ve a pasar tiempo con Jesse. Esta guerra no ha terminado de quitarnos a los nuestros.

Ceridwen se me acerca más.

—Bórrate esa expresión ahora mismo.

Me aparto.

—Esa expresión que dice que no crees que vayas a sobrevivir. Porque si no crees que vas a sobrevivir, *no lo harás*. La muerte encuentra a quienes la reciben de brazos abiertos.

Sus palabras me aprietan más aún el nudo que siento en el pecho. Me aparto de ella y extiendo la mano hacia la tienda.

—Los sirvientes ya habrán…

Ceridwen me aferra el brazo y me retiene.

—No digo que no sea natural sentirse así. Cualquier soldado se preocupa por ello todo el tiempo. Pero no dejes que te consuma.

—*No dejo* que me consuma —replico, enojada—. No tienes idea de lo que habrá que hacer para terminar con esto. Yo, sí. Sé exactamente lo que tiene que pasar, así que no me des sermones sobre cómo manejarme. Estoy haciendo lo mejor que puedo, Ceridwen. Apenas puedo evitar quebrarme.

Me suelta el brazo. Me paso una mano por la cara, y cuando vuelvo a mirarla, veo otra vez aquel enojo, y un toque de dolor que me demuestra a las claras cómo le grité.

Me ablando un poco. Se abre la tienda principal, y salen Sir, Dendera… Mather.

Se me desinfla el pecho.

—No es la primera vez que te preocupa no salir con vida de una batalla.

Ceridwen asiente brevemente.

—¿Alguna vez tuviste miedo de…? —la pregunta no llega a salir de mi boca—. ¿Alguna vez tuviste miedo de lo que eso le haría a tus seres queridos? ¿Alguna vez

trataste de… no sé, de poner distancia para que no fuera tan doloroso?

Ceridwen no responde enseguida, y cuando la miro, separa los labios.

—Llegué a ser una experta en poner distancia —dice—. Más que nada, porque tenía miedo. Pero después de todo esto, llegué a entender las cosas de otra manera. Y… —Sus ojos se desvían al campamento que nos rodea—. Y es ridículo, todas estas barreras que ponemos. No estamos lastimando a nadie más que a nosotras mismas. Todos los que estamos en esto sabemos que, en cualquier momento, podría llegar Angra y borrar todo de una sola vez. ¿Crees que aquellos a quienes amamos serían más felices si los apartáramos? Santas llamas, *no*. Cada momento que tenemos es un momento más que nadie puede quitarnos.

Vuelvo a mirar a Mather; está hablando con los integrantes de su Deshielo justo frente a la tienda principal, sin duda ordenándoles a algunos que vayan con Henn a escoltar al último grupo de refugiados. Cuando percibe que estoy mirándolo, sus ojos vuelan a los míos, e incluso a varios pasos de distancia, su sonrisa desata una tormenta deliciosa en mi cuerpo.

Ceridwen sigue mi línea de visión y vuelve a mirarme con una sonrisa conocedora, que se transforma en algo serio, una nostalgia ausente que surge de lo profundo de su propia vida.

—Solo lamentarás el tiempo que tardaste en decidirte —dice.

Eso me lleva a mirarla con una sonrisa inquisitiva.

—¿Y tú? ¿Ya te decidiste?

Porque la última vez que la vi, estaba desconsolada por haber terminado con Jesse. Pero en su campamento de refugiados habían pasado tiempo juntos; ¿se habrían reconciliado desde entonces?

La sonrisa lenta y sorprendida que esboza me da la respuesta.

Ríe de sí misma, y se lleva las manos a los ojos, que de pronto se le pusieron brillantes.

—¡No lo sé! No lo sé. Solo sé que yo… —Ceridwen se encoge de hombros y vuelve a reír—. Lo amo. Y eso es todo.

—Ventralli y Verano —mi sonrisa es como un eco de la suya—. Podría funcionar.

Pone cara de exasperación.

—Créeme, no es así como pensé que uniríamos nuestros reinos… cuando ninguno de los dos tiene ya un reino en realidad. Pero…

Mis ojos se dilatan.

—¿De veras piensan unir sus reinos? ¿Quieres casarte con él?

Las mejillas de Ceridwen se tiñen de rojo, pero le quito importancia.

—Lo siento… es maravilloso, Cerie. De veras.

—Gracias —se recupera—. Me alegro de que mi fracaso amoroso les sirva a otros.

—Yo no hablaría de fracaso —señalo hacia la tienda principal—. Jesse está aquí. Te eligió. Y eso es algo que vale la pena celebrar.

Ceridwen lo piensa un momento, luego frunce la nariz y sonríe.

—Supongo que debería seguir mi propio consejo, ¿verdad? Sí vale la pena celebrarlo.

Ladeo la cabeza, y mi sonrisa pícara regresa.

—¿A qué te refieres?

Pero menea la cabeza cuando vuelven los sirvientes, con los brazos cargados de cosas.

—Por aquí, Alteza —dicen, y se dirigen hacia la fila más cercana de tiendas.

Ceridwen regresa corriendo a la estructura principal. Yo sigo a los sirvientes, caminando en retroceso, entre observándola y observando a Mather, que se dirige al límite occidental del campamento con su Deshielo. Esta vez no ve que estoy mirándolo, y mis ojos lo recorren, memorizando las decenas de detalles que le he notado durante años. El modo en que baja los hombros cuando está conversando seriamente; cómo se le arruga el lado izquierdo del puente de la nariz cuando frunce el ceño; la crispación nerviosa que tiene cuando piensa, un músculo que se le estremece de pronto en la mandíbula.

«Solo lamentarás el tiempo que tardaste en decidirte».

Justo antes de doblar por una hilera de tiendas, Mather me mira por encima del hombro. Le sonrío.

Mather vacila. Hay algo en sus ojos que me hace liberar más mis sentimientos, como si él notara la diferencia en el modo en que le sonrío. Phil le dice algo, y Mather parece necesitar un esfuerzo físico para apartar de mí sus ojos curiosos.

Esta guerra terminará con mi muerte, pero por ahora, estoy viva. Y Mather está vivo. Y estamos aquí, en un lugar seguro por una vez, y si voy a internarme en los Klaryn y a sacrificarme voluntariamente por este mundo, lo haré sin arrepentimientos. Sabré cómo es amar, y amar con todo, sin reticencia, ni remordimientos, y sin pensar demasiado.

Tal como lo hice con mi magia de conducto… voy a aprovechar todo lo que mi vida tenga para ofrecerme.



Meira

Durante los siguientes tres días, cada minuto de cada hora se dedica a aprontar los ejércitos, acomodar a los refugiados, enviar exploradores para vigilar los movimientos de Angra y debatir estrategias de guerra hasta que todos prácticamente desfallecen por el cansancio. Los pocos momentos que puedo, recorro el perímetro del campamento y fuerzo mi magia para asegurarme de estar protegiendo a todos lo mejor posible. Duermo pocas horas y con sueño liviano, que me da apenas el descanso suficiente para pasar el día siguiente.

Nadie me pregunta lo que hago ni dice nada al ver que me quedo mirando los árboles con la mandíbula apretada. Una tarde me pregunto por esto apenas un segundo, y me basta para comprender que *todos* están bajo la misma tensión que yo. Todos saben que faltan muy pocas semanas, como mucho, para que Angra termine de reunir a sus soldados… lo cual significa que no tenemos más tiempo que ese para convertirnos en una unidad bélica con buena cohesión.

Y cuanto más trabajemos cada día, menos vidas se perderán en la batalla que se acerca.

Estos pensamientos me animan a seguir ante la fatiga, y me basta un vistazo a Nessa cantándoles canciones de cuna a los niños del campamento para mantenerme despierta. Cuando damos por terminado el día y me duelen las piernas de tanto recorrer el campamento, no necesito más que ver a Ceridwen ejercitando a sus soldados refugiados para hallar la energía para dar un paso más, y otro.

Estas tareas son infinitamente preferibles a lo que nos espera.

—¡Meira!

Me incorporo al instante, chakram en mano, y por mi otro brazo surge la magia como un manojo defensivo. Pero solo es Nessa, que salta de entusiasmo en medio de mi tienda.

—¡No vas a creer lo que está pasando! —chilla.

Bajo el chakram con un rezongo y me froto los ojos.

—¿Qué está pasando? ¿Cuánto tiempo dormí?

Pero incluso mientras lo pregunto, pienso: *no lo suficiente*.

—Desde… —Nessa mira hacia arriba mientras piensa—. Desde la medianoche. Ahora es un poco más de mediodía, y todos querían dejarte descansar, ¡pero yo sabía

que no querrías perderte esto!

Me crispo y bajo las manos. ¿Más de *mediodía*?

Logro enfocar bien el rostro de Nessa, pero mi mente adormilada se confunde aún más cuando veo la ropa que lleva puesta: satén de un color púrpura profundo con detalles dorados.

—Sé que tenemos que usar cosas que nos presta Otoño, pero eso es un poco demasiado elegante, ¿no crees? —le digo.

Nessa gira para que la falda larga se infle en torno a sus sandalias.

—¿No es hermoso? ¡Y deberías ver a Ceridwen! Parece una puesta de sol.

Alzo las cejas. Nessa levanta las manos.

—¡Cierto, perdona!

Me aferra por un brazo y me saca de la cama; mi chakram cae al suelo y mi túnica me golpetea las rodillas. Solo la sonrisa extasiada de Nessa me impide protestar mientras me lleva afuera.

Conall se aparta de la entrada de mi tienda y nos sigue; volvió a asumir su puesto como custodio mío desde que la mayor parte del Deshielo de Mather salió a escoltar a nuestro último grupo de refugiados. El lugar donde Nessa me lleva no está muy lejos, y al ver la poca gente que pasa, me siento agradecida. La reina de Invierno no debería andar por allí en poco más que un camisón.

Hay una tienda de color bermellón, sin más adornos que unas finas líneas azul marino que recorren la trama en dirección vertical. Conall se ubica afuera, junto a dos guardias otoñeses, y cuando Nessa tira de mí para que entremos, nos recibe una bocanada de agua de rosas e incienso. En el recinto angosto hay algunos biombos, baúles abiertos rebosantes de seda y satén del color de las joyas, y almohadones sobre los cuales descansan Dendera, Nikoletta, Shazi, Kaleo y su hija, Amelie.

Cuando entramos Nessa y yo, Shazi chilla de alegría y Dendera se levanta de un salto.

—¡Llegó!

En respuesta, se oye una exclamación detrás de uno de los biombos, y la cabeza de Ceridwen se asoma con tanta rapidez que apenas alcanzo a ver un destello dorado y algunos rizos rojos.

—¡Por fin! Santas llamas, empezaba a pensar que te lo ibas a perder por seguir durmiendo.

—¿Que me iba a perder qué cosa? —pregunto. Dendera levanta una pieza de satén azul hasta mi rostro, justo en el momento en que vuela un zapato desde el biombo de Ceridwen, y empiezo a pensar que debo de estar dormida—. ¿Se dan cuenta de que tenemos que prepararnos para una guerra? A menos que crean que podemos resolver nuestras diferencias organizando un baile para Angra…

Dendera me aprieta el hombro con afecto.

—Sí nos damos cuenta de que tenemos que preparar una guerra, y por eso mismo tiene que pasar esto.

—¿Qué es lo que tiene que pasar?

Vuelve a aparecer la cabeza de Ceridwen, esta vez por más tiempo. Lleva los rulos recogidos en un tocado dorado con hojas que cuelgan, brillantes, junto a sus mejillas, acentuando la pintura dorada y marrón que forma volutas en su piel morena.

—Una boda —responde, y el modo en que la respuesta sale acompañada por una risita me hace sonreír. Creo que nunca la oí reír así—. Mi boda. Con Jesse.

Vuelve a agacharse mientras Shazi arroja al aire una pieza de seda anaranjada y chilla de gozo cuando cae sobre su cabeza.

—¿Tu boda? —repito.

Dendera asiente, feliz.

—Según el último informe, a Angra aún le faltan cinco días para reunir todas sus fuerzas. Esto —señala la tienda— es necesario.

Pero entiendo a qué se refiere. Necesitamos esto. Lo necesitamos tanto como cada espada que afilamos, cada ración que empacamos, cada armadura que nos pongamos.

Cada momento de paz que logremos tener aquí nos ayudará más tarde a conservar la cordura.

Tomo el satén de manos de Dendera.

—Supongo que yo también debería vestirme, ¿no?

Sonríe y me hace pasar detrás de otro biombo.

—Te ayudaré. ¿Nessa?

Ella corre a acompañarnos. Apenas estamos detrás del biombo, entre las dos me quitan la túnica gris y empiezan a envolverme con el satén azul en un estilo que seguramente aprendieron de Nikoletta.

A esto se refería Ceridwen hace unos días, cuando dijo que debería seguir su propio consejo. Sé muy poco sobre su relación con Jesse, más allá de sus comienzos escandalosos, pero sí sé que lo ama desde hace mucho tiempo. Y aunque de esta guerra han salido muchas cosas horribles, si los obligó a superar sus diferencias y reconciliar su amor… bueno.

No se me ocurre nada mejor que una boda para contrarrestar una guerra.

Dendera y Nessa terminan conmigo en media hora, y cuando salgo, Nikoletta y Shazi ya no están; solo queda Kaleo, tendido sobre almohadones, que contempla el biombo de Ceridwen con una sonrisa despreocupada.

—¿Estás lista? —le pregunta.

—No se puede apurar el arte, papá —lo reprende Amelie desde el otro lado del biombo.

—No eres tú quien está por casarse con un ventrallino; no es necesario que hables así.

Justo en ese momento, Lekan entra a la tienda. Mira a Kaleo y luego a Amelie, que asoma la cabeza y le sopla un beso. Lekan le sonríe a Kaleo y se acomoda junto a su esposo.

—¿Ya hablas de casarla? —bromea Lekan.

Amelie ríe.

—¡Y con un ventrallino! —acota.

Imita un sonido de arcadas detrás del biombo, y Ceridwen ríe.

—Gracias por tu apoyo, Amelie. Aunque debo decir que esto sí es arte, no importa de qué reino seas.

El biombo se corre, uno de sus paneles se repliega bajo la mano de Amelie, y esta sale; la sonrisa que hay en sus ojos hace olvidar la *V* que tiene marcada en el pómulo izquierdo.

—¡Les presento a… la princesa Ceridwen!

Mueve la mano en una complicada reverencia, y el cabello negro le rodea la cara mientras gira para conformar una pequeña área de presentación.

Ceridwen apoya las manos en las caderas, y su sonrisa forma ondas en la pintura dorada que le llega hasta la clavícula. Cada mechón de su cabello tiene un brillo escarlata, y Nessa tiene razón: parece una puesta de sol; su piel morena tiene el color de las colinas al caer la noche, y en su cabello se ven los últimos rayos sangrantes del sol.

Pero su atuendo completa la imagen. Unas secciones escarlatas se entrelazan sobre un canesú sin mangas, y los bordes brillan con cuentas doradas.

—¿Qué les parece? —Ceridwen pasa la mano por las cuentas—. Arte, ¿verdad?

No parece muy segura, como si temiera que aquello no fuera suficiente para casarse con el monarca del reino más conocido por el arte.

Me acerco mientras Nessa y Dendera le susurran frases tranquilizadoras, y cuando tomo las manos de Ceridwen, veo que en los brazos tiene los mismos motivos de volutas doradas.

—Estás perfecta —le aseguro.

—*Perfecta* —repite, con cara de exasperación—. Ni de lejos. Pero fatalmente *sexy*, sí.

Amelie ríe y se echa hacia atrás. Y, como si presintiera que Ceridwen está en los últimos retoques, se abre la entrada de la tienda y vuelve a entrar Nikoletta, ahora ataviada ella también con elegancia: capas de anaranjado y verde azulado que se superponen con un efecto brillante.

Sonríe.

—Si estás lista, podemos empezar.

Ceridwen me suelta las manos y respira hondo. Pero cuando la miro, no parece nerviosa, ni vacilante ni nada de eso, sino inmensamente feliz.

Por lo repentino de la ceremonia, casi todos en el campamento siguen atareados con los preparativos para la guerra. Mientras Nikoletta nos lleva por las calles, pasan soldados al trote y hay gente golpeando yunques, modelando armas. Y aquí estamos, un grupo de integrantes de la realeza vestidas con finos atuendos otoñeses,

caminando por un campamento de guerra. ¿De dónde habrán sacado esta ropa? No imagino que a alguien se le haya ocurrido llevarla en la prisa por abandonar Oktuber. ¿Serán del propio guardarropa de Nikoletta? Como sea, me levanto la falda para que no se ensucie con el polvo del camino.

Nikoletta nos lleva más hacia el interior del bosque, entre árboles y grupos más amplios de tiendas. Las estribaciones de los Klaryn se ven aún más altas, y su negrura marcada y aguda se extiende sobre todos nosotros.

En una intersección, Nikoletta se vuelve hacia nosotros.

—Armamos el lugar de la ceremonia por allá —dice, señalando a la vuelta de una esquina—. Jesse está esperando en medio del grupo con Caspar. En Otoño, la tradición es que la novia avance entre la gente trazando curvas, emulando los movimientos de una hoja que cae al suelo: tu camino hacia aquel que es tu verdadero hogar.

Ceridwen agita las manos delante del rostro.

—¡Basta! Santa quemazón, ya estoy llorando.

Nikoletta se vuelve hacia los demás.

—Síganme, por favor. Tenemos una boda que presenciar.

Mientras todos doblan la esquina siguiendo a Nikoletta, me quedo atrás y observo a Ceridwen. Ella nota que estoy a su lado y, cuando levanta las cejas, apoyo una mano en su brazo.

—Me alegra que estés feliz, Cerie.

Ríe.

—Yo también. No tienes idea de cuánto me alegra estar feliz —le aprieto el brazo con afecto y doy un paso atrás—. Pero… gracias —agrega.

Sus lágrimas son demasiado contagiosas.

—Pero no tropieces —le digo, mientras me alejo con prisa.

—¡Qué mala eres!

La pierdo de vista, y lo único que veo ahora es la ceremonia preparada al final de este camino, y en el fondo, los Klaryn, no muy lejos. Las tiendas se terminan a los pocos pasos, y el sendero se convierte en un túnel de abundantes pastos verdes e hileras de árboles. Las hojas se agitan en lentas espirales anaranjadas, rojas y marrones, y al final, se abre un pequeño claro. El suelo está cubierto por más hojas, una alfombra perfumada que le da a esa área un aroma de plantas dormidas hace tiempo. La gente forma un grupo laxo, todos mirando en la dirección contraria a nosotros, y se destacan las cabezas de Jesse y Caspar, que espían por encima de los demás. Los músicos esperan en silencio a un costado, con sus instrumentos preparados para empezar a tocar cuando llegue Ceridwen.

Cuando entro al claro, las hojas crujen bajo mis zapatos, y algunas cabezas se dan vuelta para ver quién llega. Pero los músicos siguen en silencio, de modo que la mayoría de los presentes siguen mirando hacia delante. Los amigos de Ceridwen, Lekan, Kaleo y Amelie, están con los hijos de Jesse; una criada otoñesa tiene en

brazos a Shazi, que está callada, lo que no es frecuente; y mis inverneños están a la derecha, todos vestidos con elegantes prendas otoñesas prestadas: algunos con apenas una faja de satén por encima de su ropa de siempre, y otros, con atuendos completos como el que llevo yo de la cabeza a los pies.

Nessa me hace señas desde donde está, junto a Dendera y Conall, y voy hacia allá, atraída más bien por la persona que está a su lado, cuyos ojos se dilatan al verme. Mather tiene puesta una túnica de un azul tan oscuro que parece negro, con motivos bordados en hilo dorado en el cuello y los puños, y un corte que le ciñe los brazos y el pecho. Algunos mechones de cabello le cuelgan en torno al rostro; los demás están atados con una cinta.

Me detengo a su lado.

—Hola —susurro.

Sus labios se separan.

—Hola —responde. Sus ojos recorren mi atuendo, y palpa las cuentas plateadas en el bordado de la tela que me cubre los brazos, una especie de chal, y la súbita ráfaga de movimiento hacia mí alcanza para llevarme el corazón a la boca—. Estás hermosa —agrega.

Siento una especie de vértigo. Pero es el resultado de haberme permitido admitir lo que siento por él: un vértigo incapacitante que me da la seguridad de que estoy sonriendo con la misma expresión soñadora que tenía Ceridwen hace un momento.

Quiero controlarme un poco, componer mi expresión para no parecer tan… ¿desequilibrada? No se me ocurre una palabra más precisa. En realidad, no se me ocurre nada, mientras los ojos de Mather se demoran en los míos. De pronto, él parece tan desequilibrado como yo.

Cuando los músicos empiezan a tocar, lo que ya era un momento perfecto se vuelve aún más idílico. El rumor de un violín inunda el claro, y toda la gente se da vuelta como una sola persona.

Pero no miro por encima del hombro. Mis ojos van hacia Jesse y Caspar, que están con las manos en la espalda a la cabecera del grupo, y como todos, observan a Ceridwen. La túnica de Jesse no tiene mangas, y es del mismo rojo intenso que la ropa de Ceridwen. Tiene puesta una máscara, esta vez hecha de tela roja, sencilla y sin adornos.

Pero ni siquiera una máscara entera podría esconder la admiración que pasa por su rostro al verla.

Baja los hombros. Sus manos caen flojas a los costados. La tensión que rodea sus ojos desaparece. Su asombro deslumbrado refleja un amor tan puro que sonrío, porque no hay otra reacción posible.

Mather engancha uno de sus dedos con los míos. No logro una inhalación completa, mientras los instrumentos tocan su canción agridulce, y miro a Mather y veo en su rostro exactamente la misma expresión. Deslumbrado, quizá con una pizca de temor. Al ver ese asomo de temor, despierta el mío, y tengo una idea insoportable.

Quiero esto.

Crece el volumen de la música a medida que Ceridwen se va acercando a Caspar y Jesse. Avanza entre la gente formando meandros, como le indicó Nikoletta. Cuando sale del grupo, Jesse lanza un suspiro entrecortado y le aferra las manos como si ella fuera una de las hojas que caen aquí y allá, imposibles de atrapar, caóticas y bellas.

La canción cesa de a poco, y en el claro se hace un silencio tal que el viento parece prácticamente un rugido. Los ojos oscuros de Caspar pasan de Ceridwen a Jesse y viceversa, y en sus labios se forma la misma sonrisa que tenemos todos.

—Ceridwen Preben, princesa de Verano, y Jesse Donati, rey de Ventralli, nos han pedido que seamos testigos de su unión en el vínculo más fuerte de todos —anuncia Caspar, elevando la voz por encima de la multitud—. Vivimos en un tiempo de gran dolor y miedo. La única manera de derrotar en verdad ese dolor es sentir frente a él una alegría igualmente inmensa, y esto —Caspar sonríe— es una alegría innegable.

Saca algunas cosas de su bolsillo y las levanta para que la gente las vea. Un frasco de pintura negra y un pincel grueso.

—En Otoño, los matrimonios se celebran como los anillos de los árboles, y cada anillo crece con el tiempo y con dedicación para crear una unión de igual fortaleza. Jesse —Caspar le entrega el pincel y destapa el frasco—. El primer anillo.

Jesse toma el pincel y lo sumerge en la pintura. Con mano firme, pinta un grueso anillo negro en el brazo de Ceridwen.

—Ceridwen —prosigue Caspar, sosteniéndole el frasco—. El primer anillo.

Ella recibe el pincel de manos de Jesse, le carga pintura y se inclina sobre el brazo de él. La línea que traza es menos firme, le tiembla la mano, pero por el modo en que Jesse la observa, es obvio que a ninguno de los dos le importa.

Cuando termina, Caspar toma el pincel y se aparta de ellos.

—Ahora son un solo anillo, un solo árbol. Lo que sea que el mundo les presente, lo enfrentarán juntos. Ceridwen y Jesse —la voz de Caspar pierde el tono formal y adopta uno más jovial—. Felicitaciones.

Alza los brazos para presentar a los recién casados a la multitud, y todo el mundo aplaude mientras los músicos empiezan a tocar una melodía más rápida. Ceridwen y Jesse se abalanzan el uno hacia el otro, y casi se caen al besarse.

Sale de mí un poco de magia, que levanta las hojas que están en el suelo formando una suave espiral en torno a Ceridwen y Jesse. Se separan y miran extasiados el torbellino de color, pero esto solo alienta su felicidad, y se funden el uno con el otro.

—¡Una boda no está completa sin una fiesta! —anuncia Nikoletta por encima del bullicio—. Acompáñennos esta noche.

La gente lanza vivas y empieza a retirarse del claro, detrás de Nikoletta, hacia la fiesta que prepararon. La corriente se lleva a Mather, pero Nessa me retiene entrelazando un brazo con el mío.

—¡Eso fue perfecto! —exclama—. Algún día, quiero una boda otoñesa.

Río.

—¿Y una boda inverneña?

Nessa sonríe con aire soñador.

—Tal vez solo quiero una *boda*. O no tanto una boda sino…

Mira a Ceridwen y Jesse, que ahora conversan en susurros como si la gente ya no los mirara. Se los ve aún más felices, si eso es posible: las frentes juntas, él acariciándole el cabello.

—Eso —concluye Nessa—. Quiero *eso*.

Me recuesto contra ella.

—Yo también.

Algunas horas más tarde, el claro que está frente a la tienda principal está tan hermoso como el sitio de la ceremonia, si no más.

La luz del final de la tarde se filtra entre los árboles, y baña el campamento con las sombras veladas del anochecer. Se han retirado algunas tiendas para hacer lugar para poner mesas, y en el centro hay una fogata encendida. El perímetro está delimitado por tiras de tela trenzada, que crean un decorado del cual penden farolas, resplandores dorados que oscilan con la brisa. Los músicos vuelven a acomodarse a un costado y empiezan a tocar una canción alegre que alienta la felicidad de la multitud que ha vuelto a congregarse. Ahora han llegado más personas: soldados fuera de servicio, además de los que ayudaron a armar la fiesta de último momento.

Conall, Nessa y yo estamos en un costado del claro, observando llegar a los invitados. Algunos se ponen a bailar, y Nessa toma la mano de Conall.

—¡Baila conmigo!

Él la mira con escepticismo.

—¿Qué?

—¡Bailemos!

Lo acerca hacia el fuego, donde las llamas cubren a los que ya están bailando con un resplandor anaranjado.

Conall me mira, luego nuevamente a Nessa, y baja la voz.

—Ahora no, Ness.

Ella pone cara de decepción.

—Por favor —insiste—. Por favor, Conall. Necesitamos esto. También era mi hermano.

Conall gira los hombros como para que la conversación no me llegue.

—Nessa —susurra—. Esto no corresponde…

—Conall —lo interrumpo—. Nessa tiene razón. Ustedes merecen ser felices.

El rostro de él se desencaja.

—Está bien, mi reina —dice, y contengo el fastidio al oír que todavía me llama así. Si logro que acepte la invitación de Nessa, no voy a reprenderlo.

Conall deja que Nessa lo lleve hacia los que ya están bailando. Ella extiende los brazos y trata de seguir el ritmo, lo cual hace aparecer una levísima sonrisa en el rostro de su hermano.

En algún momento, mientras pasa todo esto, llegan Ceridwen y Jesse, y pasan junto a Nessa y Conall bailando alocadamente. Con patadas y giros que les levantan la ropa, el ritmo de la canción se acelera y hace que el baile de todos sea más intenso. No puedo sino reír al ver todo aquello, el colorido que rodea las llamas de la fogata, el sonido parejo de la guitarra y del violín, y ahora algunos tambores con forma de tazones que resuenan en todo el claro.

A mi lado aparece alguien de presencia fuerte, y sé quién es sin necesidad de mirar.

—¿Qué te pareció la ceremonia? —pregunto, y miro a Sir.

Se cruza de brazos, prestando atención al baile. Casi pienso que no va a responder, o que se va a poner a hablar de estrategias de guerra, pero la tensión que hay en sus hombros se afloja un poco.

—Creo que las bodas inverneñas son más bellas —dice.

No puedo evitar que se me dilaten los ojos. El calor del fuego y los cuerpos danzantes hacen que la frente se me cubra de sudor, y todo se enfría como el hielo al ver los ojos vidriosos de Sir.

Frunce el ceño. Al cabo de un momento, sus hombros vuelven a endurecerse, y señala el fuego.

—Tendrás esto. Para ti. Algún día.

Se me hace un nudo en la garganta por la sinceridad de Sir.

—Gracias —murmuro, y me duele hasta el último pedazo del corazón.

Unos dedos me aferran el brazo.

—¡Ven! —canta Nessa, y me acerca al baile mientras Sir me despide con un ademán. Ojalá la tentación de perderme en una actividad tan despreocupada bastara para distraerme, pero siento a mi espalda la presión de Sir, de sus palabras, la clase de palabras que quise oír de él durante años.

Esta noche hace posibles esas cosas.

Entonces me lanzo a girar, y río cuando Nessa toma mi mano y la de Conall, y nos enreda en una maraña incómoda. Ahora Conall sonríe con todo, y Nessa está radiante a la luz de la fogata, con el ritmo de la música y el aroma a comida: cerdo asado, vino especiado caliente y algo recubierto con tanta canela que el aire está cargado de esa fragancia.

La canción termina, y empieza otra que hace que Ceridwen chille al reconocerla desde el otro lado del fuego. Por la intensidad de los tambores, parece más veranense en comparación con la música otoñesa, más tranquila. Y debe serlo, a juzgar por el modo en que Ceridwen emprende una serie de movimientos coreografiados, agitando los brazos, marcando el ritmo en el suelo con los pies.

Sus amigos veranenses son los primeros en sumarse a ella. Luego los sigue Jesse, y pronto todos los que están en torno al fuego tratan de seguirlos, agitan los brazos, zapatean y ríen a carcajadas.

Vacilante, Conall intenta hacer los primeros pasos, y Nessa se dobla en dos, con tanta risa que temo que se parta. La sonrisa de Conall se hace todavía más ancha, y las dos lo acompañamos, extendemos los brazos y los recogemos, una y otra vez, tratando de seguir con los pies la coreografía de zapateo.

Ceridwen aferra a Jesse, sus amigos veranenses se dividen en parejas y el baile se hace más íntimo mientras la música insta a las parejas a doblarse unos contra otros.

Nessa observa a los bailarines. Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, pero cuando me doy vuelta para ver qué está mirando, solo veo más cuerpos que bailan, nada fuera de lo común.

—¿Qué pasa? —grito por encima de la música.

Nessa toma del brazo a Conall y me empuja.

—Él es mi pareja… búscate otro para ti.

La fuerza del empujón me hace trastabillar y caigo contra otro cuerpo. Apenas oigo las risas de Nessa, pues enseguida reparo en la túnica azul medianoche en la que apoyo las manos, el pecho que sube y baja, los brazos en mis codos. Mather.

Siento un calor que me sube por el cuello.

La música cambia de ritmo, y los tambores suenan con tal ferocidad que prácticamente están rogándonos que bailemos.

Me adhiero a Mather e imito los movimientos caóticos de la multitud. Al principio, él parece aturdido, pero no tarda mucho en sumarse al baile.

Su cuerpo se curva en torno al mío, y sus ojos brillan tanto como la fogata. Nunca estuve tan cerca de él durante tanto tiempo, de un modo que me quita el aliento por algo más que el esfuerzo. Inclina la cabeza hacia mí, y nuestras extremidades siguen el ritmo mientras nuestros rostros casi se tocan.

La música se hace más lenta y luego vuelve a acelerarse y crece en intensidad. Cada vez que cambia el ritmo, la gente festeja con movimientos más y más fuertes. Pero cuanto más dura la canción, menos la oigo. Los ruidos de la fiesta se acallan, las imágenes y los colores se van apagando, hasta que solo queda Mather, su cuerpo contra el mío, su respiración enredada con cada exhalación mía.

Siempre supe que era bello. Pero el modo en que se mueve, con la exuberancia de Nessa, con la seguridad de Ceridwen, no es solo hermoso. Es… mío.

Me detengo cuando termina la canción. Empieza otra, no tan rápida como la anterior. Mather vacila, jadeando, y su júbilo da lugar a una mirada fija al ver que no empiezo a bailar otra vez.

Una inhalación, una sola, y da un paso atrás. Una invitación, una señal tácita.

Camina entre la multitud, que sigue bailando. Cuando llega al borde del claro, se detiene, sin apartar nunca sus ojos color zafiro de los míos.

Los ojos de Mather amagan apenas esbozar una sonrisa, y se aleja hacia el bosque.

La magia que hay en mí se enreda en mis nervios hasta que estoy caminando. Pasos lentos; los tambores me marcan el ritmo, y la oscuridad de la noche absorbe la luz de la fogata y de las farolas de la fiesta.

Me aparto de los bailarines y sigo a Mather al interior de la noche.



Mather

Allí todo estaba muy claro.

Desde donde estaba sentado, en uno de los riscos más bajos de la precordillera que marcaba el límite de Otoño, Mather alcanzaba a ver el campamento en su totalidad. La luna acababa de hacerse visible, y su luz pálida se derramaba sobre los árboles, las tiendas y el claro, donde seguía el baile. El aire traía el golpeteo apagado de los tambores, y la distancia y la noche creaban la ilusión de que ese campamento era lo único que existía. No la sombra del mal que esperaba para devorarlos, ni los picos irregulares de los Klaryn que se alzaban a espaldas de Mather, las montañas que los tragarían en unos días más.

La expresión que había visto más temprano en el rostro de Meira casi lo había desgarrado. El modo en que había contemplado la imagen de la felicidad de Ceridwen y Jesse, como una mendiga esforzándose por guardar unos últimos trozos de comida. El ceño fruncido, las manos flojas, aquellos ojos cristalinos que revelaban lo mucho que deseaba exactamente lo que tenían Ceridwen y Jesse.

Y lo mucho que sabía que ella no estaba destinada a tenerlo.

Eso era lo que más asustaba a Mather: aquella expresión de arrepentimiento. Como si supiera que a pesar de su necesidad ardiente de tener esa felicidad, no la tendría jamás, y había aceptado ese sacrificio a cambio de lo que fuera que hubiera planeado.

Mather hundió los dedos en la tierra. Estaba sentado con las piernas colgando por la cornisa; cerró los ojos y se encorvó un poco.

Detrás de él hubo un crujido de hojas, y cuando se dio vuelta, la necesidad en su vientre se aguzó al verla.

Meira estaba de pie en la entrada del sendero que llevaba hasta allí, sujetando con los dedos una rama baja de un árbol junto a una pared rocosa que se alzaba hasta el siguiente risco. Tenía puesto un atuendo tradicional otoñés, pero eso no impidió que Mather se preguntara si alguien lo había diseñado con el solo fin de volverlo loco. Era de tela celeste, con un corte que dejaba el vientre al descubierto, y su piel brillaba a la delicada luz de la luna. De los codos le colgaba otra pieza más larga de tela, y al caminar la dejó caer al suelo, con lo que descubrió sus brazos, sus hombros, de un modo que hizo que a Mather le doliera el pecho.

Volvió a mirar hacia el campamento. Santo hielo, algo tan simple como la *piel* no debería ponerlo en un estado de agitación semejante. Pero cuando Meira se sentó a su lado y la falda le envolvió las piernas, Mather no se atrevió a hablar por temor a lo que pudiera escapársele. Presentía que sería algo impropio, como *Ese baile de esta noche me va a volver loco durante meses*, o *Deberíamos seguir bailando. Aquí, en esta montaña, donde nadie nos vea*.

Tras un largo silencio, Meira se volvió hacia el bosque que se extendía abajo.

—¿Estás listo para el viaje? —le preguntó, con voz tan frágil como las hojas sobre las que estaban.

Mather cambió de posición para mirarla de frente.

—¿Y tú? Jannuari, luego la Mina Tadil. Debería ser fácil, después de todo lo que hicimos hasta ahora —hizo una pausa, osado, suplicante—. ¿No?

Meira no concordó con él de inmediato, y eso bastó para que Mather sintiera una punzada de alarma. Luego ella suspiró, y sus lágrimas apenas se veían en la oscuridad.

—Nunca fue suficiente —respondió—. Todos los sacrificios que hicimos por esta guerra. Nada fue suficiente nunca, por mucho que nos haya dolido. Pero este —giró hacia él, y la certeza le dio un aire ligeramente demente—, este sí lo será, Mather. Este será la derrota de Angra.

Calló un momento.

—Se debe sacrificar un conducto y devolverlo al barranco —murmuró, y pareció necesitar un esfuerzo físico para pronunciar esas palabras—. El sacrificio destruirá toda la magia, incluso la Decadencia de Angra. Yo *soy* el conducto de Invierno, y voy a…

—¿Qué? —la interrumpió Mather—. *Basta*. ¿Así piensas derrotarlo? No puedes… Meira, *no*.

Pero ella no parecía convencida. En todo caso, lucía cansada, como si acabara de perder otro aliado.

—No necesito que discutas conmigo —se puso de pie, y él la siguió. Las manos de Meira se cerraron como nudos apretados a sus costados, y se clavaron en los pliegues del satén de su falda al tiempo que giraba hacia él—. En parte fue por eso que dudé en contártelo, pero necesito que entiendas lo que me espera en el laberinto, porque… —Quedó con la boca entreabierta y los ojos llenos de lágrimas—. Quiero tenerte. Por completo, Mather, por el tiempo que me quede, aunque sea escaso, pero necesito que entiendas lo que eso significa. Esto no es algo que vaya a durar, y será muy doloroso, porque sé lo que estoy pidiéndote. Estoy pidiéndote que me ames y me dejes… morir.

Sus palabras quedaron apagadas a los oídos de él. Mather tardó demasiado en darse cuenta de por qué de pronto sentía un gran peso sobre su cuerpo.

Meira realmente pensaba morir por ellos.

Entonces oyó lo demás que había dicho, y todo en él se soltó.

El ansia le cerró la boca del estómago hasta que pensó que iba a explotar si no hacía algo que soñaba hacer desde hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Y… Theron? —Mather cerró los ojos.

Una mano fría se apoyó en su mejilla. Mather la miró, sorprendido, con un cosquilleo de recelo en la garganta mientras Meira lo miraba con el mismo recelo, como si no tuviera idea de cómo había llegado a estar de pie frente a él, con una mano en su mejilla.

—Haré todo lo que pueda por salvar a Theron —afirmó—. Pero lo nuestro siempre estuvo mal.

Mather respiraba con inhalaciones cortas y agitadas, y se apoyaba más y más en la mano de Meira con cada palabra que ella decía, con cada palabra que no decía.

—¿Por qué?

Maldición, deja de hacer preguntas y bésala.

La mano de Meira temblaba contra su mejilla.

—Porque él no era tú.

Eso fue todo.

Mather la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, y sus dedos sostuvieron la cabeza de Meira mientras bajaba el rostro hacia ella. Se detuvo casi al llegar a sus labios, jadeando, con la respiración entrecortada porque, santo hielo, ese momento… eso era todo, la totalidad de su vida se expandía a partir de ese preciso acto, y giraba en torno a ella porque ella era el centro de todo lo bueno que le había pasado en la vida.

Hundió la nariz en su mejilla; su cuerpo vibraba con la compulsión de absorberla como el vórtice de una nevisca, el embudo vertiginoso que no le permitía pensar con coherencia. Las pestañas de Meira aleteaban contra el rostro de él; su piel tenía un resplandor perlado a la luz creciente de la luna, que la hacía parecer tan perfecta, tan intocable, que a Mather le temblaban las rodillas.

Meira inhaló y sus labios se separaron en una palabra que resonó en todo el cuerpo de él.

—Bésame —dijo.

Entonces Mather hizo lo único que podía hacer, lo único que siempre había querido hacer, desde que eran unos niños que compartían una existencia nómade bajo amenaza de guerra y ella era aquella fuerza obstinada y decidida que lo sorprendía, lo asustaba y le daba fuerzas.

La besó.

Con suavidad, con cuidado, porque quería descubrir todo el contorno de sus labios. Cerró los ojos y la encontró a través del aire que los separaba, y ella se aferró a su boca. Mather la alzó en sus brazos; de ella irradiaba un frío que pasaba al cuerpo de él y le sumaba urgencia a la necesidad palpitante que le tensaba el abdomen.

Trastabillaron retrocediendo hasta que Mather sintió bajo sus manos la pared de roca, y la superficie áspera contrastaba con la textura de los labios de Meira; esos

labios, maldición, no era justo que algo pudiera ser tan suave. La empujó contra la roca y se sostuvo con una mano contra la pared dura, porque cada beso lo hacía desear más, mientras respiraba con inhalaciones entrecortadas entre besos y maldecía su necesidad de respirar.

Sus dedos se convirtieron en garras que se clavaban en la roca y arrancaban trozos de piedra sueltos y polvo, mientras la otra mano bajaba acariciando el brazo de Meira hasta llegar a su cintura. Rozó la abertura del vestido, y de su garganta escapó un gemido cuando sus dedos hicieron contacto con la piel desnuda de su vientre y la curva de la cadera. Que ella tuviera puesto aquel vestido era demasiado y a la vez insuficiente, y como para no facilitarle las cosas, Meira entrelazó los dedos con el cabello de él y emitió un gemido que fue como el eco del suyo, un ronroneo grave y embriagador que lo hizo aferrarse más a la pared de piedra.

Mather emitió un sonido estrangulado que reflejaba más dolor que placer. Todos sus instintos gritaban, pero se apartó de ella.

Meira lo miró, sorprendida, con las manos apoyadas en el pecho de él.

—¿Qué pasa?

¿Qué podría pasar? Al fin la tenía. Al fin podía tocarla, besarla y pasar el resto de su vida abrazándola…

Y ese era precisamente el problema. Quería pasar el resto de su vida así, con ella, pero en unos días más ella dejaría su vida vacía. Bastaba pensarlo para que la angustia apagara casi todo el deseo que lo invadía cuando la sentía moverse bajo sus manos.

—No te dejaré morir —le dijo.

Meira se recostó contra la roca.

—La decisión no es tuya.

—¿No? —Se acercó a ella, pero no se atrevió a besarla otra vez, no se atrevió a perderse en el modo en que ella lo observaba y se tocaba los labios hinchados—. ¿Cómo puedes pensar que esto no afectará a nadie más que a ti?

Meira se aflojó más contra la pared.

—Sé que a mí no me afectará. ¿Por qué crees que me cuesta tanto hacer esto? ¿Por qué crees que empecé a pedirte que *me ayudaras*? —Se adelantó hasta apoyar la cabeza en el pecho de Mather, y sus dedos aferraron la camisa de él como para impedir que el viento se la llevara—. No tengo fuerzas para herirlos así, a ti y a todos. Pero tengo que hacerlo. Por favor, Mather —le rogó, levantando nuevamente la cabeza—. No quiero seguir hablando de esto. Vivamos este momento y ya.

Por la mente de Mather pasaron tantas imágenes de ella demostrando fortaleza que le costaba verla así, suplicando, quebrada, asustada. Pero él también estaba quebrado y asustado y, santo hielo, le dolía pensar en dejar de lado todo lo malo por una noche. Una sola.

Mather volvió a abrazarla y supo que estaba perdiendo el control irremediablemente. Las lágrimas le quemaban los ojos pero no le importó; lo perdió

todo por el modo en que Meira lo recibía con igual fervor, curvando su cuerpo contra el de él, como si ambos fueran dos briznas de pasto meciéndose al unísono.

Los besos pasaron de ser suaves a caóticos, manos, lenguas y suspiros que podrían haber sido gemidos. Y todo el tiempo, Mather creaba con palabras un refugio para los dos en aquel risco.

—Te amo —le dijo, y le prometió, una y otra vez—. Siempre te amaré, y debería poder protegerte…

Sintió que Meira se quebraba al oírlo, y sus mejillas quedaron bañadas en lágrimas que se mezclaron con las de él.

—Te amo —respondió ella—. Y *voy* a protegerte.



Meira

No te despiertes.

El campamento estaba en silencio cuando finalmente regresamos por la noche; todos a salvo y durmiendo en sus respectivas tiendas. Por eso fue demasiado fácil saludar a los soldados al pasar con un movimiento de cabeza y recorrer los senderos polvorientos, con las tiendas como únicos testigos, cuando Mather y yo…

Nosotros…

Ahora estoy bien despierta, y una amplia sonrisa me estira los labios mientras hundo la cara en la almohada. Estoy acostada de frente a la entrada de mi pequeña tienda, y cuando por fin levanto la cabeza, me doy las gracias por haber tenido el buen tino de atar las cubiertas de la entrada, tomando en cuenta la propensión de Nessa a entrar sin anunciarse. La luz brumosa y delicada que se ve entre los bordes me indica que aún no está avanzada la mañana.

Mi cuerpo se enfría a medida que la gelidez de la magia reacciona a la intensidad de mis emociones, una sensación que me agitó tanto la noche anterior que quedé casi aturdida de tan maravillada. Me llevo una mano a los labios, y mi memoria evoca la sensación de las manos de Mather en mi cintura, mis dedos anidados en los surcos de sus músculos, mi boca buscando la suya.

Mi sonrisa se hace más ancha; me acomodo de espaldas y giro la cabeza hacia el costado.

Un par de ojos azul joya están fijos en los míos.

Mather tiene una sonrisa tan amplia como la mía, quizá más aún, y se incorpora sobre un codo.

—Hola —dice.

Me deshago en risas, y me cubro la boca para apagar el sonido por las finas paredes de la tienda.

La sonrisa de Mather se estira.

—¿Qué?

—¿*Hola*? No sé. Me parece un poco demasiado simple.

—¿Qué sería mejor? —Me envuelve con un brazo y hunde la cara en mi cabello —. ¿Buenos días, mi reina? —Un beso en mi hombro—. ¿O *qué bueno verla esta mañana, Lady Meira*? —Un beso en mi mandíbula—. ¿O *anoche tuve un sueño de lo más indecente con usted, Alteza*?

Eso no ayuda a aplacar mis risas.

—Qué raro, yo también tuve un sueño bastante indecente contigo.

Ríe entre dientes y vuelve a apoyarse en el codo. La manta que nos cubre cae hasta su cintura, y a pesar de todo, se me encienden las mejillas al ver su pecho desnudo.

—Ah, ¿sí? —pregunta—. Tal vez tuvimos el mismo sueño. ¿Qué pasaba en el tuyo?

Su boca se mueve con esa sonrisa que sabe que me desarma. Pero yo también puedo desarmarlo.

Me doy vuelta, me hundo contra él y mis dedos recorren cada músculo entrenado por años de peleas, y algunas cicatrices ásperas que le anudan la piel.

—¿Sabes?, no recuerdo —respondo—. Seguramente no fue muy memorable.

Mather ruge y me atrapa. Chillo, sin intentar ya guardar silencio, y atrapo sus labios con los míos, y nuestros cuerpos se alinean de un modo que me recuerda la sensación de cada caricia de la noche anterior, todas a la vez.

Entrelazo los dedos con el cabello de su nuca y me echo atrás para mirarlo. Vuelvo a reír, esta vez con incredulidad.

—¿Cómo pasó esto?

Mather se echa hacia atrás.

—Puedo contarte *exactamente* cómo pasó —entorna los ojos con un aire pensativo exagerado—. Hace unos doce años, una niñita de cinco años me empujó al suelo en el patio de entrenamiento y me robó la espada. Ese incidente fue apenas el comienzo: hace once años me convenció de pintar una tienda con tinta; hace seis años robó una botella de vino y me hizo emborrachar… —se interrumpe, sus ojos bajan hasta mi sonrisa burlona, y sonríe, radiante—. Fui demasiado tonto y no me di cuenta de que estaba accediendo voluntariamente a cualquier locura que se le ocurriera hacer. Fue solo cuestión de tiempo hasta que me trajo *aquí*.

—Ah, ¿conque ese era mi plan? —Me incorporo para mirarlo a la altura de sus ojos—. Pero te equivocaste en las fechas. El robo del vino fue hace cinco años, y hace once teníamos cinco años.

Mather frunce el ceño.

—Sabía que debería habértelos recordado.

—¿Qué cosa?

—Nuestros cumpleaños. Bueno, al menos el tuyo… fue hace unos meses. ¿De veras se te pasó? Ya tienes diecisiete años, Meira. Los dos los tenemos.

Callo un momento.

—Santa nieve. Es verdad, tenemos diecisiete años.

Mather ríe.

—Temo que así es.

—Alysson y Dendera siempre me advirtieron que esperara hasta ser mayor —suspiro—. De modo que eso me hace sentir un poco mejor con respecto a lo que

pasó.

—¿Mejor? —Me rodea la cintura con una mano y sus dedos trazan dibujos absurdamente distractores en mi cadera, a través de la manta—. ¿Por qué habrías de sentirte mal?

Su mano se detiene de pronto y sus ojos se abren tanto que llego a ver mi reflejo en ellos.

—Santo hielo —exclama—. Nosotros… y yo no… *Maldición*.

Se echa atrás y se lleva las manos a la cara.

—¿De qué hablas?

Espía por entre los dedos, con los ojos aún dilatados, y me mira el vientre. Esta vez son mis ojos los que se dilatan.

—Ah. *Ah*. No. Yo no puedo…

Quedo boquiabierta.

—No puedo… tener hijos.

Al pensar en eso, la tristeza de Oana supera mi deleite. La habitación polvorienta que ella y Rares mantenían cerrada, en espera del día en que pudieran usarla.

Me incorporo y me abrazo las rodillas. Y así, de pronto, la noche anterior realmente llega a su fin.

Mather también se incorpora.

—¿No puedes?

Me obligo a sonreír.

—Ser un conducto hace que ciertas cosas sean imposibles.

Mather apoya una mano en mis piernas flexionadas.

—Lo siento, yo…

—No —me aparto y giro lo suficiente para seguir en sus brazos pero mirándolo a los ojos—. No me pidas disculpas, por nada. Yo quería esto. *Quiero* esto.

Sonríe, pero sus ojos me dicen que él también, poco a poco, empieza a aceptar que la noche terminó.

—Lo dices como si nunca más fuera a ocurrir.

Me recuesto contra él. Pero no puedo obligarme a repetir todas las cosas que dije anoche: que esto no durará, que será doloroso, que en pocos días más él quedará solo.

Menea la cabeza y me abraza con más fuerza.

—Ya se nos ocurrirá algo, y los dos saldremos de ese laberinto con vida, y tendremos muchas, *muchas* noches más como esta —respira una vez y sonríe—. Además, necesito tiempo para llegar a hacerlo *bien*.

Lanzo un bufido y lo tomo del brazo. Sé que ve las lágrimas que asoman en mis ojos… pero me aferro con desesperación a su chiste. Tal vez porque soy débil y no soporto pensar en… todo eso. Tal vez porque soy lo bastante fuerte para ir más allá de lo que me asusta.

Como sea, lo golpeo con mi hombro.

—A mí me pareció que estuviste bastante bien.

Apoya la frente contra mi sien.

—Pero ¿quién no querría mejorar?

—Qué buena meta.

—Sé que, al menos a mí, me va a mantener inspirado.

Saco una pierna de debajo de la manta.

—Bueno, en algún momento tendremos que vestirnos.

Mather rezonga contra mi piel y me aparta el cabello del hombro.

—Ropa —se burla, y me da besos en la nuca—. Qué mala idea.

Un estremecimiento me recorre la espalda. Y aunque el resto de mí se quedaría en la cama con todo gusto por el futuro previsible, me levanto.

Mather apoya las manos en las mantas. Tomo la prenda más cercana, una túnica blanca de la pila de ropa que me dieron los sirvientes, y me la pongo por encima de la cabeza. Cuando termino de vestirme —cinturón que ciñe la túnica a la cintura, las botas de Paisly que me llegan más arriba de las rodillas, mi chakram en su sitio— Mather también se levanta, con las caderas envueltas en la manta.

Se adelanta, sosteniendo con una mano la manta de lana marfil y verde en la cintura. Una ráfaga de viento mueve las cubiertas de la entrada, un suave tirón contra las ataduras, y el movimiento proyecta un haz de luz en su rostro, se curva en su cuello y oscila en su pecho con la respiración.

Bajo la mirada.

—Voy a ver cómo están los demás. Tú puedes…

—Te sigo —me asegura. El temblor de su voz indica que le cuesta mantener un tono sereno, y eso me conmueve todavía más, tanto que desato las ataduras de la entrada de la tienda y saco medio cuerpo antes de volver a mirarlo.

Ahora está sentado en la cama, las manos en el cabello y los codos apoyados en las rodillas.

Esto lo está quebrando, como yo sabía que lo haría, pero lo hice de todos modos.

La entrada de la tienda vuelve a cerrarse con un temblor a mi espalda.

—Cuánto lo sien…

Mather se pone de pie, y la manta cae cuando sus manos suben y acunan mi rostro. Estampa la boca contra la mía en un beso que absorbe mi disculpa.

—Tú tampoco vas a pedir disculpas —me dice—. Nada de disculpas. Pase lo que pase, yo *nunca*, ni en mil desenlaces trágicos, *jamás* me arrepentiré de haberte amado.

Le rodeo el cuello con los brazos.

—Te amo —le digo, por lo que debe ser la millonésima vez desde la primera en el risco.

Hunde la cara en mi cabello.

—Yo también te amo.

Las palabras caen contra mi cuello como una marca a fuego. Cierro los ojos y memorizo cada letra que cae sobre mi cuerpo.

Pase lo que pase cuando salga de esta tienda, cuando vaya a Jannuari, cuando lleguemos al laberinto, tengo esto.

Lo tengo *a él*.

El área que está frente a la tienda principal aún tiene la mayoría del decorado de la noche anterior. Hay farolas apagadas que cuelgan de las tiras de tela trenzadas, y el fogón está ennegrecido. Han trasladado las mesas de comida al centro del círculo, con algunas sillas, y en torno a las mesas están la mayor parte de los que asistieron a la fiesta, todos con aspecto bastante adormilado.

Sir y Dendera están conversando en una mesa del otro lado, picoteando un poco de pan y frutas. En la mesa más cercana a mí, está Nessa recostada contra Conall, bostezando después de cada bocado, y me sorprende ver a Ceridwen y Jesse, los dos despiertos. Aún llevan puesta la ropa que usaron en la fiesta, solo que mucho más arrugada, y cuando me siento frente a ellos, suspiro con alivio por haberme puesto otra ropa esta mañana.

Ceridwen se lleva una mora a la boca.

—Hoy te levantaste tarde —observa.

Tomo el tazón de fruta más cercano.

—¿Y ustedes, tortolitos, por qué no?

—¿Quién dijo que dormimos?

Jesse se atraganta con una uva.

—¡Cerie!

Ella le hace una caída de ojos.

—Bueno, todos saben lo que hicimos anoche.

Nessa se endereza.

—¿Por qué? ¿Qué hicieron?

Esta vez es Conall quien se atraganta. Jesse parece tan humillado como antes, pero Ceridwen mira a Conall y chasquea la lengua simulando desaprobación. Luego me mira y alza las cejas.

Aprieto los labios.

—Meira —Ceridwen se inclina hacia delante, y creo que estoy a punto de alegrarme de que Sir y todos los demás hayan elegido sentarse a una mesa más alejada—. Dime que tú sí sabes a qué me refiero.

Pero incluso mientras lo dice, su diversión se transforma en asombro.

—¿Lo sabes? Con la caída de tu reino, supongo que no habrás tenido tiempo para…

Aprieto la mandíbula, jugando con una rebanada de manzana.

—Sí… lo sé —grazno.

Y es verdad, especialmente ahora, pero también antes de anoche. Trato de no evocar el recuerdo de Alysson y Dendera explicándome ciertas cosas. Más que nada,

porque Dendera tuvo el rostro absolutamente enrojecido durante toda la charla, y Alysson no dejaba de repetir «Es perfectamente normal» una y otra vez.

Logro esbozar una sonrisa esquiva.

—Lo sé —repito—. Y me alegra que tu noche de bodas haya sido satisfactoria.

Jesse se da una palmada en la frente.

—Esto es lo que va a matarme. No la guerra: *esto*.

—Ahhhh —murmura Nessa, y la comprensión le agrega melodía a la palabra. Ríe, y Conall emite una especie de grito con la boca cerrada, mirando su plato.

—Buenos días.

Mather se sienta en la silla que está a mi lado. Aunque apenas hace unos momentos que nos vimos, siento un vértigo en el pecho como si hiciera varias vidas, y me muerdo el labio para no sonreír de manera demasiado obvia. Mather me sonríe, mirándome a los ojos.

Demasiado tiempo.

Ceridwen exclama:

—Ah, caray. ¿Será que nuestra noche de bodas también fue satisfactoria para *alguien más*?

Mi rostro se incendia.

—¿Qué? —Detrás de Conall, Nessa se inclina para ver—. ¿Para quién?

Conall se levanta de un salto.

—Tenemos que irnos. Espadas. O algo. Armas. Vamos, Nessa.

—¡Espera! —protesta ella cuando la hace levantarse—. ¿Qué? ¿Por qué?

Se alejan unos pasos y yo me inclino hacia delante.

De pronto tengo el impulso de hundir la cara en el tazón de frutas.

Jesse levanta una copa de agua y me saluda con ella.

—Imagínate tenerla como esposa.

—Mírate, reina de Invierno —ríe Ceridwen—. No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Bueno, creo que ya terminamos —digo.

Me vuelvo hacia Mather, pensando que lo veré tan mortificado como estoy yo, pero en cambio sonríe. Y no es solo una sonrisa de diversión, sino que es una confirmación tan clara como si se hubiera subido a la mesa y lo hubiera gritado a los cuatro vientos.

Extiende la mano y aprieta la mía con afecto.

—¿Qué?

Me recuesto en la silla.

—Quieres hablar de esto, ¿no? Santa nieve. ¿Acaso eres la Ceridwen de esta relación?

Jesse ríe en mitad de un sorbo, y se le derrama agua en la delantera de su túnica.

Ceridwen gira hacia Mather.

—Sí, lo eres, porque necesito detalles. Recuerdo que los vi en el baile, pero solo durante las primeras canciones. ¿En qué momento se escaparon?

—Después de esa canción —responde Mather— en la que todos bailaban con el mismo paso.

—Ah, sí —Ceridwen se recuesta en su asiento—. Pero tocaron esa canción al comienzo de la fiesta. Y ahora serán… ¿las diez de la mañana? Eso quiere decir que estuvieron ausentes doce horas…

Por una vez, hay una distracción que me favorece, y llega con un trío de soldados otoñeses. Los veo entrar del otro lado del claro y los reconozco, sobresaltada, por la ropa maltrecha por el viaje. Más espías de Caspar. ¿Traerán noticias de Angra? ¿O del último grupo de refugiados? Henn y el Deshielo ya deberían haber regresado.

Todos en la mesa se dan vuelta para ver qué me llamó la atención, y sus expresiones se apagan como velas ante una ráfaga de viento.

—¿Alguno de ustedes tiene noticias? —les pregunto.

—Deberíamos estar listos para ponernos en marcha esta tarde, temprano —dice Ceridwen—. Una vez que decidamos la ubicación.

—¿Cuántos se quedarán aquí?

—Unos cien soldados, para proteger a los que no pueden pelear, lo que nos deja casi tres mil para enfrentar a Angra.

Me deprimo al oír los números, pero no será una guerra a pleno. Solo una distracción.

Cae una sombra sobre nuestra mesa.

—Si ya terminaron de comer… —dice Sir, y señala con la cabeza hacia la tienda principal.

—Ya terminamos, general —responde Jesse por nosotros.

Asiente, me mira un momento y luego se encamina hacia la tienda principal. Los cuatro nos quedamos sentados un momento más, Mather tomando mi mano, Jesse rodeando a Ceridwen con un brazo.

En la guerra, no hay lugar para las emociones.

Es una de las muchas reglas que Sir me inculcó cuando era niña. Ahora entiendo que es necesario. Solo estamos hablando de números, señalando campos, dividiendo trozos de hierro. No hablamos de personas, de lugares para la batalla, de armas.

—Según mis exploradores, las fuerzas de Angra estarán completas en cuatro días —anuncia Caspar, y señala un mapa de la frontera entre Otoño e Invierno, contra los Klaryn—. Este valle se extiende desde Otoño hasta Invierno. Podríamos diezmar al ejército de Angra y a la vez impedir que nos rodee. Él solo podría enviarnos una fracción de sus soldados por vez.

Ceridwen frunce el ceño.

—Pero también podría encerrarnos. ¿Y si necesitamos emprender la retirada?

—No será necesario —les prometo—. Una vez que la magia esté destruida, nadie que pelee por Angra tendrá magia para usarla contra ustedes.

Jesse se desanima, con la mano en el hombro de Ceridwen.

—¿*Todo el ejército* de Angra podrá usar su Decadencia? Yo creía que era solo un grupo selecto cercano a él.

—No creo que escatime recursos en una batalla —respondo—. Además… existe la posibilidad de que la Decadencia también los infecte a ustedes. Si Angra está allí, lo único que podría impedirle debilitarlos con su Decadencia sería la resistencia de cada uno; ninguno de ustedes tiene protección de conducto. Incluso los inverneños solo la tendrán mientras yo esté con ellos.

Ceridwen se ensombrece.

—Ahora que sé lo que se siente su magia, no pienso dejar que vuelva a meterse en mi cabeza. De algo me servirán tantos años de repeler la magia de Simon.

Se me ocurre una idea.

—Espera… eso es bueno. Tal vez los principios que usaste para resistirte a la magia de tu hermano puedan ayudar a todos los demás a protegerse de la Decadencia. Al menos, por un rato, ¿no?

Ceridwen se encoge de hombros.

—Puedo hacer que los veranenses empiecen a enseñarles a los demás los métodos que usamos, pero no sé hasta qué punto serán efectivos. A nosotros nos llevó años poder resistirnos completamente a Simon, y yo solo aguanté unas horas bajo la influencia de Angra en Juli.

—Es mejor que nada —concuerda Caspar.

Nadie más comenta sobre esta amenaza que se cierne sobre nosotros, la posibilidad de que la guerra de Angra nos elimine no por muerte sino por la Decadencia. Tal vez es algo en lo que todos han pensado. Han visto caer gente así, personas que sabían que eran peligrosas, como Raelyn, y otras que nunca habríamos creído capaces de hacernos daño, como Theron.

Todos estamos en peligro, y lo saben.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a ese valle? —pregunta Sir.

—Con nuestro ejército, tres días —Caspar se rasca el mentón—. Podríamos intentar llegar en dos, pero aun así llegaremos antes de que Angra ataque.

—Tres días —repite Sir, y se vuelve hacia mí—. Pongámonos en marcha.

En su rostro veo la misma conciencia que siento en mi pecho.

Tenemos un plazo.

Me aparto de la mesa.

—Sí. No hay tiempo que perder.

Todos los demás se alejan para ocuparse de sus respectivas tareas. Salgo de la tienda y vacilo un momento, lo suficiente para que Mather me siga. Cuando lo hace, lo abrazo y le doy un beso. Ya no nos escondemos; Dendera sale de la tienda detrás de nosotros, seguida por Sir. Nos ven, y no me molesto en observar sus reacciones. Solo me queda un puñado de días para momentos como este, y si paso siquiera un minuto de ese tiempo sin alguien a quien amo, nada de esto tendrá importancia.

Me aparto de Mather, que baja las manos a mi cintura.

—Están todos parados detrás de mí, ¿verdad? —pregunta.

Sonrío.

—Temo que sí. Creo que dejaré que tú les des las explicaciones.

—Se acabó la reina benévola.

—¿Qué tiene de divertido ser benévola? —replico, pero ya estoy retrocediendo.

Mather se vuelve hacia Dendera y su padre, que sin duda tendrán algo que decir acerca de esta novedad. Pero yo tengo que ver a otras personas, y me dirijo al área del campamento donde los veranenses, yakimíes e inverneños han armado sus tiendas.

Nessa está sentada junto a una fogata pequeña, con un libro sobre la falda, rodeada por un grupo de niños que la miran con asombro. Detrás de ella, Conall coloca una nueva cuerda a su arco. Él me ve primero y se pone de pie cuando me acerco, pero no alcanza a decir una palabra antes de que Nessa también se levante de un salto.

Los niños rezongan.

—¡Termina el cuento! —chilla uno. Melania, la hija mayor de Jesse.

Nessa les hace señas con las manos.

—¡Más tarde! Ahora vayan a ayudar con los quehaceres. ¡Pronto algunos de los soldados saldrán hacia su propia aventura, y debemos cumplir con nuestra parte para ayudarlos!

La expresión de Conall mientras los niños festejan y se dispersan es nada menos que de incredulidad: por ver que su hermana es capaz de convertir una marcha a la batalla en una aventura; por haber sido él quien crio a la muchachita chispeante que se acerca a recibirme, con una gran sonrisa, mientras los niños se despiden.

—¡Meira! —exclama Nessa—. Alguien dijo que te habían llamado a otra reunión. ¿Han decidido algo más? ¿Cuándo nos vamos?

—Hoy —respondo, y observo que su sonrisa se va endureciendo a medida que los niños se alejan.

Conall asiente.

—Podemos tener todo empacado en una hora.

—No —le digo a Conall—. Ustedes dos se quedan aquí. No vendrán con nosotros a la batalla.

Conall ladea la cabeza. No dice nada, pero su expresión revela resistencia.

Les hablo en tono más suave.

—Agradezco todo lo que han hecho por mí. Todo lo que han perdido —surgen las emociones y me aprietan la garganta—. Pero necesito que protejan a los que se quedan. Porque si yo fallo… —vacilo—. Si esta guerra termina mal, no confío en nadie más para llevar a quienes queden en este campamento a lugar seguro.

Conall aprieta la mandíbula, y después de demasiado tiempo, me mira con los ojos entornados. Está enojado, pero es mi soldado.

—Está bien —dice Nessa, con voz suave. La miro, y veo en ella una emoción que, me doy cuenta, esperaba. Está de acuerdo en quedarse… porque encontró su

lugar en esta guerra.

No digo nada; solo me acerco y la abrazo.

—Pero no quiero que sientas que estás sola en esto, que estoy abandonándote —susurra contra mi hombro.

La risa me afloja el nudo que siento en el pecho.

—Tú me has hecho entender que no estoy sola. Y no es abandono, si te ordeno que te quedes.

Nessa se aparta un poco. De pronto parece mayor, como si en los últimos meses se le hubieran desprendido fragmentos de la niña inocente que era en el campamento de trabajo de April. Toma la mano de Conall y lo mira con una sonrisa deslumbrante.

Al verlos juntos, recuerdo cuando estuve en el campamento de April, cuando conocí a Nessa, Garrigan y Conall, tres sobrevivientes mucho más fuertes de lo que yo podría ser jamás. Recuerdo que Nessa me amó al instante, que Garrigan me trataba con cierto recelo, y que Conall directamente me odiaba. Temía que yo alentara demasiado las esperanzas de Nessa y que ella acabara por sufrir demasiado cuando Angra me matara.

Trago la tristeza que casi me hace confesarles el futuro. Cómo llegará mi muerte, y cómo espero que no destruya a Nessa tal como Conall temía.

Pero de pronto veo confusión en los rostros de Conall y Nessa.

Y luego lo oigo otra vez. El sonido que interrumpió mi confesión.

Gritos.



Meira

—¡Mi reina!

Entorno los ojos para ver al jinete que llega por el camino, y cuando se detiene a mi lado, lo miro sorprendida.

—¿Trace?

Tanto él como su caballo parecen a punto de desfallecer por el agotamiento. Mis ojos buscan detrás de él al resto del Deshielo o a Henn; deberían estar todos juntos, acompañando al último grupo de refugiados.

Pero Trace llegó solo, y desmonta.

—Vine… por delante… para prevenirlos…

Lo tomo por los hombros para que no se mueva. Me mira a los ojos, con tanta tristeza que me asombra que no se haya hecho pedazos.

—Estábamos escoltando a los refugiados —dice Trace—. Hace tres noches, nos dimos cuenta de que faltaba Phil…

—¿Qué? —meneo la cabeza—. ¿Que faltaba? ¿Cómo?

—Henn envió a Phil por delante para explorar… y nunca regresó. Hollis salió a buscarlo, pero no estaba por ninguna parte —Trace inhala agitado, tratando de serenarse—. Creemos que lo capturaron los soldados de Angra, porque…

—¿Dónde?

Mi voz sale asombrosamente calma a pesar del pánico que me cosquillea en el fondo de la garganta. Si estaban demasiado cerca de Oktuber, es posible que los soldados cordellanos apostados allá bajo las órdenes de Angra…

Pero Trace interrumpe mi análisis.

—Hay más, mi reina —dice—. Hollis vio algo cuando salió a buscarlo. Volvió con noticias de un ejército que salía de Oktuber. Hacia *aquí*.

Me sobresalto.

—¿Qué?

—Todavía no encontramos a Phil —prosigue Trace—. Si los soldados de Oktuber lo capturaron… no sabemos. No lo sabemos, pero están en camino. *Ahora*.

Conall ya está en movimiento, cargando las armas que están desperdigadas por su tienda. Nessa se queda a mi lado, firme y callada.

Si están marchando soldados desde Oktuber, no son todas las fuerzas de Angra. Serán cordellanos, en su mayoría, pero aun así estarán fuertemente armados. Pero

¿cómo saben dónde estamos? Este campamento debería estar escondido…

Los recuerdos de Paisly casi me hacen caer de rodillas. De Phil, quebrado, frenético, pidiendo disculpas por lo que le había revelado a Angra.

Y ahora, si volvieron a capturarlo… a los hombres de Angra no les costará nada quebrarlo aún más.

El corazón me da un vuelco y se me baja al estómago, con una fuerza que me provoca náuseas. Pero no, no, no voy a hacer conjeturas hasta saberlo con seguridad.

—¿Cuánto falta para que lleguen? —le pregunto a Trace.

Menea la cabeza.

—Ya deberían estar aquí.

Se me enfría el cuerpo. Echo a correr, seguida por Conall, Nessa y Trace.

Me llaman la atención unos gritos que llegan desde la esquina noreste del campamento. Al principio se oyen apagados, exclamaciones sobresaltadas que despiertan más confusión en mi cuerpo… *Demasiado rápido, esto no debería estar pasando, ¿cómo fue que ocurrió esto?*

La esquina noreste del campamento ya es un campo de batalla. Conall, con una espada en una mano y una daga en la otra, se adhiere a uno de mis costados; Trace, al otro, y Nessa jadea detrás de nosotros.

Llegan soldados a raudales desde el bosque, y avanzan entre las tiendas, cortándolas, intentando formar líneas de batalla en las calles irregulares del campamento. Aprovechan el factor sorpresa lanzándose a cada escaramuza con mayor rapidez de la que pueden seguir nuestros soldados. Los otoñeses corren alrededor, y yo estoy aturdida en medio del camino polvoriento, a menos de cinco pasos de la batalla.

La batalla, la pelea que necesitábamos como distracción, está ocurriendo *ahora*, en este mismo momento, en medio de un campamento lleno de inocentes.

Tomo mi chakram y lo lanzo hacia allá, y la magia salta de mi pecho tras él. Ese impulso hace que la hoja vuele más rápido, más fuerte, que corte a más enemigos en un arco veloz de defensa. Se desploma la primera línea de soldados y sus armaduras provocan un estrépito al caer, y mi chakram regresa.

Llegan más soldados, más y más.

Aferro a Conall y Trace.

—¡Necesitamos ayuda!

Asienten, con la cacofonía de fondo. Nessa, con el rostro inexpresivo, se queda a mi lado, y detesto la ironía de esta situación; acabábamos de resolver que estaríamos separadas durante la batalla final, y aquí estamos, ella a mi lado. Supongo que va a correr para estar con los niños en la otra parte del campamento, pero se queda, y corre a mi lado mientras enfundo mi chakram y sigo adelante.

La tienda principal no está lejos (cerca de la pelea, *demasiado* cerca) y alcanzo a entrar justo cuando Caspar y Sir salen a toda velocidad; los ojos de Caspar, llenos de furia, y los de Sir, de severidad.

—Reina Meira —dice Caspar—. Los soldados de Angra han…

—Lo sé —lo interrumpo—. Pero no son de Angra.

Sir me mira, sorprendido, pero sale de la carpa uno de los generales de Caspar y este se vuelve hacia él.

—¿Qué? —me pregunta Sir, con el ceño fruncido.

—No son soldados de Angra —repito—. Son de Cordell. De Oktuber.

El rostro de Sir se desencaja; se da vuelta y toma del brazo a Caspar. Este gira con expresión de sobresalto, y cuando Sir le repite lo que acabo de decirle, Caspar me mira, sorprendido, y veo en su rostro que comprende. Vuelve a entrar a la tienda y les grita a más de sus comandantes que no se trata de todo el ejército de Angra.

Los ojos de Sir me recorren de arriba abajo, la inspección de siempre en busca de heridas, y luego hace lo mismo con cada miembro de mi grupo. Cuando llega a Trace, se detiene.

Pero Trace se apoya con desaliento en uno de los postes de la tienda, el rostro pálido.

—No llegué a tiempo —dice, a nadie en particular.

Tenemos vigías apostados por todo el campamento, que deberían habernos prevenido sobre este ataque mucho antes de que apareciera Trace. Alguien debería haber visto llegar semejante ejército.

Esto no está bien.

—¡Meira! ¿Trace?

Mather se detiene a nuestro lado. Mis ojos captan la espada ensangrentada que tiene en la mano, y todos mis instintos gritan.

—Los atacantes —dice, y su confusión por la presencia de Trace deja lugar a la amenaza de un derramamiento de sangre. Asiente mirando a Sir, con expresión sombría—. Vienen hacia aquí.

Esto no está bien, esto no está bien…

Sir ya tiene una espada en la mano cuando llego a preguntar, con un hilo de voz:

—¿Aquí?

Mis ojos se dirigen a la tienda principal y al claro que está frente a ella, lleno de mesas fáciles de volcar y de adornos nupciales fáciles de cortar. De todos los lugares del campamento, este ofrece la mayor probabilidad de triunfar: libertad para atacar en grupos más grandes, con el beneficio añadido de ser nuestro centro de comando.

¿Cómo es posible que los cordellanos sepan que esto está aquí? Este campamento es un laberinto de calles sinuosas y tiendas ladeadas.

Pero es demasiado tarde para respuestas, demasiado tarde para arreglar esto, demasiado tarde para hacer otra cosa que mirar boquiabiertos a los soldados que llegan por una calle desde la esquina noreste del campamento, con sus armaduras cordellanas que muestran indicios de batalla.

Y los encabeza alguien que hace que, al verlo, Mather y Trace den un respingo.

—¡Phil! —gritan, para advertirle que se quite de en medio… pero en mi corazón se enciende una alarma tan fuerte que casi me provoca una arcada.

Sir me mira a los ojos, y él también lo sabe, y nos quedamos allí, mirándonos como si los dos viéramos llegar una avalancha.

Alguien que conocía la ubicación exacta de este campamento.

Alguien que podía haber adivinado la rotación de nuestros vigías y permitir que un ejército atacante llegara sin ser detectado.

Phil se detiene del otro lado del claro.

—¡Phil! —vuelve a gritar Mather, esta vez menos seguro.

Trace cae en la cuenta, y su expresión de furia es como una puñalada en mi vientre.

Aferra el brazo de Mather.

—Fue él.

Mather menea la cabeza. Pero la acusación se comprueba cuando Phil levanta la mano y señala.

A mí.

Los soldados cordellanos que están detrás de él no necesitan más instrucciones. Se lanzan hacia el claro, con las armas preparadas. El grito de su ataque atrae a nuestros soldados al área, que llegan a toda velocidad por las calles laterales y forman un muro de defensa contra las decenas de cordellanos.

Sir, Mather y Trace se unen a la pelea. A Mather y Trace los empuja una mezcla retorcida de decisión y angustia que les da a sus movimientos un carácter tóxico. Yo me quedo en estado de conmoción cerca de la tienda principal, junto a Conall y Nessa.

Esta no es la primera vez que Phil le informa mi ubicación a Angra; según Mather, así llegaron a Paisly. Pero después, él había estado aterrado y arrepentido.

Ahora… ahora está radiante, rebosante de orgullo.

Una súbita familiaridad me golpea; trastabillo, y Conall me sostiene por los codos.

No es la primera vez que veo esto: que Angra tortura a alguien, y esa tortura siembra la semilla de la traición. Theron.

Me vuelvo hacia Nessa.

—¡Ponte a salvo! —le grito, y me lanzo a la batalla. Conall me sigue como un torbellino de espadas. Me abro camino con el chakram en una mano, enviando ráfagas de magia donde puedo. Ráfagas de fortaleza a los inverneños que pelean; un ángulo perfecto para mi chakram, para proteger a un veranense. Los soldados cordellanos avanzan con rapidez, cortando y clavando como si estuvieran sofocándose y cada movimiento les diera aire. Pero somos más que ellos, tenemos una leve ventaja numérica. Aunque cuánto nos durará esa ventaja, no lo sé.

No pude salvar a Theron de Angra… pero puedo retirar la Decadencia que entró en Phil. Sin duda, el ejército atacante proseguirá la batalla, pero al menos puedo

salvarlo a él. Tengo que salvarlo.

Phil está en la entrada del camino por el que llegaron los cordellanos, observando la pelea con deleite. Incluso antes de que vea que estoy más cerca de él, enfundo el chakram y uso ambas manos para canalizar la magia hacia él: una espiral de hielo que sale de mi cuerpo. Prácticamente puedo sentir el sabor de la oscuridad en él.

Pero he purificado constantemente a mis inverneños cada vez que estuvimos expuestos a la Decadencia.

Salvo cuando Phil y Mather fueron capturados.

Salvo para lo que sea que Phil sufrió a manos de Angra.

Acude a mi mente el recuerdo de Theron en la celda de Angra, la tortura mental que le infligió hasta que, en el piso de la mazmorra de Rintiero, Theron me dijo que *deseaba* esto.

Angra está haciéndolo otra vez.

No, no…

Phil aúlla cuando mi magia lo golpea. Me salgo de la pelea, a pocos pasos de él, con Conall a mi lado.

Phil me mira, furioso.

—¡No quiero tu ayuda!

Una vez más, le lanzo mi magia y Phil retrocede, aullando con los dientes apretados.

—Ya he visto lo que tu magia puede hacer —ladra él—. Le causa dolor a todo el mundo. Sigues peleando pero tienes la culpa de todo… Si te rindieras, seríamos libres. Por tu culpa estuvimos en aquellos campamentos. Por tu culpa nos lastiman a todos. Me niego a dejar que sigas haciéndonos daño.

—No estoy dañándote, Phil —intento convencerlo, con las manos abiertas, mi magia aplacada—. Estoy protegiéndote de Angra; ¡por él estás haciendo esto! ¡Eres tú quien está lastimando gente!

Señalo la batalla. Cuando lo hago, llegan Sir y Mather, los rostros manchados de tierra y sangre. Mather baja las armas a los costados y lo mira con actitud de derrota.

—Phil —dice Mather, y su voz sale como una bocanada de aire tras un puñetazo —. ¿Por qué?

Detrás de él, un cordellano se aparta de la pelea y se lanza hacia nosotros, pero Sir lo intercepta y vuelve al fragor de la lucha. Sus ojos se desvían hacia nosotros cuando puede, con una expresión que solo le he visto un puñado de veces: preocupación.

Sir está preocupado. Por nosotros.

Contengo un temblor hasta que se me pasa.

La furia de Phil está en ebullición.

—¡Por *ti*! ¡Por todos nosotros! Te hirieron, y a ella no le importó. Te hirieron otra vez, y ella siguió presionando… No le importamos. ¡No le importa nada más que su estúpida venganza! ¡No dejaré que siga lastimándonos!

Ahora está gritando, con ojos enrojecidos y desorbitados, la piel tensa como si no pudiera contener la locura en su interior.

Desvío la vista fugazmente hacia un movimiento detrás de Phil.

Y todo mi mundo se disuelve.

El pánico me lanza hacia delante en un impulso tonto, pero basta para que la atención de Phil se aparte de mí y se desvíe hacia la figura que emerge entre dos tiendas, detrás de él. Ella levanta una mano con un cuchillo como para clavárselo en la espalda.

—¡Nessa! —grito, porque Phil la ve… No tiene sentido esconderse—. ¡CORRE!

No se mueve cuando Phil se da vuelta, y los dos quedan inmóviles, como pegados al suelo. Entonces tomo conciencia de algo: Phil es inverneño. Yo debería poder detenerlo. Pero estaría imponiéndole algo, obligándolo a hacer mi voluntad. Sería un uso negativo de la magia.

Mather, Conall y yo corremos hacia ellos, pero Phil está demasiado cerca de Nessa y los dos están en el camino que se aleja del claro, al margen de la batalla. A nuestro alrededor, el claro nos presenta las peores amenazas, hojas que se clavan en el aire, gritos de muerte que se pierden en la brisa. Toda la atención está aquí, y mientras corremos, debemos repeler enemigos y esquivar armas, mientras que Phil y Nessa no tienen que preocuparse más que el uno por el otro.

Oigo un grito.

—¡Meira!

Pero no me doy vuelta. Percibo el pánico de Sir, que está trabado en batalla, sin poder apartarse para ayudarnos… pero no puedo pensar en ello. Ni en que está preocupado y lo demuestra, ni en el modo en que su voz resuena en mis oídos, áspera y dura, y me hace contener un grito.

Trabajo con mi magia. La usé para reubicar a los inverneños en Juli sin tocarlos, pero en aquella oportunidad lo hice por puro instinto, y antes de que logre soltarme lo suficiente para intentarlo con Nessa, un cordellano ruge y se abalanza contra mí. Conall gira y choca espadas con él.

Vuelvo a liberarme, pero Phil nos oye correr, o siente temblar el suelo, o percibe mi pánico más cerca.

Él no tiene problema en usar la magia contra nosotros… lo cual no hace más que confirmar que lleva adentro la Decadencia. Extiende una mano hacia atrás, hacia mí. De sus dedos se desprende un nudo de sombra negra, que contamina el aire hasta que me golpea de lleno. Trastabillo y voy a dar contra Conall, justo cuando mata al cordellano. Los dos caemos. Mather se detiene, gruñe y se impulsa hacia delante.

Se oye un cuerno y el aire se llena de gritos, y del sonido de pies, que llega como una oleada atronadora. Pero quienes gritan son los otoñeses que están peleando, al reconocer a sus compatriotas que están llegando, más soldados nuestros que por fin se han organizado. Ya no falta mucho; los cordellanos están en franca desventaja.

Incluso detrás de Phil y Nessa, aparecen otoñeses corriendo hacia ellos con las armas preparadas. Van a salvarla… van a evitar esto.

Me pongo de pie lo más rápido que puedo. La magia surge de mí cuando mis ojos vuelven a encontrar a Nessa, con una orden que se clava en su corazón.

¡Vete, VETE! ¡CORRE!

Phil ve llegar a los otoñeses y saca una hachuela de una funda que lleva sujeta al muslo. El arma reluce en su puño, y los ojos de Nessa se dilatan.

Se da vuelta para correr hacia los otoñeses.

Pero Phil se abalanza, un paso, uno solo, y la alcanza primero.

No es guerrera. Es mi Nessa, es *mía*, y la hachuela de Phil se le clava en el cuello antes de que yo logre siquiera empezar a correr otra vez. Pero no, no corro: me envuelvo en la magia y me lanzo junto a Phil, que tiene una sonrisa perversa, y a Nessa, que mira boquiabierta. Está confundida, y conmocionada, y…

La daga que tenía en la mano cae a sus pies con estrépito.

Golpeo a Phil con el hombro y lo derribo al suelo. Al caer suelta la hachuela, que deja un rastro de sangre, y Nessa cae. La sostengo, y caemos las dos.

Los otoñeses nos rodean, la mayoría corriendo para sumarse a la batalla en el claro, y algunos se detienen para asegurarse de que los enemigos que hay alrededor estén abatidos. Pero siguen su marcha, a pesar de que tengo todo mi mundo en mis brazos, observando cómo se desangra.

—¡Nessa! —grito. La magia sale como un torrente de mi cuerpo y entra al de ella, en oleadas tan frías que sé que el suelo a nuestro alrededor debe ser un torbellino de escarcha y hielo—. ¡NESSA!

Su cabeza se apoya en mí con flaccidez. Tanta sangre, la magia no alcanza, entonces lanzo más, pero así como la magia entra a su cuerpo, la sangre sigue saliendo. Le envío hasta la última pizca de poder que poseo, para que sea de ella, por favor, *por favor, Nessa, tómalo, toma todo lo que necesites, por favor, Nessa…*

No pude salvar a Garrigan, pero a ti tengo que salvarte. Por favor, Nessa, déjame salvarte.

Algo se mueve. Phil.

Se pone de pie, como un perro rabioso, pero Mather, que se lanza sobre él, me salva de tener que matarlo. No… Mather no debería tener que hacer esto, no debería tener esto en sus manos…

Conall empuja a Mather, que cae sin resistirse y mira a Phil sin parpadear, con los labios separados, como rogándole que se detenga. Pero Phil no se detiene, *no puede*, está tan enajenado que me mira y ruge como una bestia.

Es Conall quien clava una hoja en el pecho de Phil, y se la hunde hasta la empuñadura.

Mather se lleva las manos a la cabeza, y de su garganta sale un sollozo que ahoga el mío.

Unos brazos me atraen de vuelta a Nessa. Unos brazos que nos sujetan a las dos, con tanta ferocidad que creo, casi, que vamos a estar bien. Estamos a salvo, estamos en los brazos de Conall, y ella va a estar bien.

Las lágrimas de Conall caen sobre mi rostro, pero él sigue sosteniéndome con fuerza mientras grito el nombre de su hermana.



Ceridwen

Ceridwen solo alcanzó a ver el final de la batalla.

Después de la reunión final, había ido a dividir a sus soldados entre los que marcharían y los que se quedarían. Por eso estaba con Lekan cuando se oyeron los primeros gritos. Corriendo por el campamento cuando sonó el cuerno. Jadeando en el límite del claro cuando llegaron los refuerzos otoñeses que, con su apoyo, pusieron fin a la batalla.

Y luego volvió a correr, esta vez hacia la tienda principal, saltando por encima de los caídos y esquivando los últimos intentos de los cordellanos moribundos por derribarla. Entró a la tienda a toda velocidad y la encontró vacía; la mesa sobre la que habían trazado sus planes de batalla seguía cubierta de mapas.

Ceridwen dio media vuelta y echó a correr una vez más; el aire fétido que siempre había tras una batalla le raspaba la garganta.

Jesse no había salido con ella. Se había quedado para ayudar a Caspar; se había quedado *allí*, en esa tienda, junto a un claro que hasta hace pocas horas había estado lleno de alegría y música.

Corrió hacia la tienda de Jesse. Él dormía con sus hijos todas las noches, en el área destinada a los inverneños. Mejor dicho, había dormido allí todas las noches menos una: la anterior, la noche de su…

Era apropiado, demasiado apropiado, que ahora ese mismo claro fuera un campo de batalla. Tal vez era un castigo, en cierto modo. Al detenerse frente a la tienda de Jesse, Ceridwen sintió una comprensión que destruyó la estructura endeble de felicidad que había construido.

Era un castigo, por creer en la alegría durante una guerra.

Era un castigo, por ser feliz cuando no tenía derecho a serlo.

Ceridwen aferró la tela de la entrada de la tienda, respiró hondo y la levantó.

Que esté aquí, que esté aquí…

Primero vio a Melania. Luego a Geneva y a Cornelius, apiñados en el suelo, envueltos en una sola manta larga de lana. La miraron sorprendidos, con ojos grandes detrás de sus máscaras pequeñas y deshilachadas, las únicas que habían podido traer de Rintiero.

Melania se llevó un dedo a los labios.

—¡Shh, Cerie! Estás interrumpiendo.

Volvió a acomodarse junto a sus hermanos y levantó la vista hacia Jesse, que estaba con un libro abierto sobre el regazo. Miró a Ceridwen, primero con una sonrisa, luego con ojos entornados al verla tan tensa.

Dejó el libro a un lado y se levantó del catre. Melania rezongó.

—¡No, tienes que terminarlo! —le rogó—. Nessa tampoco lo terminó.

Jesse la hizo callar con un ademán y miró a Ceridwen.

—¿Qué sucede?

No lo sabía. No estaba al tanto de la batalla. Estaba allí, leyendo para sus hijos.

Una sola carcajada escapó de la garganta de Ceridwen, pero se le disolvió en la lengua, y con ella vinieron las lágrimas y se le derramaron por las mejillas. Jesse corrió hacia ella, y Ceridwen lo abrazó con fuerza, con la respiración agitada por intentar no sollozar demasiado fuerte, aunque fuera tan solo para no preocupar a los niños.

—Empezó —le susurró ella.

Sintió a Jesse tensarse bajo sus manos. Él vaciló, le dio un beso en la mejilla y se volvió hacia Melania, Geneva y Cornelius.

—Necesito que vayan a jugar con Amelie —les dijo. Miró a Ceridwen en busca de confirmación de que allá estarían a salvo, y ella asintió. Desde allí, el sector veranense del campamento no había sido alcanzado por la batalla, que de todos modos ya había terminado.

Entonces Jesse se volvió hacia Ceridwen, que extendió la mano, pues necesitaba aferrarse a él. Una parte de ella le dolía como si todavía estuviera fuera de la tienda, esperando para levantar la cubierta de la entrada, sin saber a ciencia cierta lo que hallaría dentro.

Así sería cada momento a partir de ahora, se dio cuenta.

Incierto.



Meira

—Los cordellanos fueron derrotados por nuestras fuerzas.

—… solo medio batallón. Phil encabezaba un grupo pequeño de los que estaban apostados en Oktuber.

—No estaban preparados, como si hubieran venido apresurados.

—Por suerte, solo sufrimos pérdidas menores…

Pérdidas menores.

Mis dedos aferran con más fuerza la manga del vestido de Nessa, y su sangre seca se resquebraja sobre mi piel. Las voces callan a mi alrededor, interrumpidas por mi súbito respingo tras horas de no moverme. Días, tal vez, allí en el suelo con su cadáver en mis brazos.

—Meira.

Aparto con dificultad la mirada del claro ensangrentado donde se había llevado a cabo la fiesta de bodas de Ceridwen y Jesse. ¿Aquella mancha será de sangre, o vino derramado?

—Meira —repite Sir, agachado frente a mí. Extiende la mano hacia Nessa—. Tenemos que…

—¡No! —gruño. Sir se retrae.

No puedo culparlo. Yo también me retraería de mí misma.

Ceridwen está de pie detrás de Sir. Y más allá, otoñeses, veranenses y yakimíes trabajan por igual para limpiar los restos de la matanza. Caspar me observa, y también Nikoletta y Dendera; todos están cerca, con rostros compasivos.

A pocos pasos de aquí, Mather está inclinado sobre un cadáver que está en el suelo. El Deshielo, Henn y los demás refugiados llegaron en algún momento durante la pelea, de modo que ahora Mather está rodeado por Hollis, Kiefer, Eli, Feige y Trace. Algunos lloran, otros están sentados en silencio, muy pálidos, junto al cuerpo de Phil.

Aferro a Nessa con más fuerza.

Alguien más cae de rodillas a mi lado. Conall. ¿Cuándo se fue?

Se inclina sobre Nessa, y no lo aparto cuando le acaricia el rostro pálido. Los dedos de Conall se mueven sobre su brazo, lo levantan y le colocan algo entre el brazo y el pecho.

Un libro.

—Estuve… —se le quiebra la voz—. Estuve escribiendo las frases que estaban grabadas en la cueva de la memoria —cierra los ojos, y cuando vuelve a abrirlos, me mira—. Iba a ser un regalo para ella. Para que pudiera llevar a Invierno consigo dondequiera que fuera. Quería que tuviera con ella un trocito de nuestro reino. Quería que…

Pero no termina la idea. Sus ojos azules, llenos de lágrimas, me recorren el rostro, y el dolor que veo en ellos me destruye.

—Cuánto lo siento, Conall —me oigo decir. Parece algo débil, la disculpa lloriqueada de quien fracasó—. Debería haber usado mi magia antes. Debería haber detenido a Phil, a cualquier costo. Debería haber… Cuánto lo siento…

Conall se acerca, me atrae hacia él, y apoya la frente en la mía.

—Meira, no.

Eso me silencia más que cualquier otra cosa que pudiera haberme dicho.

No me llamó *mi reina*.

—Van a quemarla —murmuro.

Traga en seco y asiente.

—Lo sé.

Pero será una ceremonia otoñesa. Para Nessa, la niña con el libro de recuerdos de Invierno en los brazos, la muchachita que debería haber recorrido el mundo de aventura en aventura, recogiendo pedazos de sí misma en todos los reinos de Primoria… es apropiado.

Conall baja las manos, pasa el cuerpo de su hermana de mis brazos a los suyos, y yo se lo permito. Se pone de pie, con cuidado para mantenerle el libro contra el pecho. Sus ojos me dirigen una última mirada de comprensión. De dolor… un dolor que nos desintegra.

Apenas Conall se aparta, Sir me ayuda a ponerme de pie. Me crujen las piernas por haber estado tanto tiempo acurrucada en el suelo, pero él me sostiene con un brazo.

Con debilidad, trato de apartarme.

—Deberías estar con tu hijo.

No me responde; solo me sostiene mientras observo a Mather, arrodillado junto al cadáver de uno de sus mejores amigos.

La mano que usé para intentar apartar a Sir sigue apoyada en su pecho, y mis dedos se cierran, aferrándolo por la camisa. Vuelvo a empujarlo, o quizá lo mantengo allí; tengo la garganta tan hinchada por el dolor que hago una arcada y empiezo a empujarlo y tirar de él. Sir toma mi otro brazo y me inmoviliza, y empiezo a empujarlo, a golpearle el pecho.

—Suéltame —le digo, pero no con tanta ferocidad como lo golpeo.

Me quedo quieta y apoyo las manos abiertas en sus brazos.

—Suéltame —repito, un ruego entrecortado que envío a la tierra—. Podríamos. Podríamos ir. Podríamos irnos, ahora mismo, antes de perder a nadie más…

Las palabras salen de mí a borbotones, deseos ásperos que me destrozan el corazón al pronunciarlos.

Los dedos de Sir se cierran con más fuerza en mis codos. Ahora va a gritarme. Va a reprenderme por hablar así.

Cierro los ojos, preparándome para que me haga sentir culpable. Una reina debe ser fuerte y poder recuperarse. Una reina debe hacerle frente a la tragedia con esperanza.

Pero tengo la sangre de Nessa sobre mi cuerpo. Tengo la imagen de su muerte en mi cabeza. Tengo en los oídos el grito de Mather al ver morir a Phil. Y ni siquiera estamos un poquito más cerca de derrotar a Angra.

¿Cuánto peor puede ponerse esto?

—Podrías marcharte —dice Sir, y su voz grave retumba en mis brazos. Hago una mueca de dolor, y entonces lo oigo. ¿Qué dijo?—. Pero no lo harás, porque eres más fuerte que lo peor que pueda suceder, y eso te hace invencible.

Jadeando, lo miro, y mis ojos recorren su rostro como si no lo hubiera visto en muchos meses. Tal vez así sea: tal vez todo el tiempo que pasé enojada con él nunca me dejó ver cuánto lo cambió a él también todo esto. Me resulta imposible, pero el Sir que veo ahora parece… tierno. Me consuela. Y sus palabras apaciguan el fuego en mi corazón, como una ráfaga de aire helado en el infierno de mi dolor.

Me suelta los brazos como para demostrar que lo que dice es verdad, que puedo mantenerme en pie sin ayuda. Se hace a un lado, abriéndome camino hacia Mather.

Contengo un estremecimiento. Nikoletta está ayudando a Conall a colocar el cuerpo de Nessa junto a los otros que murieron, mientras algunos de los integrantes del Deshielo levantan y llevan el cuerpo de Phil también hacia allá. Mather se queda en el suelo, con el rostro tapado por las manos y la espalda encorvada. Toda el área está cargada de tristeza, de una conmoción que no se puede aplacar.

Hasta hoy, esta guerra estaba bajo nuestro control. Al menos, una parte pequeña de ella. Ahora veo la expresión de todos… tienen miedo.

Angra nos encontró. La seguridad que creíamos tener es mentira.

Caigo de rodillas junto a Mather y lo abrazo, hundo el rostro en su cuello y mis brazos lo atraen hacia mí. Se rinde de buena gana. Creo que pide disculpas, pero no digo nada.

Este es el futuro que tendré, si sigo adelante. Nada más que lágrimas, sangre y dolor, y a la larga, la esperanza de felicidad… para todos los demás. ¿Vale la pena?

La pregunta está cubierta por la sangre que he visto, quebrada bajo el dolor que siento. Pero la planteo de todos modos, y cierro los ojos con lágrimas nuevas mientras Mather me abraza.

Mi magia responde.

Sí.

En Otoño, el reino de los árboles infinitos y las hojas secas, tienen que llevar los cadáveres a un claro lo suficientemente amplio y despejado para que las llamas no se propaguen más allá de los muertos. Esto implica que para quemar apropiadamente todos los cuerpos se necesitaría por lo menos un día de viaje del que el ejército no dispone.

Entonces dejamos el cuerpo de Nessa junto con los otros ocho que cayeron durante el ataque. Nikoletta me promete que le darán un funeral honorable, digno de la realeza de Otoño.

Y yo le daré un futuro honorable, pienso. *Su recuerdo perdurará en un mundo sin Angra*.

Horas más tarde, nos ponemos en marcha.

Aquellos que no nos acompañan a la batalla final se reúnen en el límite oriental del campamento para despedirnos. Nikoletta y Shazi; Jesse y sus hijos; Kaleo y Amelie; todos los otoñeses, inverneños, veranenses y yakimíes que no pueden pelear, además de un grupo reducido de soldados que se quedarán para protegerlos.

Pero dado que Phil les reveló esta ubicación a los cordellanos apostados en Oktuber, el campamento también se trasladará a una nueva ubicación más segura… pero solo después de que nos hayamos marchado. Hemos visto ahora, más que nunca, la crueldad de la magia de Angra. Si alguno de nosotros cayera ante la Decadencia y tuviera conocimiento de la nueva ubicación del campamento… Es mejor que no sepamos dónde están. Ya los encontraremos cuando todo termine.

Hago una mueca de dolor al pensarlo.

Caspar los encontrará cuando todo termine. Y Ceridwen. Y Mather y Sir, y todos los demás que sobrevivan.

Esa es la única parte del plan que cambió. El resto —la marcha hasta el valle, revelarle nuestro paradero a Angra y esperar el comienzo de la batalla final— sigue igual.

Sin embargo, no parece que debiera ser así. La muerte de Nessa, la traición de Phil, la destrucción de nuestra sensación de seguridad, todo da la sensación de que nuestra vida debería estar afectada irrevocablemente.

Me doy vuelta sobre la montura, en el límite del campamento. El espacio que tengo ante mí difícilmente podría considerarse un claro, pero aquí los árboles son lo bastante ralos como para permitir que nuestro ejército se forme con cierta cohesión. A lo largo del límite del campamento, están quienes vinieron a despedirnos: familias que lloran, se aferran a los soldados y susurran palabras de aliento.

Conall está en ese grupo, no muy lejos de mí, con las manos unidas a la espalda. Se quedará aquí a pesar de todo, ya sea para cumplir mi última orden o porque, a diferencia de mí, no soporta no despedirse de su hermana. Tampoco pudo llorar a Garrigan.

Es el único que queda.

Me mira a los ojos como si presintiera lo que estoy pensando, o tal vez él está pensando lo mismo: *no debería haberme tocado a mí*.

Me aparto de él; no puedo mirarlo a los ojos sin que los míos se llenen de lágrimas. Pero cuando miro al frente, a los soldados que se forman en el bosque mientras se despiden de los suyos, veo en ellos la misma emoción. Pesar, sumado al duelo por el destino hacia el que marchamos.

Mis ojos, con voluntad propia, se dirigen a Sir. Está montado a caballo junto a Henn y Dendera, personificando la presencia que conocí tan bien siendo niña: la de un general que va a la guerra.

El miedo es una semilla que, una vez que se siembra, nunca deja de crecer.

Antes conocíamos el peligro que Angra representaba para el mundo, pero aun así creíamos, tontamente, que estaríamos a salvo hasta que decidiéramos marchar contra él. Ahora veo, todos vemos, la verdad de esta guerra: que nos encontrará sin importar dónde nos escondamos ni lo seguros que creamos estar.

Y así nos cambiaron la vida la muerte de Nessa y la traición de Phil, me doy cuenta: ahora tenemos miedo. Si vamos a la guerra con emociones que la Decadencia puede aprovechar…

Ya hemos perdido.

Espoleo a mi caballo y avanzo, en busca de la mejor ubicación entre los soldados y los que quedan en el campamento. Los ojos se vuelven hacia mí mientras aminoro el paso y camino junto a la hilera de rostros en los que se refleja el mismo miedo que me quita fuerzas.

No creen que vayan a sobrevivir. Uno de mis propios soldados condujo a los hombres de Angra hasta nosotros… ¿qué otras traiciones nos aguardan aún? ¿Quién más resultará infectado? ¿Acaso van a morir, no por una espada enemiga, sino a manos de sus propios hermanos?

Alzo las manos por encima de la cabeza y abro la boca para que me presten atención. Pero ¿cómo les hablo? No son un solo reino al que pueda convocar.

Pero justamente de eso se trata.

—Angra busca unir el mundo —empiezo, y mi voz resuena más alta que los adioses murmurados. La atención se va volcando hacia mí como una ola pareja mientras me yergo sobre mi caballo, con el corazón acelerado—. Ya hemos visto de lo que es capaz con tal de extender su dominio. Pero yo veo ante mí algo mucho más grande: la *verdadera* unidad. Veo un ejército de Otoño, Verano, Yakim, Ventralli e Invierno. Veo a rítmicos y estacionales codo con codo, marchando juntos en defensa de un sueño colectivo. Un mundo que nunca hemos conocido, pero que deseamos construir: un mundo sin la amenaza de la magia. Un mundo donde cada uno de nosotros sea libre para vivir, amar y *ser* por sí solo.

»Todos hemos perdido algo. Hogares, seres queridos, *libertad*… y por eso marchamos a la guerra. Pero hoy sufrimos una pérdida igualmente importante: perdimos la inocencia. Entendimos cómo será la pelea, que Angra atacará no solo con

armas y soldados, sino también con recuerdos y pesares. Apenas lo enfrentemos en batalla, cada dolor que ustedes tengan, cada temor que alberguen en su corazón, será usado en su contra. Y sería fácil ceder ante los ataques de Angra.

Se me quiebra la voz.

—Pero no estamos aquí porque busquemos lo fácil. Estamos aquí porque sabemos que, cuando marchemos a ese campo de batalla, alcanzaremos la victoria. Angra quiere oscurecer nuestro mundo —meneo la cabeza, con una sonrisa tan amplia que empiezo a pensar que perdí la cordura—. Pero no podrá apagarnos, y nuestra luz lo cegará.

Apenas termino, la multitud se enardece.

Se alzan puños en el aire. Se echan cabezas hacia atrás. Gritos, vivas y exclamaciones de triunfo estallan a mi alrededor, y cada soldado desecha su miedo y acepta esta capa protectora de fe. Lo sienten tanto como yo, cuánto mejor es aferrarse a las palabras de esperanza que a los temblores del miedo.

No muy lejos de donde estoy, Mather aplaude junto con su Deshielo; la sonrisa que veo en su rostro es de sanación, de esperanza. Esto es todo lo que necesito. Que Mather sonría. Que los soldados olviden su dolor por un momento.

Todos están listos para la guerra. Todos están listos para la *victoria*.

Hago girar a mi caballo y atravieso las filas de nuestros ejércitos hasta que encuentro a Caspar y Ceridwen en la vanguardia. Paso junto a Dendera y Henn, que aplauden con los demás; Dendera tiene los ojos empañados y en sus labios hay una sonrisa orgullosa. La saludo con una inclinación de la cabeza, y mis ojos se mueven hacia un lado hasta posarse en Sir.

Está sentado muy erguido en su montura, casi una imitación perfecta de Dendera, hasta los ojos empañados y la curva de sus labios. Me habría bastado verlo aplaudir… pero además está demostrando emoción. *A mí*. Y me sonríe. *A mí*.

Lanzo una exhalación entrecortada; me niego a llorar otra vez.

Voy a enfrentar esta guerra, *todos* vamos a enfrentar esta guerra, con las únicas armas que importan de verdad: nosotros, nuestras fortalezas y nuestras debilidades. Buenas o malas, horribles o maravillosas, estas cosas me han modelado, y voy a usarlas para ser la persona que el mundo necesita que sea. La persona que Rares y Oana necesitan que sea; la persona que Conall, Mather, Sir y todos los inverneños necesitan que sea.

La persona en la que Nessa me convirtió.

Voy a ser Meira.



Mather

El discurso de Meira había tomado el dolor provocado por el ataque y lo había apagado como quien echa nieve sobre una fogata. Al menos, el dolor de los soldados que rodeaban a Mather; mientras aplaudía, cada palmada era un golpe contra el profundo pesar que había en su corazón.

Examinó al Deshielo sin proponérselo. Cada uno de sus integrantes estaba pertrechado con armas y con ropa para un viaje rápido. Y cada uno estaba solemne, aplaudiendo solo porque la energía de la multitud les imponía ignorar su dolor por un dulce momento de claridad. Pero el momento pasaría y la realidad volvería a aplastarlos, tal como Mather sabía que lo aplastaría a él.

La expresión de Phil cuando Conall lo apuñaló no había sido de arrepentimiento ni de tristeza, nada de lo que Mather había esperado. En su rostro solo había ira.

Eso había sido el resultado de la magia de Angra. Había tomado a Phil, leal y feliz, y lo había convertido en… una fiera.

Mather debería haberse dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Sabía que Phil había estado dolido desde la tortura padecida en Rintiero, pero nunca había pensado… ni siquiera se le había ocurrido…

Pero él era el líder del Deshielo. Era su responsabilidad ver esas cosas.

Le había fallado a Phil. Les había fallado a todos.

Mather tragó en seco cuando terminó el discurso de Meira. Ella pasó camino al frente del grupo, y ellos, por ser su custodia, debían seguirla. Pero Mather observó que William, Dendera y Henn la seguían, y suspiró con alivio por disponer de un momento para hablar con su Deshielo antes de que se impusiera el deber.

Solo un momento. La guerra nunca permitía más que eso.

Mather se volvió hacia el Deshielo, que se apiñaba mientras los soldados se movían a su alrededor y la algarabía posterior al discurso se iba disipando en adioses murmurados.

—Ustedes pueden elegir —dijo Mather, con la boca seca—. No voy a obligar a ninguno de ustedes a ir a la guerra. Si eligen quedarse a proteger el campamento, será tan valioso como…

—Ahórrate las palabras.

Fue Kiefer quien lo interrumpió, y Mather hizo una pausa y lo miró a los ojos con expresión severa. Si Kiefer tenía alguna objeción a sus planes y acabaría por retirarse

ofuscado, Mather no tenía energía para ocuparse de eso en ese momento.

Pero la expresión de Kiefer era casi apacible.

—Iremos contigo —declaró.

Y eso fue todo. No mencionó que el viaje para acompañar a los refugiados había acabado en la muerte de Phil, ni que Mather no había estado con ellos en esa ocasión; tampoco mencionó las otras veces que se habían separado ni las consecuencias aciagas de esas oportunidades.

Ahora solo había unidad. Unidad y obediencia, de parte de Kiefer, nada menos.

—Lo siento —se oyó decir Mather. Dos palabras que no había querido decir, aunque habían estado en su mente desde que había visto a Phil encabezando la marcha de los soldados contra el campamento. ¿Era señal de debilidad disculparse así con el Deshielo? William jamás había pedido disculpas por nada. Como fuera, las dos palabras quedaron flotando en el aire, y Mather cerró los ojos.

El silencio no duró mucho, pues pronto alguien le dio una bofetada en la cara. Bien fuerte.

Mather se sorprendió al ver a Feige, con las mejillas encendidas y los labios fruncidos.

—No —gruñó Feige—. Nada de esto es culpa nuestra. Esto es culpa de *Angra*. Él tiene la culpa de todo.

Sus ojos reflejaban su furia, y Mather sintió aquella advertencia de la primera vez que la había ayudado a practicar la lucha. No era solo furia por la traición de Phil. Era una furia por todos los momentos vividos en el campamento de trabajo de Angra, por todos los terrores que había padecido bajo su reinado. La traición de Phil era, triste y horriblemente, una más en una larga serie de pesadillas, todas originadas en Angra.

Trace cambió de posición, con los dedos cerrados en torno a las empuñaduras de las dagas que sobresalían de las fundas sujetas a sus muslos. Asintió con un breve movimiento de la cabeza, que fue repetido por Hollis, Kiefer y Eli sin vacilación.

Hollis se acercó a su hermana.

—Pero acordemos, ahora, que la mejor manera de que salgamos de esto es ayudándonos entre nosotros.

—No dejaremos que la Decadencia llegue a consumirnos hasta el punto de perdernos —añadió Trace—. Podemos traernos de vuelta, los unos a los otros. Los veranenses han estado tratando de enseñarle a la gente a resistirse a la magia, así que sé que es posible. Nunca estamos solos. No importa qué trate de hacernos creer la magia de Angra.

No culpaban a Mather. No culpaban a Phil. Y al mirarlos a los ojos, con tristeza renovada en el corazón, Mather vio más allá de la tristeza de ellos la misma chispa de vida que lo había hecho encariñarse con ellos. Eran guerreros, a pesar de todo. Eran sobrevivientes, y seguirían sobreviviendo, pese a las tragedias que tuvieran que enfrentar.

—¿Y bien?

Mather se sobresaltó. Trace levantó las cejas.

—Eres nuestro líder, Rey Que No Fue —le dijo—. ¿Estamos juntos o no?

Mather enderezó los hombros. Ahora sentía el lema del grupo con más intensidad que nunca.

—No nos vencerán —murmuró. Y lo dijo en serio.

Tres mil soldados partieron del campamento, una mezcla de otoñeses, yakimíes, veranenses e inverneños.

Mientras marchaba junto a su Deshielo, Mather no podía evitar echar vistazos curiosos a aquellos que lo rodeaban. William, bien erguido sobre su caballo. Dendera, nuevamente la guerrera por obligación que Mather recordaba, feroz y letal junto a Henn.

Y Meira, tan alerta como William, tan feroz como Dendera. Ahora percibía un peso mayor sobre ella, un fervor más intenso aún por mantener a todos a salvo. Cada noche, mientras el inmenso ejército acampaba, ella recorría el perímetro, casi sin reparar en que Mather y algún otro integrante del Deshielo la seguían, siempre custodiándola. Y solo se acostaba cuando Mather lograba convencerla, reticente hasta que entraba a la tienda; entonces caía exhausta y se dormía a su lado con tanta rapidez que él se daba cuenta de que estaba agotando sus fuerzas, exigiendo al máximo a su magia.

Pero Mather se limitaba a acostarse a su lado, con el brazo sobre la cadera de ella y el rostro hundido en su cabello, y trataba de calmarse lo más posible, de ser un lugar al que ella pudiera retirarse cada noche a descansar.

Los preparativos para la batalla inminente tenían a todos en alerta. Por eso nadie hacía ningún comentario sobre el hecho de que él dormía con Meira; al menos, no en voz alta. William lo miraba fijo cada noche y cada mañana, y cuando llegaron al valle, hasta él parecía incapaz de seguir envuelto en su semblante habitual, impertérrito y estoico.

Mather comprendió enseguida por qué Caspar había recomendado ese lugar. A la derecha, estaba limitado por las estribaciones de los Klaryn, que se iban elevando hacia las montañas más allá, mientras que a la izquierda había una colina poblada de árboles que creaba la ilusión de una ola dorada y anaranjada que avanzara por el medio de la llanura cubierta de hierba. En la mitad del valle, el pasto verde terminaba de un modo tan deliberado que solo podía tratarse de un límite impuesto por la magia: la frontera inverneña, blanca, nevada y con vegetación perenne.

La batalla se llevaría a cabo en los términos de ellos, sin posibilidad de escape en ninguna dirección.

Apenas llegaron al valle, Caspar, Ceridwen y Meira se pusieron a trabajar de inmediato. Se levantaron tiendas en el extremo occidental, reclamando a su favor el lado otoñés del campo de batalla. Los soldados se apostaron en filas sobre el pasto, se abrieron en abanico entre los árboles para detectar a los enemigos que avanzaran por

la retaguardia, y probaron algunas incursiones audaces ascendiendo por los peñascos empinados para alcanzar mejores puestos de observación.

Mather y su Deshielo se mantenían cerca de Meira. A ella no parecía molestarle; estaba demasiado concentrada en volver a revisar los planes con Caspar o un mapa con Ceridwen, o barriendo la zona en busca de indicios de peligro. En una de esas barridas, miró a Mather y él le sonrió.

Una pausa, y ella también le sonrió, y luego se inclinó para decirle algo a Ceridwen.

—Antes que nada, es tu reina.

Mather se volvió hacia William, que estaba de pie a su lado frente a la tienda abierta más grande, la que se usaba para decidir estrategias y planes. Cuando Meira lo había besado en el campamento otoñés, Dendera había logrado sonreír a pesar de la sorpresa. Pero William no había reaccionado en absoluto. Mather había intentado explicar de qué se trataba: que no era algo por lo que tuvieran que preocuparse, no era algo fugaz sino una relación verdadera y estable por la que él pensaba luchar.

William se había cruzado de brazos, lo había mirado con irritación y se había alejado.

Ahora, Mather se volvió hacia él con una ceja levantada.

—Lo sé.

William lo miró fijo.

—No pierdas eso de vista. Especialmente ahora; ella es tu reina, y tú, su soldado.

Mather no levantó la voz.

—¿Qué crees que va a ocurrir? En todo caso, esto me dispone *más* aun a protegerla, y yo…

—Ella necesita más que protección —lo interrumpió William—. Es la reina de Invierno, y tú eres un soldado de Invierno. Los dos deben tener como meta el bienestar de nuestro reino… independientemente de cómo afecte eso a cualquiera de ustedes, tanto en lo emocional como en lo físico. Debes proteger a Invierno más allá de tus sentimientos por ella, y ella debe hacer lo mismo.

No era la primera vez que Mather oía un discurso así de parte de William, y sabía que Meira también lo había oído. *Invierno está primero, por encima de todo lo demás: tu meta es la salvación de nuestro reino, nada más*. Mather nunca lo había oído desde esta perspectiva, en la cual él era el soldado y ella, la monarca. ¿Sería esto lo que William le había dicho a Meira todos aquellos años, el motivo por el que no quería que ella amara a Mather? ¿Para que sus sentimientos no interfirieran con el progreso de su reino?

Lo peor era que Mather sabía que Meira estaba de acuerdo con William. Sabía que ella elegiría a Invierno antes que a él, y por más que se esforzara por apaciguar esa preocupación constante, ahora le resultaba imposible.

Meira iba a morir por ellos. Y William esperaba que Mather se lo permitiera.

Ya había perdido a demasiada gente por culpa de Angra: Alysson, Phil, y decenas más con los años. No había podido salvar a Alysson ni a Phil, pero no estaba dispuesto a sentarse y dejar morir a Meira.

El dolor le dejaba en la boca un sabor metálico y rancio que casi le provocaba arcadas, o deseos de gritar o descargarlo de alguna manera. Basta de muertes. *Basta ya*.

—Alguien tiene que pelear por ella —afirmó Mather—. Alysson hizo lo mismo por ti. Soy primero de ella, y luego de Invierno.

—¿Problemas de familia?

Mather se dio vuelta y vio a Meira, y sintió que le subía un calor por el cuello.

—No, mi reina —le respondió William—. ¿Estás lista para partir?

Mather se desanimó.

—¿Partir? ¿Ya?

Meira también se desanimó, pero se recuperó con más rapidez que él. No fue la pregunta de William lo que la desconcertó, sino verlo tan distante y estoico como siempre.

—Sí —incluyó a Mather con un vistazo—. Recibimos noticias del paradero de Theron. Angra está marchando con su ejército, aunque…

—¿Jannuari? —Adivinó William, pero Mather no se atrevió a hablar.

Meira asintió. Señaló hacia una tienda más pequeña que estaba a la derecha.

—Busquen sus armas y reúnanse conmigo aquí en diez minutos.

—Angra todavía no llega —protestó Mather. Sintió crecer el pánico en el pecho. Partirían hacia Jannuari en cuestión de *minutos*. Había pensado que no se irían hasta que Angra los atacara, que tal vez tendría una última noche con Meira, su cuerpo rodeando el de ella en la tienda que compartían.

El semblante apacible de Meira desapareció.

—Angra ya está cerca, y sabe dónde estamos. Necesitamos cada momento que podamos conseguir.

Mather quedó boquiabierto.

—¿Cómo sabes…?

Pero se interrumpió al verla tocar el relicario con aire distraído, aquella joya brillante que parecía tan fuera de lugar en una mujer ataviada con armadura de cuero prestada por Otoño, túnica y botas paislianas, y un chakram.

Su magia. Podía usarla para percibir a Angra… ¿entonces Angra también podía percibirla a ella? ¿O acaso podía protegerse de él y solo dejarle ver su ubicación cuando *ella* lo decidiera?

Si Meira podía hacer eso, sin duda Angra podía protegerse de ella. Entonces ¿por qué estaba permitiendo que Meira supiera dónde estaba?

Mather trató de no preocuparse. Meira sabía lo que hacía. Confiaba en ella.

—De acuerdo —dijo. Cuanto antes terminaran con eso, más pronto aquel canalla dejaría de ser una amenaza para ella… y más pronto pagaría Angra por todo lo que

había hecho.

Mather se alejó corriendo hacia la estructura que ella había indicado, la que estaba atiborrada de armas y equipos. El resto de su Deshielo se quedó cerca de la tienda principal, mirándolo irse con una mezcla de preocupación y angustia. Pronto volvería a dejarlos.

Pero pronto también terminaría todo esto.



Meira

Esto es demasiado fácil.

Logro bloquear a Angra durante todo nuestro viaje. Pero cuando llegamos al valle sin ninguna emboscada, sin cambio de planes, sin malas noticias, sé que algo está mal. Angra no nos dejaría seguir con nuestro plan si estuviera al tanto de él; entonces, o de alguna manera logramos tomarlo por sorpresa…

O estamos en graves problemas.

Poco después de desactivar mis barreras y liberar mi magia, sé que no tenemos mucho tiempo. Reunida con Ceridwen y Caspar, revisando mapas del valle y de las montañas que lo rodean, no les hago saber que estoy tanteando los alrededores en busca de Angra; tengo los ojos en la mesa, pero mi mente está muy, muy lejos.

¿Hasta dónde podré extender mi magia? He vigilado la zona que nos rodea durante todo el viaje, pero ¿puedo llegar más lejos?

Tanteo el bosque alrededor. Nada.

El lado inverneño del valle. Nada.

Las montañas, el bosque más allá… nada.

Pero entonces…

Aferro el borde de la mesa, simulando interés en lo que está señalando Ceridwen.

Angra entra en mi conciencia, como una gota de agua que rompe la superficie quieta de un lago. No hay contacto directo; mi mente aún está protegida contra cualquier ataque, pero lo reconozco… y estoy segura de que está haciendo lo mismo conmigo, descubriendo mi ubicación ahora que ya no estoy bloqueándolo.

Ah, allí estás, casi puedo oírlo decir. *Qué amable de tu parte haberte sumado a nuestra guerra*.

Angra no está bloqueándome con magia como lo hice yo con él durante tanto tiempo; es casi como si hubiera estado esperando que tratara de encontrarlo. Quiere que sepa que está en camino.

Porque ya está en camino, sin duda conduciendo un ejército hacia nosotros. Al menos, pudimos elegir el lugar para la batalla, pero el hecho de que Angra ya esté avanzando significa que no esperó hasta reunir todas sus fuerzas para ponerse en marcha. Aun así, debe tener suficiente para destruirnos.

La suya es la única presencia que percibo. Aunque hace un momento los exploradores de Caspar avisaron que, efectivamente, Theron está en Jannuari, una

parte de mí tenía la esperanza de que no fuera así. Pero Theron no está con Angra, y yo debería poder sentir su conexión con la magia, cuando menos; ahora es portador de un conducto, aunque ya no tenga su conducto consigo.

Se me va el alma al suelo, pero extiendo mi magia hacia Angra. No cabe duda de que Theron no está con él.

¿Tendrá Theron todavía las llaves? Angra podría habérselas quitado antes de marchar. Pero si llego a él y no tiene las llaves, no habría motivos para quedarme. Si realmente Angra quiere hacerme caer en una trampa, la mejor manera de hacerlo sería que Theron aún las tuviera, y que yo debiera quitárselas.

Si es así cómo Angra quiere que sea, entonces Theron aún tiene las llaves en su poder y está esperándome en Jannuari.

La mayor debilidad de Angra está en mi reino.

Por eso dejó allá también a una de mis mayores debilidades.

—Ya viene —anuncio, levantando la cabeza. Ceridwen y Caspar se echan atrás, los ceños fruncidos con cautela.

—¿A qué distancia? —pregunta Caspar, ya inclinándose sobre otro mapa y trazando posibles rutas desde Jannuari. El último informe de los exploradores de Caspar no nos ayudó mucho: casi los capturaron y tuvieron que huir sin poder averiguar nada.

Le aparto la mano y señalo más abajo, el área que atrae mi conciencia, aquella sensación perturbadora de que alguien me observa pero desde cierta distancia. Un punto cercano a la frontera entre Otoño e Invierno, todavía al norte de donde estamos, pero no tan lejos como Caspar suponía. Seguramente los soldados de Angra que estaban en Oktuber le habrán informado sobre nuestra presencia en Otoño.

Caspar se aparta de la mesa y gira hacia dos de sus soldados, apostados afuera, en la entrada de la tienda.

—Llamen a nuestros exploradores. Que se abran haca el noreste. Quiero números, velocidad de viaje…

Su voz se va apagando a medida que se interna en el campamento, dándoles órdenes a sus soldados sin mirar atrás. Esa es su táctica, he aprendido: no perder tiempo. Lo que es acorde con la vida que lleva Otoño: moverse, hacer, *ser*, porque en cualquier momento podría llegar el ataque de Angra.

Ceridwen también sale, seguida por Lekan, los dos sumidos en una conversación en voz baja que se apaga una vez que salen de la tienda abierta. Me quedo con el rumor de la brisa vespertina entre los árboles que rodean el campamento, el martilleo constante de los herreros en la armería tosca que improvisamos cerca.

No me doy tiempo para pensar. Giro en busca de mis sombras recién adquiridas. El Deshielo de Mather permanece en torno a la tienda, en una formación protectora que hizo que Sir asintiera con aprobación. Lo que sea que Mather haya hecho para entrenarlos en el poco tiempo con que contaba, fue efectivo.

Mather conversa con Sir junto a la tienda, el uno frente al otro. Vacilo; una vez más me sorprende lo ciega que estuve durante tanto tiempo para no darme cuenta de que estaban emparentados. Hasta discuten del mismo modo, con la cabeza ladeada a la derecha, los ojos firmes y sin parpadear. Las similitudes me evocan un aire fresco que tanto necesito, la suave cascada de… nuestro hogar.

Cruzo la tienda hacia ellos, y con cada paso grabo en mi mente la imagen de los dos.

Momentos después, Sir, Mather y yo estamos en la tienda principal, tan listos para la guerra como pueden estarlo tres personas.

Sir tiene el mismo aspecto que tuvo en toda mi niñez: vestido de negro, armado y severo. Mather ajusta la correa de su pechera de cuero; el material marrón rojizo está gastado y flexible por la antigüedad. Lleva dos espadas cortas sujetas a la espalda, un bolso pequeño con provisiones atado al pecho, y cuchillos amarrados sobre las botas y los pantalones.

Yo estoy mucho menos armada. Llevo una espada corta contra la cadera y mi chakram en la espalda, pero más armas me habrían restringido los movimientos. Si vamos a hacer esto, si voy a usar mi magia, quiero poder moverme libremente.

Pasé la mayor parte de mi vida luchando por tener armas. Ahora estoy marchando a la guerra y elijo llevar solo dos.

Pero yo misma soy un arma.

Ceridwen se acerca a mi lado, también pertrechada para la guerra, solo que en un estilo mucho más veranense: una cobertura ceñida de cuero, sujeta con bandas sobre unos pantalones livianos anaranjados, y unas armas que yo nunca había visto: dagas pequeñas con guardas que se curvan formando púas letales. Sacude los dedos entre algunos rizos que se le soltaron de las trenzas con que se peinó.

—En Verano tenemos una despedida —dice, en un tono que hace tiempo que no le oía: el velo de la neutralidad política—. Cuando alguien emprende un largo viaje, los que se quedan le desean la energía de un incendio voraz. El poder de tomar las cosas que tratan de detenerte (el viento, los enemigos) y aprovecharlos para hacerte más fuerte. El poder de brillar tan intensamente que todos los que te miren se preguntarán cómo es posible que haya existido la oscuridad en el mismo mundo que tú —me apoya una mano en el hombro, pero su decisión se agrieta y se le empañan los ojos—. Arrasa este mundo con tu fuego, reina de Invierno.

La abrazo, y me aclaro la garganta para fortalecer la voz.

—A ustedes les toca el trabajo difícil. Yo solo voy a dar un paseo por las montañas.

Ceridwen se aparta y me mira fija y largamente. En sus ojos húmedos hay un asomo de amenaza.

—Celebraremos nuestra victoria *cuando* regreses.

Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho. Por ayudarme en Verano, por sumarse a mi cruzada y por creer en mí. Quiero decirle cuánto me alegra tenerla como amiga, y que el hecho de saber que está viva para guiar al mundo hace que lo que tengo que hacer me resulte un poco más fácil.

Pero no puedo decir nada sin confirmarle que no está en mis planes regresar. Entonces le doy un último apretón cariñoso en el hombro e inclino la cabeza en una vaga reverencia.

—Arrasa este mundo con tu fuego —repito. *Por nosotras dos*.

Caspar me despide de manera mucho menos emotiva. Pero sus sentimientos son los mismos: rapidez, fortaleza, victoria. Dendera y Henn se reúnen para despedirse. Formamos una especie de procesión, y Mather y Sir también recorren la fila para recibir buenos deseos. Los miembros del Deshielo de Mather están al final, esperando con los hombros rectos, con más aspecto de soldados que nunca.

Esto es el resultado de la traición de Phil. O quizá de cada momento de esta guerra, que los fue despojando de su parte exterior hasta no dejar más que las personas tenaces que tengo ante mí.

Se quedan en silencio, y yo trago en seco. Una cosa fue despedirme de Caspar y Ceridwen. Ni siquiera Dendera y Henn me agitaron tanto el pecho. Pero estar frente al Deshielo es como estar frente a todo Invierno, a toda la gente a quien luché por proteger toda mi vida.

—No les fallaré —es todo lo que se me ocurre decir.

Eso afloja un poco la severidad de sus rostros, que se encienden con gratitud.

Trace inclina la cabeza.

—Nunca podría decepcionarnos, mi reina —dice, con el ceño fruncido.

Aprieto la mandíbula y estoy a punto de quebrarme, una vez más. Por suerte, me salva Mather, que llega con las últimas órdenes para ellos: deben servir a Caspar durante la batalla, y brindar toda la ayuda que sea necesaria.

Me aparto para darle un momento a solas con ellos. Salgo de la tienda y mis ojos recorren el área por última vez. Angra no se ha movido de donde lo percibí la última vez, lo cual es… raro. Sabe dónde está nuestro ejército; debería estar conduciendo a sus propios soldados a sus posiciones. ¿O acaso piensa quedarse observando cómo sus marionetas llevan el mundo a su fin sin él? Me froto la nuca, contemplando con preocupación el valle desierto que se extiende ante mí.

En pocas horas, estos manojos de pasto serán nidos de cadáveres. Los bancos de nieve intacta en el otro extremo quedarán macabros con trazos marfil y escarlata.

Pero cuanto antes haga esto, menos sangre se derramará. Solo tengo que concentrarme en la tarea que me ocupa a cada momento: un acto, luego otro, y otro. Por ahora, lo único que necesito ver es adónde vamos.

Mather y Sir se me acercan.

—Nos trasladaré a Jannuari —les digo—. Buscaremos a Theron y le quitaremos las llaves. Apenas las tengamos, nos llevaré a la Mina Tadil; cuanto más rápido

hagamos esto, más corta tendrá que ser la batalla. Angra puso más guardias en la mina, de modo que probablemente habrá soldados allí, pero con suerte tendremos a nuestro favor el factor sorpresa. Una vez dominados los guardias, pónganse frente a la puerta; tenemos que traspasar la barrera y cruzar lo antes posible.

Mather asiente.

—Conseguir las llaves. Traspasar la barrera. Entendido.

Sir está menos preparado.

—La última vez que trataste de cruzar la barrera…

—Por eso los necesito a ambos —explico—. Deben cruzar tres personas, las tres con la misma voluntad de llegar al barranco mágico. Un esfuerzo mancomunado —les tiendo las manos, con la esperanza de que no noten cuánto estoy temblando—. No sé si después de eso la barrera caerá por completo, ni si los soldados podrán seguirnos y llevar la pelea al laberinto mismo…

Suspiro. Una cosa por vez.

El rostro de Theron acude a mi memoria, el modo en que me miró en Juli. Ojos vacíos de toda emoción, salvo por un aire posesivo, dominante.

Una cosa por vez.

—Un esfuerzo mancomunado —repite Sir, y me toma de la mano—. Estoy contigo, mi reina.

Mather toma mi otra mano. Apenas los tres estamos conectados, enfoco toda mi concentración en un único destino.

Invierno.



Meira

Los lugares pasan volando por mi mente a medida que la tensión familiar de la magia nos arrastra al olvido. Siento un leve cansancio, el esfuerzo de tener que transportar a varias personas, pero la adrenalina hace que sea fácil ignorarlo.

Si Angra envió a Theron a Jannuari, estará en el mayor símbolo de la ciudad: el palacio. Y cuanto antes lleguemos donde está él, más pronto podemos tener las llaves.

Evoco la imagen del laberinto de frías paredes de piedra que hay debajo del palacio. Los pasillos que llevan a la esquina noroeste eran los menos usados, lugares donde nadie había llegado aún en el poco tiempo que tuvimos para restaurar nuestro reino.

Mis pies se posan en adoquines gastados, y trastabillo hacia delante. Un muro de frigidez me golpea el rostro, un drástico descenso de temperatura, incluso en comparación con la frontera entre Otoño e Invierno. Ese descenso afloja el nudo de preocupación en mi interior.

La última vez que estuve en Invierno, mi magia era una bola de poder incierta y temerosa que azotaba las barreras que yo ponía. Ahora se irradia por todas mis extremidades, como espirales que me envuelven los nervios y absorben energía de la tierra misma.

Mi hogar, dice cada parte de mí, y cada inhalación de aire frío me llena de regocijo.

Si antes pensaba que mi magia era poderosa, al estar de regreso en Invierno la siento… ni siquiera puedo describirla. Vigorizada, alentada, *acertada*: la misma sensación innombrable de pertenencia que sienten todos los inverneños al estar cerca de la nieve.

El propósito de mi magia es proteger este reino, y ella lo sabe.

El pasillo está envuelto en una negrura tan intensa como el frío, de modo que solo me entero por el oído cuando Mather da contra la pared de atrás; todavía no está acostumbrado a viajar de esta manera. Les envío una ráfaga de magia a los dos, para eliminar de su cuerpo cualquier efecto negativo. Sir no pierde tiempo.

—¿Está aquí? —pregunta, en un rápido susurro que pone de manifiesto el silencio reinante. No se oyen pasos desde arriba ni desde los pasillos; no hay gritos de órdenes ni entrechocar de armas. Pero ¿qué esperaba? ¿Que hubiera un ejército aguardándonos?

Sí. Porque un ejército sería mucho más manejable que lo que sospecho que tiene planeado Angra: juegos mentales como aquellos con los que me torturó en April, para jugar con mis miedos más recónditos.

Pero la pregunta de Sir me incita a la acción. ¿Estará Theron aquí? Hago exactamente lo mismo que hice para percibir a Angra: amplío mi conciencia.

Los pasillos que nos rodean… no hay señales de él.

El piso superior…

Doy un respingo al reconocerlo.

Theron está en el salón de baile, casi directamente encima de nosotros.

Mi magia percibe la suya con aterradora claridad. Los dos estamos conectados a los Conductos Reales; el mío es una conexión más fuerte, pero es lo mismo que cuando percibo a Angra. ¿Theron también podrá percibirme? ¿Será que la Decadencia de Angra le permite un manejo tan firme de la magia?

Pero mientras me lo pregunto, mi magia me da su propia respuesta.

No importa qué capacidad le haya dado Angra a Theron. Ni siquiera importa qué capacidad tenga el mismo Angra. Porque aquí, en Invierno, es donde soy más poderosa.

Llevo semanas bloqueando a Angra, de modo que vuelvo a hacerlo. Solo que esta vez bloqueo mi ciudad entera, con una oleada de magia que se extiende sobre Jannuari formando un escudo. Mientras estemos aquí, Angra no puede venir. Le quitaremos las llaves a Theron sin su interferencia. A ver cómo encaja *eso* en los planes de Angra.

Un frío gélido corre por mis venas casi al punto de marearme. Todo en mí es un torbellino de nieve, hielo y escarcha; mi magia es el centro de una fuerte nevisca que podría arrasar con todos los enemigos de esta ciudad, uno por uno.

Unos dedos me aferran el brazo, y aun en la oscuridad, me vuelvo hacia Mather con una sonrisa traviesa.

—Está aquí. Arriba, en el salón de baile. Podemos hacer esto rápidamente; no tomé en cuenta la fuerza adicional que me da estar de vuelta en Invierno. Theron no…

—Es una trampa, Meira —me advierte Mather en voz baja—. Angra quería que vinieras aquí. Tenemos que suponer que lo planeó.

—¿Planeó que me volviera aun *más* poderosa?

—Planeó que te descuidaras —los dedos de Mather se mueven sobre mi brazo hasta tomar mis dos manos—. Planeó algo que te debilitaría.

Trago en seco; los zarcillos de magia vuelven a hundirse en mi pecho. Una inhalación profunda me llena los pulmones, y aprieto con afecto las manos de Mather a modo de respuesta.

—Tienes razón —doy un paso atrás—. Vamos, pero despacio.

Empiezo a darles órdenes más detalladas cuando un ruido me interrumpe. Dos golpes suaves, como de metal contra metal.

Clang, clang.

—Viene del otro extremo del pasillo —dice Sir. El camino que lleva al salón de baile.

Gruño y empiezo a caminar, arrastrando ligeramente las botas por el piso. La pared de piedra está sucia, pero mis dedos la rozan apenas para guiarme. Mather y Sir me siguen en silencio, salvo por el roce constante de su ropa.

Otra vez suenan los golpes. *Clang, clang*.

El corredor se va aclarando sombra tras sombra gracias a una farola encendida dos pasillos más adelante… exactamente en nuestro camino hacia el salón de baile. Mi poder vigorizante se retira ante la inquietud que siento a medida que nos acercamos a la farola, y todas las sombras que me rodean se deforman con el movimiento fascinante de la luz.

Y cuando doblo para tomar el pasillo donde está la farola, los dos soldados que custodian una de las habitaciones me enfrentan como si hubieran estado esperando que apareciéramos.

Sonríen, espadas en mano, y sin perder tiempo se lanzan hacia mí. Sir y Mather reaccionan con más rapidez que yo, y avanzan con sus propias armas mientras mis ojos van hacia la habitación que los soldados estaban custodiando. La puerta consta de barrotes de hierro oxidados: una celda. La luz de una antorcha de pared juega con las sombras que se mueven sobre las paredes cubiertas de moho y sobre el cuerpo que se lanza contra los barrotes. Suenan dos golpes por encima del entrechocar de las espadas, y unos ojos vacíos miran mientras el prisionero golpea una taza de metal contra los barrotes.

Clang, clang.

Vuelvo a prestar atención a la pelea cuando uno de los soldados cae a manos de Mather. Sir despacha al segundo y no se detiene: se agacha a un brazo de distancia de la celda.

—Greer —susurra, aliviado.

Greer levanta la vista.

—William —dice, como si acabaran de toparse en la calle. Mira más allá de Sir —. Mather —luego me ve llegar a la luz.

Sonríe.

—Mi reina —*clang, clang*—. Él me dijo que vendrías.

Miro detrás de él, hacia el interior de la celda.

—¿Y Finn?

Greer sonríe, una sonrisa febril. Un rápido pase de magia y siento la Decadencia dentro de él, una cantidad que, sin duda, Angra le infundió durante días enteros. Había tenido rienda suelta en Jannuari; aquí, cualquier inverneño sería presa fácil de la Decadencia sin mi protección.

Clang, clang.

—El Rey Angra nos libró de aquellos que quieren impedir que el mundo cambie —responde con voz suave, y vuelve a enfocar su atención en la taza—. El Rey Angra mató al débil. El Rey Angra…

Sigue balbuceando, y con cada palabra golpea la taza con más fuerza, pero lo bloqueo.

Angra mató a Finn.

El dolor de su muerte se suma a todos los otros a quienes perdí. Tantas pérdidas, todavía, siempre, nada más que pérdidas, incluso aquí.

Me lleno de decisión. Angra sabía que encontraría a Greer, de modo que sabía que no lo dejaría aquí, poseído por la Decadencia, cuando tengo el poder de limpiarlo, por ser inverneño. Pero no voy a dejar de ayudar a mi pueblo solo porque Angra planeó una cosa. Nos ha quitado tanto… No va a quitarme la capacidad de ayudarlos.

Lanzo un flujo de magia hacia Greer y elimino la Decadencia de su cuerpo con una sola ráfaga helada. Limpio y rápido, como debería haber sido con Phil. Pero en el fondo, en lo más recóndito de su ser, Greer no quiere que la Decadencia lo posea. No quiere creer que lo salvará, como creía Phil.

Greer se interrumpe en mitad de una oración y me mira boquiabierto.

—Mi reina —dice. Mira a Sir y Mather, suelta la taza y se arrodilla, y aferra los barrotes con dos puños apretados—. ¿Y los demás? ¿Trajeron un ejército? Díganme que trajeron más que…

—Un ejército no habría sido práctico, dadas las circunstancias —responde Sir.

La risa de Greer es casi un sollozo.

—Vinieron a recuperar Invierno.

—En cierto modo.

Se inclina hacia Sir.

—Hace horas que oigo pasos marchando arriba. Theron tiene soldados con él en el salón de baile —los ojos de Greer se vuelven hacia mí—. Está esperándote.

Aprieto la mandíbula y miro el techo.

—Decenas de hombres —dice Greer, como si leyera los cálculos en mi rostro—. Mi reina, necesitas más ayuda.

—O una distracción —respondo, y miro a Mather.

Su rostro se ensombrece, y la luz inquieta de la única farola que hay en este pasillo lo hace ver aún más preocupado.

—No te dejaremos entrar sola.

—¿Sola? —Sir se levanta, pero cuando llega a ponerse de pie, entiende a qué me refiero—. Quieres que saquemos a los soldados del salón de baile.

Asiento.

—Sé que puedo con Theron. Incluso puedo limpiar la Decadencia de los inverneños que estén en Jannuari, como lo hice con Greer… Pueden tener más guerreros para ayudarlos…

Pero Sir levanta una mano.

—No. No habrá víctimas civiles. Mather y yo solos podemos mantener ocupados a los soldados el tiempo suficiente.

Mather mira a su padre.

—¿Dos contra decenas? —sonríe levemente y se encoge de hombros—. Nos las hemos visto peor.

Greer se incorpora detrás de los barrotes.

—*Tres* contra decenas —hace una pausa, apoya todo su peso contra el hierro, y hace una mueca de dolor casi imperceptible cuando vuelve a mirarme—. Finn. Mi reina, lo siento. Angra…

—No —le digo. Ahora necesito elegir la fuerza.

Sir calla un momento, sin duda tratando de apartar de su mente sus propios recuerdos de Finn. Después de un momento, observa las heridas en el cuerpo de Greer y me mira. Pongo manos a la obra.

Sus heridas son fáciles de sanar, aunque me revuelven el estómago cuando le envío magia. Angra lo ha torturado con más que la Decadencia… mucho más. Pero no digo nada, y cuando termino, momentos después, Greer lanza un suspiro de alivio y se estira.

—Hacía años que no me sentía tan bien —murmura mientras Sir trata de abrir la cerradura de su celda.

Avanzo por el pasillo antes de que la puerta esté del todo abierta. Angra lo torturó. De verdad y sin remordimientos, lo torturó, y aun así la Decadencia lo hizo mascullar con devoción por Angra.

Entonces ¿qué le habrá hecho a Theron? ¿En qué estado lo encontraré? Y peor aun, ¿en qué estado se encuentra el resto de mi reino? ¿Será que los inverneños que están en Jannuari andan por allí con tanta pasión por Angra como la que demostró Greer?

Cierro los puños. No importa. Pronto serán libres. Pronto *todos* serán libres.

Mather envuelve uno de mis puños con la mano.

—No entres hasta que salgan todos.

—Lo sé.

—Trataremos de quedarnos cerca del palacio para que nos encuentres cuando termines. Puedes percibirnos con tu magia. ¿O quieres que…?

—Mather —me vuelvo hacia él en el mismo instante en que llegamos a la escalera que nos llevará al piso superior—. Este es *nuestro* reino. Podemos sobrevivir.

Con la otra mano me toca la mejilla, y con el pulgar me acaricia la sien.

—Eso no es lo que me preocupa.

Le doy un beso, rápido y con fuerza.

—Estaré bien.

Me aferra más aún contra su cuerpo.

—Sí, estarás bien —me asegura.

Me aparto, sin poder mirarlo a los ojos, entonces miro a Sir.

—Después de ti, general.

Sir se demora un momento, con los labios separados como si quisiera decir algo. Pero solo asiente, se adelanta y sube la escalera, seguido por Mather y Greer. Yo los sigo despacio, manteniendo el ritmo de sus pasos silenciosos, siempre dedicando la mitad de mi atención al salón de baile. Theron sigue allí, quieto, esperándome. Vuelvo a comprobar la barrera que coloqué sobre Jannuari… Angra no puede venir.

Solo seremos Theron y yo.

Al final de la escalera, Sir se lanza hacia la derecha, hacia una puerta lateral que da al límite este del palacio. Mather me lanza una última mirada, cargada de decisión y seguridad en el modo en que intenta sonreír, y se van, y quedo sola en el pasillo oscuro y silencioso.

Pero hay una última cosa que puedo hacer por ellos. Cierro los ojos, tomo aliento y lanzo una ráfaga potente de magia a Mather, Sir y Greer, para transmitirles fortaleza a sus cuerpos.

Inhalo y doblo por el pasillo en la dirección contraria.

En estos pasillos no hay guardias; ya no me esperan trampas. Lo único que se oye son los crujidos del palacio semiderruido, y cada tanto cae una nube de polvo desde el techo. Cuando alcanzo a ver por las ventanas, noto las calles vacías, habitadas solo por alguna que otra espiral de nieve que se eleva con las ráfagas de viento.

Si no hubiera percibido a Theron, casi podría creer que este reino está desierto otra vez.

Por fin, el pasillo termina en unas puertas dobles, detrás de las cuales está el salón de baile. Me detengo con una mano en el picaporte curvo y acerco el oído a la hendija que hay entre ambas puertas.

Se oyen ruidos metálicos. Alguien susurra órdenes ásperas y luego todo queda en silencio. Los soldados siguen adentro.

Espero, con la atención dividida entre aguzar el oído al salón de baile y vigilar el pasillo a mis espaldas. Al cabo de unos segundos, en los que cada instante se encima al anterior para formar un muro trémulo de expectación, todo se desata cuando se oye un grito en el salón de baile.

—¡Ataque!

—Intrusos, los vieron afuera…

Entonces, una voz. Una voz que conozco bien.

—¡A ellos!

La orden de Theron pone a los soldados en acción. Resuenan pasos de botas en el salón con una prisa tan deliberada que no alcanzo a distinguir hacia dónde marchan. Se me llena el pecho de pánico y me aparto enseguida de la puerta, y me aplasto contra la pared por si salen por este lado. Pero pasa un momento y el caos se aleja

hacia las puertas principales, retirándose a pelear con Mather, Sir y Greer mientras yo me quedo con un salón de baile vacío.

Y con Theron.

Porque todavía está allí. Puedo sentirlo: una sensación chispeante que me carcome el corazón cuando mi magia reacciona a la suya. Cerca, tan cerca…

Me aparto de la pared, vuelvo a acercarme a la puerta y aferro el picaporte. No hay tiempo para vacilar: cuanto más se prolongue esto, más larga será la batalla fuera del palacio.

Entonces abro la puerta y entro al salón, la cabeza en alto, los músculos tensos y preparada para lo que sea que esté esperándome. Un ataque, una visión debilitadora, un recuerdo.

El salón está vacío; el piso de mármol blanco resplandece. Las ventanas talladas en la pared sur han sido cubiertas con una gruesa tela negra que cuelga desde el agujero en el techo y tapa la mayor parte de la luz natural. Aun así, alcanzan a entrar algunos haces de luz, como astillas blancas que me dejan ver a la única persona que aún está allí.

Theron, en medio del salón, con los brazos a la espalda y el mentón recto.

Sus ojos oscuros se fijan en los míos como si hubiera sabido con exactitud dónde estaría. Apenas me ve, adopta una expresión tan suya, tan feliz y serena, que casi se me olvida lo que es ahora, todo lo que hizo.

—Mi reina —me saluda—. Bienvenida a casa.



Ceridwen

Todo lo que Ceridwen sabía sobre los guerreros otoñeses resultó cierto.

Nunca había visto soldados tan entregados a su deber. Apenas Meira y su grupo se marcharon (santas llamas, apenas habían accedido a participar en la guerra) cada soldado se convirtió en un arma, así de simple. Los otoñeses eran serenos, de ojos alertas, músculos tensos, de modo que cada uno de ellos parecía más una bestia en medio de una cacería que una persona.

Si lograban semejante ferocidad sin una reina que pudiera usar su magia de conducto para darles fuerzas, ¿cuánto más intimidantes llegarían a ser cuando la tuvieran?

Ceridwen se contuvo. Después de hoy, la magia jamás volvería a tener influencia en la vida de nadie: un cambio positivo que traería equilibrio a su mundo desparejo. Pero habría sido espectacular poder ver a los otoñeses impulsados por capacidades mágicas además de las naturales.

Mientras volvía corriendo a la tienda principal para una última reunión con Caspar, no pudo evitar echar un vistazo hacia el oeste, donde estaba el nuevo campamento que albergaba a los seres queridos de todos los integrantes del ejército. La familia de Caspar, la de Lekan, la suya.

Sintió un profundo agradecimiento, y a cada soldado otoñés con el que se cruzaba, le dirigía una mirada llena de gratitud. Necesitarían soldados así de feroces y entregados de su lado. Necesitarían toda la ayuda que pudieran conseguir.

Lekan se le acercó a caballo y desmontó justo frente a la tienda.

—Nuestros soldados están concentrados en el valle; los yakimíes, también. La infantería de Caspar los rodea. Si Angra quiere pasar, le costará mucha sangre.

—Angra nunca tuvo miedo de pagar ese precio.

Lekan hizo una mueca.

—Los discursos motivadores son lo tuyo.

—Todos saben bien lo que estamos haciendo aquí —Ceridwen entró a la tienda abierta y avanzó rodeando mesas cubiertas de mapas y armas—. Y lo que nos va a costar.

—Faltan menos de dos horas —Caspar no levantó la vista del mapa que estaba estudiando en el centro de la tienda—. Mis exploradores consiguieron una ubicación más específica: el ejército de Angra debería llegar esta tarde. ¿Vas a pelear?

Ahora miró a Ceridwen.

—No soy muy buena para dejar que mi gente se juegue la vida sin mí —respondió.

Lekan se aclaró la garganta. Si Caspar no pensaba pelear, ella prácticamente acababa de llamarlo cobarde.

Pero Caspar sonrió.

—Yo tampoco —dijo—. Estarás con tus guerreros, supongo.

Ceridwen asintió. Ella y Lekan ya habían decidido eso.

—A la vanguardia.

—Y yo estaré con mi caballería.

Caspar se incorporó y le hizo señas a alguien para que se acercara. Entraron unos inverneños, el mismo grupo que había escoltado a los hijos de Jesse en su huida de Rintiero: el Deshielo, los había llamado Meira.

—Pero si los dos vamos a estar peleando, necesitaremos un modo de comunicarnos —Caspar señaló a los inverneños con la cabeza—. Ellos se han ofrecido a ser nuestros mensajeros durante la batalla.

Ceridwen inclinó la cabeza con gratitud. Los mensajeros solían morir con rapidez.

Y cuando abrió la boca para darles las gracias, las palabras quedaron sumidas bajo su instinto de guerrera, aquel que había desarrollado durante años de luchas constantes.

Sonó un cuerno. Uno de los muchos que tenían los otoñeses apostados en el perímetro del valle, vigilando posibles ataques desde la vanguardia o la retaguardia. Este se oyó desde el lado inverneño del valle, un sonido lejano que hizo que todos los que estaban en la tienda se pusieran alertas al unísono.

Caspar giró hacia Ceridwen, con el ceño fruncido.

—¿Tan pronto? —preguntó ella.

Pero Caspar ya estaba recogiendo los pertrechos que necesitaría de la tienda. Algunos mapas, diversas armas que había sobre la mesa.

—O los refuerzos de Angra llegaron antes que él —dijo. Cuando volvió a mirarla, sus ojos se habían suavizado—. Tú irás a la vanguardia, de modo que te dejaré el ataque a ti. A luchar, princesa Ceridwen… *reina* Ceridwen.

Esa palabra la golpeó con más fuerza que cualquier golpe físico. En verdad, ahora era la reina de Verano, ¿no? O lo sería, cuando Verano volviera a ser suyo. Y entonces vendría toda la complicación de decidir cómo gobernar Verano y Ventralli a la vez, ahora que estaba casada con Jesse…

Pero ese era un problema que enfrentaría con gusto, una vez que todo esto terminara.

—Por el futuro, rey Caspar —respondió.

Caspar asintió y salió, mientras se oían más cuernos, más exploradores que veían acercarse la amenaza y daban la alarma. Algunos de los inverneños del Deshielo se separaron del grupo y fueron con Caspar, mientras los demás seguían a Ceridwen y

Lekan, formando un grupo desparejo que salía de la tienda. No montaron a caballo; ahora pelearían a pie junto a los guerreros refugiados a quienes ella había acompañado durante años.

El sonido de los cuernos provocaba oleadas de alboroto en el pequeño campamento. Las tiendas médicas se preparaban para la llegada de los heridos; en las tiendas de armería se oía a los herreros dándose prisa para afilar todas las hojas que tenían. Todo estaba orientado a un solo objetivo, a tal punto que Ceridwen podía jurar que todos respiraban con el mismo ritmo.

Se aferró a eso mientras el grupo que encabezaba salía del campamento y se internaba en el valle. Cuerpos apiñados lado a lado, soldados estoicos y preparados que se apartaban para abrirle paso. Ceridwen caminó entre todos, veranenses, yakimíes, otoñeses, con más y más orgullo al ver sus rostros decididos.

Tal vez podrían lograrlo. No solo distraer a Angra el tiempo suficiente para que Meira triunfara, sino llegar a *derrotar* a su ejército.

Ceridwen llegó al frente y se adelantó, pisoteando el pasto con sus botas. En el otro extremo había árboles perennes con sus ramas cargadas de nieve. Aquellos árboles atraparon su atención en los siguientes minutos, las siguientes horas, y sus ojos los recorrían de un lado al otro en busca de soldados que dieran inicio al ataque, de Angra infundiéndoles su magia perversa.

Por eso vio de inmediato cuando emergió el primer jinete.

Caspar había calculado que faltaban varias horas para que llegaran los soldados de Angra. No tenía sentido que hubieran llegado tan pronto.

Ahora Ceridwen no veía otra cosa. Sus dedos aferraron la empuñadura de sus dagas. Caspar tenía razón: eran refuerzos.

—No es el ejército de Angra —gruñó—. Otra vez.

Lekan se movió. Él había llegado a la misma conclusión que Ceridwen. Igual que en el ataque de unos días atrás, Angra había enviado a otros a cumplir sus órdenes, como diluvios que lavan la ladera de una montaña, preparando el terreno para un alud.

La mujer que dirigía el ejército que salió de entre los árboles de Invierno fue, para Ceridwen, una distracción así. Un diluvio, un alud y una tempestad helada, todo a la vez.

Raelyn.

No era más que una silueta pequeña a caballo, pero Ceridwen conocía esa silueta. Sintió el desdén que emanaba la exesposa de Jesse apenas apareció. Del bosque se materializaron soldados ventrallinos, que marchaban detrás de ella a paso mesurado.

—Llévale un mensaje a Caspar —le ordenó Ceridwen a uno de los integrantes del Deshielo que estaba cerca de ella—. Dile que esto no es todo.

El muchacho asintió y se retiró.

¿Quién sabía cuántos soldados más había traído Raelyn consigo? ¿Cuántas espadas había sumado a esta guerra? Se sabía que los soldados ventrallinos vendrían

a sumarse a las fuerzas de Angra, pero deberían estar navegando aún por el Feni. Era obvio que Raelyn, en lugar de unirse al ejército de Angra, había sido enviada primero aquí.

No importaba. Lo único que cambiaba con esto era que ahora Ceridwen tenía un objetivo que le impulsaba el corazón.

Meira le había explicado la magia a la que se enfrentarían. Raelyn había *elegido* esa magia, cuando el conducto de Ventralli habría podido mantenerla a salvo; todo lo que le había hecho a Jesse, a sus hijos, a Ceridwen, lo había hecho por decisión propia.

Y moriría por ello.

Ceridwen se adelantó, se llenó los pulmones de aire y lo retuvo mientras el ejército ventrallino se acercaba sin pausa, con Raelyn a la cabeza. No era una guerrera, lo cual significaba que quería que Ceridwen la viera. Quería el enfrentamiento que se aproximaba.

Ya somos dos.

Los ventrallinos estaban a pocos pasos de donde terminaba el lado inverneño del campo. Casi en la mitad del valle.

La expectación que iba acumulándose en el pecho de Ceridwen llegaba a dolerle, y ella percibía la misma necesidad en los soldados.

Pelea, pelea, PELEA…

Sus dedos aferraron una de sus dagas. La levantó, con la punta hacia los ventrallinos que se acercaban, el brazo extendido y rígido, con el corazón acelerado.

A su espalda, el ejército inhaló al unísono. Las armas se colocaron en posición, los pies se acomodaron para afirmarse en el terreno.

Lekan le rozó el hombro con los dedos.

Ceridwen gritó. *Ataquen, adelante, a pelear, AHORA…* alguna combinación de todas esas palabras. Surgieron de lo más profundo de su ser, al tiempo que ella echaba a correr antes que nadie, directamente hacia el ejército ventrallino.



Meira

—Meira —dice Theron, al tiempo que se adelanta, con las manos extendidas.

Dejo que la puerta se cierre a mis espaldas, y el golpe seco que produce concuerda con el ritmo de mi corazón, que late acelerado contra mis costillas. Se lo ve muy contento.

Se lo ve muy *ansioso*.

—Me esperabas —observo, tanteando el terreno para ver hasta dónde suben las llamas.

Otro paso.

—Sabía que vendrías.

—No saliste con tus hombres.

Los labios de Theron se curvan en una sonrisa.

—Tú tampoco.

Se queda allí, observándome, y las piezas del rompecabezas encajan en su lugar.

Greer, previniéndonos que arriba nos esperaban soldados. Theron, quedándose en el salón de baile. Yo, enviando fuera a mi único apoyo para crear una distracción.

Era parte de la trampa de Angra. Tenerme sola.

En realidad, estamos solo Theron y yo… y de pronto esa idea me aterra.

Él continúa avanzando, con la cabeza ladeada, de modo que el cabello dorado le forma una cortina sobre el hombro.

—No sabes cuánto me has hecho sufrir —dice, ahora a apenas dos brazos de distancia.

Dejo que siga acercándose poco a poco, y mantengo los ojos fijos en él para evaluar la situación. No tiene armas, solo su uniforme cordellano verde y dorado. Se le ve un bulto contra el pecho, justo a la derecha de la clavícula. ¿Las llaves?

Se me afloja un poco la tensión. Las tiene.

Pero surge una nueva preocupación. Angra le dio las llaves a Theron por la precisa razón por la que yo sabía que lo haría: lograr que me quedara aquí. Cuanto más tiempo me quede hablando con Theron, más chances tiene él de debilitarme. Si esas llaves no estuvieran aquí, yo tomaría a Sir, Mather y Greer y nos marcharíamos antes de caer en ninguna trampa.

Ahora, sin embargo, estoy atrapada. Justo lo que Angra quiere.

—Lo mismo digo —respondo. Pero lo que sea que él entienda de mis palabras le llena el rostro de alivio, y llega hasta mí con una sonrisa radiante.

—Lo sabía —declara, y me toma la mano.

Al tocarlo, se activa la conexión que siento cada vez que mi piel entra en contacto con la piel de otro portador de conducto. Veo su pasado, sus recuerdos, incluso las emociones que está sintiendo… Al tocar mi piel, Theron se abre a mí.

Veo a Theron, esperándome, caminando por los pasillos de mi palacio, supervisando mi reino con la misma petulancia que yo le adjudicaba a su padre.

Theron, conversando con Angra en Verano, en Invierno; los dos planeando este momento, seguros de que yo iría a buscarlo.

Con cada recuerdo de Angra, Theron se llena de reverencia. Adoración, devoción, tan puras que se me parte el corazón.

Retiro la mano de la de Theron, invadida por el dolor. Me desea… pero esta necesidad no es humana. Es algo alimentado por la Decadencia. Hasta la expresión que tiene en el rostro es una que él jamás tendría, si fuera él mismo: una posesión oscura en el modo en que sus ojos me siguen sin parpadear cuando me aparto.

Me obligo a mirarlo a los ojos. Me obligo a conservar la calma, a ignorar el cosquilleo de advertencia que me recorre el cuerpo. Mis instintos no ven solo a Theron: ven el peligro, un hombre que me mira de un modo que casi me resulta familiar.

Herodes.

Angra lo convirtió en Herodes.

Se me aflojan las rodillas y caigo hacia delante. Theron me toma por la cintura y me encierra contra su cuerpo. No vuelve a tocar mi piel, pero está muy cerca, *demasiado cerca*…

No puedo hablar, no puedo moverme. Sabía que Angra lo había infectado, lo había hecho caer en su trampa, pero nunca me permití imaginar que llegaría tan lejos. Por supuesto que lo haría; Angra conoce mis miedos. Conoce mis debilidades.

Y los combinó en Theron.

—Meira —vuelve a decir, y su boca llega a la mía antes de que pueda moverme. Su brazo en mi cintura es como una prensa; sus labios, insistentes, ávidos y lacerantes, todo lo contrario de los besos que me daba antes.

Más emociones, que obviamente son palabras que su mente le dice a la mía.

Esto será perfecto. Así debe ser. Ella va a amarme con toda la devoción que me he ganado.

Me envuelve el frío, la frigidez de mi reino intentando arrancarme de mi ataque de pánico. Sus manos me queman; sus pensamientos, el único deseo que alberga desde hace tanto tiempo que incluso en este breve susurro, cada sensación parece *real*, demasiado real, y parece marcar mi cuerpo con el suyo…

Un bulto me presiona el pecho desde su chaqueta. Las llaves.

¡Concéntrate!

Apelo a mi magia hasta que al fin bloqueo los pensamientos de Theron (nunca me alegré tanto por el entrenamiento de Rares) y apoyo la mano en su chaqueta. Bajo la tela hay algo duro, de hierro y con forma de llave. El suave terciopelo se desliza entre mis dedos cuando trato de introducir la mano en su bolsillo.

Las manos de Theron me aprietan los hombros, y se aparta con un respingo.

—Tú… —Sus ojos van hacia su bolsillo, luego a mi mano, que intenta meterse en él—. No viniste por mí —afirma. Sus palabras resuenan a mi alrededor, y el ambiente del salón de baile deja de ser calmo y receloso, y se vuelve mortal. Sus dedos se clavan más aún en mis hombros—. No viniste por mí —repite—. Viniste por las llaves. Viniste para detener a Angra.

—Él te infectó —le digo, y contengo un grito de dolor cuando su mano casi llega a quebrarme un hueso—. Pero prometí que te salvaría…

—Lo prometiste —Theron hace una mueca—. ¿Y qué otras promesas estuviste haciendo?

Me suelta y me empuja contra las puertas cerradas. Doy de lleno contra la madera y aprovecho el movimiento para alejarme de él, para evitar que me sujete en el rincón. Mis hombros gritan por las magulladuras que me dejó, mientras corro hacia el interior del salón.

—Angra está enfermando al mundo —le explico, con las manos extendidas hacia Theron en algo semejante a la sumisión. Pero me preparo, dando pasos largos y lentos para mantenerme a cierta distancia de él.

El acto de llamar a un objeto ya me resulta familiar, de modo que extiendo la mano hacia Theron y lanzo mi magia a las llaves para arrancárselas del bolsillo. Theron ve el movimiento, baja el hombro y levanta la mano para bloquearme, y una bruma de Decadencia lo envuelve como un escudo.

—Tú no entiendes su magia —dice, con los ojos como ranuras—. No has visto lo poderosos que somos ahora, no tenemos restricciones. Pero la entenderás… porque voy a obligarte a usarla.

—Theron…

Retrocede como para darme un puñetazo, pero está demasiado lejos para tocarme… hasta que reparo en la sombra que le envuelve la mano.

Va a usar la Decadencia para pelear conmigo.

Me cruzo de brazos y lanzo mi magia para que atraiga nieve del cielo… adentro. Es mi magia, mi reino, y no voy a permitir que me nieguen el invierno *en Invierno*.

Se forman nubes sobre mí, y láminas de hielo que responden a mi llamado.

Pero es demasiado tarde.

En el mismo instante en que la primera lámina de nieve cae hacia nosotros, la sombra de Theron sale disparada y me derriba al suelo. Hago una arcada, sin poder respirar, pero Theron está cruzando el salón, de modo que me pongo de pie y bajo una pared de hielo mientras él lanza otro golpe de Decadencia.

—¡Atácame! —grita—. Así me dijo Angra que abrió su mente: usó la magia para sí mismo. Nunca te dejaron hacer eso, ¿verdad? Sé egoísta por una vez en tu vida, Meira. ¡Pelea conmigo! Sentirás su poder. Verás qué equivocada estabas.

Mi pared de hielo se sacude con la fuerza de sus golpes, y se forman grietas que relleno con más hielo. No puedo quedarme aquí para siempre. Podría pelear con él usando la magia; sería en mi defensa, de manera que no estaría alimentando a la Decadencia.

Pero no quiero pelear con él.

Dejo caer la pared. Se derrite, y el piso queda cubierto de agua. Theron espera, con un puño preparado.

Meneo la cabeza, dejando entrever parte de mi cansancio verdadero.

—Estoy cansada de pelear —le digo, y no es mentira—. Si lo que ofreces es paz, la quiero.

Theron se calma y baja la mano. Casi digo más, sigo alimentando la mentira, cuando él gira la muñeca y cada músculo de mi cuerpo grita de dolor.

Se me acerca, con una semisonrisa en los labios.

No puedo moverme; su magia me mantiene inmóvil frente a él, con los músculos tan descontrolados que ni siquiera puedo hacer una mueca cuando se detiene, casi pegado a mí. Hasta ahora solo usé mi magia cuando tenía una manera de canalizarla, ya fuera señalando o extendiendo el brazo, y antes de que alcance a intentar usarla sin moverme, Theron ladea la cabeza y su sonrisa me llena de pánico.

—Esta paz tiene un precio… aunque no es alto, te lo aseguro.

Se inclina hacia mí y sus labios se detienen al grosor de un dedo de los míos.

La magia se retira de mi cabeza y sostiene firme el resto de mi cuerpo. Theron no me besa: solo se queda allí, esperando que yo dé el primer paso. Que acepte.

Me aparto apenas lo suficiente para que haya un suspiro más de distancia entre nosotros.

Y esa escasa reacción basta.

Theron entrelaza los dedos en mi trenza, me echa la cabeza hacia atrás y me clava la mirada.

—Sería tan fácil para ti —escupe, entre suplicando y gruñendo—. Pero *otra vez* me rechazas. Incluso ahora que la paz está tan cerca… que la salvación del mundo está al alcance de tu mano.

Su rostro se ensombrece; se inclina y acerca los labios a mi oído, cada vez más cerca, con los movimientos provocativos y suaves de un amante. Su magia me impide moverme y mi cuerpo grita con la necesidad de pelear, el mismo pánico enceguecedor que me invadió en la habitación de Herodes en April.

Este es Theron, no Herodes… Es Theron, no Herodes…

Pero mi corazón no lo cree, y golpetea dolorosamente contra mis costillas.

—Es por el antiguo rey de Invierno, ¿verdad? ¿Dónde habrás estado todo este tiempo? ¿Con él? —Theron inhala contra mi mejilla—. Apestas a él. Pero siempre

fuiste mía, desde el momento en que te salvé en April… Me perteneces, y voy a recordártelo hasta que te olvides de cómo era que él te tocara.

Retrocede, ya sin una pizca de alegría; en su rostro solo hay decisión.

—Una oportunidad más —me dice—. Una oportunidad más.

Es casi un pedido, tan cercano a la súplica que me pregunto por quién se preocupa más, si por él o por mí, en caso de que yo no lo escuche.

La magia que me inmoviliza el cuerpo me suelta el brazo derecho.

—Atácame —ordena—. Acepta este nuevo mundo, Meira. Por favor.

Sin duda, está rogándome. Hay tensión en su rostro, preocupación.

—De acuerdo, Theron.

Levanto la mano.

Empieza a sonreír, con esperanza, con deseo, con *necesidad*.

Hasta que tomo el chakram de mi espalda.

Su rostro se desencaja.

—¡Con tu magia!

Pero sí voy a usar mi magia… en cierto modo.

La nevisca todavía pende sobre nosotros, y llamo capa tras capa de hielo para envolver con ellas la hoja de mi chakram.

Lo siento mucho, Theron.

Le arrojo el chakram, y en el mismo momento él salta, y ambos chocan. La gruesa capa de hielo que recubre el chakram se convierte en un nudo que se parte contra la cabeza de Theron, que cae junto con él, inconsciente a mis pies.

Su magia me suelta en el momento en que él cae. Me acerco a él, tambaleante, y enseguida mi mano le palpa el cuello. Suspiro con alivio: tiene pulso. Débil pero constante.

Meto la mano en el bolsillo de su chaqueta. Mi palma toca unos trozos fríos de metal, los saco y quedo mirando las dos llaves que pasé semanas buscando, no hace tanto tiempo. Espero, pensando que va a invadirme un gran alivio, pero lo único que siento es el llamado tenue del deber.

Al laberinto, ahora. Esto todavía no termina.

Entonces me doy cuenta… estoy tocando las llaves pero no recibo visiones. Nada sobre lo que tengo que hacer para acceder a la magia; nada para prepararme, como ocurrió la primera vez que toqué estas llaves. Las reviso, pero sin duda son las mismas que encontré hace semanas.

Supongo que eso significa… que debo estar lista.

Retiro el hielo de mi chakram y lo enfundo. Theron no emite siquiera un gemido cuando me aparto hacia la puerta, y cada paso que me aleja de él equivale a una vez que me prometo en silencio salvarlo.

En el patio reina el caos.

Los cordellanos están en grupos, y a gritos se transmiten información acerca de dónde fueron vistos por última vez los atacantes inverneños. Algunos dicen que al oeste; otros, al este… pero gracias a mi magia, me doy cuenta de que están separados: uno, corriendo por los techos al norte del palacio, uno al este y uno al oeste, cada uno de ellos arrojando los proyectiles que encuentran para hacer que los soldados ataquen.

Entonces, cuando salgo a la escalinata del frente, los soldados ya irritados se vuelven contra mí.

—¡La reina!

—¡A ella!

La ciudad está cubierta por nubes de tormenta, densas y grises, cargadas de condensación. Alzo las manos y llamo a todos los copos de nieve con un solo tirón furioso.

Se levanta un vendaval que arrastra astillas de hielo, ráfagas blancas que enceguecen a todos los que están en el patio. Los cordellanos aúllan ante la acometida de la nevisca, y se oye el estrépito metálico de sus armaduras y sus pasos por el patio.

A Mather, Sir y Greer les envío una fuerte orden de que se reúnan conmigo al norte del palacio, y me lanzo hacia allá. Mi magia me deposita en la calle, a pasos de los soldados cordellanos que tratan inútilmente de luchar contra la tormenta. En medio de la furia helada, diviso otras siluetas: Mather y Sir, acurrucados contra un edificio, del otro lado de la calle.

Les envío mi magia, que con muda certeza les indica correr hacia mí. Mather avanza a ciegas, y me doy cuenta cuando ya no es necesario guiarlo con mi magia: me divisa entre la nevisca y se lanza hacia mí, y me envuelve en un abrazo aplastante, tan maravillosamente diferente del de Theron que emito un gemido.

Sir nos alcanza, pero no tengo tiempo para hablar; lo tomo de la mano.

—¿Y Greer? —grito, por encima del vendaval.

Sir menea la cabeza.

—Se ocupará de las cosas por nosotros.

No tengo tiempo para discutir. Hundo la cara contra Mather, aferro con fuerza a Sir y nos lanzo hacia la entrada del barranco, y así dejamos atrás a Theron y mi ciudad, sumidos en la nada de la nevisca.



Meira

Algunas antorchas iluminan un recinto que está tal como lo recuerdo: el piso con motivos en forma de rombos; la húmeda condensación de magia en el aire; la puerta con sus tallas complejas, pocos pasos más atrás de donde nos depositó, justo hacia el frente del recinto junto a la barrera invisible, nuestro primer obstáculo para llegar al barranco.

La última vez que estuve aquí, el mundo era un lugar completamente distinto. Theron estaba conmigo, era mi aliado en lugar de mi enemigo; yo me paré ante esta puerta con asombro y aprensión, no con decisión.

Sin embargo, la mayor diferencia que hay ahora son los soldados que nos esperan junto a la pared del frente.

Desenfundo mi chakram y lo hago volar.

La hoja vuelve cubierta de sangre antes de que Mather y Sir lleguen siquiera a orientarse en el recinto. Una vez más, una oleada de magia libera sus cuerpos de los efectos del viaje. Se dan vuelta, se suman a la pelea, y en cuestión de segundos los cordellanos están muertos, y sus cuerpos cubren con ríos escarlatas el piso y sus motivos con forma de rombos.

Enfundo el arma y camino hacia la puerta, los puños cerrados, los ojos bien abiertos.

Unos dedos me aferran el brazo.

—Meira, espera…

—No —respondo, cortante, sin poder mirar a Mather—. Si me detengo a pensar, voy a desanimarme. Por favor, Mather.

No puedo pensar en los deseos de Theron, ni en Ceridwen y Caspar librando mi guerra, ni en Conall y Nikoletta en el campamento, ni en Rares y Oana… Santa nieve, ¿qué estarán haciendo? ¿Habrán conseguido apoyo? ¿Les habrá ocurrido algo?

Mather espera; no me suelta pero afloja la presión.

—Está bien. ¿Cómo entramos?

Me froto los ojos y me acerco a la puerta.

—Juntos.

Sir se acerca por el otro costado, y aunque habitualmente su silencio me provocaba una enorme frustración, en este momento me produce una gratitud infinita.

Los tres nos alineamos de frente a la puerta.

—Recuerden —susurro— que tenemos que estar unidos en nuestro deseo de llegar al barranco.

Mather toma mi mano, entrelaza nuestros dedos y me da un apretón cariñoso.

—Estamos contigo.

Sir también me toma de la mano.

—Hasta el fin —dice. Nada más. Nada de «mi reina»; solo su apoyo.

Entonces sé que mi decisión fue acertada. No querría a nadie más a mi lado.

Empezamos a caminar y cruzamos el recinto con pasos lentos y deliberados. Cada paso nos acerca más a la barrera, y contengo el aliento cuando mi cuerpo recuerda la sensación espantosa de que la barrera me destrozaba los nervios.

Me esfuerzo por no hacer una mueca como esperando el dolor mientras cruzamos la mitad del recinto, la barrera invisible. Pero seguimos caminando, sin obstáculos ni dolor, y apenas cruzamos, es como si todas las partículas de aire inhalaran al unísono. La densidad de la magia adquiere una nueva aura: antes se sentía presente pero quieta, una humedad que cargaba el aire de poder, mientras que ahora chisporrotea contra mi piel, como estallidos diminutos de atención que me llenan de una sensación innegable de ir hacia una meta.

El laberinto nos quiere aquí… la *magia* nos quiere aquí.

Quizá todo el tiempo que Primoria quería redescubrir el barranco mágico, el mismo barranco quería ser redescubierto.

Nos detenemos ante la puerta. Mather se estremece a mi lado.

—Esto es… increíble.

Sir se hace eco del asombro de Mather con una mezcla de suspiro y bufido.

—¿Ahora qué?

Siempre pragmático. Les suelto las manos y doy otro paso adelante con cautela. La puerta está a unos pasos más, pero no se ve ningún picaporte, solo esas cerraduras en las tallas de vides, libros y máscaras cerca del símbolo de la Orden de los Lustrados que está en el centro.

Desengancho las llaves de la cadena que llevo al cuello y le entrego una a Sir y una a Mather. Se acercan a las cerraduras que están a cada lado de la que yo elegí y levantan sus llaves.

¿Tendrá importancia qué llave va en qué cerradura? Supongo que estamos por averiguarlo.

—A la cuenta de tres —digo, y empiezo a contar. Introducimos las llaves en las cerraduras, las giramos y… esperamos. Todas encajan, pero no ocurre nada.

Doy un paso atrás.

—Tal vez tenemos que…

Pero un súbito oscurecimiento me arranca la voz de la garganta.

Mather y Sir lanzan exclamaciones de sorpresa. Mi cuerpo reconoce la levedad de una caída, y arriba desaparece la luz de las antorchas. La caída hace que mi pánico

deba darse prisa para alcanzarme, mientras doy de lleno contra la pared de un túnel descendiente y caigo al suelo rodando.

Mather y Sir no están conmigo en este túnel; al menos, no los percibo. Cuando logro recuperar el aliento, el túnel me deposita en un piso de piedra liso, y la oscuridad da lugar a una luz áspera y brillante que parece… antigua.

No sé si tengo en el cuerpo alguna parte que no esté magullada. Un gemido me sube por la garganta cuando me incorporo sobre los codos, con la cabeza aún dando vueltas.

Pero esa desorientación se retrae con una súbita claridad cuando me doy vuelta y descubro que el piso de piedra *termina*.

Retrocedo a toda prisa, con el corazón acelerado otra vez.

Estoy en una cornisa, a una altura de por lo menos siete pisos, sobre un recinto alargado, rectangular. El túnel que me trajo hasta aquí es la única salida de la cornisa, pero basta echar un vistazo a la piedra lisa de las paredes para saber que será imposible escalarlas.

Me pongo de pie, con una mano en una magulladura particularmente fea en la sien. El pánico residual de la caída me deja un sabor metálico en la lengua. Esta tiene que ser la primera prueba de nuestro mérito. ¿Qué decía la pista de la Orden?

Tres personas exige el laberinto
que entren con intención genuina
para enfrentar una prueba de liderazgo,
un laberinto de humildad
y purificación del corazón.
Que solo completarán los fieles.

Esta será la prueba de liderazgo.

Bajo el brazo. Rares dijo que a la Orden no le habían informado cuáles serían las pruebas, más allá de este mensaje, y yo tampoco me había preguntado en qué consistirían. En parte, porque no tenía idea de por dónde empezar a preguntármelo, y en parte porque algo en mí no estaba convencido de que llegaría aquí.

Pero aquí estoy. En el laberinto. Un lugar donde nadie ha llegado en varios siglos.

Respiro hondo. Llegué hasta aquí. También puedo pasar estas pruebas.

Una serie de fogones encendidos corona el recinto. Justo debajo de mí, espera una tarima circular; demasiado lejos para saltar sin quebrarme unos cuantos huesos, y más allá, se alza una pared hasta la mitad de la altura, que corta el recinto por la mitad.

Me arrodillo y me inclino por encima del borde, tratando de ver mejor. Igual que el piso de la recámara de entrada, este piso parece estar tallado… pero no con formas de rombos, sino con plataformas. Hay formas desparejas que se extienden de pared a pared a cada lado de la pared divisoria, y tienen los bordes tallados a mayor

profundidad que la normal, lo que da la ilusión de que cada plataforma es independiente de las demás.

Eso, en sí, habría sido bastante extraño, pero cuando me inclino hacia delante para ver mejor, mis dedos tocan algo frío en la cornisa. Me echo atrás con un respingo; siento en la mano un cosquilleo que conozco muy bien: magia de conducto.

Incrustado en la roca, hay un pequeño óvalo plateado recubierto por el fino polvo parduzco de los años. Le limpio el polvo con el extremo de mi manga… y echo a reír.

Es un espejo. A primera vista, parece un espejo común y corriente, pero cuando ladeo la cabeza, le da la luz y revela una imagen luminiscente: el sello de la Orden de los Lustrados. Igual al que encontré en la biblioteca de Yakim. Este, sin embargo, está firmemente incrustado en la piedra; no es un mecanismo que se pueda accionar, como el de Yakim. Lo miro y frunzo el ceño, y luego apoyo el dedo en su superficie reflectora.

Al instante, las plataformas que hay abajo adquieren un suave resplandor: verde, blanco, marrón, rojo, bermellón, plateado, dorado y púrpura.

Santa nieve, son los colores de los *conductos*. Blanco por Invierno, marrón por Otoño, rojo por Verano, plateado por Ventralli, dorado por Yakim y púrpura por Cordell. El verde y el bermellón deben ser por Primavera y Paisly.

Nuevamente siento ese cosquilleo en la mano, y sé que esta placa espejada está cargada de magia, igual que las llaves. Cuando toqué las llaves, me mostraron visiones de lo que necesitaba hacer para llegar al barranco. Tal vez esta placa me muestre lo que tengo que hacer ahora. Parece lógico: si la Orden creó este laberinto para que no entraran almas indignas, seguramente querría que algún día sí entrara un alma digna, para librar al mundo de la magia, como era su objetivo original. Pero ¿cómo asegurarse de que, llegado el momento, un alma digna pudiera pasar las pruebas?

Bajo las barreras que había levantado en torno a mi mente y me abro a lo que la placa pueda ofrecerme.

En mi mente se forma una sola escena: las plataformas de abajo, y sus colores se encienden en pares. Una plataforma verde a la izquierda, una verde a la derecha. Y así sucesivamente, empezando por el otro extremo del recinto y terminando debajo de mí, en la tarima que está justo debajo de mi cornisa.

Me incorporo, confundida. No me dan mucho tiempo para pensar: unos gritos me hacen ponerme de pie para llegar a ver toda la longitud del recinto. En los dos extremos, de unos pequeños agujeros negros salen dos figuras que caen sobre unas tarimas circulares como la que está debajo de mí. Son Mather y Sir, uno a cada lado de la pared divisoria, separados de mí por toda la extensión de plataformas encendidas.

—¿Se encuentran bien? —les pregunto, y mi voz provoca ecos en las paredes altísimas.

Al oír mi voz, Mather levanta la cabeza de inmediato.

—Sí —se pone de pie de un salto y se acerca al borde de la tarima—. ¿Y tú?

Sir también se levanta, y sus ojos examinan el recinto. Cuando me mira, posiciona el cuerpo como quien espera una pelea en cualquier momento.

—Estoy bien —grito, sin hacer caso a todas las magulladuras que dicen otra cosa —. El laberinto está poniéndonos a prueba.

Echo otro vistazo al recinto. Mather está a la izquierda de la pared divisoria; Sir, a la derecha. La visión de las plataformas emparejadas creaba un sendero irregular desde ellos hasta mí.

La comprensión se enciende en mi mente como un incendio descontrolado.

—Creo que tienen que llegar hasta mí —digo, y señalo la tarima que está debajo de mí, donde termina la pared divisoria.

Sir examina las plataformas.

—Esto parece complicado para ser una tarea tan sencilla.

Pero Mather se encoge de hombros.

—No voy a quedarme aquí sin hacer nada.

Saca un pie de la tarima y pasa a una plataforma que tiene un resplandor plateado. Se hunde bajo su peso. Mather trastabilla, agitando los brazos, y mientras el piso se hunde bajo sus pies, los espacios que rodean la plataforma sueltan algo que me hace gritar una advertencia. Aunque en realidad Mather no necesita una advertencia: apenas aparecen las llamas en torno a la plataforma y le llegan hasta la cintura, maldice y vuelve a la tarima antes de que el fuego le queme los pantalones.

La plataforma vuelve a la normalidad y las llamas se apagan como si nunca hubieran existido.

Doy un paso inseguro hacia delante; mis botas desplazan piedras que caen y se estrellan en el piso, abajo. Esto también lo reconozco. De cuando encontré la llave en Verano: el foso que se abrió y el círculo de fuego en el fondo. Pero esto es mucho más serio, y me parece que caer en estos fosos es una manera rápida de incinerarse.

Sir camina por su plataforma y sus ojos oscilan entre mí y la pared que lo separa de Mather.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Fuego —responde Mather a viva voz—. Parece que tenemos que cruzar este recinto sin pisar las plataformas.

Sir se cruza de brazos, analizando el resto del espacio a su alrededor.

—Podríamos…

—¡Esperen! —les grito—. Tienen que pisar las mismas plataformas a cada lado. Yo los guiaré.

Mather me mira, con las manos aún extendidas como esperando que todo el piso ceda. Sir está igualmente pensativo, pero se acerca al borde de su tarima. Los dos esperan.

Mi corazón chisporrotea. Esta es la prueba: el liderazgo. Pone a prueba mi capacidad para liderarlos, y la de ellos para seguirme.

Hace meses (santa nieve, hace *semanas* incluso) me habría espantado la idea de dar órdenes y esperar que las obedecieran. Me habría abrumado la idea de que Sir se desempeñaría mejor que yo en esa situación, o Mather, y de que debería ser yo quien obedeciera, el soldado anónimo que debe cumplir con su misión.

Pero no puedo permitirme dudar. Sí, tuve miedo todo el tiempo, pero ser un líder competente y digno no significa ser *solamente* competente y digno: significa serlo a pesar de las emociones que puedan surgir.

Tomo aliento y se me acelera el corazón hasta que la concentración aparta todo lo demás.

—Mather, a la plataforma verde. Sir, a la verde, a tu derecha. Mather, la roja, justo adelante. Sir, salta por encima de la plataforma marrón y cae sobre la otra roja…

Extiendo las manos para señalar las plataformas correspondientes que vi en la visión; mis órdenes son claras y firmes. Cada músculo vibra con adrenalina, cada nervio está despierto mientras observo las plataformas que los rodean y calculo cuáles tienen que alcanzar.

Mather y Sir saltan de plataforma en plataforma y se detienen cuando cada una se traba en su sitio. No vacilan en obedecerme, no cuestionan cómo sé lo que tienen que hacer, como si obedecer mis órdenes fuera su estado natural.

Apenas reconozco a la mujer que está de pie en la cornisa que da al recinto, emitiendo órdenes con la seguridad de una reina. En una oportunidad, Mather cae sobre una plataforma un segundo antes que Sir, y todo se derrumba y surge el fuego alrededor de él en una espiral de calor anaranjado y amarillo. Pero le grito a Sir que salte, que salte *ya*, y obedece a tiempo, de modo que las dos plataformas se equilibran.

El destino de todos aquellos a quienes amo depende de que logre hacer pasar por esto a Mather y Sir.

Y sé, por encima de todo lo demás, que no voy a fallar.

Por fin, saltan simultáneamente a la tarima que está debajo de mí. Me arrodillo y les dirijo una sonrisa radiante, mientras ellos se miran con alivio.

Casi les digo algo, pero el laberinto no nos permite ese lujo esta vez.

La cornisa en la que estoy se inclina, igual que la tarima donde se encuentran ellos.

—Otra vez no —rezonga Mather, mientras los tres somos lanzados por otro túnel, esta vez juntos, en una maraña de extremidades, armas enfundadas y gritos que se apagan en la oscuridad polvorienta del laberinto.



Mather

El túnel los escupió a los tres en un área cuadrada pequeña encerrada por paredes lisas. En tres de las paredes había antorchas encendidas, que arrojaban suficiente luz para que Mather pudiera revisar a Meira con la mirada, en busca de alguna herida que ella pudiera estar ocultando.

Pero ella fue la primera en ponerse de pie, y se golpeó los pantalones con aire distraído para quitarles la capa de polvo que se había adherido a cada espacio libre que había en todos ellos.

—Eso fue demasiado fácil —murmuró.

Mather revisó que ninguna de sus armas se hubiera soltado durante la caída y luego se acercó a ella.

—¿Qué esperabas?

Meira se encogió de hombros y lo miró por fin, y le sostuvo la mirada. Mirándolo, pero mirándolo de verdad, como lo había hecho en Otoño.

Mather se ablandó.

Meira interrumpió la mirada ladeando la cabeza.

—La próxima prueba será de humildad —anunció, dirigiéndose también a William, que estaba adentrándose en la habitación con pasos demasiado cautos. Dos caídas inesperadas por túneles misteriosos los habían llevado a no fiarse demasiado del piso.

—¿Cómo supiste en qué consistía esa prueba? —le preguntó William mientras analizaba la habitación.

Meira también empezó a mirar alrededor, aunque su mirada se mantuvo en el piso. Pasó un momento y se detuvo, justo en el centro de la habitación.

Se agachó y limpió el polvo en ese punto. Las antorchas revelaron lo que había encontrado… ¿un espejo? Y desde ese ángulo, Mather alcanzó a ver el símbolo que había decorado el complejo de Rares y Oana, tallado en la superficie reflectora. El rayo de luz que cae sobre la cumbre de una montaña.

Meira apoyó la mano en el espejo y se quedó allí, con el cuerpo tenso. Mather sintió un nudo en el estómago por la ansiedad. Cuando ella levantó la vista, miró a William con serenidad.

—La Orden creó el laberinto para que no pudiera entrar nadie que fuera a abusar de la magia —explicó—. Pero querían que, a la larga, alguien que fuera digno

pudiera acceder al barranco y destruir toda la magia; por eso dejaron estas placas, así como dejaron las llaves que encontré —agitó una mano al ver las caras de confusión de Mather y William—. Nunca les hablé de eso, pero no importa; son conductos, y contienen suficiente magia para mostrar una visión siempre que las toque un portador de conducto que pretenda llegar al barranco. El espejo anterior me mostró el camino que tenían que seguir ustedes para atravesar el recinto.

—¿Y este, qué te mostró? —preguntó William.

Aceptó la explicación con mucha facilidad. No era que Mather hubiera creído que la discutiría; pero tuvo que cerrar la boca para no hacer una cantidad de comentarios que no ayudarían en nada, como *Esa gente puso mucha fe en que un portador puro llegara al laberinto* y *Están ayudándote a morir más rápido. Los odio*.

Meira se puso de pie y observó las paredes con el ceño fruncido. Mather siguió la dirección de su mirada…

Y casi volvió a saltar al interior del túnel.

Ese lugar le hacía cosas terribles a sus instintos de soldado; todos sus músculos estaban preparados para atacar, y no pensaba en otra cosa que en desenvainar las armas. Pero hasta ahora, no habían visto enemigos físicos; solo la sensación incómoda de una emboscada inminente a cada paso que daban.

Si así iban a salir, atraídos hacia un final fantástico sin ningún enemigo más que aquellos túneles místicos y plataformas resplandecientes, Mather se volvería loco mucho antes de que llegara la muerte.

Lo que Meira estaba mirando con aquella expresión confundida, lo que Mather habría *jurado* que no estaba allí un momento antes, eran puertas. Tres puertas en la pared, una al lado de cada antorcha.

Meira se acercó a la puerta de la derecha, con las manos enganchadas como al pasar en las correas de la funda de su chakram.

—Hay tres puertas —observó—. Y nosotros somos tres.

Mather se desanimó.

—¿Tenemos que separarnos?

La negación se habrá reflejado a las claras en su voz, porque los hombros de Meira cayeron un poquito. Mather se contuvo para no decir nada más. Esto ya era bastante difícil como para que además él cuestionara todo lo que Meira pensaba… pero ¿qué esperaba de él? ¿Que accediera sin comentarios a cada idea que la llevaba más cerca de la muerte?

Sin embargo, había tres tareas. Esta era apenas la segunda. Pasarían esta prueba y aún quedaría una más; aún tenía tiempo para encontrar una manera de salvarla.

Y tal vez ese maldito laberinto le daría la respuesta.

—Bien —accedió—. Yo iré por la del medio.

Empezó a acercarse a la puerta, pero Meira lo interceptó. Apretó su cuerpo contra el de él, y la boca contra la suya, en un beso quieto, helado, como si simplemente quisiera absorber la sensación.

—Este es un laberinto de humildad —dijo Meira—. Aquí estaremos solos. Eso es todo lo que me mostró la placa: un laberinto, y cada uno por su lado.

Mather rio entre dientes.

—¿Por qué presiento que estás preocupada por mí?

—Bueno, no eres el hombre más humilde que conozco.

—Milady, me duele que tengas tan poca fe en mí.

Al soltarlo, Meira tenía la misma expresión que antes de la prueba anterior: segura, seria y ferozmente atenta.

Dirigió una mirada torva a William, que estaba junto a la puerta de la derecha, observándolos con una expresión que despertó la necesidad de Mather de defender su relación con ella una vez más. Pero William se limitó a bajar la cabeza con reverencia.

—Nos vemos del otro lado —le dijo—. Donde sea.

Meira y William levantaron las antorchas que estaban junto a sus respectivas puertas y, con ellas en mano, se internaron en la oscuridad, que iba cediendo ante el círculo de luz que proyectaban las llamas. Mather inhaló y esperó, inmóvil, hasta que tanto la antorcha de Meira como la de William se perdieron en la negrura. Al ver que ninguno de los dos gritaba pidiendo ayuda, enderezó los hombros y se acercó a la puerta del medio; la luz vaciló cuando levantó la antorcha. Una barra de hierro formaba la base para un nudo de combustible (aceite, con toda seguridad) y Mather se estremeció al preguntarse cómo esa antorcha podía estar aquí después de tantos miles de años.

La llama les transmitía calor a sus dedos. Mather cruzó la puerta y avanzó con pasos cortos. A su alrededor se alzaban paredes que terminaban antes de llegar al techo pero que aun así eran demasiado altas para escalarlas, y el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de escombros y polvo.

Apenas había dado dos pasos cuando sintió una ráfaga de aire en la espalda. Mather sacó una daga y dio media vuelta, se agazapó, y sus ojos recorrieron la pared que había atrás.

¿La *pared* que había atrás? La puerta, la abertura que llevaba a la habitación a la que los había llevado el túnel, había desaparecido.

Mather golpeó con el hombro la pared que acababa de aparecer, sabiendo que no podría moverla. Esta prueba realmente era para que la hicieran separados.

La llama que llevaba en la mano se avivó por un instante cuando volvió a girar hacia el corredor, conteniendo el aliento. La única opción era avanzar.

Cuanto más se internaba en el laberinto sinuoso, sus pasos fueron haciéndose menos cautelosos. Cada tanto se abría un corredor lateral, a la izquierda o a la derecha, había encrucijadas en las que el camino se abría en dos, y callejones sin salida que aparecían al doblar una esquina.

Mather golpeó la pared de otro corredor sin salida, el quinto ya. Ahora sabía por qué Meira había temido por él: nunca había sido bueno para esta clase de cosas,

tareas que exigían paciencia, análisis y una mente aguda y despierta. Meira no tendría problemas para pasar esta prueba. William, tampoco. Probablemente los dos estaban ya esperándolo donde fuera que la prueba los hubiera llevado, conspirando sobre la mejor manera de entrar al laberinto y salvarlo.

Genial: había emprendido ese viaje para salvar a Meira, y ahora ella tendría que salvarlo a él.

Mather dio media vuelta y volvió, irritado, al punto donde había doblado mal. No, saldría de ese maldito laberinto. Averiguaría sus secretos y resolvería alguna manera de hacer que todo eso no fuera más que una aventura que relatarían a sus hijos algún día.

Sacó un cuchillo y marcó con él una *X* en el lado izquierdo de la pared donde había doblado a la izquierda. Si volvía a pasar por allí, se daría cuenta de que estaba caminando en círculos y debía doblar a la derecha.

Algunos pasos más, y talló otra *X*.

Se abrían cuatro corredores. A la derecha esta vez. *X*.

Mather acomodó el bolso que llevaba colgado del pecho; su contenido le raspaba la espalda. Le corría el sudor por la espalda y caía como franjas engrasadas por su rostro, pero se apartó con la muñeca el cabello apelmazado por el polvo y talló una *X* al doblar una vez más a la derecha.

Otra encrucijada. Mather se dispuso a tallar una marca para doblar a la izquierda…

Pero gruñó a la piedra al ver una *X* ya tallada allí. En efecto, estaba caminando en círculos.

Mather se arrojó hacia atrás, se lanzó por el pasillo de la derecha y solo se detuvo para tallar allí una *X* endeble. Derecha, derecha, izquierda, derecha…

Hasta que se topó con un pasillo donde había una *X* marcada en cada esquina.

—¡Maldición! —exclamó.

Mather echó a correr, derecho, a la izquierda, derecho, tomando la ruta más directa que podía. Basta de círculos, basta de doblar si podía evitarlo…

Y se encontró de nuevo en el punto donde había una *X* en cada esquina.

Si el laberinto quería jugar así…

Arrojó la antorcha al suelo y la llama se avivó al caer sobre la piedra, pero no se apagó. Mather no pensó que podía apagarse; no pensó en mucho más que en la frustración que le provocaban aquellos pasillos, la oscuridad que se extendía infinita, las paredes que lo encerraban de un modo casi burlón. ¿Acaso las paredes podían burlarse de él? Estas paredes, sí, y cuando Mather atacó la que estaba más cerca de él, habría jurado que la oyó reír.

Con la daga, se puso a escarbar furiosamente en la piedra para tallar un escalón rudimentario. Y luego otro, ligeramente más arriba; y otro, y otro más, hasta que tuvo que subirse a los primeros para seguir tallando. Poco a poco, fue ascendiendo así, tallando la piedra y desplazando una lluvia de proyectiles.

Mather clavó la daga en la pared a la distancia aproximada de un brazo de donde terminaba. Un escalón más, y podría encaramarse para ver este laberinto… al menos hasta donde alumbraba la antorcha.

Pero mientras forcejeaba para quitar otro pedazo de piedra, la pared… *tembló*.

Mather se puso tenso, con las piernas apoyadas en sus escalones improvisados y aferrado con ambas manos a la daga clavada en la pared. Un segundo estremecimiento sacudió la piedra, esta vez en forma más deliberada, y sin previo aviso, todos los escalones que Mather había tallado desaparecieron.

Trató de sostenerse contra la pared que ahora estaba lisa, con el único apoyo de su daga. Pero hasta eso le falló, porque la pared la eyectó como un arco que dispara una flecha. Mather cayó y su cuerpo fue rebotando contra la piedra desde una altura de más del doble de su estatura, hasta que aterrizó con un golpe sordo…

Sobre su antorcha.

La luz se apagó debajo de él, y el laberinto quedó en total oscuridad.

Mather había creído entender la oscuridad. El tiempo que habían pasado en la llanura de Rania le había dado un significado nuevo a la palabra, cuando caían las noches sin luna y sus fogatas se apagaban. A veces llegaban nubes de tormenta, que le daban a la negrura un matiz grisáceo, y Mather se recordaba de pie en el límite del campamento, petrificado, pero obligándose a soportar aquella sensación insidiosa de estar ciego pero rodeado. Podía haber enemigos frente a sus narices, pero él, desorientado, no podía verlos por mucho que se esforzara.

Eso era lo que más temía: no poder percibir el peligro aunque lo tuviera delante de sus narices.

Como con Meira.

Mather se levantó de un salto, con dagas en ambas manos, y aguzó los oídos para compensar la falta de luz. El hecho de pensar en ella le disparaba ese impulso, lo arrastraba al frenesí.

Sí, como con Meira. Como cuando, aun acostado a su lado por la noche, aun mientras la besaba, la acariciaba y la tenía *justo a su lado*, era incapaz de ver el peligro que la poseía. No podía protegerla.

No podía protegerla.

Mather lanzó una cuchillada a la nada.

—¡Maldición! —gritó al toparse con una pared, y la piedra le desgarró la piel del hombro—. ¡MALDICIÓN!

Dio media vuelta, lanzando cuchilladas, mientras el sudor corría a raudales por su cuerpo.

Si no salía de allí, no podría protegerla. Meira seguiría con William hasta la siguiente prueba, y después él la dejaría morir. Ella iría hacia el final que había planeado, un final que Mather no podía ver, un enemigo que acechaba en la oscuridad, que esperaba con manos ansiosas e implacables para destruir lo mejor que él tenía en la vida.

—¡No!

Una de las dagas de Mather se enganchó con la pared y se le escapó de la mano, y cayó con estrépito en la oscuridad. Le dolían los músculos, le ardía la garganta por la sed, y se apoyó, desalentado, contra la pared, la frente contra la piedra polvorienta.

No. Ella no moriría. *No moriría*. Él la salvaría. La sacaría de allí… maldición, él saldría de allí.

Mather cayó al suelo y sus rodillas resonaron al golpear la piedra. Nunca se había sentido tan impotente, ni siquiera cuando Herodes había capturado a Meira. Había algo en ese lugar, en esa oscuridad; la amenaza inminente de perderla despertaba en su corazón todos sus miedos, sus dudas y su odio. Le dolía cada hueso del cuerpo, y se inclinó hacia delante; quería atacar, quería disolverse.

«No eres el hombre más humilde que conozco», dijo una voz.

Mather exhaló, y su aliento levantó una nube de polvo que le cubrió la cara.

«Esta es una prueba de humildad. No eres el hombre más humilde que conozco».

—¡Meira! —Se levantó de un salto y trató de avanzar—. ¡Meir…!

Se detuvo. No era ella; ella le había dicho eso antes de que se separaran.

Mather respiró hondo para calmarse. ¿Acaso estaba alucinando?

Una prueba de humildad. Las pruebas estaban destinadas a asegurar que solo quienes fueran dignos llegaran al barranco mágico. Y humildad significaba reconocer la propia indignidad y admitir cosas como… la derrota.

La reacción instintiva de Mather a eso fue un rotundo *Jamás*. Admitir que no podía hacer algo iba en contra de todo lo que él había sido siempre, especialmente cuando ese algo tenía que ver con Meira. No… encontraría la manera. Saldría de allí. *La salvaría*.

Mather volvió a caer de rodillas, con las manos abiertas y vacías sobre los muslos.

Humildad.

—No puedo… —empezó a decir, pero la decisión le trababa las palabras. Sin embargo, *podría*. Si se esforzaba más; si lograba escalar aquellas malditas paredes; si, si, si…

Si admitía que no podía hacer esto, ¿qué otras declaraciones saldrían de su boca?

No puedo salvarla.

Sé que no puedo salvarla.

Morirá, y yo me quedaré sin poder hacer nada más que verla marcharse.

Mather se dobló en dos, la frente contra las rodillas.

Aquella prueba estaba afectándole la mente. Necesitaba *salir*. Saldría de allí y… y ella moriría de todos modos.

—No puedo hacer esto —escupió, con las entrañas hirviendo de furia.

No ocurrió nada. Mather se incorporó, observando la oscuridad con enojo. La magia que había allí conocía su corazón. Tenía que ser honesto, *humilde*.

Bien.

Quizá no podría salvarla. Pero no dejaría que lo hiciera sola.

Tragó en seco, ordenándoles a sus labios que se movieran y soltaran las palabras con intención, con sumisión.

—No puedo —dijo, con los músculos endurecidos— hacer esto.

El suelo volvió a temblar, y una ráfaga de aire le trajo frescura y un muy necesario alivio. La tensión de Mather se esfumó apenas vio abrirse la puerta en la pared.

Una luz blanca inundó el laberinto, inmensamente brillante después de la oscuridad total de los túneles. Mather se levantó de un salto y se lanzó hacia ella.

—¡Meira! —gritó—. ¡William…!

El eco de los nombres volvió a él demasiado alto, una resonancia que hablaba de paredes mucho más lisas que la piedra tallada que había visto hasta ahora en el laberinto. Sus ojos se adaptaron a la luz, y sintió un dolor lacerante en la cabeza al ver la habitación. Un piso de baldosas cuadradas negras y blancas abarcaba un rectángulo perfecto con columnas blancas a cada lado. El techo… no lo había. Solo esas columnas que se extendían más y más arriba, y terminaban en una nube de luz marfil brillante.

Los instintos de Mather volvieron a despertar, y buscó más armas. Una daga y una de las espadas que llevaba cruzadas en la espalda. Giró con las armas en alto, su cuerpo ansioso por pelear, mientras su mente trataba de hablar con racionalidad contra su euforia por tener un enemigo al que podía *ver*.

Porque… bueno, a este enemigo podía verlo.

Y el hecho de verlo entraba en conflicto con cualquier explicación lógica que Mather pudiera encontrar.

Había tres figuras de pie en la habitación. Una era Meira, un poco más cubierta de polvo que antes, pero ilesa; otra era William, sin armas en la mano y con el rostro completamente inexpresivo, con un brillo mortal aterrador que Mather no entendía.

Hasta que reconoció a la última persona que estaba allí con ellos.

Cuando era niño, William había encontrado una cantidad de libros sobre el Reino de Invierno, y en uno había un retrato de la reina Hannah que la mostraba como una mujer menuda y bonita, de largo cabello blanco y mirada serena. Mather había espiado aquel retrato siempre que podía, desesperado por sentir alguna conexión con la mujer que, por entonces, creía que era su madre.

Ahora esa pintura cobraba vida delante de él, y se encontró observando a la reina Hannah Dynam.

—Han llegado al final del laberinto —dijo Hannah—. Han llegado muy lejos.



Ceridwen

Cuanto más se acercaba Ceridwen a la reina ventrallina, más se aquietaba todo. Como si todos sus otros sentidos exigieran más de su atención y apagaran su capacidad de oír otra cosa que los latidos acelerados de su corazón, que imitaban la cadencia de sus pies en la tierra. Las empuñaduras de sus dagas se le hundían en las palmas de las manos. El aire fresco y vigorizante de Otoño se encontraba con el aire glacial de Invierno, y se formaba un manto helado que le quemaba los pulmones.

Estaban en guerra.

Los ejércitos de Otoño, Verano y Yakim corrían a la par de ella, y el impacto de sus pasos vibraba en las piernas de Ceridwen. Pero nada atravesaba la niebla de su concentración; la piel erizada de sus brazos era el único indicio de que su ejército lanzaba un grito de guerra. Un verdadero grito de guerra no se oye: se siente.

Había sido demasiado esperar que Raelyn avanzara con sus soldados; en lugar de eso, se quedó a la retaguardia. Obligaría a Ceridwen a abrirse paso peleando hasta que, cuando se encontraran, estuviera cansada y ensangrentada mientras que Raelyn seguiría entera y compuesta. Y si se tratara de una pelea normal, Raelyn necesitaría esa ventaja. Pero Ceridwen había visto el poder que Raelyn tenía ahora, la había visto quebrarle el cuello a Simon con tan solo girar la muñeca.

Era Ceridwen quien necesitaría toda la ventaja que pudiera conseguir.

El hombro de Lekan rozó el de Ceridwen momentos antes del choque con el ejército ventrallino. Era una señal sin palabras, que habían compartido decenas de veces: él le pasaba la mano por el brazo antes de un ataque, o ella le daba un leve puñetazo en la espalda antes de un rescate.

Aquí estoy. Estoy contigo.

Ceridwen nunca se había sentido tan agradecida por tenerlo a su lado.

Cayeron en la rutina habitual, como si no se tratara de una guerra sino de una de sus muchas misiones para liberar esclavos veranenses. El hombro izquierdo de ella contra el derecho de él, girados de manera de crear una barrera mortal en la que él atacaba de un lado y ella, del otro. Cuando él se agachaba para esquivar un golpe, ella sabía que también tenía que agacharse; cuando ella desviaba a un enemigo para hacerse cargo de otro, el soldado se topaba con las armas de Lekan. Contra una docena de esclavistas, esas maniobras les daban una victoria rápida, pero nunca se

habían visto obligados a usarlas en batalla, donde a cada soldado al que abatían lo reemplazaban dos más.

Tampoco habían usado nunca esa táctica contra soldados poseídos por una magia letal; aunque no la manejaran tan bien como Raelyn, cada enemigo al que enfrentaban se movía con más rapidez de la normal, y sus armas lanzaban estocadas rápidas que Ceridwen apenas alcanzaba a ver. Solo su instinto de guerrera la mantenía con vida; no tenía tiempo para planear ningún ataque.

Estos soldados están usando la Decadencia de Angra.

Pero solo el mismo Angra podía diseminar la Decadencia. Él era la fuente, como había explicado Meira. Mientras él no se presentara, nadie que luchara en su contra tenía por qué temer convertirse en algo similar a los soldados con los que estaban peleando, que atacaban como si odiaran personalmente a cada enemigo con que se topaban.

Una pausa, una interrupción en la oleada de soldados ventrallinos, y Ceridwen inhaló profundamente el aire helado. Ahora estaban en Invierno; la nieve estaba apelmazada y marrón debajo del caos, el aire gélido se aferraba a la piel de Ceridwen y la incomodidad le daba náuseas. Pero estos eran precios que estaba dispuesta a pagar de buena gana… pues cuando recorrió la zona con la mirada, divisó a Raelyn apenas cuatro soldados más allá.

Ceridwen miró a Lekan a los ojos. Este asintió y se lanzó hacia los hombres, que avanzaron hacia él con aullidos de advertencia. Abatió a los primeros dos, esquivó al tercero y le clavó la espada al cuarto mientras Ceridwen abatía al que él había esquivado.

Raelyn lo observaba todo sin moverse. No tenía armas en las manos; ni siquiera llevaba armadura, sino apenas un sencillo atuendo negro de montar y una máscara negra pequeña, como si hubiera salido a dar un paseo a caballo por el bosque marfil de Invierno y se hubiera topado con esta batalla.

Lekan cayó de rodillas aprovechando el impulso del ataque al último soldado. Clavó las dagas en la tierra congelada para tener las manos libres, y luego entrelazó los dedos formando un apoyo sólido contra la nieve.

Ceridwen retrocedió y empezó a correr. Apoyó uno de los pies en las manos de Lekan y él se levantó para lanzarla al aire. Las dagas ensangrentadas de Ceridwen brillaron al elevarse, con el cuerpo arqueado, hacia Raelyn, que seguía sobre su caballo.

Por una fracción de segundo, los ojos de Raelyn se dilataron detrás de su máscara. Extendió un brazo y una fuerza invisible golpeó a Ceridwen, desvió su cuerpo hacia un costado y sus dagas erraron por muy poco el pecho de la reina ventrallina. Ceridwen chocó contra Raelyn, y ambas cayeron con un golpe sordo sobre la nieve pisoteada.

A Ceridwen se le escaparon las dagas; tenía los dedos ateridos por el frío de la nieve. Se puso de pie a toda prisa, temblando de pies a cabeza, conteniendo el aliento

por los dolorosos escalofríos que la sacudían desde adentro.

Raelyn también se incorporó enseguida, y la media falda de su atuendo de montar se le enredó en los pantalones negros ceñidos. Su máscara no lograba ocultar su mirada furiosa.

—No tenía idea de que estuvieras tan ansiosa por seguir a tu hermano —dijo Raelyn con fastidio.

Ceridwen no respondió, en parte porque tenía que apretar la mandíbula para no deshacerse en temblores, y en parte porque no había esperado terminar así, frente a Raelyn. El poder de la reina ventrallina era demasiado para ella en esta clase de enfrentamiento; su único plan había sido apuñalarla rápidamente.

Ahora Raelyn la mataría.

Ceridwen miró alrededor a toda prisa. Los soldados ventrallinos estaban bastante apartados. Lekan se había alejado, peleando junto a un grupo de inverneños que estaban espalda con espalda, con un entrecruzamiento de armas que, aun así, pronto se vería superado por la cantidad de soldados de Raelyn. Lo único que Ceridwen y Lekan habían tenido de su lado era la velocidad, y ahora que el ímpetu se había cortado, se imponía la realidad.

No tenían suficientes soldados para librar esta batalla. Especialmente cuando todos los atacantes podían moverse con tanta rapidez. Ante la mirada de Ceridwen, uno de los inverneños del grupo de Lekan recibió una estocada en el pecho, lo que hizo que otro gritara hasta que Lekan los acorraló en medio del círculo para protegerlos tanto como era posible en un campo de batalla.

—¿Mi esposo está aquí?

La voz de Raelyn irritó a Ceridwen.

—¿*Tu* esposo? —Ceridwen sonrió. Si iba a morir, santas llamas e incendios, moriría con una sonrisa perversa en el rostro—. Estoy segura de que no era tu nombre el que pronunció en nuestra noche de bodas, hace unos días.

Raelyn gruñó y lanzó un puñetazo al aire, con lo cual Ceridwen trastabilló ante una fuerza que se estrelló contra su pecho y la dejó sin aire. Cayó en la nieve, resollando, y se puso de costado justo a tiempo para ver a Raelyn dar un paso adelante y lanzar otro puñetazo al aire. La cabeza de Ceridwen se aplastó contra el suelo, sus extremidades se enderezaron, todos sus músculos quedaron inmóviles mientras Raelyn se detenía sobre ella, con una pierna a cada lado de su pecho.

—Querida, realmente no te conviene andar contando esa clase de cosas —Raelyn se agachó, con una sonrisa enfermiza—. Solo a ti te importa de verdad, no a mí. Hay muchas cosas que te importan mucho. Tu hermano, por ejemplo… ¿quieres que te cuente lo que sentí al matarlo?

Ceridwen luchó contra la magia que la tenía inmovilizada, pero no logró nada. Raelyn se inclinó más hacia ella y le acarició la mejilla con un dedo.

—Fue delicioso —ronroneó Raelyn—. Tener en tus manos el poder de poner fin a una vida… —La aferró con más fuerza y sus uñas se clavaron en el rostro de

Ceridwen—. No te lo imaginas.

Raelyn se incorporó y volvió a quedar de pie directamente encima de ella, y cerró el puño. Su magia dejó libre la cabeza de Ceridwen, que echó un vistazo a la batalla que seguía desarrollándose alrededor, los últimos momentos fugaces que vería de la suerte que corrían sus amigos. Lekan y los inverneños se habían replegado ante la acometida incesante de los ventrallinos. Lo cual la dejaba a ella a solas con Raelyn, separada de cualquiera de sus aliados por varias filas de soldados letales.

Algo sorprendió a Ceridwen, y se le crispó el ceño.

No todos los soldados que había alrededor llevaban la armadura de Ventralli.

Se esforzó contra la magia para mirar hacia la línea de árboles en Invierno. Más soldados corrían para sumarse a los ventrallinos, y no solo aumentaban en número sino que además traían unos artefactos enormes de hierro sobre ruedas que chirriaban.

El ejército de Angra. Y traían sus cañones… no muchos, apenas los suficientes para poder viajar rápido, pero incluso mientras Ceridwen analizaba esta novedad, uno de ellos cobró vida y disparó una nube de humo negro detrás de una bala de piedra mortífera que penetró entre las filas.

Los ventrallinos de por sí los superaban en número. Ahora…

Ceridwen se estremeció, y no tenía nada que ver con el lecho de nieve en el que se encontraba.

Raelyn también advirtió la llegada de más soldados. Lanzó una risotada y sus ojos se posaron en algo justo al mismo tiempo que los de Ceridwen.

En la línea de árboles, una nube negra impenetrable contaminaba el aire.

Angra.

El horror debería haber incapacitado a Ceridwen.

Pero tendida allí, en aquel horrible suelo helado, inmovilizada por el poder imbatible de Raelyn y observando la llegada de Angra al valle, vio una manera, la única manera, de luchar contra la reina ventrallina.

Angra avanzaba a pie; su armadura de Primavera resplandeció al pasar de la sombra a la luz del sol. Detrás de él, una figura salió de entre la negrura; los restos del humo iban ascendiendo entre los árboles.

No.

Theron cayó hacia delante, aullando como si le hubieran congelado, quemado y vuelto a congelar todos los nervios. Angra se había trasladado junto con Theron a esta batalla… por medio de la magia.

Y si había traído a Theron, significaba que primero había ido a buscarlo a Jannuari.

Ceridwen sintió náuseas. Meira… ¿qué le había hecho Angra? ¿Cómo había usado su magia para traer a Theron? Ceridwen sabía que Meira podía usar su magia para transportar a otros inverneños, pero Angra no debería poder afectar así a Theron, un *cordellano*. A menos que fuera otro truco de la Decadencia. Lo único que Ceridwen sabía era que Theron estaba gritando y revolcándose en la nieve. Lo que

fuera que Angra hubiera hecho para traerlo, había dado resultado, pero no parecía ser nada bueno.

Angra no le prestaba atención a Theron; simplemente marchaba hacia el frente de batalla, con postura erguida y el rostro lívido.

Eso alivió un poco la preocupación de Ceridwen. No estaría tan furioso si hubiera logrado matar a Meira.

Raelyn aplaudió la llegada de Angra. Era obvio que no había previsto lo que él haría, pero Ceridwen, sí. Habían previsto que Angra intentaría infectar con su Decadencia al ejército contrario, y ella estaba preparada para bloquearlo.

Pero creció en su mente la semilla de una idea, que la hizo apretar los dientes. La Decadencia de Angra alcanzaría a todos en aquel valle, y aunque la mayoría se resistiría, a la larga lograría infectarlos con el mismo poder demente que alentaba la perversión de Raelyn.

Por favor, Meira. Ceridwen envió ese pensamiento al vacío de su corazón, y se apoyó en él para lo que estaba a punto de decidir. *Apúrate, por favor*.

Angra seguía avanzando, y fue más allá de Raelyn y Ceridwen. Cuando pasó, más cañones dispararon detrás de él, y extendió los brazos como lo haría un padre para interceptar a un niño. Pero su rostro decía otra cosa: labios torcidos, dientes al descubierto, ojos encendidos.

Lanzó los brazos hacia delante.

Una negrura turbia salió de él y fue serpenteando entre los ejércitos. Un zarcillo se separó y se lanzó directamente hacia Ceridwen, y Raelyn la observó, esperando verla retorcerse y luchar.

Pero Ceridwen no se resistió.

La magia chocó con ella hasta que Ceridwen no era más que poder y fuerza. Angra le infundió tanta magia como ella quería, la descargó sobre ella como un cubo tras otro de agua sobre la tierra reseca y polvorienta. Ceridwen percibió la desesperación de Angra al ofrecerla así, al no retener nada como con sus soldados, a quienes les había dado cantidades pequeñas de magia.

Era la guerra final para ambos bandos, y pensaba apoderarse del mundo.

Ceridwen miró a Raelyn a los ojos.

—Cuando quieras matar a alguien, mátalo, no lo provoques —gruñó Ceridwen; alzó los brazos hacia Raelyn y la Decadencia que había entrado en ella hizo añicos la magia que la tenía inmovilizada.

El rostro de Raelyn adquirió una expresión de absoluta conmoción justo antes de que se le quebrara el cuello. El cuerpo de la reina ventrallina cayó en la nieve junto a Ceridwen, y sus ojos quedaron congelados en un estado permanente de sorpresa.

Ceridwen se puso de pie. La Decadencia llenaba cada parte de su cuerpo, al punto de que pensó que iba a estallar, llena de una fuerza tan infinita y gloriosa que el mundo observaría su destrucción con el mismo asombro con que verían un incendio que arrasa un bosque.

Ella era una llama, y era el combustible, y era la luz que cegaría a todas las criaturas tristes y débiles de Primoria.

Si todos los aliados de Angra se sentían así de bien, no era extraño que se hubieran aliado con él.

Ceridwen meneó la cabeza. *No, recuerda todo lo que ha hecho. Recuerda quién es*.

Pero esto es poder. ESTO es fuerza. Nunca tuve esto.

Ceridwen echó a correr hacia el ejército de Otoño, Yakim y Verano. Habían cesado la retirada, y ahora la mayoría de los soldados estaban retorciéndose, luchando con su mente mientras la Decadencia de Angra intentaba controlarlos. Angra seguía de pie en el campo de batalla, emanando serpientes negras de magia, con el rostro lleno de una alegría demente.

Esto es poder. Esto es fuerza. Y estas personas están resistiéndose. Merecen morir.

¡No!

Pero el cuerpo de Ceridwen no oyó su protesta, y sintió que las piernas la impulsaban hacia un grupo de soldados veranenses. Estaban luchando y sudando, pero resistían a Angra más que la mayoría, gracias a sus años de luchar contra la magia de Simon.

Tienen que morir por eso.

¡NO!

Saltó hacia ellos. La vieron venir, y sus ojos reconocieron a su líder en un momento de conciencia. Pero no lograban procesar el hecho de que estuviera atacándolos; ella, justamente, debería haber sido la última en caer ante Angra, y en verdad, esa era la única razón por la que aún tenía cierta claridad.

—¡*Corran*! —les gritó, un pedido confuso que atravesó el odio que ardía en su interior. Santas llamas, ni siquiera a Raelyn la había odiado con tanta pasión… pero *a ellos* los odiaba, a aquellos idiotas ignorantes y santurrones que querían que el mundo siguiera siendo débil.

Ceridwen le asestó un puñetazo a uno de los veranenses, que cayó al suelo, atontado por el ataque. Los demás se acercaron para ayudarlo, peleando lo mejor que podían, pero ella estaba potenciada, como todas las otras marionetas de Angra. Era imparable, y ¡santos incendios!, se *sentía* imparable.

¡Basta! ¡No son tus enemigos!

Un cuerpo se estrelló contra ella y la derribó del lado otoñés del campo de batalla.

—¡Ceridwen! —gritó Lekan, y le sujetó los brazos junto a la cabeza. Otros se acercaron y lo ayudaron a inmovilizarla—. ¡Basta, Cerie!

Ella aulló, retorciéndose. Él también era débil. Nunca entendería la *necesidad* que ella sentía, cómo ese poder traía implícita la responsabilidad de usarlo… y ella pensaba usarlo.

—Cerie, te necesitamos —le rogó Lekan. Tenía sangre en la frente y lodo empastado en el cuello—. Tú no eres así, pero eres la persona más fuerte que conozco. Puedes resistirte a Angra.

El nombre atrajo a la magia que había ahora en su interior. Angra merecía este poder. Solo Angra podía blandirlo.

—Él es el enemigo —se obligó a decir en voz alta. Ceridwen arrastró esas palabras hasta su corazón, y las obligó a quedarse allí, tan fuertes e implacables como el odio que todavía la instaba a atacar a Lekan y los veranenses.

Lekan asintió, pero una parte de él suspiró con desánimo.

—Amárrenla —le ordenó a uno de los hombres que la sostenían—. No podemos arriesgarnos a…

Levantaron a Ceridwen, y Lekan siguió impartiendo órdenes, pero ella se obligó a ignorarlas. No quería oír ningún dato que la Decadencia pudiera obligarla a usar contra ellos.

De todos modos, la batalla exigía su atención. Lo que quedaba de su ejército se había reunido en torno a ellos, en un grupo de los soldados más resistentes, aquellos que podían cerrarse a la Decadencia de Angra a pura fuerza de voluntad. Caspar estaba cerca, gritando con algunos de los generales que le quedaban. Tenían menos de la mitad de la cantidad original de soldados, lo cual era más que trágico: era un suicidio.

Sus soldados peleaban, pero caían más que los enemigos. Resistían, pero cada varios segundos uno de ellos se volvía contra sus hermanos con el mismo odio feroz que había poseído a Ceridwen. Los cañones abrían brechas en el grupo y eliminaban a media docena de soldados con cada disparo.

Angra estaba en el centro de su ejército, elevado sobre una pila de barriles, o sobre un cajón, o quizá sobre los cuerpos de los soldados a los que había matado, con los brazos extendidos y la Decadencia siempre emanando de él. Ya no demostraba tanta alegría; ahora se percibía en él un asomo de tensión, pero eso no lo detenía. Nada lo detendría.

Ahora Ceridwen lo entendía: nada podía derrotarlo.

Ni siquiera Meira.



Meira

Cuando aparece la puerta en la pared del laberinto, espío por allí y busco en el exterior otra de esas placas que me ayudarán con la prueba. Pero solo está esa puerta, por donde entra una luz blanca.

Entonces recuerdo cuál será la prueba final.

Purificación del corazón.

Aunque me ayudaron con las otras pruebas, la Orden habría querido que solo lograran pasar por el laberinto aquellos que fueran verdaderamente puros de corazón.

Es muy posible que hayan querido que todos enfrentaran esta prueba sin ayuda.

Pero no necesitaré ayuda. Estoy lista para esto y pasaré cualquier prueba que me presenten.

Despejo mi mente y entro al recinto.

Y quedo boquiabierta al ver quién está allí.

Hannah.

Me quedo allí durante lo que me parece toda una vida hasta que el laberinto de Sir le abre una puerta a mi derecha. Él sale, la ve y se detiene como si el suelo le hubiera sujetado los pies.

Al ver a Sir y Hannah mirándose, me viene a la mente una imagen de Rares y Oana. ¡Qué distintos eran de estas dos personas que tengo ante mí! Y aunque nunca fue real, no puedo sino ver dos versiones de una vida: Sir y Hannah, mis padres; Rares y Oana, mis padres. Dos personas, siempre severas y nada cariñosas; las otras dos, bondadosas, amables y todo lo que yo deseaba.

Se abre una puerta a mi izquierda y entra Mather, armas en mano, y nos mira a los dos mientras se me acerca.

Bien, al menos uno de nosotros puede moverse.

—Han llegado al final del laberinto. Han llegado muy lejos —dice Hannah por fin, y sus ojos se dilatan como para alentarnos.

—¿Cómo es que estás aquí? —logro preguntarle.

No había hablado con ella desde antes de iniciar mi gira por el mundo, antes de pensar que la barrera mágica en la entrada del barranco había cortado mi conexión con ella… antes de enterarme de que yo misma estaba bloqueándola, porque ya no la necesitaba.

Y había estado muy bien sin verla. Me encontraba muy bien cuando ella no estaba.

Al verla ahora, sonriéndome como si fuéramos cualquier madre e hija, como si no faltaran apenas instantes para mi muerte por los errores de ella, me invade una frustración que me quema por dentro. ¿Por qué tenía que estar ella aquí?

Purificación del corazón.

Me llevo una mano al pecho.

Es una prueba para el corazón. Nadie que albergue odio o ira será considerado digno.

Pero yo creía haber hecho las paces con Hannah en casa de Rares y Oana. Me desapegué de la ira que sentía por ella y por Sir, y me di cuenta de que todas las cosas que quería de ellos eran expectativas que nunca podrían cumplirse.

Sir intenta acercarse a ella, pero sus pies no se mueven; solo sus hombros se sacuden hasta que se endereza.

Tiene miedo.

Un sudor frío me cubre el cuerpo.

—No creo que sea realmente ella —le digo.

Hannah sonríe.

—¿Por qué piensas eso, querida?

Cierro los puños.

—Porque llevo ya varias semanas bloqueando a la verdadera Hannah, y no he dejado de hacerlo. Eres una prueba. Eres la magia, que está jugando con nosotros.

Su sonrisa se hace más amplia.

—He sido la magia todo el tiempo, ¿no es así? ¿Acaso fui alguna vez la verdadera Hannah?

Frunzo el ceño.

—Tú…

Una explicación. Por favor, que haya una explicación.

Pero cuanto más la miro, más me doy cuenta de que tal vez ella tenga razón.

Yo había dado por sentado que el conducto que nos une en nuestro linaje la mantenía conectada a mí. ¿Será que realmente fue ella alguna vez?

Meneo la cabeza.

—¡Basta! Solo estás tratando de alterarnos —giro hacia Sir para que Hannah quede casi a mi espalda—. Tenemos que pasar esta prueba… es una prueba de corazón.

Sir sigue mirándola, con los labios apretados. No me mira, no reacciona.

—Puede que me hayas imaginado, Meira.

La voz de Hannah es tan suave como la recuerdo, y evoca sentimientos de asombro que me dan deseos de escuchar cada palabra suya con atención embelesada.

—No te imaginé —respondo, aunque sigo de frente a Sir, mientras a mi lado Mather sigue alerta—. Ni siquiera te conocía cuando te me apareciste. ¿Cómo podría

haber inventado todas esas cosas que me dijiste?

—¿Cómo puedes ser tú misma un conducto? —replica Hannah—. ¿Cómo es posible cualquier cosa en este laberinto? Cuando tocaste las llaves, viste lo que necesitabas ver para llegar aquí. Cuando tocaste las placas en este laberinto, te mostraron fragmentos de las pruebas para ayudarte a pasarlas. Tal vez la magia también adoptó la forma que tenía para ayudarte en aquellos días. Creó lo que necesitabas: una madre.

Me vuelvo hacia ella; las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Hice las paces contigo en Paisly. Allá vi lo que son unos verdaderos padres… vi cómo puede ser una familia de verdad. Y ahora sé que la relación que puedo haber tenido contigo estaba *mal*. Todo lo que hiciste fue por tu propia decisión; nada de eso recae en mis hombros. Pero voy a enmendar tus errores, Hannah. *Soy mejor que tú*.

—Lo sé —dice, y vuelve a sonreír—. No es tu corazón el que necesita paz.

Quedo boquiabierta.

—¿Quién…?

Hannah se vuelve hacia Sir.

—Te la entregué para que la protegieras. Ella se vio obligada a buscar la ayuda de la magia porque tú me fallaste.

Sir.

Me lleno de pánico y doy dos pasos inseguros hacia él, pero sigue sin apartar los ojos de Hannah.

—¡Sir, no la escuches! Mírame…

—Me fallaste, general —dice, y esta vez, es inconfundible la acusación en su voz —. Le fallaste a Invierno.

—¡Él no le falló a Invierno! —exclamo, volviéndome hacia ella.

Mather aparece a mi lado, me apoya una mano en el hombro e intenta apartarme.

—Él tiene que pasar esta prueba.

Me paro directamente frente a Sir y le hablo solo a él.

—Hannah es la causa de todo esto. *Ella* tiene la culpa.

Sir parpadea. Un movimiento que me hace suspirar con alivio, hasta que me mira como si estuviera viéndome por primera vez.

—Me crie con tu madre. ¿Alguna vez te lo conté?

Me quedo helada. Hasta Mather, que sigue intentando apartarme, se detiene. Los dos reconocemos la melodía en la voz de Sir, el tono que siempre usó al darnos lecciones de historia.

—Los dos éramos niños en la corte de Invierno. Del mismo modo que ustedes dos se criaron juntos —abarca a Mather con la mirada—. Yo vi su torpeza en la juventud. Vi sus errores, sus fallas; la vi perder la compostura… y por todo eso se me hizo más difícil de lo que esperaba verla como reina, una vez que la coronaron.

Mira más allá de mí, a Hannah.

—Cometí la equivocación de no tratarla con el respeto debido a su posición. Y cuando ella se volvió más solemne y distante a medida que la guerra se intensificaba, la consolé como un amigo, no como un soldado que ayuda a su reina. Debería haber sido solo su general, pero no lo fui. Debería haber apartado a Invierno del camino por el que ella estaba llevándonos, pero no lo hice.

Tomo a Sir por los brazos.

—No sabías que ella había hecho un pacto con Angra. No puedes esperar que…

Vuelve a mirarme, y lleva las manos a mis brazos. Nunca me había tocado así, con una desesperación que se parece demasiado a una súplica. Cuanto más habla, más se enciende en sus ojos el delirio, despertado por Hannah, por este laberinto, por todo lo que soportamos en las últimas décadas, y mientras lo observo, el terror que me atraviesa no se parece a nada que haya sentido jamás.

Tengo miedo por él. *Yo* tengo miedo por *Sir*.

—Me juré que no volvería a cometer ese error —me dice, y sus dedos me sujetan con fuerza—. Me dije que a ti te vería como reina, cada momento de tu vida, para no volver a perder eso de vista. Pero aun así fallé.

Lágrimas. En el rostro de Sir.

—William —se me quiebra la voz—. William, basta…

—Angra se apoderó de mi reino —prosigue Sir—. No se me permitió criar a mi hijo como tal. Hice todo lo que pude, pero no fue suficiente, y la única explicación que podía encontrar… eras tú.

—¿Yo?

Si Sir no me hubiese estado sosteniendo, me habría desplomado a sus pies.

—Fui muy tonto —a Sir le tiemblan las manos—. Ahora me doy cuenta, Meira. Te culpé durante *años*. Pero tú nunca aceptaste esa culpa, ¿verdad? Santa nieve, te resistías a hacerlo; te resistías *a mí* cada vez que podías. Y creo que, en algún momento, entre tanta lucha, me di cuenta de que estaba culpando a quien no debía. Tú no eras la causa de nuestro fracaso en el pasado; eras la razón de nuestra esperanza para el futuro. Quizá no pude criar a Mather como mi hijo, pero sí pude criarlos a los dos.

Mi corazón late acelerado y lo siento casi a punto de estallar.

—Pero tienes razón —dice, riendo—. Tienes razón. Todo esto, todo lo que pasó, fue obra de Hannah. Y de Angra. Y yo permití que nos quitaran aún más nuestra vida al culpar durante tanto tiempo a quien no debía —miró a Mather—. Lamento no haber sido mejor padre.

Se vuelve hacia mí.

—Lamento no haber sido mejor padre para *los dos* —me dice, y su disculpa me llega directamente al oído cuando me atrae hacia él.

Sir está abrazándome.

Con él también hice las paces en Paisly. Me resigné a los roles que él había elegido para nosotros, y me sentía bien.

Pero no me sentía bien.

Porque en brazos de Sir, me deshago.

Tengo dieciséis años y estoy abrazándolo en la visión que me mostró Angra en April.

Tengo diez años y estoy sollozando contra él tras la muerte de Gregg y Crystalla.

Tengo seis años y estoy meciéndome en sus brazos después de una pesadilla, la única vez que me abrazó voluntariamente, y el episodio quedó grabado a fuego en mi corazón, como un faro que señalaba todo lo que yo quería en nuestra vida.

Ahora le rodeo la cintura con los brazos y hundo el rostro contra él. Tiene la camisa cubierta por el polvo del laberinto, y las formas de las dagas enfundadas que tiene sujetas al pecho se me marcan en la cara. Su corazón late contra mi oído; sus pulmones se llenan con inhalaciones ásperas como las mías.

Esto es mejor que todos aquellos momentos. Esto los borra y trae un nuevo comienzo.

Alzo el rostro hacia él y extiendo una mano hacia Mather, para que se acerque.

—Vamos a arreglar esto, juntos, y el mundo sanará.

Las lágrimas que ruedan por el rostro de Sir brillan en sus mejillas y caen en las arrugas que rodean sus ojos. Levanta la cabeza y vuelve a mirar a Hannah. ¿Todavía está allí? No importa. Pasamos esta prueba, los tres. Ahora estamos curados, y podemos seguir adelante. *Juntos*.

Se forma una grieta en mi alegría.

No, juntos no. Pero moriré sabiendo que Sir me ama. Moriré sabiendo que todo lo que quise para nosotros no era un sueño imposible… sino que se cumplió.

La grieta se abre con un sonido tan fuerte que resuena en mis oídos cuando la expresión de Sir pasa de una felicidad agridulce a pura tristeza.

Una tristeza feroz, impenitente.

—Una prueba de corazón —susurra—. Tenemos que perdonarla.

—Y lo hicimos —le digo, pero la expresión de Sir…—. Podemos irnos…

El suelo vibra al tiempo que cruje la pared que está a mi izquierda, y en mi visión periférica se forma algo negro y alto.

—¡Una puerta! —exclama Mather—. Vamos, podemos…

Pero el suelo no deja de vibrar. Y Sir no se mueve.

Tiro de sus brazos; Mather se acerca para ayudar, y los dos tiramos y gritamos mientras el suelo tiembla. Las columnas del recinto reaccionan a las vibraciones, y se desprenden trozos de roca que se deshacen en pequeños estallidos a nuestro alrededor.

Sir me aferra por los hombros, con ojos demasiado serenos, demasiado conocedores.

—Corre.

—¡Tú también tienes que correr! —grito, por encima del estruendo creciente del recinto que está deshaciéndose.

Pero Sir menea la cabeza. Señala sus piernas y dobla las rodillas como para demostrar algo.

Dejó de caminar al entrar al recinto, como si el suelo le hubiera sujetado los pies. Y así era.

No ha perdonado a Hannah. La habitación no lo dejará ir hasta que la perdone.

—¡Tienes que desprenderte de ella! —grito con desesperación, mis dedos anudados en su camisa. Mather se aferra al brazo de Sir, y sus ojos oscilan entre nosotros y la puerta, mientras se van apilando los escombros que caen, se rompen las baldosas del piso y…

Santa nieve… el piso empieza a desintegrarse, como las otras veces que nos tragó. Pero estos agujeros no son túneles que nos lleven a la siguiente prueba ni tienen un círculo de llamas como en la primera habitación: están vacíos. Solo negrura.

—No, Meira —Sir me hace soltarle la camisa, aún con mucha calma—. Tenía que desprenderme *de ti*. Pero no puedo perdonar a Hannah, especialmente por el destino que forjó para ti. Para todos nosotros —menea la cabeza—. No puedo. Lo siento.

Mather se desanima.

—No vas a… no. ¡Tienes que venir con nosotros!

Sir lo mira.

Apoya una mano en el hombro de su hijo.

Y lo empuja hacia la puerta.

Luego me mira a los ojos. *Vete*, articula sin emitir sonido.

Choco a Mather, lo rodeo con mis brazos y nos impulso hacia la puerta. Hay agujeros abiertos en el suelo que me obligan a tirarlo hacia uno u otro lado mientras corremos con desesperación hacia la salida. Mather me sigue, tambaleándose, y lanza un grito desgarrador que me golpea el corazón.

Llegamos a la puerta; empujo a Mather por ella y me detengo una sola vez.

La escena que veo atrás es un caos de piedras, baldosas y agujeros abiertos. En medio de todo, Sir y Hannah siguen de pie, inmóviles, mirándose.

Cae una columna y se estrella a dos pasos de mí, y de un salto cruzo la puerta justo en el momento en que todo el piso se pierde en la nada.



Meira

La puerta se cierra apenas Mather y yo pasamos. Encaja en su marco con un zumbido, a una distancia del ancho de una mano de mi rostro, y me quedo allí, parpadeando por el polvo de los escombros, el pecho agitado por inhalaciones que eran casi sollozos.

—Meira —gime Mather.

El sonido de mi nombre me arranca del escudo protector que me puse para sacarnos de allí. Me llevo las manos a la cara y meneo la cabeza en un *No* repetitivo, porque no logro emitir palabras.

—*Meira* —repite Mather, al tiempo que tira de mi brazo. Me doy vuelta y me arrojo hacia él, y me abraza mientras pronuncia las palabras que yo no encuentro—. No… tal vez sobrevivió… podemos regresar…

Sus posibilidades se hacen añicos antes siquiera de terminar de decirlo. Cierro los ojos y obligo a cada inhalación a contener los gritos que suben por mi garganta como olas en una tormenta.

La luz me golpea los párpados, y casi sollozo de gratitud por la distracción.

Pero cuando abro los ojos, solo me siento más vacía.

Estamos en un pasillo largo y angosto. Las paredes son de roca negra irregular, el piso es desparejo… y al final, un halo de luz brilla con matices cambiantes de anaranjado, amarillo, púrpura y azul.

—Mather —susurro, al tiempo que me aparto de él.

Me suelta y alza la cabeza para seguir mi mirada.

—El barranco mágico —dice.

Asiento.

Menea la cabeza en una negación larga y lenta.

—No.

—Mather…

—Es demasiado pronto. Mi padre… y ahora…

Se le quiebra la voz, y se pasa la palma de la mano por la frente. No digo nada, inmóvil con las manos en su pecho.

—No se me ocurre ninguna manera de salvarte —dice por fin, con todo el dolor de su vida en esas pocas palabras.

Alzo una mano hasta su mejilla.

—Una vez que entremos a esa cámara, se abrirá una salida; es parte de la magia del laberinto. Corre y sal por allí lo más rápido que puedas; cuando se abra, significa que por un rato también se puede acceder desde afuera. Y no quiero darle a Angra la posibilidad de…

—Meira, *no*.

Pero sigo hablando, sin permitirme parar.

—… no quiero darle a Angra la posibilidad de llegar aquí abajo. Así que corre, no dejes de correr, y yo también correré.

—*Meira*.

—Ceridwen y Caspar te necesitarán. El mundo te necesitará para ayudar en la reconstrucción…

Me silencia apoyando sus labios en los míos. No creí que quedara algo en mí que aún no se hubiera deshecho, pero su beso disuelve mi fuerza.

Este… es nuestro último momento.

Entonces me aferro a este instante mientras puedo, memorizando los bordes ásperos de sus labios, su sabor a sal, almizcle y alegría, y los músculos que se tensan cuando paso los dedos por su mandíbula.

No tuvimos suficiente tiempo. Pero el resto del mundo lo tendrá. Jesse y Ceridwen, Caspar y Nikoletta… incluso Theron, algún día. Y Mather. Santa nieve, Mather… él también tendrá esto algún día. Con alguien mejor que yo.

Con alguien que no le destroce el corazón.

Me aparto de él con las mejillas bañadas en lágrimas. Me mira, con esos ojos azul joya tan familiares y perfectos que me hacen sentir en casa.

Entrelaza los dedos con los míos y sonríe. La sonrisa que definió una parte tan grande de mi vida, que me derrite y me llena de pies a cabeza de fuerzas para recuperarme. El hecho de que pueda sonreír aquí, ahora, ahuyenta todos mis miedos y mis preocupaciones.

Lo ha perdido todo. Sus padres, y ahora también a mí. Y, sin embargo, está aquí conmigo, a mi lado, ofreciéndome apoyo y una mano en la mía.

Me vuelvo con él hacia la luz que se ve al final del pasillo. Palpita y mengua, brilla intensamente y se atenúa, en un interminable caleidoscopio de colores.

Si tuviera que elegir una manera de morir, sería esta: irme en un arcoíris de vida y energía. Saber que otros valoraron mi vida.

Echo un vistazo a la pared sólida que dejamos atrás.

Saber que me amaron.

Un paso, luego otro, Mather y yo caminamos codo a codo por el pasillo de piedra irregular.

Nuestros pasos se aceleran cuanto más nos acercamos, hasta que empezamos a correr.

Tan rápido como puedo. *Tan rápido como puedo*. Todo esto acabará pronto, antes de que Angra llegue a encontrar la salida que aparecerá, antes de que la batalla que se libra allá arriba deba prolongarse demasiado.

El pasillo termina, y salimos a una caverna amplia en la roca, que se extiende en todas las direcciones. Hay un techo altísimo, intocable, del que bajan estalactitas como dientes horrendos. El piso forma un acantilado sólido que termina al cabo de pocos pasos en un abismo ancho e insondable.

Y en ese abismo, pendiendo del borde, aguarda la fuente de la magia.

La vi una vez, en una de las muchas visiones que me mostró Hannah… o lo que haya sido aquello que me la mostró. La magia está exactamente como entonces: una bola brillante de energía que chasquea y chisporrotea, que flota por pura fuerza de voluntad en el abismo. Más grande que el palacio, más grande que toda Jannuari, la magia parece una criatura que respira y vive flotando más allá del borde del precipicio, que extiende sus dedos de energía como serpientes para golpear las rocas y transmitirles el poder que creó los conductos hace tantos miles de años.

El producto de esa magia brilla desde todos los rincones: piedras que resplandecen con tonos anaranjados, dorados, púrpuras y rojos, brillos suaves de todos los colores. Igual que en la entrada, el aire está pesado y húmedo, y cada partícula está cargada de magia. Conductos, magia, por todas partes, un campo de poder listo para ser aprovechado.

Un campo de poder que pronto llegará a su fin.

El acantilado rodea un costado del abismo, y apenas nuestros pies lo tocan, las vibraciones que ya conocemos nos indican que se abre una puerta donde el terreno se curva hacia el techo, en el extremo que está a nuestra izquierda.

Llegó el momento.

Aflojo mis dedos y suelto a Mather, sin poder permitirme hacer otra cosa que encaminarme hacia el abismo, esquivar estalagmitas y saltar por encima de las pilas de escombros resplandecientes.

Nunca más lo veré.

Pero no lloro, ni siquiera vacilo al correr. Aprieto el paso, porque tengo que hacerlo, porque…

La mano de Mather vuelve a tomar la mía.

Lo miro, confundida, pero él también corre y se pone a mi par.

No corrió hacia la salida.

Mather…

Pero no puedo discutir con él. No hay tiempo, ni palabras, nada más que los latidos acelerados de mi corazón y un sollozo que pugna por escapar entre mis labios apretados.

Podría usar la magia para trasladarlo a un lugar seguro, fuera de aquí. Pero está *eligiendo* quedarse aquí conmigo; si lo enviara a otra parte estaría obligándolo a hacer algo que no quiere.

Él desea esto. Y no puedo hacer otra cosa que permitírselo.

Creo que una parte de mí siempre supo que no volvería a dejarme.

Dos pasos hasta el borde del precipicio.

La magia chisporrotea y chasquea en el aire, y entra crepitando a mi cuerpo con cada inhalación.

Un paso hasta el borde del precipicio.

Los dedos de Mather aprietan los míos.

Yo aprieto los suyos mientras llegamos al borde del acantilado. Se desprenden rocas, rocas normales, sin magia, que caen a la fuente. Se desintegran en estallidos estruendosos de energía.

Eso mismo haremos nosotros.

La magia se intensifica, como una ola de calor cristalizante que se extiende para alcanzarme, para alcanzarnos.

Estoy lista, pienso, y levanto un refugio a mi alrededor con esas palabras. *Termina esto*.

Todo el aire abandona mis pulmones y doy el salto. El abismo se mueve, me atrae.

Y entonces salgo despedida hacia atrás.

Las rocas me raspan el hombro. El pedregullo resplandeciente se esparce alrededor, y nuevas magulladuras me rompen la piel cuando caigo de lleno en el suelo, cerca del pasillo del que acabamos de salir. La fuerza con que sostengo la mano de Mather lo arrastra; aterriza sobre mí y gruñe cuando sus hombros se golpean contra la pared de piedra.

Me incorporo sobre los codos, desorientada.

Porque cuando miro, el mundo está cambiando.

El mundo está *gritando*.

Angra está en la puerta que acaba de abrirse, y camina hacia mí con pasos angustiantes. Tiene una mano extendida, y la sombra de su magia se retrae en torno a su brazo como una nube negra.

Nos trajo de vuelta.

Está aquí. Encontró el barranco.

Y yo sigo con vida.



Ceridwen

Ceridwen se dio cuenta de que algo había cambiado solo porque el júbilo demente de Angra se sacudió a través de su conexión con la magia que ahora había en ella, como un jinete que tira súbitamente de las riendas de su caballo.

Algo había ocurrido.

Ya no había nada de control en el poder de Angra; fluía de él en olas desesperadas de fuerza, magia y odio, y cada necesidad se multiplicaba por un repentino pensamiento pulsante.

Nadie va a quitarme esto.

Mientras Ceridwen forcejeaba con los veranenses que la sostenían, esforzándose por no matarlos y a la vez por matarlos —santas llamas, no había nada que deseara más que arrancarles hasta el último pedazo de carne de los huesos, hundir los dedos en sus corazones y *aniquilarlos*— observó a Angra, de pie en lo alto, sobre su ejército.

Angra bajó los brazos y los zarcillos de magia negra cesaron. Se tambaleó, pero se contuvo.

Nadie va a quitarme esto.

Había dejado de enviarles magia, pero eso no significaba que hubiera dejado de dominarlos. Como semillas enterradas en una profunda tibieza, la oscuridad seguiría creciendo en todos aquellos a los que había infectado, incluso después de que se pusiera el sol.

Y el sol se puso.

Angra aferró a alguien que estaba a su lado (Theron, en cuya mirada se advertía el odio lívido y furioso que Ceridwen sentía arder en sus propios ojos) y juntos desaparecieron sin un último vistazo a la batalla que ya estaba condenada. Theron gritó cuando la magia lo atrapó de un modo que no esperaba.

Pocas personas más notaron la desaparición de Angra. Los soldados gritaban y cargaban contra lo que quedaba de la infantería de Caspar, y sus espadas chorreaban sangre al surcar el aire. Su frenesí los hacía pelear como nunca, no solo a los soldados de Primavera y Ventralli sino también a otoñeses y yakimíes. La mayoría de los veranenses había logrado resistirse a la magia de Angra e intentaban formar líneas de defensa.

Pero estaban en tal desventaja numérica que la victoria ya era imposible. Personas a quienes conocían, que eran aliadas, ahora los atacaban con desesperación, con los ojos llenos de un odio torturado. Alrededor no había más que enemigos, armas, muerte… desde donde estaba Ceridwen, atada en medio del grupo de Caspar, no se vislumbraba ni una pizca de esperanza en aquella carnicería.

Si Angra se había marchado, tenía que haber ido por Meira.

Si la encontraba, habrían fracasado.

Pero la oscuridad en Ceridwen se regocijó. *Ella no va a acabar con este poder. Nadie va a quitarme esto*.

—Lekan —graznó Ceridwen, y su cuerpo quedó fláccido contra los soldados que la retenían.

Lekan y Caspar estaban conferenciando a pocos pasos de ella, ambos cubiertos de sangre, cortes y las señales delatoras de los hombres golpeados por la guerra. Pero Lekan se volvió hacia ella. Sus ojos se iluminaron con aquella luz que reservaba para Amelie cuando le preguntaba si alguna vez tendrían un hogar permanente fuera del campamento de refugiados. La luz de la mentira.

Se arrodilló ante ella mientras los soldados la dejaban apoyarse en el suelo.

—Cerie…

—Lo siento —jadeó ella—. Lo siento… lo dejé entrar… lo siento… yo…

Se oyó un aullido cerca cuando los soldados de Angra estrecharon filas y quebraron las defensas de ellos con la magia que habían recibido.

Kaleo nunca la perdonaría si dejaba morir a Lekan.

Y Jesse…

Por esto se había casado con él. Porque sabía que su vida sería demasiado corta.

Lekan le apoyó una mano en el hombro. Un apretón, un ofrecimiento de consuelo sin palabras.

Aquí estoy. Estoy contigo.

Lo miró a los ojos. Fue lo único que pudo hacer.

Una explosión coronó los gritos de guerra con un fuerte estruendo: cañones, todos disparando en sucesión rápida y deliberada desde el lado inverneño del valle. Docenas, por lo menos. ¿Acaso los soldados de Angra habían traído tantos? Ceridwen gimió y se preparó, esperando que una bala de cañón diera en su grupo en cualquier momento.

Lekan frunció el ceño, confundido; se levantó de un salto y fue a reunirse con Caspar, que estaba parado sobre un cajón volcado, escudriñando el valle.

Las explosiones continuaron, seguidas por bramidos de dolor. Ceridwen siguió esperando. Con semejante cantidad de cañones, era inevitable que uno destrozara las filas de ellos…

La oscuridad en su interior se retorció de furia. *No voy a terminar así. Ahora tengo fuerza*.

Pero más allá de eso, la poca claridad que le quedaba la hizo agazaparse, en silencio, cansada y… lista.

—Soldados —le informó Caspar a Lekan, pero sus palabras llegaron a los que los rodeaban, a todos los guerreros exhaustos que esperaban, escondidos en ese grupo—. Con el estandarte de Yakim.

Con ellos quedaba apenas un puñado de yakimíes, pero al instante se llenaron de algarabía, con gritos de alegría y agitando los puños.

—Están disparando armas —prosiguió Caspar—. Como los cañones de Angra, pero más pequeños.

—¿Los cañones de Angra? —preguntó Lekan, con el rostro contorsionado—. ¿Están peleando con los soldados de él?

Pero Caspar sonrió.

—No. Tenían que ser los yakimíes quienes encontraran la manera de recrear la propia arma de Angra y usarla en su contra.

El área que ocupaba este grupo estaba atestada de soldados, pero habían dejado espacio en torno a Caspar como para permitirle moverse y ver el campo. En este claro, una gran onda de luz bermellón fracturó el aire despejado, curvándose y contrayéndose, hasta que apareció un hombre.

Apareció un hombre.

Ni siquiera la magia en Ceridwen reaccionó; la conmoción fue muy potente.

No era Angra. Los soldados se volvieron contra él al instante, armas en alto, pero el hombre no parecía preocupado en lo más mínimo. Su piel morena se estiró con una sonrisa, y en el lado derecho de la cara tenía una cicatriz que despertó un recuerdo en la memoria golpeada de Ceridwen.

Había visto antes a ese hombre, en Putnam. Era el sirviente que las había acompañado a ella y a Meira a la universidad y les había mostrado la biblioteca.

Rares.

La miró directamente.

—Han hecho algo muy valiente —dijo, abarcando también a los soldados—. Todos ustedes. Pero la reina de Invierno ha llegado al barranco. Se acerca el fin, y hemos venido a ayudar a que se cumpla.

¿Hemos?

Ceridwen volvió a levantarse, con los brazos atados a la espalda. Al ponerse de pie, vio más de esa luz bermellón por todo el campo. Cerca, entre los soldados de su bando; lejos, cerca del ejército que se acercaba, marchando a la batalla con cañones pequeños con ruedas. Todo lo que Meira le había contado se filtró en la mente de Ceridwen como el sol por una ventana sucia.

Paisly. La Orden de los Lustrados.

Rares sacó una daga del cinturón, y las mangas largas y pesadas de su túnica se agitaron al levantarla en el aire.

—Aquellos que todavía deseen pelear, háganlo sabiendo que esta guerra acabará pronto —gritó.

A Ceridwen, le dirigió una mirada decidida.

—Resiste —le dijo, y se alejó corriendo hacia los soldados de Angra. Los enfrentó con aún más velocidad que ellos, y bloqueaba sus ataques con estallidos invisibles que los hacían volar por los aires. Desde alguna parte del valle, se oyó un trueno por encima de las explosiones continuas de las armas yakimíes, y del cielo cayó un rayo crepitante que destruyó uno de los cañones.

Los paislianos estaban enfrentando a los soldados de Angra con magia. Y los Yakimíes también habían acudido; seguramente Giselle había cambiado de parecer.

Ceridwen vaciló mientras a su alrededor se alzaban voces, desde los soldados que murmuraban al verse derrotados hasta los gritos de alegría de aquellos que veían nuevas esperanzas. Eso era lo que necesitaban: algo que emparejara la batalla. Un poco de ventaja para seguir peleando el tiempo suficiente para ayudar a Meira.

Pero Angra había ido por ella.

Ceridwen tomó las palabras de Rares y las repitió una y otra vez para combatir la marea de odio y necesidad que aún la llenaba.

—Resiste —dijo, un pedido que fue elevándose hasta gritar, hasta rogarle a Meira que lo oyera y siguiera luchando. Ahora no podía hacer otra cosa. Todos se habían unido para pelear por este mundo, para pelear por *Meira*, y santos incendios, *ella triunfaría*.

»Resiste —rogó Ceridwen—. *Resiste*.



Meira

Angra está aquí. Y yo sigo con vida.

Pero no vine hasta aquí para sobrevivir.

Me pongo de pie y busco mi chakram. Se lo arrojo, y las nuevas heridas que tengo en todo el cuerpo emiten un coro resonante de dolor. Me duele una costilla; me arde un corte en el muslo; me cae sangre sobre el ojo, pero me la enjugo mientras mi chakram surca el aire hacia Angra.

No le acertará, él sabe que voy a usarlo; pero al menos va a distraerlo, aunque sea por un segundo. Entonces, antes de que llegue hasta él, corro. El borde del precipicio está apenas a unos pasos de la pared, pero se extiende delante de mí y cada paso me lleva cada vez más cerca pero a la vez demasiado lejos. Llamo al frío en mi interior, con la intención de arrojarme mágicamente al precipicio…

Pero me ataca otra oleada de Decadencia. El cordón de sombra rodea mi cuerpo, se tensa y me tira hacia atrás. Angra desvía mi chakram al tiempo que la Decadencia me aparta del precipicio; el chakram cae, golpea la pared… y cae al abismo.

Veo caer mi chakram como en un sueño. La bola de magia chisporrotea con la destrucción crepitante de un objeto al caer en ella.

Mi chakram ya no está.

Siento un dolor lacerante en el brazo cuando caigo como una bolsa de carbón contra las rocas. Algo se quebró, pero estoy demasiado desesperada y ciega para saber qué. Esto no debía ser así. Estoy lista para terminar con esto… *necesito* terminar con esto…

—¡No me vencerás!

El bramido de Angra resuena en el barranco. De cada palabra emana ira, y cuando me pongo de pie, con el brazo izquierdo contra mi costado, me encuentro frente a un demente.

Tiene los ojos desorbitados en el rostro manchado mientras se me acerca. Mather se arroja delante de mí.

Angra lanza una risotada.

—Qué dulce —dice con voz grave y resonante—. Pero traje a alguien para que se ocupe de *eso*.

Aferro el hombro de Mather con mi brazo sano y trato de atraerlo para ponerlo detrás de mí. De los dos, yo estoy mejor preparada para luchar con Angra… pero en

el túnel de salida se mueve una sombra que hace que tanto Mather como yo nos tensemos instintivamente.

La sombra llega rengueando al barranco, con tanto delirio como Angra. Me doy cuenta de que está recibiendo las emociones de Angra: cada chispa de ira, cada oleada de rabia. Él le envía todo eso a Theron, que no pierde un segundo.

Se lanza hacia nosotros con una espada sujeta por ambas manos. Mather me empuja hacia atrás, pero no es a mí a quien Theron intenta atacar.

Apunta la espada directamente hacia Mather. Trastabillo y caigo, y grito cuando Mather lo esquiva, cae y rueda para poner más espacio entre él y Theron. En la mano de Mather aparece un cuchillo, que brilla con la luz del barranco mágico.

—No vas a quitármela —gruñe Theron, y se lanza hacia él.

Busco mi espada corta y logro por fin aferrarla, pero la Decadencia me envuelve y me quita la opción de ayudar a Mather. La magia se enrosca en mi brazo y me arranca la espada de la mano. El brazo roto me duele, y grito mientras la Decadencia me arrastra por el suelo desparejo hacia Angra.

Mi propia magia reacciona con una oleada de hielo que congela la oscuridad, y me levanto de un salto. Angra está a no más de cuatro pasos, entre el precipicio y yo. Mis ojos recorren el suelo en busca de mi espada, y allí está, esperando detrás de una estalagmita…

Extiendo la mano hacia la espada, y la magia surge de mis dedos como una columna helada, pero Angra envía otro golpe de magia para contrarrestarme. Él llega primero a mi espada; una sombra gris envuelve la hoja como una enredadera rodea el tronco de un árbol, y con un fuerte tirón de su brazo, la espada vuela detrás de él y cae al precipicio igual que mi chakram.

—Ah, no, Alteza —me dice Angra—. He visto todos tus trucos. He sobrevivido a todo lo que me has lanzado. No hay un final en el que yo no salga victorioso.

No le hago caso. Corro, con la intención de esquivarlo, guiada solo por un impulso primitivo hacia la bola de magia. Ya no hay nada más en mí: ni dolor, ni amor, ningún sentimiento. Lo que soy es lo que debo ser: un vacío del cual podría surgir cualquier cosa. Bien o mal, pureza u oscuridad… lo que pase después de esto será la decisión gloriosa e independiente del mundo.

Angra vuelve a lanzar la sombra como un látigo, y la línea de magia me acomete y me bloquea el paso hacia el abismo. Grito, *no, no, NO*, y caigo de rodillas. Las partículas densas y húmedas de aire que penden en el barranco vuelan hacia mí y se alargan formando una sólida pared de hielo que se alza justo a tiempo para impedir que la magia de Angra me alcance.

Él suelta una risotada y lanza otro latigazo que ataca mi barrera de hielo.

—Te lo dije, Alteza… conozco tus trucos.

Gruño, con los brazos en alto para reforzar la barrera de hielo con mi magia. Nada de lo que él diga tiene importancia. *Voy a acabar con esto*.

—Todas las defensas que tienes, todos los patéticos planes que hiciste —prosigue Angra. Otro nudo de Decadencia golpea mi barrera—. Nada de lo que hagas puede detenerme. Incluso tu amiga, la princesa de Verano… Ahora es mía. *Mía*. Y todo el mundo va a seguirla, uno por uno, hasta que todo esté como debe ser: *controlado por mí*.

¿Ceridwen, dominada por Angra? Se me hace un nudo en la garganta. Sus palabras me hacen mirar a la izquierda, donde termina mi escudo. Mather y Theron siguen peleando, de un lado al otro del acantilado.

La última vez que pelearon, hace meses, hace varias vidas, tenían destrezas muy parejas en el patio de entrenamiento de Bithai. Pero ahora Theron está impulsado por la Decadencia y se mueve más rápido que cualquier ser humano: ataca a Mather con tanta rapidez que me cuesta seguirlo. Y si a mí me cuesta seguirlo, Mather debe estar aún más frenético.

Giro hacia Mather, lista para lanzarle un golpe de fuerza y energía para ayudarlo. Pero antes de que la magia salga de mi cuerpo, Mather gira, la espada de Theron corta el aire y los dos se arquean el uno hacia el otro. Quedo sin aliento y se me cierra la garganta, horrorizada al ver que Mather no podrá esquivar el golpe de Theron.

Pero la espada de Theron no se clava en Mather, como debería.

Los miro, sorprendida, y Mather atrapa la espada de Theron.

¿Cómo lo…? Era imposible que Mather se hubiera movido tan rápido…

Del otro puño de Mather emana un resplandor amarillo: una de las muchas rocas que hay aquí, cargadas durante años con el poder de la fuente. Igual que los conductos originales que pululaban por el mundo, dando descargas de magia que, a la larga, la gente usó para las malas acciones que crearon la Decadencia. En comparación con los Conductos Reales, los conductos individuales son irrisoriamente pequeños y temporales, y solo sirven para un aporte rápido de poder.

Pero eso es precisamente lo que Mather necesita.

El brillo de esa piedra que tiene en la mano se atenúa. Mather la descarta, gira para esquivar el siguiente ataque de Theron y recoge una piedra de brillo azul que lo ayuda a detener el golpe. Está usando la magia solo para defenderse, no para atacar.

Santa nieve. Él comprendió por sí solo lo que Rares y Oana tuvieron que enseñarme con rayos y truenos.

Un sonido me llama la atención, y justo cuando levanto la vista, se abre una grieta en la parte superior de mi escudo de hielo, que empieza a caer directamente hacia mí. La magia de Angra: él está rompiendo la barrera. No me quedan armas, nada que pueda usar para atacarlo.

Excepto el hielo.

Angra no me da más tiempo para pensar. Retrocedo cuando mi barrera estalla, y los fragmentos de hielo cortan el aire y me raspan la cara como diminutas cuchillas heladas. Una esquirla grande gira hacia mí, y la atrapo antes de que se destroce contra la piedra.

—No —gruño, a Angra, a mí misma, a toda esta horrible guerra, y es lo único que puedo decir mientras estoy allí de pie; se me abre la piel de la palma de la mano al aferrar la esquirla de hielo.

Angra está de pie, triunfante entre las ruinas de mi barrera.

—Adelante, haz el intento, reina de Invierno. Primavera siempre vencerá.

Mi brazo quebrado sigue pegado a mi costado, pero el resto de mi cuerpo se mueve por sí solo para luchar: mis rodillas se flexionan, mi cintura se tuerce, mi brazo sano se echa hacia atrás para arrojarle la esquirla a Angra. Él levanta un brazo, y un escudo de Decadencia la incinera antes de que llegue a tocarlo. Pero suelto otra, y busco entre los restos cualquier pedazo que pueda arrojar. Cae en mi mano un pedazo particularmente grande, y mi magia se enciende al reconocerlo; desea liberarse, entonces se lo permito… pero solo para que baje por mi brazo izquierdo y me sane la fractura. No uso la magia para otra cosa. No puedo arriesgarme a usarla en lo que podría ser un ataque contra Angra, una acción negativa que pudiera alimentar a la Decadencia.

Estoy demasiado cerca para perder.

Arrojo una esquirla tras otra, y cada una me permite acercarme un paso más a Angra, al precipicio. Más y más cerca, mi brazo repite los mismos movimientos una y otra vez: aferra, se curva, arroja, aferra, se curva, arroja. El hielo vuela hacia Angra y se disuelve a medida que él levanta una barrera tras otra contra mis ataques implacables. El rostro de Angra se contorsiona con vehemencia, y sus cejas se unen sobre sus ojos con una mirada que concuerda con el rugido que emite.

Unos pasos más, solo unos más…

Vuela una esquirla de hielo más pequeña, y en lugar de disolverse contra la barrera de Angra, lo golpea, solo porque baja la defensa y extiende los brazos hacia mí. El hielo le deja una fina línea roja en la mejilla, de la que empieza a gotear sangre. Su magia me arroja hacia atrás, contra lo alto de la pared, pero en lugar de lanzarme otra vez contra el suelo, me sostiene allí, inmovilizada contra la roca.

Angra jadea, y con una mano en alto me mantiene indefensa contra la piedra.

—Si me matas ahora —le digo—, todos los inverneños serán como yo. Conductos. Siempre habrá alguien para luchar contra ti.

—¿Crees que pueden detenerme?

Angra baja la mano y me arrastra hacia abajo contra la pared, y las rocas irregulares se me clavan en la espalda. De mis labios escapa un fuerte grito sin darme tiempo a contenerlo, y el sonido hace que Mather interrumpa la pelea.

Se vuelve hacia mí. Solo un segundo.

Theron arrastra la espada sobre el vientre de Mather.

Siento el corte como si me lo hubiera hecho a mí, una herida lacerante que elimina de mi cuerpo todo pensamiento racional.

—Invierno me recibió de buena gana —prosigue Angra, sin conmoverse por nada de lo que ocurra más allá de nosotros—. Tu reino me abrió las puertas cuando les

conté la verdad sobre nuestro poder. Sean conductos o no, me veneran. El mundo entero me venera, reina de Invierno, y no puedes vencerme.

Mather se desploma, con una mano en el vientre.

Theron camina alrededor de él, sonriente, con la espada manchada de rojo.

Observo a Mather tantear el suelo en busca de otro conducto; su herida, de la que mana sangre escarlata que le cae por los muslos, y a Theron aprestándose detrás de él, alzando la espada, y no veo otra cosa más que muerte.

Sir, Nessa, Garrigan, Alysson, Noam, Finn, yo misma… todas las personas a quienes no pude salvar.

Angra piensa que esto es una guerra, y quizás alguna vez lo fue. Pero ha llegado a ser algo mucho más grande, algo que hace que él no tenga ninguna importancia en comparación.

Esto no tiene nada que ver con él. No tiene nada que ver con su magia.

Esto tiene que ver con todas las personas a las que no pude salvar, y con las que están todavía allá afuera. Tiene que ver con el futuro, con un futuro de verdad, el que murió cuando yo era una niña que tenía armas en lugar de juguetes. El futuro que murió cuando Mather tuvo que crecer creyendo ser el rey de un reino perdido, cuando el padre de Theron lo obligó a llevar una vida acorde a las reglas de Cordell, cuando Rares y Oana no pudieron tener un hijo, cuando Ceridwen tuvo que agachar la cabeza ante la tiranía de su hermano.

El futuro que incluso Angra debería haber tenido. Una vida que podría haber sido peor que la que tuvo, sí, pero también podría haber sido mucho mejor. Y aunque hubiera sido peor, lo habría sido por su propia culpa. Habría sido justo, verdadero y *humano*, un futuro sin magia, una vida al margen de la oscuridad o la luz.

Esto no me trajo otra cosa que muerte.

Pero de ello surgirá la vida.

Grito, y toda la magia que hay en mí emerge y destruye la fuerza con que la Decadencia me sostiene. Caigo, y me apoyo en el suelo antes de que pueda sufrir más heridas, y apenas llego abajo extiendo la mano hacia Mather y le lanzo olas curativas de puro hielo. Se incorpora al instante y me mira, lleno de magia.

Mi atención se dirige enseguida más allá de él, a Theron, que le apunta la espada al cuello.

Mather se lanza hacia la izquierda. Ahora el corte en su vientre es apenas una mancha de sangre en su ropa. Con la piel sana y los músculos como nuevos, se apoya en los codos, se inclina y escapa de la espada de Theron por una fracción de segundo. La espada perfora el bolso que Mather lleva sujeto a la espalda, y cuando rueda para patearle las piernas a Theron y derribarlo, vuelan objetos: una cuerda, paquetes de comida y…

Una daga, cuya empuñadura tiene un suave resplandor púrpura. ¿El conducto de Cordell?

No tengo tiempo para pensar en eso. Las partículas de aire se mueven a mi alrededor, y me producen un cosquilleo en los brazos como oleadas de advertencia. La magia que hay aquí es la opuesta a la de Angra: pura e intacta. Y ahora, despierta, desencadenada, con esa misma magia corriendo por mis venas, siento los cambios cuando me ataca la Decadencia de Angra.

Entonces me muevo antes de que me golpee, y el golpe de sombra que me lanza se estrella contra la pared. Caen trozos de roca, pero giro y lanzo un puño hacia Angra en rápida defensa, el truco glorioso que me permite atacarlo, que le permitía a Oana lanzarme rayos sin alimentar a la Decadencia.

La fuente de magia que pende más allá chasquea y crepita en respuesta a mi llamado, y no es nieve ni hielo lo que le lanzo a Angra. Es magia en su forma más básica, una hebra enroscada que redirijo desde el rumbo caótico en el que estaba y hago estallar en el suelo a los pies de Angra, que trastabilla hacia atrás y grita de dolor.

Un gruñido me llama la atención desde donde están Mather y Theron. Theron cae, y se le escapa la espada cuando su brazo golpea el suelo. Mather salta sobre él, y de un fuerte golpe hace que la cabeza de Theron choque contra la roca, y lo deja mareado.

—No puedes quitarme mi poder —declara Angra, mientras cierra el puño y la Decadencia va envolviéndolo en lo que será un golpe mortal—. Nadie puede quitarme mi poder. El mundo está libre, por fin, de personas como *tú*, que quieren asfixiarlo.

Lanza el golpe. La sombra invade el aire, hebras que van girando y se dividen en docenas de dedos oscuros, todos dirigidos hacia mí, todos empeñados en destruirme.

—Yo no habría podido decirlo mejor —murmuro.

Lo único que siento cuando la magia de Angra se lanza hacia mí es adrenalina, el regocijo rotundo y delirante de saber que esto se termina.

Porque en dos segundos, todo terminará.

Me impulso contra una estalagmita cercana y salto por encima de los primeros embudos de Decadencia, y curvo el cuerpo en el aire para esquivar otro. Al saltar, extiendo la mano hacia Angra y suelto otro rayo mágico que estalla en el suelo y lo impulsa, tambaleante, hasta el borde mismo del barranco mágico.

Aún en el aire, me impulso con un último golpe de magia que inunda todo mi ser con hielo y nieve. Ese frío sale de mí como un torbellino, se centra en el arma más cercana —la daga que cayó del bolso de Mather— y me la trae.

Entre el sudor y la sangre que me cubren el rostro, miro a Angra, que se tambalea en el borde del precipicio.

Y sonrío.

La empuñadura de la daga se acomoda en mi mano con un golpe, y la magia sube por mi brazo como un torbellino de imágenes y emociones. Pero todas enmudecen

ante mi decisión. Aquí no hay nada: ninguna distracción, ningún pensamiento, solo Angra y yo, y el fin del mundo.

La daga emite un resplandor púrpura que refleja la magia que hay detrás de Angra. Ese destello atrae su mirada, pero demasiado tarde; el tiempo se transforma en torno a este instante, como si el mundo entero contuviera el aliento para observarme saltar, alzar la daga, y clavarla al caer en el pecho de Angra.

Le envío una última orden a Mather. Demasiado similar a la que le gritó su padre cuando el recinto se derrumbaba alrededor.

¡Corre!

Angra trastabilla, lo bastante aturdido como para que yo pueda desequilibrarlo más aún. Se tambalea, tropieza, y sus manos intentan inútilmente aferrarse al aire, mientras apoyo los pies en el acantilado y lo empujo con todas las fuerzas que he tenido en mi vida.

Nos tambaleamos, los dos, y tanto mi impulso como el peso de Angra nos arrastran hacia el abismo.

Un movimiento me hace mirar por encima del hombro una última vez. Mather, con el brazo de Theron sobre el hombro, arrastra al rey semiconsciente hacia la salida. No se detiene a mirarme, no para ni intenta venir conmigo. Solo obedece, y sale del barranco con uno de sus mayores adversarios apoyado en él.

Con un último empujón, mis pies abandonan el acantilado.

Angra chilla, y la magia oscura surge de él a raudales en un intento desesperado por volver a alzarse. Pero cuanto más nos acercamos a la fuente de magia, más dedos electrizantes de esta se levantan y frustran sus intentos. Yo también estoy lista; no dejaré que Angra me detenga, y por cada zarpazo tembloroso que lanza en busca de la salvación, respondo con oleadas de mi propia magia. Luz y oscuridad, pureza y Decadencia, a medida que la fuente de la magia se hace más brillante, más cercana y más caliente.

Hubo un momento en mi vida en que lo habría dado todo por la magia. De hecho, lo *di* todo por la magia: me lancé de lleno a una guerra de muchos siglos. Pero también lo hice por Invierno, por las personas a las que amaba, porque eso era lo que necesitaban para tener una vida segura y sana.

Y una vez que tuve magia, una vez que tuve demasiada magia, la odié y le temí. No entendía cómo nuestro mundo podía depender tanto de algo que había causado tanto mal. Pero también tenía mucho bien, un bien tan maravilloso que el mal resultaba casi comprensible.

Eso es lo que veo mientras caigo hacia la fuente. El brillo me lastima los ojos, no me deja distinguir un color de otro hasta que lo único que veo es la luz más perfecta y cegadora. Bella, dolorosa, impoluta y defectuosa. Y aunque estos extremos han hecho de mi mundo un reino de caos e incertidumbre, la respuesta es sencilla:

El bien y el mal que nos da la magia son igualmente necesarios.

Durante toda mi vida, la magia fue una fuerza que me impulsaba. Durante toda mi vida, peleé, sangré y lloré por un futuro en el que aquellos a quienes amo pudieran vivir a salvo y ser felices.

Por eso cierro los ojos y dejo que la magia cree un mundo nuevo.



Mather

Mather se dijo que fue el último golpe de magia que le lanzó Meira lo que lo hizo salir del barranco. Que ella le transmitió su voluntad con una orden que le golpeó el corazón hasta que no pudo concebir otra opción.

Pero era mentira.

Ella le había ordenado correr con una voz tan clara que Mather quiso abandonar al tambaleante Theron y correr hacia ella. No, fue algo más potente lo que lo hizo mantener al príncipe —al *rey*— de Cordell colgado de su cuello y correr hacia el túnel de salida. Algo que, una vez que lo vio, le sacudió el cuerpo con una sensación aún más fuerte: esperanza.

Él y Phil habían llevado el conducto de Cordell por todas partes del mundo. Desde Rintiero hasta Paisly y luego a la Llanura de Rania, y desde allí a Otoño. Mather lo había llevado al laberinto para no dejárselo a nadie del Deshielo, porque había previsto que Theron aparecería en la batalla y no quería que se las ingeniara para quitárselo. Mather no le había dado más importancia que esa al conducto, más que nada por el odio que le corría por las venas de tan solo pensar en el nombre *Cordell*, pero ahora se daba cuenta de lo ciego que había estado.

Esa era la solución. El conducto de Cordell.

Theron lo había entregado. Había *renunciado a él* en Rintiero. Eso era lo que tenía que pasar: había que sacrificar un conducto y devolverlo al barranco. El conducto de Cordell había sido sacrificado, y ahora estaba regresando al barranco… solo que a manos de Meira, no de su portador.

¿Bastaría eso para destruir toda la magia? ¿Para que Meira sobreviviera? Tenía que dar resultado. *Tenía* que funcionar.

La única luz que había en el túnel de salida llegaba desde el barranco, de modo que a medida que Mather llevaba a Theron hacia arriba, la oscuridad los fue envolviendo. Se detuvo antes de salir del túnel. Aguzó el oído, tratando de captar algún indicio de que Meira lo seguía corriendo hacia la salida. Pero no oyó otra cosa que el crepitar y el chisporroteo constante de la magia que electrificaba el barranco…

Y luego, un rumor. Como si los Montes Klaryn estuvieran despertando de un largo sueño y sacudiéndose los hombros mientras se levantaban desde las entrañas de la tierra. El túnel vibraba con tanta fuerza que empezaron a caer rocas del techo y de las paredes, y algunas golpearon a Mather en la cabeza y en los brazos. Se tambaleó,

y Theron emitió un gemido semiconsciente cuando ambos cayeron contra la pared. Las vibraciones no cedieron, y tras el rumor inicial, hubo una explosión que se inició en el barranco y ascendió por el túnel.

Mather no se dio vuelta para mirar lo que venía hacia ellos. Lo dominó el instinto de supervivencia, y nunca se había sentido tan agradecido por eso. Solo claridad, sin pensamientos que pudieran destruirlo.

Pensamientos como: *La magia está explotando. ¿Porque el conducto de Cordell cayó en ella?*

¿O por el de Invierno?

Acomodó a Theron sobre su hombro y corrió como nunca antes; sus piernas lo impulsaban como si la velocidad fuera a resolverlo todo. Pero ni siquiera eso bastó, y cuando el túnel se iluminó con una luz dolorosamente blanca, un intenso calor lo golpeó en la espalda. Gritó, y sus piernas se aflojaron bajo el bombardeo de fuego que le recorría el cuerpo y se le clavaba en los músculos.

Pero cuando cayó, no golpeó el suelo.

Cayó *hacia arriba*, impulsado por aquella ola de magia, que lanzó a Theron por delante. La magia surgió debajo de ellos, como una ola que avanza implacable hacia la orilla. La sangre rugía en la cabeza de Mather, o tal vez era la magia, o las explosiones constantes debajo de ellos; la intensidad ensordecedora del túnel solo era comparable al brillo de la luz blanca. Cuanto más tiempo volaban, más crecía la magia, se hacía más y más brillante, más y más caliente…

La magia entregó el cuerpo de Mather a la superficie. Lo recibieron unos copos de nieve cuando cayó al suelo, rodando y dando tumbos por una ladera empinada, salpicada de peñascos y matas de pasto. Dio de lleno contra el tronco de un árbol, y el golpe aflojó un diluvio de hojas doradas y hielo. El túnel los había dejado en algún punto entre Otoño e Invierno, en las estribaciones de los Klaryn. Tenían que estar cerca de la batalla.

La mente de Mather registró esos detalles, pero apenas, como un parpadeo que se esfumó al encontrarse él mirando las montañas que estaban más allá.

La explosión que los había eyectado a él y a Theron desde el túnel aún continuaba. El suelo se sacudía tanto que tuvo que sostenerse del árbol para levantarse, y Theron, que estaba despertando poco a poco, apoyó las manos en una roca y bajó la cabeza para amortiguar el ruido que iba en aumento. Porque estaba aumentando: las vibraciones cesaron, como la inhalación profunda antes del grito de batalla, y ante los ojos de Mather, entre la lluvia de hojas doradas, las montañas estallaron.

Rojos, anaranjados, plateados, verdes… zarcillos de colores se abrieron como un abanico contra el cielo azul, como si un volcán hubiera lanzado un arcoíris al mundo. Las rocas se partieron con un ruido ensordecedor; las chispas y el siseo de la magia que se evaporaba encendieron el aire como las mechas de mil cañones preparándose para la batalla. Pero después de la chispa no vino ninguna batalla: *esa* era la batalla,

esa gran explosión que tapó el azul del cielo con torrentes de color y magia que hacían que todos los nervios de Mather se retorcieran bajo su piel.

La ausencia de emoción le permitió un momento para observar aquel despliegue sin presiones. Y en ese momento, casi le pareció bella la destrucción de la magia…

Pero allí terminó.

Aquella explosión era la magia desintegrándose. Los colores que se elevaban de la montaña fueron disolviéndose en el aire, y con cada segundo que pasaba, aquella sensación chispeante, el cosquilleo del aire saturado de magia iba menguando. Se estaba marchando, como Meira quería.

Mather se lanzó lejos del árbol. Ahora la entrada del túnel estaba cubierta de rocas que habían caído durante la erupción. Intentó mover una, pero no pudo. No, ella tenía que haber salido. Quizá la magia la había arrojado a otra parte, más abajo…

Aunque la tierra aún temblaba con los remezones del caos, Mather bajó la pendiente con dificultad, lanzándose de una roca a un árbol y de allí a otra roca. Las piedras afiladas le lastimaban las manos, pero no podía, no quería detenerse, con el corazón vibrando al unísono con la tierra.

—¡Meira! —gritó. Lo invadió la desesperación, el dolor lacerante que había brotado en sus entrañas al ver morir a su padre. Se aferró a su diminuta fuente de esperanza, pero hasta esto se oscureció y se derritió como hielo en la palma de su mano.

Salió, tambaleante, detrás de un último grupo de árboles y entró al campo de batalla. O a lo que había sido el campo de batalla.

Los soldados de ambos bandos estaban inmóviles, observando con asombro la erupción continua de la magia que se retiraba. La mayoría estaba de rodillas, como si todos hubieran caído por fuerza de la misma revelación trascendente. Algunos lloraban y se miraban las manos como si las vieran por primera vez. Casi todos simplemente se quedaban arrodillados, absorbiendo el vacío que reinaba en el aire.

Mather también lo sintió. Incluso aquellos que estaban en el campo de batalla y no habían sido poseídos por la magia de Angra lo sintieron, y sus ojos estaban dilatados y sus pechos se hinchaban con la respiración profunda que se reserva para inhalar aire puro después de un largo encierro. Se volvieron hacia los que estaban de rodillas, y empezaron a surgir gritos de alegría, igual que en April, cuando él había pensado que todo había terminado y Meira había triunfado sobre los campamentos de trabajo de Angra.

—¡MEIRA!

Oyó la angustia de su propia voz como un eco, que contrastaba con la felicidad que se extendía por el campo. Debería haber dado resultado… la daga de Cordell debería haber bastado como sacrificio…

Tal vez sí había funcionado, pero ella estaba demasiado cerca de la destrucción.

Tal vez Angra había logrado asestarle un último golpe antes del fin.

Mather tropezó con una roca y le dio una fuerte palmada, como para descargar su tristeza contra la piedra.

—¡NO! —gritó, lanzando esa palabra al interior de la montaña, como para obligarla a sentir todo lo que le había quitado.

Una mano sobre su hombro.

—¿Mather?

Dio media vuelta y se apartó, con la vista empañada por las lágrimas… no, la vista empañada por la desesperación, que lo cegaba de necesidad, y susurró su nombre, «Meira», en un ruego esperanzado y casi en silencio.

Pero era Trace. Y Hollis detrás de él, y Kiefer, Eli y Feige.

Su Deshielo.

A ellos no los había perdido.

Mather se dejó caer al suelo y se dobló en dos cerca de las rocas que subían hacia donde había estado la salida del barranco. Trace se arrodilló con él y le dijo algo, palabras suaves que Mather se negó a oír. Tal vez algún día podría oírlas… pero ahora, lo único que podía hacer era derrumbarse en ese campo, en medio de los festejos, el alivio y la victoria que Meira había querido.

Ella debería estar allí. Si alguien debía sobrevivir al laberinto, tendría que haber sido ella.

De alguna manera, Mather se encontró incorporándose, quizás a instancias de Trace o de Hollis. Ahora, detrás de ellos estaba Ceridwen, con señales de la batalla en el cuerpo y los ojos llenos de lágrimas. Ya lo sabía… todos los que estaban congregándose allí lo sabían. Caspar, sus generales; Rares y Oana… ¿cómo habían llegado allí? Dendera, con el rostro contorsionado como si llevara horas llorando… y Henn no estaba con ella.

No. Santo hielo, basta de pérdidas.

Mather observó sus rostros.

«El mundo te necesitará después de esto».

Ese había sido uno de los últimos pedidos de Meira, y se aferró a él, deseando que esa orden consumiera todas sus emociones. Que le diera algo que hacer más allá de su dolor, mientras todos lo miraban en busca de una explicación o de liderazgo.

Mather cambió de posición. Al moverse él, los ojos de los demás se iluminaron. Se aclaró la garganta, y Ceridwen se llevó las manos a la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas que le sacudieron los hombros con un sollozo.

Caspar sonrió. Rares rio; no, *rio a carcajadas*, y casi se cae, pero Oana lo sostuvo y rio con él. Hasta Dendera sonrió, pero a través de las lágrimas y con los ojos cerrados.

Mather frunció el ceño y miró al Deshielo como pidiendo una explicación.

Pero ninguno ofreció palabra alguna; estaban demasiado conmocionados para hablar.

Dos dedos se apoyaron en la nuca de Mather.

Así jugaban cuando eran niños. Mather se lo hacía a ella, por lo general: se acercaba sin que se diera cuenta y le apoyaba dos dedos en la nuca en lugar de un arma.

«¡Estás muerta!», exclamaba, y ella protestaba que no era justo, que podía enfrentarse a él en una pelea de verdad, que no había estado preparada.

Él no estaba preparado. Nunca lo estaba, y cada vez que la sorprendía así, la reacción de violenta seguridad de ella lo dejaba atónito. No importaba cuántas veces la viera pelear, siempre quedaba mudo de asombro al ver que alguien pudiera ser tan descaradamente *fuerte*.

Por eso no debería haberse sorprendido en absoluto cuando esos dedos se apoyaron en su cuello. No debería haber dudado de su capacidad para sobrevivir, ni siquiera por un segundo.

Todo en él pasó de dolorido a aturdido y, por fin, a animado mientras se daba vuelta.

Meira. Ensangrentada y cubierta por el denso polvo gris del barranco.

Pero Meira.

Viva.

Ella sonrió y, esforzándose a pesar del agotamiento, dio otro paso inseguro. Mather no vaciló, no habría podido vacilar aunque hubiera querido: la sostuvo en sus brazos y ella le rodeó el cuello con los suyos. Meira apoyó la cabeza en su pecho, y cada exhalación tibia de ella era como una de las más puras, las más increíblemente perfectas oleadas de alegría para el corazón de Mather.

Mil cosas se agolpaban en su boca, pero lo único que dijo fue:

—El conducto de Cordell.

Meira asintió. Santo hielo, cada movimiento de ella le daba ganas de gritar.

—No me di cuenta de lo que el conducto haría hasta que estábamos cayendo —explicó, sin apartar la cabeza de él, como si necesitara tocarlo tanto como él la necesitaba—. Pero llegamos a la magia, y vi desintegrarse a Angra. Pensé que la magia me quemaría a mí también… pero la daga la tocó antes que yo. Entonces todo se puso blanco y de pronto me encontré volando hacia arriba por la montaña. Pensé… pensé que estaba muerta… pero me salvó. La daga.

Meira meneó la cabeza, sin poder decir más, y lo abrazó con más fuerza hasta que se apartó, riendo. Su risa hizo que Mather se sintiera tan liviano que casi podía flotar hacia el cielo ahora despejado. Ya no quedaban vestigios de la magia; todas las vibraciones habían cesado.

Todo había terminado.

Ceridwen corrió a abrazar a Meira, que aún tenía los brazos de Mather en su cintura. Se les unieron los miembros del Deshielo, riendo y entrechocándose en una confusión de brazos, sonrisas y lágrimas mientras Dendera, Oana y Rares también se les sumaban. De pronto no eran otra cosa que una maraña de felicidad, aferrándose a su victoria a pesar de la pérdida, al triunfo a pesar del dolor.

Los ojos de Mather divisaron algo fuera de su grupo.

Algunos soldados cordellanos estaban reunidos entre unos árboles cercanos. Hacia ellos iba rengueando Theron, sosteniéndose el costado, con el rostro… absolutamente vacío.

Ahora estaba libre de la oscuridad de Angra. ¿Cómo reaccionaría a lo que había hecho?

¿Y cuánto de lo que había hecho en realidad había sido *por su propia voluntad*?

Seguramente Theron sintió que lo miraban, porque instintivamente se dio vuelta, pero enseguida hizo una mueca de arrepentimiento. Aún no quería enfrentarlos… y Mather no pudo culparlo.

Pero la razón de que los brazos de Mather no estuvieran vacíos en este momento era justamente Theron. Todo el odio que había sentido por Cordell, toda su ira hacia Noam y sus celos por Theron… todo eso le había devuelto a Meira.

Entonces, antes de que Theron apartara la mirada, Mather inclinó la cabeza.

Theron se sorprendió. Apretó la mandíbula. Cerró los ojos y asintió en respuesta.

La boca de Meira rozó el oído de Mather.

—Gracias. Por salvarlo.

Mather sonrió, empujado por la gente que seguía llegando para sumarse a la celebración. Alzó una mano para tenerle la cabeza y le sostuvo el rostro cerca del suyo.

—Gracias a ti, por salvarnos a todos.

Meira se puso seria, y Mather vio pasar por su rostro un pensamiento muy claro: William.

—Ya somos libres —dijo Meira; a Mather, a sí misma. Se volvió hacia una parte de la multitud que estaba celebrando, con una mano en el pecho de él. Sus ojos recuperaron el brillo, esa hermosa capacidad de recuperación que Mather deseaba disfrutar el resto de su vida—. ¡Somos libres!

Su grito se alzó en el aire, y otros más altos se sumaron. Era difícil sentir otra cosa que alegría, un asombro contagioso al que todos en el valle se sumaron sin dudar.

Meira se volvió nuevamente hacia él, con una sonrisa radiante, y sin darle una palabra de advertencia ni la oportunidad de besarla primero, lo abrazó y presionó los labios de él con los suyos. Mather no había creído posible volver a hacer eso. Tenerla en sus brazos, besarla, sentir sus labios no solo en el recuerdo. El beso reverberó en todos sus nervios, se enredó en el dolor que le anudaba las entrañas y lo apaciguó.

Mather rio contra la boca de ella y volvió a envolverla en sus brazos, y la levantó para poder girar mientras la besaba, rodeados de caos, felicidad y risas, el inicio de su nuevo comienzo.



Meira

Seis meses después

Al cruzar las grandes puertas que protegen Bithai, hago tanta fuerza con las riendas de mi caballo que me sorprende que no salga disparado entre la multitud.

Las calles doblan en ángulos tan marcados que juraría que las oigo encajar en su lugar. Los mercaderes vocean desde sus puestos, levantando su mercadería para atraer clientes bajo el sol del mediodía. Las tejas pardas curvas de los tejados aún se apoyan en bases de piedra gris; aún hay enredaderas que trepan por las paredes como irrupciones súbitas de follaje. En lo alto, hay banderas que flamean con la brisa: un fondo verde cazador con la hoja de arce dorada y la espiga de lavanda de Cordell.

Mather me mira.

—Todos parecen felices —observo.

Levanta un hombro, piensa mejor lo que iba a decir y luego señala mi alforja.

—¿Qué era lo que decía la carta?

Delante de nosotros, Trace rezonga.

—¿No te la sabes ya de memoria?

Pero Mather sigue mirándome. La sabe de memoria, sí, igual que yo. Es el único contacto que tuve con Theron desde que envié a Greer a ver cómo estaba, un mes después de… todo.

Había esperado que Greer regresara con algo más que informes políticos, algo que me dijera cómo se encontraba realmente Theron. Por centésima vez, me pregunto si debería haber ido yo, o si debería haber seguido a Theron en su retirada de aquel valle para asegurarme de que estaba bien.

Mi cuerpo se inclina instintivamente hacia Mather.

No; yo tenía mi propio reino que reparar. La Decadencia de Angra había infectado a todos los inverneños que estaban en Jannuari, y cuando la magia desapareció, quedaron dolidos y llenos de arrepentimiento por las cosas que habían permitido que Angra los obligara a hacer. Después de la guerra, mi lugar estaba en Invierno.

Saco la carta y desenrollo el pergamino.

A la reina del Reino de Invierno:

Tras la destrucción de la magia, nuestro mundo ha vuelto a un estado de normalidad. Pero pasarán muchos años hasta que se sanen todas las heridas.

Por eso apelo a ti ahora. En este momento, todos los monarcas de Primoria están leyendo una carta similar a esta. A todos les ruego lo mismo: que se reúnan en Bithai dentro de tres semanas para poner en vigencia el tratado que muchos de ustedes firmaron antes de la guerra. Los principios de ese tratado son ahora más necesarios que nunca, principios que nos ayudarán a dar forma a una Primoria compuesta por ocho reinos unidos.

Solo juntos podremos reconstruir el mundo.

Al pie está la firma de Theron, coronada por el sello de Cordell.

Me enderezo y le sonrío a Mather.

—Dice que todo va a estar bien.

Mather me mira con aire dubitativo, pero asiente.

—Ya lo está.

Los arces extienden sus ramas sobre nosotros cuando tomamos un camino ancho. Por entre el follaje se filtra una luz dorada, con lo cual los últimos momentos de nuestro viaje son serenos, casi de ensueño.

Llegamos al portal que lleva al palacio, y sonrío. Aquí solía haber dos árboles de oro. Obra de Noam, un despliegue de la riqueza de Cordell. Pero ya no están, y hay una cadena que mantiene el portal abierto en un estado permanente de bienvenida.

Theron ha abierto el palacio a su reino.

Esta imagen me hace entrar al patio con más confianza. Desmontamos, y al instante Mather empieza a darles órdenes a los guardias que nos acompañaron. Greer y Conall llevan en el pecho el símbolo de Invierno, un copo de nieve, mientras que Trace, Hollis y Feige traen puesto el uniforme del Deshielo, un híbrido de copo de nieve y flor silvestre en el hombro, la marca de lo que es ahora el Deshielo: mi guardia personal de élite.

Una vez que todos están ocupados, Mather mete los puños en los bolsillos, y no puedo evitar sonreír. Todavía me cuesta entender con qué facilidad mis inverneños se han adaptado a la vida normal.

Mather ve algo detrás de mí y sonríe.

—Parece que no somos los únicos que decidimos venir.

No alcanzo a preguntarle a qué se refiere porque un cuerpo me empuja hacia delante.

—¿Cómo te atreves? —grita Ceridwen, al tiempo que me da un leve puñetazo—. Hace *seis semanas* que me visitaste. Me tienes abandonada, muchacha perversa.

Me doy vuelta y le devuelvo el puñetazo, pero también estoy sonriendo.

—¡Te tocaba a ti venir a Invierno!

Ceridwen lanza un suspiro histriónico cuando emerge otro rostro familiar entre los árboles. Jesse saluda a Mather con una inclinación de la cabeza, ve el ataque que

parece estar teniendo Ceridwen, me mira y menea la cabeza.

—Cuando ustedes dos se juntan, las cosas nunca terminan bien para mí —dice Jesse.

Ceridwen lo ignora y me toma del brazo.

—No importa a quién le tocaba visitar a quién; hace seis semanas que no hablamos —nos hace girar hacia el palacio, y Jesse y mi séquito nos siguen. Los ojos de Ceridwen se demoran en las piedras grises y las ventanas resplandecientes que de pronto parecen intimidantes—. Y parece que han pasado muchas cosas.

Me mira, y agito la mano como quitándole importancia.

—No tengo idea de qué se trata esto, salvo lo que decía la carta.

Ceridwen gruñe, poco convencida.

—Bueno. Mientras tanto, habrá otras novedades que compartir.

Entramos al palacio. Nos envuelve la cálida madera lustrada de las paredes, un contraste acogedor después de la vitalidad del exterior. Mis ojos se dirigen por voluntad propia a nuestra derecha, donde las paredes con paneles ocultan una entrada que da a una oficina. La antigua oficina de Noam. ¿Será que ahora la usa Theron?

Aparece una criada y dice que nos llevará a nuestras habitaciones.

—Recibimos noticias de Ventralli —me cuenta Ceridwen mientras la seguimos —. Han adoptado un sistema de elecciones. Es un proceso fascinante: van a poner el reino bajo el liderazgo total de alguien elegido por la gente.

Bajo la voz.

—¿Jesse no se arrepiente de haberles cedido el reino a sus consejeros?

Ceridwen menea la cabeza.

—Nunca lo vi tan feliz. Sabiendo que Ventralli va a progresar más allá de lo que él habría podido hacer… a los dos nos complace lo que se está desarrollando.

—¿Piensas establecer un sistema de elecciones en Verano? —bromeo, solo porque, de hecho, parece algo que tanto ella como yo apoyaríamos de todo corazón.

Gruñe.

—Puede ser, una vez que el reino esté en mejores condiciones anímicas. Hablando de eso… ahora tenemos un comercio honesto con Yakim. Parece que Giselle renunció a su objetivo de apoderarse de Verano, ahora que ya no hay magia en los Klaryn. Casi he dejado de detestarla; ahora solo la odio.

—¡Eso es maravilloso! —mi sonrisa se suaviza—. Me alegro por ti.

Me da un codazo.

—Es mutuo, reina de Invierno.

Subimos una escalera y tomamos un pasillo que me resulta conocido, con arañas de cristal y alfombra afelpada color bermellón.

—Creo que la última vez le gustó esta habitación —dice la criada, y se detiene junto a una puerta abierta.

Echo un vistazo al interior y la reconozco: es la habitación en la que me alojé la primera vez que vine a Bithai, la de la cama con dosel, la alfombra lavanda y las

gruesas cortinas blancas.

—¡Qué ciega estoy! —exclamo—. ¿Mona?

La criada que me atendió la última vez que estuve aquí. Ríe, contenta.

—¡Me recuerda!

—¡Claro que sí! —miro alrededor—. ¿Y dónde está…?

—Rose se casó. Ahora vive en la costa. Pero ¡gracias a eso me ascendieron! —Mona hace una reverencia—. Si necesita algo, avíseme. Me alegro mucho de que esté aquí, *reina* Meira.

Me guiña un ojo, y su énfasis en mi título me recuerda todas aquellas clases de protocolo cordellano.

Sonrío.

—Yo también.

Y lo digo en serio, más de lo que creí que lo haría.

—El resto de su grupo se alojará en las habitaciones que rodean la suya —prosigue Mona—. Tienen unas horas antes de que empiece la cena, con música en el salón de baile. Que disfrute su estadía.

Cuando Mona se retira, Jesse se vuelve hacia Ceridwen.

—Deberíamos dejarlos descansar. Seguramente la noche será larga.

Ceridwen asiente con un gruñido desganado y me apunta con un dedo.

—Búsquennos cuando hayan descansado —sus labios se curvan en una sonrisa pícara y señala a Mather con la cabeza—. O lo que sea que piensen hacer.

Mather ríe, se me acerca y hunde la cara en mi cuello con un gruñido de oso al tiempo que nos impulsa hacia adentro. Los pobres Conall y Greer se apuran para llegar a sus habitaciones, y las reacciones del Deshielo van desde risitas a carcajadas.

Mather cierra la puerta de una patada mientras logro desembarazarme de él.

Me toma del brazo.

—Espera… Ceridwen tuvo una buena idea…

Sonrío.

—A *descansar*. Esta noche vamos a necesitar todas las fuerzas que podamos.

Mather vuelve a acercarse a mí, esta vez sin la actitud juguetona.

—¿Estás bien?

Qué pregunta.

—Sí. No.

Me rodeo con mis brazos. El amor por el frío es algo que todos los inverneños tenemos aún, pero fue el resultado de años de influencia mágica. ¿Será que ahora va a desaparecer poco a poco? Lo único que sé es que creo que me siento incómoda por el frío. O tal vez solo estoy abrumada.

Mather apoya las manos en mis hombros, y la frente contra la mía.

—No eres la única.

Me arrebujo contra él y le rodeo la cintura con los brazos. Con la cabeza apoyada en su pecho, mis ojos se posan en una pintura que hay junto al ropero.

La luz de la mañana ilumina bancos de nieve, las ramas cargadas de nieve se curvan y de ellas penden carámbanos como dagas. Esta pintura me resulta tan familiar como la ciudad, como el palacio.

Theron me mostró esta pintura. Una de las primeras imágenes de Invierno que vi.

«Si quieres, puedo hacer que la cuelguen en tu cuarto».

Acomodo la mejilla contra Mather, y respiro al unísono con él.

Theron está bien. Tiene que estar bien.

Del techo del salón de baile cuelgan estandartes, de ocho colores diferentes con ocho símbolos diferentes. La temática se repite en todo el salón, desde los jarrones con ocho flores, una de cada color, hasta la comida dispuesta en ocho bandejas, con un manjar de cada reino.

Hundo los dedos en la manga índigo de la chaqueta de Mather mientras bajamos la escalera. Hollis y Trace, que nos siguen a pocos pasos, examinan el salón con el aire conocedor de la seguridad.

—Está hermoso —observo.

Una de las comisuras de la boca de Mather se eleva; me mira, y sus ojos recorren mi vestido plisado color marfil. Se coloca delante de mí al pie de la escalera y engancha los dedos en las correas de la funda de mi chakram. En el cuero se ve un motivo de copos de nieve; es una funda mucho más ceremonial de lo que estoy acostumbrada, pero el chakram que contiene es digno de tanta belleza. La empuñadura curva es de madera lustrada, y la hoja tiene grabadas las ramas desnudas de los árboles inverneños. Un regalo de Caspar y Nikoletta con el que aún no me atrevo a practicar. El hecho de tenerlo me recuerda lo que soy, una reina guerrera, igual que el relicario que todavía llevo puesto.

Pero me agrada no tener que usarlo. Me agrada que mi arma sea puramente decorativa.

Mather me da un beso en la frente.

—*Tú* estás hermosa —dice contra mi piel.

Nos distrae un chillido agudo que ya conozco bien. Me doy vuelta justo a tiempo para ver salir corriendo de entre la multitud una imagen pequeña vestida de negro y escarlata.

—¡Shazi! —exclamo, y me inclino para interceptarla.

Nikoletta emerge entre la gente y sonríe a modo de disculpa mientras me desembaraza de Shazi.

—Aún no tiene cuatro años y ya no puedo contenerla.

Detrás de nosotros, Trace se inclina para hacerle una pregunta a Mather, lo que hace que no preste atención al modo en que Nikoletta me mira de pronto.

—¿Hablaste con él?

El cambio de tema me produce dolor, y me enderezo involuntariamente.

Nikoletta toma esa reacción como mi respuesta y señala con el mentón hacia las puertas de vidrio.

—Está en el bosque dorado. Pasando el laberinto —extiende la mano para tomar la mía—. Sé que quiere verte.

Asiento, pero tengo una pregunta que me hace inclinarme más hacia ella.

—¿Se encuentra bien?

El dolor que refleja el rostro de Nikoletta no mengua.

—Tan bien como lo estamos todos.

Se retira en busca de Caspar. Yo me dirijo hacia las puertas de vidrio, y tomo el brazo de Mather al pasar. Él me sigue, y deja a Trace y Hollis con una exclamación de sorpresa y confusión.

Pero ve la expresión de mi rostro, observa que voy hacia las puertas.

—¿Segura de que estás lista?

En su voz no hay nada más que calidez, apoyo y todo lo que amo en él.

Esbozo una sonrisa.

—Lista para lo que sea.

El bosque dorado aparece, como me indicó Nikoletta, al final del laberinto de setos vivos. Ya es el crepúsculo, y el área está cubierta por el gris brumoso de la noche, iluminada solo por farolas encendidas a lo largo del sendero.

Mather se detiene a mi lado.

—¿Qué es esto? —susurra.

Adelante hay hileras perfectas de arces dorados jóvenes que forman arcos por encima de unos montículos cubiertos de pasto. En sus ramas delgadas se agitan pequeñas hojas doradas; los árboles no son más altos que yo, y hay decenas de ellos meciéndose en un área delimitada por una cerca de piedra que me llega a la cintura y los mantiene separados del resto del jardín.

Me acerco al portón de hierro y paso los dedos entre el metal forjado. Mather espera a mi lado, dispuesto a seguirme adonde lo necesite.

Le apoyo la mano en el pecho.

—¿Me esperas aquí?

Inclina la cabeza.

—Siempre, mi reina.

Le doy un beso rápido y entro al bosque.

El portón rechina al cerrarse detrás de mí e interrumpe la melodía de las hojas doradas al chocar con sus ramas doradas. Cada árbol junto al que paso tiene cosas grabadas en el tronco: nombres, fechas y fragmentos de poemas. No: de un poema en particular que oí hace mucho tiempo de unos labios moribundos y vuelvo a oír en mi memoria.

El poema de Cordell. Sir lo recitó en el campo de batalla en las afueras de Bithai, antes de la primera vez que lo creí muerto, antes de que me capturaran, antes de que

mi vida cambiara de maneras que aún sigo descubriendo.

Cordell, Cordell, si hemos de marchar
a guerrear, viajar, o perecer,
quienes no regresen al hogar
siempre en tu presencia han de yacer.

Y debajo de esos versos, la frase *Aquí yace* proclama que Cordell entierra a sus muertos reales bajo arces dorados. En Jannuari existe un lugar semejante, solo que con marcas más simples para los cuerpos que incineramos. Sir tiene una marca allá. También Nessa y Garrigan… tantas lápidas talladas con copos de nieve.

Por eso, antes de llegar hasta Theron, comprendo dónde está y junto a la tumba de quién está parado. Sé junto a la tumba de quién estaría yo, adónde iría mi corazón.

Y cuando sigo la hilera de retoños donde están más frescos los montículos de tierra, allí está.

Tiene un brazo cruzado sobre el pecho y el otro en la nuca; está con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, de pie ante dos retoños de arces dorados plantados en dos montículos de tierra. Uno, más antiguo; el otro, demasiado fresco. La luz de las farolas espaciadas a lo largo del sendero llega hasta nosotros, pero aun así hay sombras que deforman los detalles. Theron no se mueve cuando me acerco, y eso me da tiempo para observarlo.

Antes usaba el cabello largo, pero ahora se lo ha cortado y se ha dejado crecer una barba que le endurece el rostro. Su uniforme cordellano tiene más medallas que la última vez que lo vi, y está hecho de un material más fino, un tejido de terciopelo verde esmeralda profundo con detalles de oro.

En general, se parece mucho más a su padre, aunque solo en los mejores aspectos. Tiene la seguridad y el dominio de Noam, pero nada de su aspereza y pomposidad.

Me detengo a dos pasos de él, con las manos aferrando mi falda.

Respira, Meira.

—Nikoletta dijo que estarías aquí.

Theron, con los ojos aún cerrados, sonríe, pero la sonrisa se le borra cuando me mira.

—Se ha vuelto demasiado protectora conmigo —dice—. ¿Te envió para saber cómo estaba?

—Fue algo muy implícito —trato de sonreír—. Pero de todos modos quería hablar contigo.

Theron vuelve a bajar la mirada hacia uno de los árboles. El retoño de Noam, cuyo nombre se ve a la luz mortecina. Theron calla y se masajea la nuca; luego se endereza y engancha los pulgares en el cinturón, que sostiene una espada decorativa.

—Bueno, como le dije a Nikoletta, y a Jesse, y *también* a mis consejeros, estoy bien —vuelve a mirarme a los ojos—. No me debe nada, Alteza. Simplemente me

complace que haya venido a participar en la unificación del mundo.

—Theron —la dureza de mi voz sube desde el nudo complicado que tengo en las entrañas—. No es necesario que me trates así.

Ríe con amargura.

—Una vez te dije algo similar. ¿Te acuerdas de lo que me respondiste? «Eres Cordell, tanto como yo soy Invierno. Siempre tendrás que elegir a tu reino antes que a mí». Pues bien, milady… has elegido correctamente.

No respondo; abro el silencio como una puerta que inunda de luz una habitación a oscuras.

Theron no deja de mirarme; la risa áspera se le borra y emite un gruñido entrecortado. Se pasa la lengua por los labios y menea la cabeza, por mí, por sí mismo, por las tumbas ante las que estamos.

—Lo recuerdo todo —murmura—. Y lo siento mucho, Meira. No sé por dónde empezar a pedir perdón. En parte fue por eso que invité a todos a venir… Yo ayudé a destruir este mundo, y voy a ayudar a reconstruirlo. Pero tú… hojas doradas, a ti te debo mucho más que eso.

—No vine en busca de una disculpa —se me quiebra la voz—. Vine a… bueno, a pedirte disculpas a ti, por no haber venido antes. Por no averiguar cómo estabas. Esta guerra empezó como un problema de Invierno, y yo te arrastré a ella, *yo* te puse en el camino de Angra, y…

—Angra —Theron pronuncia el nombre casi en un sollozo, y una fuerte mueca de dolor lo hace llevar el mentón al pecho—. Tú me habrás puesto en su camino, pero yo elegí seguirlo.

Se me va el alma al suelo. Desde el comienzo temí esto, que las cosas que hizo Theron hayan sido más obra de él que de Angra. Pero la expresión de sus ojos ahuyenta mi preocupación.

—La Decadencia me dio deseos de hacer cosas que jamás me permití admitir. Fue muy liberador —se interrumpe y se cruza de brazos—. Hasta que Angra…

Se le escapan las lágrimas. Se las enjuga y ríe de sí mismo, y contempla el cielo del anochecer.

—Por él maté a mi padre. Por él hice cosas terribles. Y aun así lo admiraba. Lo veneraba. Era tan fuerte, y yo me había sentido débil durante tanto tiempo…

Theron me mira.

—Pero ahora voy a ser fuerte. Por mis propios medios.

Sus palabras son una promesa; es lo más vivo que lo oí hasta ahora.

Me muevo sin pensarlo y le apoyo una mano en el brazo.

—Tú tienes más capacidad de amar que nadie que yo conozca. Amabas a tu padre a pesar de sus defectos; me amaste aun cuando no sabías nada de mí, salvo que me prestaban tan poca atención como a ti. Eres mucho más fuerte que yo. Y también más fuerte que Angra. Y contigo guiándonos, sé que Primoria alcanzará un estado de paz e igualdad que honrará a todos aquellos a quienes perdimos.

Theron no se mueve, con los ojos aún llenos de lágrimas.

—Lamento no haber podido ser suficiente para ti —murmura.

Mis dedos le aprietan el brazo con afecto.

—Lamento no haber podido yo tampoco ser suficiente para ti.

Theron se aparta y se enjuga las últimas lágrimas.

—Deberíamos ir con los demás —dice, ya con voz clara—. Hay muchas cosas importantes que hablar.

Asiento y doy un paso atrás, pero Theron no me sigue.

—¿Vienes? —le pregunto.

Me mira sorprendido y tuerce los labios.

—En un momento. Ve sin mí.

Cuando levanto las cejas, me hace una reverencia.

—Por mi honor de rey de Cordell, te prometo que estoy bien. Solo necesito un momento.

—De acuerdo —hago una pausa—. Vamos a estarlo. Bien, quiero decir.

Theron inclina la cabeza.

—Lady Meira —dice.

Me doy vuelta y lo dejo de pie junto a las tumbas de sus padres.

Lo importante, sin embargo, es que está de pie.

Cuando Mather y yo volvemos, el salón de baile está atestado. Hay músicos tocando melodías alegres en una plataforma entre las dos escaleras, complementando el murmullo de los dignatarios que conversan. Ceridwen, Lekan y Kaleo están con Caspar y Nikoletta; Giselle conversa con el general de Primavera, un hombre al que conocí hace unas semanas, cuando vino a Invierno a restañar las heridas entre nuestros dos reinos. Acaba de llegar un grupo de ventrallinos, que conversan animadamente con Jesse.

Pero no son los únicos que han llegado tarde.

Alguien avanza hacia nosotros. Diviso su túnica y la cicatriz que tiene sobre la tez morena. Suelto la mano de Mather y choco con Rares.

—¡Viniste!

Rares me abraza con tanta fuerza que toso a modo de protesta.

—¡Por supuesto, querida! Paisly debe estar representado —me baja y apoya sus manos en mis hombros—. Y te hago responsable por la desgracia que es viajar ahora. Recuerdo que te dije específicamente que *odiaba* viajar, y una de las pocas cosas buenas que nos daba la magia era la capacidad de llegar adonde fuera al instante. Pero no: tuviste que ir y quitárnoslo todo… y a cambio, nos diste algo mucho mejor.

Al decir eso, se da vuelta y veo a Oana detrás de él.

Me tapo la boca con las manos y chillo contra las palmas.

—¡Estás…!

Oana me abraza, y su vientre ligeramente abultado me presiona.

—Cuatro meses ya.

No puedo hacer otra cosa que chillar, y mis manos van de sus hombros a su vientre, y de nuevo a sus hombros. Rares ríe a carcajadas al verme sin palabras, se acerca y me planta un beso en lo alto de la cabeza.

—Imagino que ustedes también estuvieron ocupados estos meses —saluda a Mather con una inclinación de la cabeza, se acerca y le da un coscorrón en la frente —. Trátala bien.

Mather se frota la frente, conteniendo la risa.

—La trato bien, lo juro.

Rares me mira como pidiendo confirmación, y yo sonrío y tomo a Mather por la cintura.

—Aunque yo nunca pensé que elegirías a alguien que fuera a tratarte mal —me aclara, y guiña un ojo—. Creo que deberíamos recorrer un poco. ¡Cuánta gente reunida aquí! Absolutamente mágico.

—Aquí no hay nada mágico —replica Oana—. Nos ganamos todo lo que pasa aquí.

Rares asiente.

—Y eso me parece mágico, mi amor —me da otro abrazo—. ¿Dónde está el rey Jesse? Dicen que Ventralli está cambiando de una manera muy curiosa.

Mather señala la multitud.

—Está del otro lado del salón… Los acompaño.

Se aleja con ellos. Tanta gente me llama la atención… representantes de todos los reinos, todos reunidos para negociar la mejor manera de continuar nuestra paz.

Y esa unidad hace que no se sientan tanto los lugares vacíos. Donde debería estar Sir junto a Mather, conversando con Jesse, Rares y Oana; donde deberían estar Nessa y Garrigan siguiendo a Conall, que se me acerca entre la gente; donde deberían estar Henn y Finn conversando con Greer al final del salón; donde debería estar Noam, riendo con Nikoletta y Caspar.

No me resisto a la sonrisa que se me forma en los labios, las lágrimas que empañan los colores y la luz del salón como un caleidoscopio cambiante y colorido.

Rares y Oana tienen razón, los dos. Ahora nosotros somos nuestra propia magia. Y nada puede detenernos.

AGRADECIMIENTOS

Si leyeron mis agradecimientos para *Nieve como cenizas* y *Hielo como fuego,* saben que me gusta hablar mucho y, básicamente, agradecerles a todas las personas que conozco. Y a esta altura de la serie, son MUCHAS las personas que entraron a mi vida y tuvieron un impacto en este libro; entonceeeeees…

TENGO MUCHA GENTE A LA QUE AGRADECER.

EMPECEMOS.

Mackenzie Brady Watson. Mi agente soñada. La combinación de ti + New Leaf es perfección del más alto calibre, y cada día me siento agradecida de ser tu cliente.

HarperCollins. Sí, toda la compañía. Pero en particular: Kristin Rens, por supuesto, siempre y para siempre, por ingeniártelas para sacar un libro coherente de cualquier cosa que yo te dé primero (que por lo general podría clasificarse sin dudar como «un completo desastre»); Erin Fitzsimmons; Caroline Sun; Nina; Megan; Gina; Kelsey; Margot; Nellie; y a todos los demás que ayudaron no solo con este libro sino con toda la serie. Cursi y llena de clichés como es, todos ustedes me ayudaron a cumplir mis sueños, y para eso no alcanza todo el agradecimiento del mundo.

Jeff Huang. Ahora en serio: MIREN ESTA CUBIERTA. Me siento honrada de que mis libros puedan tener tu arte en la tapa.

Kate Rudd y Nick Podehl. Ustedes dos le dieron voz a esta serie de un modo absolutamente fascinante.

Pasando al aspecto más personal de las cosas: Kelson. A riesgo de ponerme demasiado babosa, quiero inmortalizar aquí que te amo, y estoy feliz de poder vivir esta vida contigo.

Mis padres… les dediqué este libro, pero todavía les debo mucho, muchísimo más.

Melinda. OK, las partes de tu personaje quedaron fuera de *Escarcha como noche* en la edición. Eres un loco torbellino de energía y belleza, y sinceramente, el personaje Melinda se asustó de no poder compararse contigo.

Al resto de mi familia en constante crecimiento: Annette, Dan, Trenton, Caro, John, Karen, Mike y Haydin, abuelos, Debbie, Dan, tía Brenda, Lisa, Eddie, Mike, abuela Connie, Suzanne, Lillian, William, Brady, Hunter, Lauren, Luke, Delaney, Garrett, Krissy, Wyatt, Ivy, Brandi, Mason y Kayla, la bibliotecaria.

A mis amigos escritores, cercanos y lejanos: J. R. Johansson, Kasie West, Renee Collins, Natalie Whipple, Bree Despain, Michelle D. Argyle, Candice, Kennington, L. T. Elliot, Samantha Vérant, Kathryn Rose, Jillian Schmidt, Claire Legrand, Jodi Meadows, Anne Blankman, Lisa Maxwell, Kristen Lippert-Martin, Sabaa Tahir, Sarah J. Maas, Susan Dennard, Evelyn Skye, Akshaya, Madeleine y Janella; y, siempre, mi prima Nicole.

Un agradecimiento especial para mi esposa-escritora, Kristen Simmons. Todavía no puedo creer que no llegué a darte las gracias en *Hielo como fuego*. Nuestra amistad será nueva, pero querida, me cambiaste la vida.

Y ahora, la parte que es quizá más difícil pero a la vez más gratificante: agradecerles a todos USTEDES.

En los agradecimientos de *Hielo como fuego* hablé mucho, y muy emocionada, sobre muchos de los blogueros/revisores/fans que han traído tanta magia a mi vida. Si volviera a hacer eso, creo que esta sección sería tan larga como el libro mismo, de modo que voy a resumirlo lo mejor que pueda:

¿Vieron que en esta trilogía todos están siempre luchando a brazo partido por conseguir magia? Pelean, sufren y se sacrifican, y todo por esa cosa esquiva y chispeante que promete mejorarles la vida. Después, como le pasa a Meira (y como también suele pasar a menudo en la vida real), la consiguen, y resulta que no es la maravilla que esperaban.

Pues bien, ustedes no han sido así en absoluto.

Como dije en los agradecimientos de *Nieve como cenizas*, cada uno de ustedes es mejor que cualquier conducto. Ustedes son mejores que la magia más fantástica que yo pueda concebir. Uno de los más grandes temas de esta trilogía ha sido, para mí, la idea de ser *suficiente*, de no necesitar influencias externas para ser «mejor» o «digno». Y aunque espero haberles impartido esa creencia al menos a algunos de ustedes, no me enorgullece en absoluto decir que yo misma me he fallado en esa creencia. Porque admito en forma total e irrevocable que los necesito a todos y cada uno de ustedes. Este viaje editorial está lleno de altibajos muy altos y muy bajos, pero saber que ustedes, mis fans inverneños, estaban allí, hizo que cada momento no solo valiera la pena sino que además fuera absolutamente encantador.

Ha sido un honor poder compartir esta historia con ustedes. La Sara de doce años, que garabateaba en sus cuadernos, soñando con una niña de cabello blanco y un reino invernal, no se atrevía a imaginar la maravilla absoluta que ocurriría más de una década después.

Y es por ustedes, y por toda la magia que crean con solo ser *ustedes*.

Así que, gracias.



SARA RAASCH (nacida el 26 de agosto de 1989) es una autora estadounidense de ficción para jóvenes. Criada en Ohio, Raasch se graduó de la Universidad Estatal de Wright con el título en Liderazgo Organizacional y actualmente reside en Virginia.

Dice en su blog: «Sara Raasch ha sabido que estaba destinada a cosas de libros desde la edad de cinco años, cuando sus amigos tenían un puesto de limonadas y ella también vendía sus libros de dibujos a mano.

»No ha cambiado mucho desde entonces, sus amigas todavía se enojan cuando intenta dibujar cosas y su entusiasmo por la palabra escrita todavía le lleva a medidas extremas».

Es la autora más vendida en el *New York Times* de la trilogía de fantasía *Snow Like Ashes (Nieve como cenizas)* y de la duología de fantasía *Stream Raiders*.